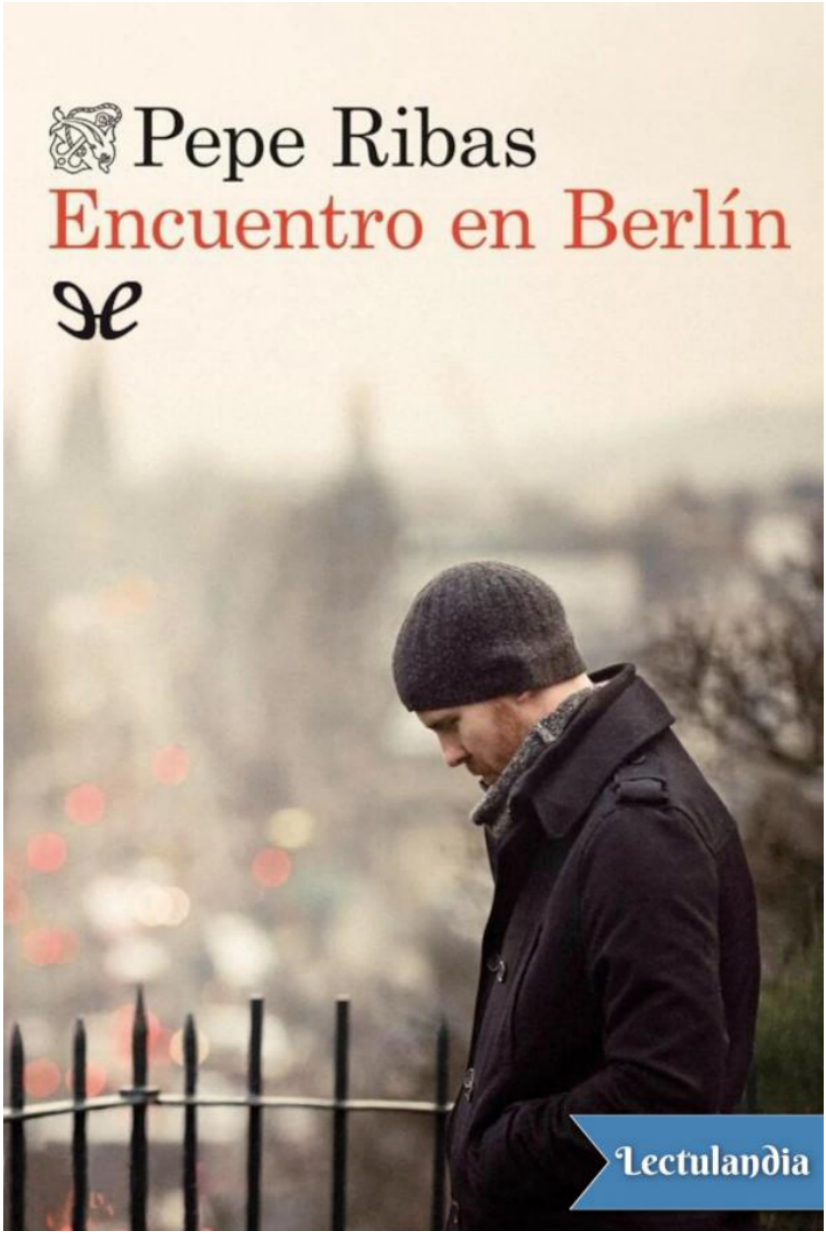
Pepe Ribas

Encuentro en Berlín



Lectulandia

Ernesto Usabiaga es un joven activista chileno, hijo de una mujer torturada, que deja el país tras un desengaño profesional. Se instala en Berlín, la ciudad que le ofrece la posibilidad de iniciar una nueva vida y donde descubre la historia familiar oculta.

Allí conoce a Maksim Kazantev, un cosaco ucraniano conectado con los oligarcas y los servicios secretos, que fascina a Ernesto al mismo tiempo que le atemoriza. Esta relación pasional será el comienzo de las semanas más trepidantes, esclarecedoras y decisivas en las vidas de Ernesto y de Maksim. Quienes, además de jugarse la vida, chocan con los hilos ocultos que trenzan los gaseoductos, venas de la nueva Europa en formación.

Pepe Ribas nos sumerge en el Berlín vanguardista del siglo XXI y recupera la historia de dos familias centroeuropeas, aniquiladas por las hambrunas, las bombas y las deportaciones del siglo XX. *Encuentro en Berlín* invita a la reflexión sobre la memoria y el perdón al ritmo de un *thriller* tan original como palpitante.

José Ribas

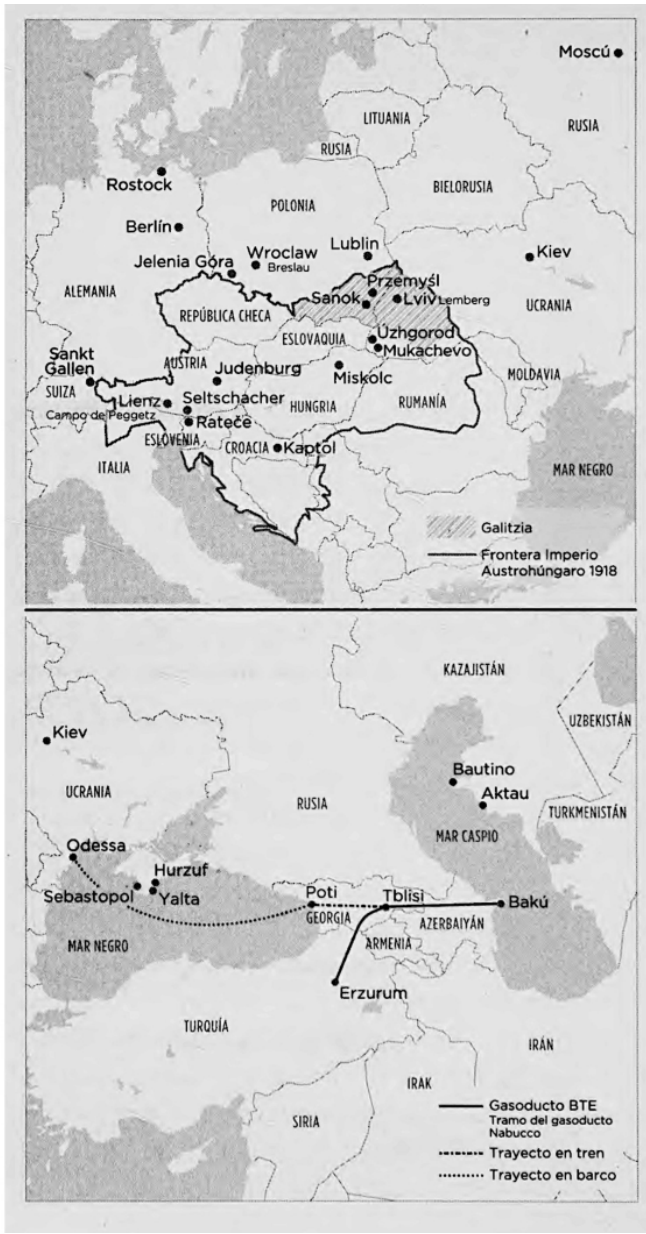
Encuentro en Berlín

ePub r1.0
Titivillus 02-10-2024

José Ribas, 2013
Fotografía de la cubierta: Dylan Kitchener
Colección: Áncora & Delfín,
n.º
1261

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Dionís y a Patricia


Moscú
LITUANIA
RUSIA
RUSIA
Rostock
BIELORUSIA
POLONIA
Berlín
Lublin
Kiev
Jelenia Góra
Wroclaw
Breslau
Przemyśl
ALEMANIA
Sanok
Lviv
Lemberg
UCRANIA
REPÚBLICA CHECA
ESLOVAQUIA
Uzhgorod
Mukachevo
Sankt Gallen
AUSTRIA
Judenburg
Miskolc
MOLDAVIA
SUIZA
Lienz
Seltschacher
HUNGRIA
RUMANÍA
Campo de Peggetz
Rateče
ESLOVENIA
CROACIA
Kaptol
ITALIA
MAR NEGRO
Galitzia
Frontera Imperio Austrohúngaro 1918
KAZAJISTÁN
UZBEKISTÁN
Kiev
Bautino
Aktau
UCRANIA
RUSIA
TURKMENISTÁN
MAR CASPIO
Odessa
Hurzuf
Sebastopol
Yalta
Poti
Tblisi
Bakú
GEORGIA
AZERBAIYÁN
MAR NEGRO
ARMENIA
Erzurum
TURQUÍA
IRÁN
IRAK
SIRIA
Gasoducto BTE
Tramo del gasoducto Nabucco
Trayecto en tren
Trayecto en barco

1

Llevaba escrito en la camiseta el lema «El último territorio», para que el enlace lo identificase sin pérdida de tiempo. Ernesto Usabiaga miró a derecha e izquierda, la calle parecía tranquila. Era domingo, 8 de julio de 2007. Berlín, distrito de Mitte. Sacó el móvil del bolsillo y, antes de apagarlo, comprobó la hora. Faltaban cuatro minutos para las diez de la noche. En ese mismo momento, una ráfaga de viento barrió los adoquines arremolinando latas, botellas vacías y restos de periódicos. El aire arrastró también algunos de sus remordimientos.

Había atravesado el pasadizo que da al patio interior de Rosenthaler 39 y recorría el callejón entre destartalados edificios de tres plantas cubiertas de grafitis y pasquines rotos. Avanzaba entre los transeúntes tratando de aparentar indiferencia cuando observó por el rabillo del ojo a una pareja de japoneses filmando. Por nada del mundo podía aparecer en el vídeo con la caja de bombones. Ernesto giró en redondo, retrocedió hasta la entrada y se fue calle abajo. Cuando estuvo frente a la vidriera del Starbucks Coffee, se detuvo para asegurarse de que ningún curioso lo acechaba. No tardó en ver a los japoneses grabando los maniquíes del escaparate de una tienda de moda, en la misma Rosenthaler.

Cruzó los dedos y respiró, no muy seguro de poder mantenerse frío y sereno mientras llevara el material consigo. Era la hora y no se entretuvo. Al llegar a la plazoleta donde terminaba el patio interior, frente a la entrada del Esch Club, un hombre flaco, de tez morena, nariz ancha y pelo azabache, le colgó una bolsa del hombro sin mediar palabra. Ernesto subió los peldaños de la

entrada del club y se encerró en el baño. Abrió la bolsa, contó los billetes y orinó tranquilo.

El hombre esperaba en la plazoleta, entre las figuras de unos autómatas de hierro forjado de diez metros de altura. Las estrambóticas esculturas eran el reclamo de la tienda de cómics de la planta superior del edificio. Como todo estaba en orden, Ernesto le entregó la falsa caja de bombones. El enlace, parecido a los de las anteriores entregas, se fue hacia la calle. Cuando lo perdió de vista, decidió tomarse una copa en el Esch Club.

Había acumulado mucha tensión desde que Stanislav le había dado el material y las instrucciones en una de las mesas de una terraza de Kurfürstendamm. El paquete, de poco más de un palmo de largo y medio de ancho, estaba envuelto con papel de regalo negro y un lazo rojo. Ernesto sabía que dentro iba un disco de memoria de gran capacidad.

Le había recalcado que estuviera atento como un zorro. No debía arriesgarse. Si se fijaban en él, debía fingir que estaba de paseo y desaparecer. Stanislav era el hombre enjuto, con cara de ratón y dos dientes de oro que había encriptado la información en el disco duro. Del bolsillo de la cazadora extrajo, de mala gana, un papel con un número de móvil que depositó sobre la mesa, junto a la jarra de cerveza. Ernesto entrevió el estuche de una pistola y se turbó. Las armas le daban pavor.

—Cítalo a las diez en punto. Media hora antes le envías un mensaje de texto indicándole el lugar. Esta vez elígelo tú, próximo a Hackescher Markt. Ahí tienes la camiseta que debes ponerte.

Siempre que Stanislav le hablaba sentía una opresión en el pecho. No había forma de borrar de su expresión una amenaza latente, aunque sus ojos no dejaran de buscar piernas bonitas. Por la acera se aproximaba una belleza alta y exuberante, con minifalda roja y melena negra hasta la cintura.

Stanislav estaba algo bebido.

—Y ahora te largas.

Ernesto había parado un taxi antes de que el ruso abordara a la chica. Tenía poco tiempo para esconder en el paquete el lápiz de memoria que le había pasado Maksim, del que Stanislav, por supuesto, no sabía nada. Faltaban cincuenta y cuatro minutos para la cita y esperaba encontrar la solución en un bazar turco abierto

los domingos.

—Al ciento noventa y dos de Karl-Marx-Strasse, en Neukölln.

La entrega —la más peligrosa que había realizado, por la información que contenían el disco duro y el lápiz de memoria, según le había advertido Maksim— había concluido sin el menor contratiempo. Necesitaba una copa y decidió quedarse.

En el Esch, al fondo del salón, había una pequeña tarima que hacía de escenario. Un grupo interpretaba una pieza de *psycho noise* de baja intensidad. Quien tocaba el sintetizador, un músico rubio, casi albino, vestido de negro, que merodeaba por la tienda de vinilos donde Ernesto había trabajado, le lanzó una mirada que él devolvió con una media sonrisa.

El ambiente en tinieblas, solo iluminado por los focos y las velas que resaltaban las esculturas budistas que lo decoraban, más el humo de los porros y los cigarrillos, resultaba reconfortante. Ernesto se acercó a la barra y pidió una cerveza a la chica que la atendía, que no paraba de servir copas. La recordaba de cuando descubrió junto al club, tres días después de aterrizar en Berlín, el pequeño museo de Otto Weidt, quien había regentado una factoría de cepillos y escobas donde trabajaban judíos ciegos y sordomudos. La fábrica había sido declarada «empresa de utilidad pública» por orden del Ejército de Tierra del Tercer Reich.

Desde hacía diez años, Ernesto guardaba una foto del lugar, fechada a media contienda. Pero seguía sin saber qué hacía allí su abuela alemana, Inge Weide, vestida con el uniforme de la Cruz Roja o algo parecido, un misterio familiar que le intrigaba desde que esa imagen llegó a sus manos.

Ernesto Usabiaga era chileno, tenía treinta y dos años, y acababa de cerrar una misión comprometida que cumplía por lealtad y para ganarse un dinero que necesitaba para seguir viviendo en Berlín. Aunque Stanislav lo ignorase, el Esch, un club manejado por un colectivo que programaba actuaciones de artistas emergentes, era un lugar conocido. Ante cualquier emergencia no le habría resultado difícil esconderse en las carboneras abandonadas, donde Weidt había ocultado judíos que no eran ni ciegos ni sordomudos para salvarles la vida.

El paisaje, a pesar de que los mugrientos ventanales habían sido reparados hacía ya mucho, probablemente a los pocos años de la

reunificación, había cambiado poco. Las deterioradas ventanas del cine Central, en la misma plazoleta que el club, las de la tienda de cómics y las de las naves colindantes seguían tal cual, pese a las bombas y a los años transcurridos. Aun así, el lugar parecía devastado.

Los músicos dejaron de tocar de improviso y se esfumaron por una puerta trasera que daba al patio contiguo, como si temieran un atentado inminente. Entre la confusión, el barullo de voces y las protestas del público, Ernesto se aproximó al pequeño escenario e hizo un gesto a las tres jovencitas que ocupaban un sofá reciclado en busca de un lugar donde sentarse. La que estaba en uno de los extremos se hizo a un lado. A Ernesto le divirtió su facha. Llevaba el pelo teñido de rojo, el flequillo en punta y un moñito redondo sobre cada oreja. Cuando se hubo acomodado con la bolsa oculta entre el almohadón y la rabadilla, la chica se inclinó hacia él y vomitó una ristra de improperios contra los músicos chiflados. A Ernesto se le escapó una carcajada.

La pieza del nuevo grupo que saltó a escena era algo así como el zumbido de un tren con sirenas, bombos y explosiones convenientemente mezcladas que producían un efecto hipnótico y desolador. Los músicos iban con rodilleras y brazaletes de cuero, y hacían sonar la batería a manotazos. Un cincuentón calvo y huesudo, sentado en un taburete alto, le pasó un porro. Ernesto dio unas caladas al ritmo de la percusión. Luego se lo pasó a la chica del pelo rojo, tomó la jarra de cerveza y se la acabó de un trago.

Era tarde, el antro se había llenado de jóvenes enloquecidos, llevaba ciento cincuenta mil euros en la bolsa y Maksim Kazantev lo aguardaba en casa.

Tras introducir una moneda de un euro en una de las ranuras, las gigantescas figuras del exterior, que representaban monstruos prehistóricos, movieron párpados, bocas, picos y patas chirriando. El chileno tuvo que esquivar a varios jóvenes bebidos o drogados, que transitaban por la zona a aquellas horas agradables del verano. Frente al museo de Otto Weidt, su mente hilvanó recuerdos. Se sintió culpable por descuidar la búsqueda de Inge Weide, iniciada un año atrás. No tenía excusa, debía esforzarse en buscar a su familia alemana: telefonearía cuanto antes a Rose Hofmannsthal, la historiadora que coordinaba la red de memoriales de la resistencia

alemana.

Traspasó el portal que daba acceso al patio interior y anduvo por Rosenthalerstrasse hasta la parada del tranvía de Hackescher Markt. Las putas que se pavoneaban por la acera lo abordaron con descaro. Su altura, sumada a una estilizada delgadez de *barbies* danzantes sobre tacones altos y puntiagudos, despertó su curiosidad. Como el tranvía tardaba, paró un taxi de vuelta al sepulcro posmoderno de Prenzlauer Berg.

Maksim Kazantev le abrió la puerta del apartamento; iba descalzo, con un albornoz de astracán medio abierto cuya negrura contrastaba con su piel blanca y el color rojizo del vello de su pecho. Tenía cuarenta y cuatro años, era un poco más alto y musculoso que Ernesto, con un cráneo perfecto y los cabellos rojos rasurados al uno. Colocó los billetes en la máquina de contar y, tras verificar que estaban todos y que la numeración era la correcta, introdujo el dinero en una caja fuerte, oculta tras la fotografía en blanco y negro de un tren echando humo. A continuación se sirvió un vaso de vodka.

—¿Introdujiste lo que te di, tal como te dije? —le preguntó mientras se sentaba en un sofá de cuero blanco.

—Sí.

—¿Te vio alguien?

—Por supuesto que no. Manipulé el paquete en el baño de un locutorio de Neukölln y nadie pudo verme.

Maksim se levantó para correr las cortinas de la cristalera que daba a la terraza. Luego se bebió otro vaso de vodka y le susurró al oído:

—Quiero que te pongas el traje que más me excita. Está en una bolsa de plástico oscuro en el primer cajón del armario.

Maksim sacó un gramo de coca de una caja de plata, que con cautela distribuyó en rayas sobre el cristal de la mesa baja. Volvió a llenar su vaso y sirvió otro a Ernesto, que ya no veía con tan buenos ojos las noches de fantasía y lujuria; le agobiaban tanto sexo, tanto vicio y tanta locura. Por Maksim sentía una atracción obsesiva, a pesar de haber sido en Chile un joven reprimido a causa de su severa educación, pero el ruso se estaba volviendo fetichista y Ernesto añoraba la sexualidad cariñosa que tanto le había ayudado, cuando se intercambiaban intimidades sobre sus dispares vidas.

¡Cuánto había crecido gracias a aquel hombre que había sido como un padre!

Maksim debía comprender que la relación anduvo bien hasta que la coca empezó su trabajo. Aun así, en el baño, Ernesto se quitó la camiseta. Aunque no le hubiera pagado, según sus cálculos había ganado suficiente dinero como para despreocuparse del tema durante una buena temporada. Mas por mucho que intentara alejarse, se sentía atrapado en una dependencia que le impedía concentrarse en cualquier otro asunto en el que el ruso no estuviera involucrado. Se contempló en el espejo sin complejos y se vio esbelto. Se perdió en el vestidor; tenía talento para los disfraces, y las caladas de porro lo mantenían desinhibido. Reapareció enfundado en el traje de charol negro, con el látigo en la mano. Accionó las pantallas de plasma de los dos televisores y reguló los jadeos de las películas porno hasta un tono de duermevela. Cuando Maksim apagó las luces, el reflejo de las pantallas sumergió la habitación en el morbo escenográfico de una sala de operaciones.

—¡Aspira! —ordenó Maksim.

Atrapado por la pasión, el propósito de enmienda se vino abajo. Ernesto, con furia de arrabal, descorrió una larga cremallera y le ordenó insolente que se arrodillara junto a él. Maksim avanzó a cuatro patas con los ojos comidos por el deseo.

—Chúpamela hasta el fondo —exigió Ernesto. Maksim se aproximó a gatas balbuceando y Ernesto se dejó ir.

Un latigazo contra el suelo impuso el juego de la noche.

Concluido el ritual, abrazados en la bañera, Ernesto le dijo entre risas:

—El paquete que me entregó Stanislav llevaba un lazo, y se me ocurrió comprar una bola de adorno en un bazar turco, meter dentro el lápiz de memoria que me diste y pegarlo al lazo.

Maksim lanzó una carcajada con ojos sardónicos y le mordió suavemente la oreja.

—¡Un adorno turco!

Maksim se levantó y fue en busca de los albornoces.

—Está bien. Tu ingenio te da derecho a algo más de la paga acordada.

Desnudos bajo las sábanas, Maksim lo abrazó. Iba a repetirle que bajo ninguna circunstancia hablase con Stanislav sobre su encargo,

pero decidió no volver a hacerlo. Le susurró que a la mañana siguiente se iba a visitar a su madre, que vivía en Uzhgorod, una pequeña ciudad de los Cárpatos, y al cabo de un minuto se dio la vuelta y se durmió.

Ernesto no conseguía conciliar el sueño y empezó a sudar. La última mirada de Maksim lo había transportado a otro tiempo, cuando su padre se escapaba de casa a medianoche y él, muy pequeño, lo espiaba por la rendija de la puerta entreabierta de su habitación hasta oír el motor del ascensor. En aquella época, el niño no podía comprender por qué sus padres estaban siempre peleados. Durante su niñez y adolescencia solo la abuela Aurora le había dado verdadero cariño. Una mujer casi anciana, que no era chilena, que había sobrevivido a una guerra mítica y lejana y que vivía en Valparaíso.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta. De vez en cuando se escuchaba el motor de algún coche. Los reflejos de los faros barrían las paredes del apartamento y el zumbido reverberaba en la noche de una ciudad que cultiva el silencio a cualquier hora. Con los ojos enrojecidos, Ernesto oyó la voz grave del padre revoloteando en su interior como si fuera el estribillo de una copla siniestra, recordándole que era su hijo y que debía dejar de condenarlo.

Sentado al borde del lecho con ojos de búho, empezó a emitir silbidos y a batir palmas con la esperanza de que Maksim dejara de lanzar bufidos. Nada. De un salto se puso en pie, fue hasta el sofá de la sala y apartó la ropa que había quedado desparramada. Se durmió al entrever, bajo los párpados, la silueta de Villa Angol, la apacible hacienda donde vivieron sus abuelos Usabiaga, junto al océano Pacífico. Sus halconadas, las columnas clásicas del patio central, los arcos, la palmera, los muebles *art déco* y los escondrijos del jardín permanecían parapetados en su imaginación. Él había heredado parte de la hacienda y la casa de los guardeses. Con nostalgia, soñó que la reconstruía con la ayuda de Maksim, el primer hombre al que había amado.

A las seis de la mañana sonó el móvil de Maksim. Ernesto se despertó. Desde el salón se escuchaban palabras en ruso, entre exclamaciones inquietantes provenientes del dormitorio. Solo entendió dos palabras: Kiev y general. Cuando colgó, Maksim fue

hasta el sofá donde Ernesto trataba de dormirse de nuevo. La luz de la mañana se colaba entre las cortinas. Maksim, fuera de sí, lo agarró sin contemplaciones, lo puso boca abajo y lo penetró sin condón.

—Te doy una hora para evaporarte. Llévate todas tus cosas de esta casa. En una semana tienes que haber desaparecido de Alemania —le gritó en cuanto se puso de pie con ojos desorbitados.

—¿Qué?

Ernesto, perplejo, no sabía cómo calmar a aquel hombre que de repente había enloquecido.

—Stanislav te citará el viernes por la mañana en el hotel. Él te dará el código de la cuenta corriente del banco suizo donde abonarán tu paga. Nunca le digas que has medio vivido aquí. Nuestra relación ha terminado. Y ya sabes, si no quieres problemas, mantén la boca cerrada para que no te piquen la lengua las avispas —y apostilló—: jamás ha habido nada entre nosotros.

Maksim era temperamental, pero hasta la fecha jamás había demostrado semejante crueldad. ¿Cómo podía haber cambiado de actitud tan de repente? La llamada era el detonante. ¿Acaso había surgido algún problema con la entrega? Él había pasado el disco duro de Stanislav y ocultado discretamente el lápiz de memoria de Maksim. El problema quizá viniera de ese general de la llamada, o de Stanislav. Con los rusos nunca se aclara uno. Estaba aterrado por la posibilidad de que Stanislav hubiese descubierto lo que él había ocultado. Ernesto recogió sus cosas apresuradamente, sin conseguir apenas tragar saliva. En los minutos que le quedaban debía azuzar el ingenio en busca de un final distinto.

No podía fallar.

Durante esas dos últimas horas que pasaron juntos, Maksim se rindió entre abrazos.

—A quién coño le importa nuestra historia. Toma el dinero por el trabajo de estos meses. Si Stanislav intuye algo y lo cuenta, le volaré los sesos. Pero ocurra lo que ocurra, nunca me aborrezcas. Ya no soy el mismo y solo te pido tiempo. Soy un hombre casado, tengo tres hijos y una posición complicada.

—Quizá regrese a Chile. Aunque necesitaré más de una semana para poner en orden mis ideas.

No pensaba regresar, y menos teniendo dinero y una promesa

pendiente que cumplir en la capital de Alemania.

2

Ernesto salió del apartamento de Maksim con ideas paranoides. Echó a andar a paso vivo por Eberswalderstrasse en dirección a la parada del tranvía. Pero a medio camino cambió de idea. Se desvió para dejar la maleta en la cervecería de un amigo peruano por si necesitaba huir. Veía el espectro de Stanislav tras los troncos de los árboles de los solares abandonados y de la calle. Como el diablo Voland, de Bulgakov, soltando carcajadas estridentes. Hasta escuchaba un silbido grave en el viento que parecía preguntarle si le apetecía una partida de dados.

—¿Cómo te va? —quiso saber el peruano nada más verlo entrar por la puerta.

—Liado. Guárdame la valija un par de días, por favor. Poca ropa, libros, películas.

La voz de Ernesto resonó en el establecimiento.

—Toma algo, estoy solo. —El peruano levantó la maleta—. ¡Uf, pesa mucho! Espera que la meta en el sótano. —Volvió la cabeza para observarlo por el rabillo del ojo mientras la arrastraba—. ¿Te dejó la chica?

—Ahora no puedo contarte nada. Mañana recojo la valija, me acompañas a casa y vamos al cine.

El peruano se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Tanta premura tienes que no quieres tomar? Tu cara no miente: la chica te dejó. ¡Ah!, ahora que lo pienso, los martes libro.

Algunos fines de semana, antes de conocer a Maksim, Ernesto había trabajado de camarero en ese local. El peruano era un buen colega, pero en aquel momento no estaba para confidencias. Salió

del establecimiento.

Solo llevaba una mochila colgada al hombro con su dinero, el portátil y lo esencial. Regresaba a la habitación alquilada desde hacía un año en casa del músico alemán, Jürgen von Klüber, una habitación amplia y luminosa frente a los tilos y castaños que envuelven Landwehrkanal en uno de los cruces más bucólicos de Kreuzberg. Afortunadamente. Stanislav no conocía la casa de la calle Paul Lincke Ufer y lo situaría en la fonda para licenciados recién llegados del Este que había sido su primera morada en la ciudad y se encontraba en la zona más poblada del barrio de Neukölln. Ernesto siempre se refería a ella, en tono jocoso, como el «off Estambul».

Maksim y Ernesto habían sido cautos y, desde el principio, ocultaron a Stanislav su historia. Tan solo habían coincidido en tres ocasiones por estrictos motivos laborales. Maksim nunca le presentó a ningún empleado de su oficina berlinesa ni a nadie más. Tampoco quiso conocer a Jürgen von Klüber. Cada vez que Ernesto hablaba de él o de su música, Maksim simulaba no oírlo. No pensaba mezclarse con nadie en su presencia. Sin embargo, en más de una ocasión, lo había descubierto escuchando y grabando alguna de sus composiciones más conocidas. Buena música, aunque algo rara. Jürgen sabía de la existencia de alguien en la vida de Ernesto que, además, le daba trabajo; pero no que fuera hombre ni que fuese eslavo. A Rose Hofmannsthal tampoco le contó nada.

Ernesto se había detenido junto al puesto de bebidas donde había pedido el capuchino. No era posible compartir la confianza, los negocios y la cama con un hombre que dependía en todo momento de una organización. El reto consistía en cómo deshacerse de la fascinación vivida durante los últimos seis meses. Su necesidad obsesiva por experimentar nuevos juegos era lo que más miedo le daba. Maksim le había enseñado a ejercitar su instinto sin prejuicios, pensaba que si no se ejerce dominio y posesión sobre el otro, jamás se alcanzaba el vértigo del placer. Aún sonreía al rememorar los comentarios de Maksim ante las pinturas de Die Brucke y los diálogos picantes de los espectáculos de *burlesque* berlinés, unos comentarios que se prolongaban hasta el dormitorio.

—El compromiso entre dos hombres es complicidad y goce, jamás una atadura como las mujeres pretenden hacer a través de los

hijos. Tampoco olvides que los celos son pasión, y que las pasiones mal llevadas suelen acabar en odio y venganza.

Maksim, pese a su excéntrica amoralidad, no era mala persona. En muchas ocasiones también se dejaba llevar por la grandilocuencia y el sentimentalismo eslavo. Era cosaco, y Ernesto conocía su pasión por los libros antiguos sobre el tema. Pero ignoraba que no era ruso sino ucraniano y que se había involucrado de forma clandestina en una organización cosaca tras el estallido de la Revolución Naranja. En alguna ocasión, Maksim le había hablado de ella. Antes de las elecciones presidenciales de 2004, el entonces candidato Víktor Yúshchenko sufrió una extraña enfermedad. Maksim Kazantev fue uno de los primeros en formular su sospecha y convenció a Yúshchenko para que, sin pérdida de tiempo, ingresara en un hospital de Viena. Allí descubrieron que el mal provenía de un envenenamiento por dioxinas que desfiguró su cara y diezmó su fortaleza. Pese a ello, y con esfuerzo, se presentó a las elecciones y pasó a la segunda vuelta: la del archiconocido fraude electoral, cuando el pueblo de Kiev se congregó pacíficamente en la Plaza de la Independencia e inició la Revolución Naranja en favor de las libertades, contra el fraude y la asfixiante corrupción sistémica. Tras intensas negociaciones hubo una nueva votación. Víktor Yúshchenko ganó frente al rusófilo Víktor Yanukóvich.

Sentado en un banco de la calle mirando a derecha e izquierda, decidió que tiraría la tarjeta del móvil a un váter público tras salvar la información importante. Faltaban nueve minutos para la llegada del tranvía. Por supuesto, cambiaría de número. Stanislav no podría localizarlo y Maksim, en cuanto se le hubiera pasado el mal trago, podía encontrarlo en el teléfono fijo de casa de Jürgen von Klüber o a través del email. Disponer de una cantidad de dinero tras años de penuria le dio aplomo. Se levantó y decidió caminar unos minutos. Las desordenadas cábalas de Ernesto se diluyeron en la neblina berlinesa de aquel mediodía de julio. No corría viento ni parecía que fuese a llover. La atmósfera pesaba. Se detuvo un instante para mirar dónde ponía el pie. La acera estaba llena de losas rotas y hundidas.

Dio un rodeo hacia otra parada del M10 y pasó por delante de Mauer Park. Rose Hofmannsthal, la historiadora que tanto le había ayudado a sobrellevar su cotidianidad berlinesa hasta que conoció a

Maksim y que lo había puesto en contacto con Jürgen von Klüber, le contó que, tiempo atrás, en aquel mismo lugar había ocurrido una tragedia. Los hechos salieron a relucir cuando, tras deambular por los puestos al aire libre una tarde de mercadillo dominical, se sentaron en la hierba del parque entre teclados improvisados y gente bailando. La historia de la que le hablaba era la de una anciana del Berlín Este que se lanzó desde el balcón de un cuarto piso tratando de alcanzar el otro lado del muro. Al verla asomada al balcón, y a punto de tirarse, los jóvenes del Oeste extendieron una tela elástica para evitar el impacto. Sin embargo, la vieja erró en el impulso y fue a estrellarse contra el suelo del mismo lado. Los guardias retiraron sus restos en el acto y una tanqueta de agua limpió la sangre del suelo. Al otro lado se produjo un gran revuelo; pusieron velas, flores, y cantaron canciones de John Lennon.

Se entretuvo en el pequeño descampado que solo había visto desde el lado opuesto de la calle. Aún quedaba una parte del muro y un tablón con fotografías de la ciudad dividida. Al observar los balcones de las fotos, una certeza lo atravesó como un rayo: Maksim jamás lo empujaría al vacío desde su terraza.

La terraza de Maksim había cobrado vida en cuanto la primavera despejó los hielos. Ernesto y él pasaban horas tendidos apaciblemente al sol en tumbonas de diseño, observando los brotes de los castaños de la calle o cuidando las jardineras de la terraza. Una tarde, Maksim llegó de su despacho de un humor excelente. Ernesto le confesó sin vehemencia y como de pasada, para no provocar rechazo, que estaba harto de mover vinilos en un almacén húmedo y oscuro, y que la precariedad económica le impedía estudiar cine y dar con el rastro de su abuela alemana. Maksim le preguntó entonces acerca de su pasado profesional. Con desgana, fue revelándole las vicisitudes de *Manjares*, la publicación radical en defensa del medio ambiente que había fundado en Chile con su mejor amigo, Leandro Aparicio, y el boicot publicitario al cual se había visto sometida por parte de las empresas del cobre y del vino, que despreciaban su empeño en señalar a los responsables de que Chile siguiera siendo un espejismo.

—Finalmente, mi amigo se cansó, me dejó solo y tuve que cerrarla.

A Ernesto se le había nublado la vista.

—¿Deudas? —preguntó Maksim escuetamente y mirándolo a los ojos.

—Aún debo cinco mil euros. Pero lo peor vino luego. No puedes imaginar mi desesperación los días que pasé vagando por redacciones y casas de conocidos en busca de un trabajo. Mis colegas me despreciaban por hacer público lo que todos sabían.

Maksim se quedó pensativo. En su país también la prensa estaba amordazada.

—Como ya no creo que la política o el periodismo puedan cambiar nada, aprovecho la distancia que me da estar en Europa para pensar qué voy a hacer con mi vida.

—¿Por qué tienes tanta obsesión por la lectura?

Ante esa súbita pregunta, Ernesto se levantó sonriente para decirle:

—Te revuelve, te da vida; trastoca los puntos de vista heredados; une el pasado con el futuro, salva la memoria… —Ernesto tomó aire y declamó en tono de mofa—: y te mete en asuntos ajenos que te ayudan a cosechar lo propio.

A continuación, bajó la cabeza, extendiendo los brazos en busca de un caluroso aplauso. Necesitaba un poco de humor. Revolver la historia de *Manjares* lo sacaba de quicio.

—Te voy a hacer un regalo. *La jauría* de Émile Zola. La leí en fotocopia en Moscú en mi etapa estudiantil. Zola explica la vida de un especulador insaciable que transforma las piedras de las nuevas edificaciones de los bulevares en oro, en el París del XIX.

Cuando Maksim le preguntó por la familia, Ernesto, sentado junto a él, le contó la historia de su madre. Y, tras la explicación, sentenció:

—Mi mamá se muestra impasible ante todo, habla poco y nunca cuestiona nada. Nunca —remarcó—. Desmoraliza, porque no hay forma de sacarla del letargo mental. Está permanentemente deprimida.

Miró el cielo a través de la ventana.

—… Y mi padre, mi padre siempre fue un impresentable. Ahora vive casi todo el tiempo en San Benito, California, con la historia de la elaboración de vinos.

Días después, tras un viaje de negocios de Maksim por el Cáucaso, Ernesto se explayó con relatos del Liceo Alemán del Verbo

Divino, de Bellavista, y de la Ponti, la Universidad Católica. Pero siempre que hablaba de ello, volvía una y otra vez a Villa Angol, la casa de sus abuelos en Valparaíso.

Una noche de nieve, a principios de marzo, Ernesto le contó la promesa que había hecho a su abuela Aurora días antes de su muerte. Cuando la nombraba, transmitía una energía contagiosa.

—¡Qué diferente fue mi infancia! —Maksim se acurrucó sobre el pecho del chileno tiernamente—. Disciplina, juguetes de madera, colas, prohibiciones, miedo…, mucho miedo a la autoridad, y, sobre todo, terror al confidente. —Y, alzando la cabeza en busca de sus ojos, le confesó que, en la mili, un superior lo violó—. Nunca se lo he contado a nadie; por favor, no hagas preguntas.

Las vidas de las abuelas europeas de Ernesto despertaban en Maksim mucha urgencia por hurgar en su propio pasado y en su madre biológica, de quien nada sabía.

—Imagínate que sí, que está viva, búscala y no tengas miedo —le repetía entonces Ernesto. En esos momentos, Maksim lo miraba embobado, con una alegría interior desconocida, e incluso se olvidaba del juramento de no hurgar en el pasado que le había hecho a su padre poco antes de su muerte.

Una mañana fría pero soleada, mientras asaba en la barbacoa de la terraza un pescado del Báltico para Ernesto, Maksim le propuso un trabajo temporal bien remunerado dentro de su organización.

—Antes de darte el trabajo te presentaré a Stanislav Bromsky, pues será él quien te haga los encargos —le advirtió Maksim—. Pero jamás le insinúes que existe un lazo entre tú y yo. En nuestro trabajo no se tolera.

Maksim le contó que Stanislav, de origen tártaro, había nacido en Atyrau, al oeste de Kazajstán, adonde fue a parar su familia, deportada por decreto de Stalin; que en la actualidad era ciudadano de la república autónoma de Crimea, en el extremo sur de la república de Ucrania, y que era un programador informático muy reconocido. Pero le ocultó la labor que ambos desempeñaban en los servicios secretos ucranianos. Sin embargo, una noche, poco tiempo después, Maksim le reveló que Stanislav era un *razvedchiki* cibernético, algo así como un *hacker* tártaro encargado de explorar territorio enemigo por encargo de algún Estado. Y Ernesto lo imaginó como a un sicario cibernético.

Cuando Maksim estaba de viaje, Ernesto trataba de evitar los tiempos muertos que una existencia sin normas ni rutinas podía producir cuidando tres matas de margaritas que había plantado en un tiesto en el alféizar interior de la ventana de la cocina. Como era invierno y no crecían, compró lámparas especiales de las que se usan con las plantas de marihuana. También paseaba por las calles desnudas de Berlín, cuyo paisaje, sin el verdor de la vegetación, con frío y panza de burro en el cielo, mostraba las heridas de la guerra con una autenticidad perturbadora.

La mañana en que regresó a la habitación de Paul Lincke Ufer decidió que no podía perderse en vaguedades. Debía ocultar el dinero en un lugar seguro de la casa y mandar cinco mil euros a Chile para saldar sus deudas con Leandro Aparicio. También pretendía ponerse en contacto con su madre o con Herminia. Hacía más de un mes que no atendían al teléfono, y el crudo invierno chileno, tras los problemas de salud padecidos los años anteriores, era una amenaza para los pulmones de su madre que podía dañarlos de forma irreversible.

Eva Ramírez, separada de su padre definitivamente hacía trece años, compartía con Herminia Wojkiewicz una casita de una planta rodeada de un pequeño jardín en el apacible barrio de Bellavista. Ambas eran amigas desde el orfanato católico al que fueron a parar de muy crías. Los años en que la salud se lo permitía, su madre daba clases de literatura alemana en una escuela de Santiago a cambio de una paga escasa. Desde que Ernesto estaba en Europa, también vivía del alquiler del apartamento de Providencia, donde Ernesto había vivido los últimos años de universidad y tuvo su sede la revista. Su madre era una mujer abatida, que se mostraba casi siempre ajena, en un infinito brumoso. Pocas veces daba su opinión sobre algo, y cuando hablaba de literatura lo hacía como si hubiera olvidado lo mucho que había leído.

¿Cuándo oyó decir por vez primera que su madre había estado en una celda de castigo?

De lo que no cabía duda era que su madre, tras el golpe de Estado, estando presa había sido torturada. El padre de Ernesto, un joven coronel del Ejército chileno, fue quien finalmente la interrogó. Lo que no estaba claro, como en más de una ocasión le había sugerido su buen amigo Leandro Aparicio, era si su padre,

además de interrogarla, también la había violado.

Ernesto Usabiaga seguía sin saber qué había de verdad en aquello y por qué su madre ocultaba la existencia de Inge Weide (su madre). En las sobremesas familiares nunca habían hablado seriamente de casi nada. El misterio predisponía a un sinfín de conjeturas y él había ido a Berlín en busca de pistas que pudieran ayudar a desvelarlas. Pero la obsesión que ahora torturaba a Ernesto se llamaba Stanislav. Cuanto más pensaba en él, más miedo sentía. Stanislav, un tipo frío y calculador, un sádico de labios finos, ojos negros, carrillos chupados, tez oscura y cuerpo espigado, que decía que la sumisión da dinero y la traición se paga con la vida mientras se tocaba el bolsillo donde llevaba la pistola. Ernesto tenía claro que Stanislav, que desconocía la piedad y los escrúpulos, mostraba la crueldad del resentido en cada uno de sus actos. Y daba por supuesto que Stanislav sí sería capaz de recurrir al veneno o empujarlo al vacío desde cualquier precipicio para deshacerse de él.

A medida que avanzaba en dirección a la casa de Paul Lincke Ufer, veía con mayor claridad que lo de la llave y la cuenta en Suiza no habían sido ideas de Maksim, sino tácticas de Stanislav para tenerlo controlado. Pese a no conocer el contenido de lo que entregaba, Ernesto llevaba la cuenta de los pases. Y se acordaba de algunos de los teléfonos de los contactos, que hablaban un pésimo alemán con fuerte acento eslavo. Podía recordar rostros, direcciones, fechas. Ernesto también conocía el hotel donde se hospedaba Stanislav cuando viajaba a Berlín: el Hyatt, de Potsdamer Platz.

La noche en que Maksim se lo presentó, cenaron en la terraza de la cantina Degli Angeli, en Bergmannstrase, bebieron mucho vino y el interrogatorio al que le sometió fue implacable. Ernesto tuvo el acierto de parecer corto de miras y no habló de la revista. Consiguió ser cauto con una naturalidad que a él mismo lo dejó perplejo. Luego pensó que sus abuelos le habían enseñado a afrontar las situaciones difíciles desde pequeño y que había recibido una educación exquisita. Pese a encontrarse a miles de kilómetros pisoteando lo que tanto le habían enseñado, conocía las reglas y necesitaba el trabajo. Pasó la prueba.

Ernesto recordaba como si la escuchara de nuevo la intimidad que le contó sin venir a cuento, tras el quinto vaso de vodka,

mientras Maksim estaba en el baño: «El sexo hay que practicarlo con las profesionales que mejor se entreguen. Si alguna te atrapa, nada de cuelgues. Una mejor te espera en internet o en la habitación de un hotel. Y en ciertos hoteles hasta tienen mazmorra». E hizo un gesto con el puño mientras con la otra mano simulaba una vagina y se le iluminaba el rostro.

La única ocasión en que establecieron cierta intimidad real fue tras la cuarta entrega, cuando Stanislav puso a prueba su hombría. Una tarde lo citó en la suite del Hyatt, donde aguardaban una travesti colombiana y una chica de Tallin, ataviadas con lencería extrema. Ernesto mantuvo relaciones con esta última, que, en un momento dado, dejó escapar una advertencia contra Stanislav en un susurro, mientras hacía como si le lamiera la oreja. Dedujo que no era una profesional de agencia ni de la calle, sino más bien una mujer desesperada y sometida. Aparentó no oírla e hicieron el amor. En algún momento, Stanislav abrió un armario y Ernesto reconoció al instante varios discos duros, aparatos electrónicos, cables de ordenador y dos pistolas.

Al volver a casa, dudó sobre la conveniencia de informar o no a Maksim de la juerga. Decidió que era mejor no hacerlo.

El tranvía era el transporte más directo para ir a Kreuzberg. A medio camino reconoció las enormes lagartijas verdes pintadas en las paredes lisas de los bloques de viviendas de Bersarin Platz, en el barrio de Friedrischshain. Había acompañado varias veces a Jürgen hasta aquella plaza, que era puro Este. Iban a Dense, una de las tiendas de vinilos donde Jürgen hablaba de otros músicos con el chico que atendía, además de escuchar novedades, el mismo lugar donde Ernesto descubrió por su cuenta a un compatriota, un músico de renombre, Ricardo Villalobos. Días después consiguió entrevistar al músico chileno para el fanzine de unos amigos en Santiago. Escribir siempre le aligeraba la existencia.

El sonido de las ruedas del tranvía deslizándose suavemente lo transportó, de nuevo, ante la chica más guapa de la pensión turca de

Karl-Marx

Strasse, el lugar donde se había hospedado en Berlín al llegar de Girona, el 19 de abril de 2006, con heridas en la sien y en la mandíbula, sin perspectiva de futuro y muy desorientado.

Los turcos que regentaban la pensión eran rudos, apenas hablaban alemán y no sabían dónde estaba Chile. Era una familia muy numerosa y ninguno dirigía la palabra a los huéspedes, solo gesticulaban entre ellos e iban a lo suyo. Un barbudo moreno con una barriga prominente, que siempre llevaba un periódico en la mano y vestía chilaba, exigía a diario el pago de la habitación mediante un brusco movimiento de mano, el ceño fruncido y la mata de pelo de las cejas erizada. A cualquier hora, el pasillo olía a guisos y a especias. Y por las noches, las mujeres, tocadas con velos de vivos colores y una especie de batas floreadas que en algunos casos llegaban al suelo, devoraban las series de los canales turcos en la cocina, al fondo del área prohibida a los clientes. Mientras, los hombres jugaban a las cartas o al backgammon y fumaban *shisha* en una sala contigua, donde en algún momento cualquiera de ellos se echaba a dormir.

En la pensión solían alojarse emigrantes recién llegados de países del Este y de las antiguas repúblicas soviéticas, que observaban de reojo a las jóvenes turcas. Algunas repelían las insinuaciones con miradas de recelo y amenaza, huyendo por el pasillo para esconderse en el laberinto de habitaciones privadas y reaparecer cubiertas con capas oscuras. Otras parecían encantadas y hubieran seguido la juerga a no ser por los gestos, casi violentos, de sus hermanos. En los dos meses que Ernesto vivió en la fonda nunca llegó a saber el número de habitaciones ni su disposición. Alquilaban cuatro que daban al jardín abandonado de la parte trasera del edificio. Los árboles y las ventanas transformaban lo lúgubre en decente y luminoso.

Ernesto solo se relacionó con una de las chicas, la más esbelta, la que menos hablaba y siempre leía. Sus movimientos pausados y su voz clara contrastaban con los gestos y los vozarrones del resto de la comunidad.

Su afinidad quedó clara la cuarta mañana de estancia en Berlín.

Ernesto ya había dado con el callejón del museo de Otto Weidt y se encontraba algo más animado. Fue entonces cuando chocó con Nazand en el rellano de la escalera de la pensión. La chica lo miró fijamente antes de cubrirse la cabeza con un velo celeste. Sus ojos saltones, de un verde que intimidaba, habían advertido sus magulladuras, aún visibles.

—Soy Nazand —le dijo de frente, y extendió la mano con delicadeza.

Irradiaba paz. Aquella noche ya intimaban en el cibercafé contiguo al portal de la pensión. En Berlín, una mujer de otro mundo se había dado cuenta de la angustia que lo carcomía por dentro.

—Eran tres, iban encapuchados y me cosieron a palos en un parque público de Girona. No los conocía de nada.

—¿Te robaron? —preguntó ella.

—No, no. No se trataba de eso. Pero ahora ya no estoy en Girona, estoy aquí, y necesito un trabajo. Tampoco puedo regresar a mi país. Allá soy un apestado y nadie me acogería.

Por mucho que llevase la cabeza cubierta y mantuviese el decoro, los turcos que llenaban el local observaban inquietos cómo una de las suyas coqueteaba con un extranjero. Nazand era diferente a las demás musulmanas por algo más que su belleza y el clan donde había nacido. Ninguno de aquellos hombres se atrevía a intimidarla como hacían con las otras. Ernesto percibía cuchicheos a su alrededor, pero mantuvo la compostura, midiendo la sonrisa y los gestos en todo momento por temor a las costumbres musulmanas.

Un día, Nazand descubrió cómo entrar en la habitación de Ernesto sin ser descubierta. Por ahí se coló una intimidad que Ernesto necesitaba tras los trances en los que se había visto envuelto.

Nazand le contó la historia de un pueblo perdido en un lago rodeado de flores, próximo a la frontera norte de Irak, y la de un muchacho a quien iban a ejecutar. Por lo visto, el muchacho pensaba emigrar a Alemania para casarse con ella antes de que lo detuvieran. Nazand también le contó cómo el nacionalismo turco segaba al pueblo kurdo atrapado en Turquía. Lo hizo sin sentimentalismo. Ernesto supo entonces que muchos turcos de Berlín eran exiliados kurdos.

—Me gustaría ir a la universidad. Estudiar Derecho o Medicina, ayudar a los míos. Aunque lo que más me tienta es la Historia —afirmaba Nazand mientras repasaba los títulos de los libros y películas que Ernesto amontonaba en la estantería. Cogió un libro de Rilke.

—¿Te gusta la poesía? —le preguntó él, seducido por una candidez que hasta entonces no había visto en Europa.

Ambos permanecían acurrucados, contemplando la luna a través de la ventana abierta de la habitación, sin rozarse.

—Aún no sé lo suficiente. Leo y releo a Evdilê Gorani, y en voz alta repito las historias que más les gustan a mis dos hermanos pequeños.

Ernesto recordaba la noche en que le dijo que había encontrado una habitación confortable en casa de un músico alemán, al otro lado del canal, en Paul Lincke Ufer. También que el alemán le había propuesto un trabajo en un almacén de vinilos. Y pensaba ahora que la joven kurda, a quien no había vuelto a ver, podría recordar las señas y ponerlo en peligro al dárselas a Stanislav, o a cualquier ruso que se lo preguntara, sin intención de hacer daño.

La mañana en que Jürgen fue a buscarlo en su camioneta para conducirlo a la nueva casa, Nazand, antes de ayudar con los bultos y saludar al alemán con la misma exquisitez que guardaba con él, les ofreció una infusión con sabor a anís. Jürgen, impresionado por la dulzura de la muchacha, o con ganas de saciar su ego, le dio una tarjeta, además de invitarla a un concierto en la Kleiner Saal del Konzerthaus, mientras le explicaba lo buen músico que era, con una oratoria ordenada entre entusiastas acotaciones. La muchacha asistió al concierto.

Ernesto no había vuelto a Karl-Marx-Strasse. Un año después se veía obligado a hacerlo con urgencia, reprochándose no haber prestado más atención a aquel otro susurro inocente. Quién sabe si tras él estaba la dicha.

3

A las siete de la mañana, Ernesto abrió de par en par los ojos. La habitación se le apareció como en sueños. Llevaba cuatro noches durmiendo en casa de Jürgen. El músico seguía de gira en Estados Unidos. Los rayos de sol se colaban, tenues, a través de la cortina del ventanal. Lo deleitaban el aroma y la frescura que desprendían los castaños empapados por la llovizna caída durante la noche. Encendió un cigarrillo y apoyó la espalda en la almohada. Cuando trabajaba en la revista, jamás se habría imaginado nada semejante sin rendir tributos ni temer a las habladurías.

Permaneció recostado durante un buen rato, contemplando la estancia; el armario, la mesa de trabajo, el sofá, el espejo, los libros de historia europea del siglo XX ordenados por temas, junto a los deuvedés de los documentales que consideraba indispensables. Se fijó en la reproducción de una pintura neoexpresionista que colgaba de la pared, una inquietante obra de Rainer Fetting en la cual podían verse seis figuras desesperadas, con el agua hasta la cintura.

Luego saltó de la cama desnudo y se plantó ante el espejo. Inconscientemente, se recogió la cabellera hacia arriba, dejando las orejas a la vista. Estaba convencido de que Maksim reaparecería. En numerosas ocasiones le había confesado medio en broma que jamás hombre alguno le había despertado tanto deseo. Ernesto, al recordar este tipo de halagos, sentía una irresistible ansia. Pero tenía que rehacer su existencia en Kreuzberg. En cuanto se sentía culpable por haber aceptado aquel cuerpo pelirrojo y potente y aquel trabajo secreto, bajaba volando la escalera, subía a la bicicleta y pedaleaba por la senda de tierra que bordea el canal bajo las sombras de una

vegetación espesa hasta un prado donde leía al sol alguno de los libros que Rose le había recomendado. Cuando las lecturas de la guerra lo agobiaban, se iba a comer una pizza a la terraza de una *trattoria* que estaba abierta a todas horas, punto de encuentro de pacíficos marihuaneros. La algarabía proveniente de las mesas siempre llenas del exterior oxigenaba sus preocupaciones. Una graciosa camarera argentina, algo rellenita, le servía una pizza sin tener que esperar la media hora de rigor. Se llamaba Graciela y, en cuanto podía, se sentaba frente a él y le contaba peripecias de su compañía de teatro, aprovechando que Ernesto siempre iba a comer a las horas en que había menos gente.

El martes, tras recoger la maleta e ir al cine con el peruano, cenaron juntos en la *trattoria* y luego Ernesto aguardó hasta el cierre sentado en el puente del canal. Graciela le propuso ir a un local bohemio de Weserstrasse. En cuanto entraron en el bar vio el cartel que colgaba al otro lado de la barra: «*Congratulation. You just left the hetero-normative sector*». El agradable murmullo de las conversaciones traspasaba las bocanadas de humo. Graciela y Ernesto intercambiaron desordenadamente retazos de sus vidas. Acabó durmiendo con Graciela; Ernesto estaba decidido a probar con las mujeres. Por mucho que hubiera vivido una historia homosexual mantenía sus dudas. ¿Buscaba apoyo masculino por falta de padre, placer con hombres o ambas cosas a la vez? Se citaron otro día pero estaba claro que, en cualquier caso, Graciela no era la mujer de su vida.

De nuevo en casa, Ernesto comenzó a escribir un correo a Leandro Aparicio en el que le anunciaba el envío de dinero por correo postal y su intención de quedarse un año más en Berlín para estudiar cine.

En septiembre de 2005, Leandro había abandonado su pasión por el riesgo, las artes y los asuntos de la revista en favor de la familia y un trabajo bien remunerado. Ernesto, antes de echar el cierre, había denunciado en un artículo el pago de comisiones ilegales a políticos por parte de una multinacional eléctrica, gestionada por un tío de Leandro. Con la excusa de la construcción de una inmensa presa para la producción de energía eléctrica, las transnacionales se apropiaron de una buena porción de territorio mapuche e inundaron territorios que los mapuches consideraban

sagrados. Desde entonces, su antiguo colega había tenido otro hijo y él había experimentado en Europa dos aventuras en las antípodas de lo que se suponía que debía ser su vida. Ernesto había roto con casi todo sin saber aún en qué clase de persona se estaba convirtiendo.

Continuó escribiendo: «Querido Leandro. He ganado mucha plata traficando secretos al servicio de un ruso que ha sido mi amante. Un amante que me ha enseñado a dinamitar el mundo heredado. No sabes, Leandro, lo mucho que he aprendido y lo apasionante que resulta ponerse un antifaz y perder el pudor. Con imaginación, la angustia a la que la costumbre te condena se desvanece e inventas un nuevo principado, sin más reglas que las que exige la sensación». Borró dicho comentario del email, pero le dio un ataque de risa al imaginar el susto que se habría llevado su amigo al leer la crónica de su historia con el ruso.

A continuación se masturbó, recreando en su imaginación escenas que había vivido con Maksim.

Pasó la tarde del viernes buscando en Google bibliografía sobre el periodo entre el fin de la primera guerra mundial y 1948. Cuando miró el reloj y se dio cuenta de la hora maldijo la pantalla del ordenador: Rosa Luxemburg Platz estaba a media hora en metro. Se le había pasado la sesión de tarde del cine Babylon y no llegaba a *Katyn*, de Andrzej Wajda. Decidió entonces leer *Historia de un alemán*, de Sebastian Haffner, en un chiringuito bajo los tilos, junto al canal Landwehr. En algún momento abandonó la lectura para llamar a Montse Campins, que dirigía un espacio de arte experimental en Girona y estaba al corriente de sus peripecias con el hombre que lo había traído a Europa. Durante los tres meses que Ernesto pasó en la pequeña ciudad catalana, Montse y él se habían hecho amigos y fue ella quien le prestó los dos mil euros con los que pudo huir a Berlín. Serían las nueve de la noche cuando en el Centre
d'Art
Sant Dionís le comunicaron que Montse estaba en Bogotá montando una exposición.

Más tarde, Ernesto se acercó al barrio gay de Berlín Oeste, que no conocía. Al salir de la estación de metro, durante un buen rato consideró qué hacer, mientras contemplaba embobado los coches y

autobuses. Las calles arboladas que circundan los alrededores de Nollendorf Platz estaban en semipenumbra. A los berlineses les gusta contemplar las estrellas con cielo despejado. Al final decidió cenar en la terraza de un apacible restaurante paquistaní, en Maassenstrasse. Luego disfrutó como un niño de los sabores de un helado en el café Berio y deambuló por Motzstrasse, observando de soslayo los escaparates de correajes, prendas y juguetes sexuales hasta que se encontró en un antro lleno de hombres rapados, en Martin Lutherstrasse.

La mayoría de los tipos vestía pantalones de cuero negro ajustados y llamativas camisetas naranjas, rojas, amarillas. Algunos llevaban cinturones, *piercings* y pulseras de remaches. Casi todos permanecían expectantes y algunos deambulaban de un extremo a otro bebiendo cerveza, olisqueándose entre sonrisas fingidas y provocando roces como gatos en celo. Ernesto escuchaba los acelerados latidos de su corazón, así como los pasos de las botas militares y de los botines puntiagudos que se perdían entre los escalones ruinosos que bajaban a la caverna. La tensión casi se respiraba. Con la boca reseca, un ligero escozor en los ojos y sin saber si se atrevería a bajar, se fijó en un cuarentón alto y robusto que no llevaba camiseta. Aunque rapado, tenía una franja de pelo rasurado en medio de la calva; los ojos cenizos resultaban abrasivos, y en las facciones arias bien proporcionadas se dibujaban las huellas del alcohol.

El hombre se plantó delante de él acariciándose el labio superior con la lengua hasta que se quedó rígido como una esfinge presumiendo de abdomen musculoso. Junto a ellos, una pareja se restregaba obscenamente los pezones y las nalgas con una expresión en el rostro de las que uno no olvida. Ernesto rechazó el flirteo por un repentino temblor en las piernas y se refugió en la esquina más solitaria de la barra, dispuesto a beberse unas cuantas cervezas de más hasta ver qué hacía. Añoraba las embestidas con la sensualidad explosiva que ponía Maksim en el acecho. Solo el paso del tiempo borraría la atracción que sentía por el cosaco. Con el cuerpo adulterado por el alcohol festejaba, sin embargo, la cadena de insensateces vividas desde que salió de Chile; sonrió por vez primera en el antro.

—¿De dónde eres? —le preguntó el chico que servía.

Ernesto se azoró. Tras una conversación banal, el otro le pidió el número de móvil para invitarlo a una fiesta a mediados de mes en un club de Friedrischshain. Había sido un ser reprimido en Chile y, ahora, se había convertido en un ciudadano corriente en Kreuzberg. Disfrutaba de la sensación de poder relajar las costumbres impuestas en el Liceo Alemán del Verbo Divino y en la Universidad Católica. Por fin aspiraba a un tiempo nuevo y definitivamente suyo. Pero ¿era posible crecer sin ataduras ni dependencias afectivas?

Apoyado en aquella barra que olía a alcanfor, Ernesto aceptó que era tan voluptuoso como Maksim. Aquel hombre enloquecido y caprichoso, con una fiereza auténtica y naif, lo había embriagado. Si en alguna ocasión volvía a enrollarse con un hombre, sería con un doble de Maksim. Por el momento, estaba decidido a abandonar las cacerías y a emplear su tiempo en la búsqueda de Inge Weide.

El tipo que presumía de abdomen musculoso se había ido con otro; el de la barra no paraba de servir copas, y las miradas de varios tipos acechándolo, pese a la excitación que le producían, lo intimidaron. Ernesto salió precipitadamente del antro.

En el aparato de música sonaba, a lo lejos, una pieza electrónica de Moritz von Oswald. Echado sobre la alfombra de su habitación, mirando al techo y sin saber la hora, se preguntaba: «¿Puedo quedarme en esta casa y en esta ciudad a pesar del peligro que corro en ellas?».

La soledad estimulaba hasta tal punto su imaginación y su sentido del humor que Ernesto mezclaba los peligros verdaderos con las tramas de las novelas policíacas que había leído. Pensaba enviar a una revista literaria de Chile breves narraciones de suspense situadas en países centroeuropeos. Por el momento había resuelto uno de sus problemas más acuciantes, el económico, sin vender la pequeña hacienda que había heredado. Además, lo que nadie sabía todavía, y pensaba mantener en secreto, era que le acababan de anunciar por carta la concesión de la doble nacionalidad, gracias al origen español de su abuela paterna. Quim Vilardell, el hombre de Girona que le ayudó a salir de Chile e inició su expediente, pese al desastroso final de la historia, había demostrado ser un hombre de palabra.

Pero necesitaba comunicarse con Maksim para saber qué

pensaba acerca de su decisión de quedarse en Berlín. Encendió el ordenador, aunque lo apagó enseguida. No iba a enviar ningún mensaje a Maksim desde el *router* de Jürgen. Confiaba en su examante pero, por alguna de sus conversaciones, sabía que el entorno en el que este se movía era muy peligroso. Stanislav Bromsky, por ejemplo, era un *razvedchiki*, un *hacker* soldado; e ignoraba casi todo acerca de Rusia, y los periódicos no dejaban de publicar escabrosas noticias sobre las mafias rusas, los servicios secretos y la corrupción generalizada. Y él había actuado de enlace entre no sabía quién ni para qué.

Se acercó en bicicleta al locutorio de Wienerstrasse. Estaba lleno de turcos, de jóvenes alternativos y de traficantes de marihuana africanos. Sobre el teclado había un pedazo de pizza envuelta en papel grasiento, que apartó de un manotazo. Ernesto escribió a Maksim desde una dirección de correo que apenas usaba. «Quiero quedarme en Berlín hasta descubrir la historia de mi abuela alemana. Debo hacerlo, pero temo encontrarme con Stanislav». Frente a la pantalla dudó en cómo despedirse. Puso al fin: «Ha pasado poco tiempo y ya te extraño. Regresa pronto».

La posibilidad de alquilar un piso se le ocurrió bajo los frondosos tilos de la terraza de uno de esos cafés próximos a la casa, atiborrado de candelabros, estatuas, espejos rococó y gramófonos plateados. Jürgen le había anunciado por email su regreso a finales de julio. No había terminado de leerlo cuando se le ocurrió que los servicios secretos rusos podían estar alerta y buscarles las cosquillas al músico y a él. La angustia revolvió el café con leche que se había bebido. Lo más prudente sería alquilar un apartamento si decidía asumir el riesgo de quedarse, a pesar de que Maksim le ordenara lo contrario. No quería poner a Jürgen en un aprieto.

Tener casa propia representaba un paso hacia la independencia. Por otra parte, Jürgen era un ególatra pagado de sí mismo que en ocasiones se mostraba tenso e inaguantable, y cuando se cruzaban por el pasillo lo miraba con cara de sapo y ni siquiera daba los buenos días, quizá porque en la cena de la noche anterior Ernesto no lo había presentado a sus conocidos de la tienda de vinilos como el compositor más innovador de Berlín.

Jürgen también podía ser un hombre atento, como cuando lo agarraba por el brazo, antes del primer café, y lo invitaba al bar de

Görlitzer Park, en el centro de una antigua estación bombardeada. En aquel pequeño edificio del parque, decorado con muebles abandonados de la calle, Jürgen von Klüber se sacaba de la manga sorprendentes ocurrencias sobre música, arte, economía o política con tanta precisión como entusiasmo. A Ernesto le hacía gracia ver cómo se quitaba de los labios, sin dejar de hablar, la espuma blanca del capuchino con un pedacito de servilleta de papel, que cortaba con una perfección tan estudiada como enfermiza. Jürgen tenía un poder de concentración portentoso y una voluntad de hierro. Cuando se metía en el estudio pasaba horas y días componiendo y tocando el piano. Tardaba meses en dar por buena una composición.

Habían sido inseparables hasta que Ernesto conoció a Maksim y Jürgen inició las giras. Lo más estimulante de aquellos meses fue que este olvidó las penas tras una ruptura sentimental, compuso como nunca y Ernesto entró en las redes de la música por dos vías aparentemente discordantes: la clásica y la electrónica.

Al padre de Jürgen le interesaba la isla de Pascua y en una ocasión almorzaron juntos en el último piso de un restaurante elegante, cercano a Potsdamer Platz, al cual se accedía mediante un ascensor de cristal adosado a la fachada. Era un conocido empresario farmacéutico que vivía en Colonia. Su generación había reconstruido Alemania tras un horror sin paliativos. La charla fue entretenida e introdujo a Ernesto en algunas de las claves de lo que había vivido Alemania en el siglo XX.

—El siglo empezó mal. Ninguna otra nación puede negar el amarre de su flota comercial en los puertos de África y Asia, como hizo Inglaterra en 1905 con Alemania. Les disgustaba que el puerto de Hamburgo superara al de Southampton y que el Imperio alemán tratara con el Imperio otomano la construcción de una línea férrea Berlín-Bagdad para transportar petróleo. El temor franco-inglés a que el Imperio alemán pudiera unirse al austrohúngaro y aliarse con el otomano asestó el golpe mortal al continente, además de exacerbar los nacionalismos.

El empresario había percibido que la historia y la literatura de los imperios centrales despertaban la curiosidad del amigo de su hijo.

—Pueblos, religiones y culturas cohabitaban en un equilibrio

precario pero satisfactorio. El nacionalismo los cuarteó y el egoísmo impuso el odio racial. Alemania es el ejemplo más claro: llegó hasta la autodestrucción.

Las interpretaciones de Von Klüber padre eran jugosas. Ernesto también buscaba testimonios. Una de sus lecturas más recientes, *El mundo de ayer*, de Stefan Zweig, le había impresionado.

Von Klüber le contó detalles de su deportación en 1945. Jürgen estaba perplejo: su padre jamás hablaba del tema ante extraños.

Cuando tenía doce años, los soviéticos, después de ejecutar al abuelo y a todos sus tíos en el jardín con una ráfaga, los desalojaron de la villa de la Prusia oriental que había pertenecido a la familia durante más de cuatrocientos años. Con su madre y su abuela —su padre había desaparecido en Bielorrusia—, recorrieron, primero en carro y luego a pie, caminos sin fin en uno de los inviernos más gélidos del siglo. Más tarde, los invasores los obligaron a subir a vagones de ganado sin saber muy bien adónde se dirigían. Los restos de las ciudades alemanas estaban siendo arrasadas por la tormenta de fuego de la aviación británica. El mundo de los abuelos, despojados de su memoria, se había desmoronado para siempre.

—Mi familia salvó cuatro fotos, un libro de Goethe firmado por el autor y un collar de perlas. —La mirada del hombre atravesó la cristalera—. Eran prusianos pero, aun así, nunca confiaron en Hitler ni dejaron de negociar con judíos de Estados Unidos y de Marruecos.

Antes de irse, pagó la cuenta e insistió en que Jürgen y Ernesto se quedaran en el restaurante disfrutando las vistas del nuevo Berlín y tomando tranquilamente café. Tenía prisa. La camarera le trajo el abrigo, un abrigo de espiga gris, elegante, que le llegaba hasta los tobillos. El corte realzaba su figura. Era un hombre resuelto y enérgico, de más de un metro ochenta y cinco, con el cabello cenizo y los ojos claros. Camino al ascensor, se volvió y fue hasta la mesa:

—Mi socio es un francés de Nancy. Hace cien años semejante asociación habría representado una afrenta al Segundo Reich alemán. Algo hemos avanzado.

Y desapareció.

Ernesto no pudo evitar pensar en el pánico que debía de haber padecido su abuela Inge Weide, de quien seguía sin saber casi nada,

en la Alemania nazi. Por vez primera, pensó en la posibilidad de que algún familiar suyo, además de su madre, pudiera haber sobrevivido al fin del mundo.

Ernesto esperaba la respuesta de Maksim. Desde hacía días también le inquietaba la falta de noticias de su madre, así que trató de desviar su preocupación hacia otro asunto.

Desde que había regresado a Paul Lincke Ufer, había comenzado a obsesionarse con el recuerdo de la fragancia que desprendía la piel de Nazand. Y más aún desde la desazón que le provocó el bar gay y la noche medianamente aceptable que había pasado con Graciela. Ernesto, de nuevo en la calle, pasó al otro lado del canal para acercarse a la pensión kurda. Recorrió los tres kilómetros en bicicleta. Le gustaba mezclarse con la algarabía oriental del barrio de Neukölln como en los primeros meses. Se detuvo en Media Markt en busca de un disco duro de 500

GB

. Había extraviado un lápiz de memoria con música y pensaba visitar a sus antiguos compañeros de trabajo y de paso grabar películas y documentales. Ató la bicicleta a una farola y paseó durante un buen rato por la acera de Karl-Marx-Strasse hasta la plaza, sin reconocer a ningún turco de la pensión entre la gente que merodeaba por la zona. El cartel había desaparecido. El responsable del restaurante turco, junto al portal, le informó de que habían cerrado la pensión, la familia se había trasladado a Hamburgo y la vivienda era ahora una pequeña mezquita. El turco se mantuvo muy tieso en la puerta del establecimiento, blandiendo el mostacho y sonriendo a los amigos de la tienda de enfrente. Desanimado, se bebió un par de cervezas con los jubilados alemanes del Berliner Kindl de la esquina de

Karl-Marx

Platz.

Mientras esperaba el turno en la caja de la frutería de la otra esquina de la plaza, recordó los lápices de memoria que en tres ocasiones Maksim le había ordenado camuflar en el material que le pasaba Stanislav. Maksim se lo había repetido hasta la saciedad: Stanislav desconocía el asunto. Sin embargo, aunque Ernesto pretendiera controlar el miedo con explicaciones que él mismo se daba, no sabía hasta qué punto le acechaba un peligro. Eso sí, había

llegado a la conclusión de que esas entregas camufladas eran lo que realmente le protegía y el secreto que lo uniría a Maksim de por vida.

Regresó a casa y abrió el ventanal de su habitación. Estaba en una ciudad destruida, sin industria, sesenta años después de la contienda contra la población civil más atroz de todos los tiempos. Algún día podría filmar este paisaje. Si finalmente asumía el riesgo de quedarse, alquilaría un piso en otra zona de Kreuzberg y, una vez resuelto el misterio que encerraba la vida de su abuela, se matricularía en Die Arche, una escuela de cine autogestionada donde los alumnos que superan los cursos asumen en los siguientes las tareas de profesor. La escuela estaba en una vieja fábrica restaurada, en Zossenerstrasse, junto al río Spree, en el mismo Kreuzberg.

Asomado al balcón, Ernesto se entretuvo mirando un par de urracas. El plumaje combinaba el blanco con el negro. La pareja volaba entre los tilos, álamos y castaños del borde del canal y ascendía hasta las ramas más altas con algo vivo en el pico. Cerró los ojos y vislumbró las gallináceas chilenas sobrevolando las aguas turquesas del lago de Todos los Santos, junto a la frontera argentina, entre Puerto Montt y Bariloche. También el buitre que una tarde de primavera devoró los restos de una res enorme ante sus ojos y los ojillos chispeantes del empresario de Girona que lo acompañaba, Quim Vilardell, el primer hombre con quien se había acostado. Fue el 10 de diciembre de 2005, en un hotelito alpino de un valle labrado por glaciares donde, entre rápidos y cascadas, serpentea el río Petrohué.

A la mañana siguiente, Ernesto seguía sin noticias de su madre ni de Maksim. Sonó el teléfono fijo.

—¡Ernesto! ¡Ya era hora! No te encontraba por ninguna parte, pensé que te habías ido a Nueva York, con Jürgen.

Rose Hofmannsthal le aclaró el motivo de su llamada:

—He de decirte algo importante. Helga Goldstein, la especialista en judíos desaparecidos de la que tanto te hablé, ha llegado de Viena y nos ha citado el martes a las nueve en las oficinas de Zentralrat der Juden auf Deutschland (Consejo Central de los Judíos en Alemania). Querría verte antes, pero en cualquier caso te llamo el lunes.

Ernesto le dio su nuevo número de móvil y ella le confesó, ufana, que se había emparejado con el corresponsal de un periódico sueco llamado Leonard.

4

En 1995, cuando Ernesto tenía veinte años, estaba en tercero de periodismo y era un ingenuo idealista, su abuela Aurora se debatía entre la vida y la muerte en Villa Angol, la casa solariega de Valparaíso, en lo más alto de una loma, en el extremo de la bahía. La vieja casona de los Usabiaga, rodeada de balcones de madera y pintada de ocre, tenía dos plantas, el tejado acabado en punta y una fuente andaluza en el centro del patio porticado al que daban las habitaciones. En el patio, además de rosales, lilas y plantas olorosas, había una palmera que sobrepasaba la vivienda. Atada al tronco con una larga cadena vivía una cotorra que, pese a las pulmonías invernales, sobrevivía milagrosamente, como homenaje a Gabriel García Márquez, el autor por el que la abuela sentía devoción.

Uno de los fines de semana en que Ernesto visitó a la enferma, a principios de verano, doña Aurora le habló de un tema tabú.

—A mi padre lo fusilaron los franquistas. Nunca supimos dónde. Había sido magistrado de Valladolid durante la República. Dos años después estalló una bomba en la casa de Madrid donde mi madre y mi hermana Antonia se habían refugiado; ni siquiera sé dónde están enterradas. Jamás he querido volver a pisar España. Ese país desapareció con ellos. Tu abuelo me ayudó mucho.

Aurora de la Serena era una mezcla extraña de sentido común y energía, y ni siquiera necesitaba dar órdenes para alcanzar lo que se proponía. Un gesto leve bastaba. En pocas ocasiones su marido cuestionó su buen hacer. Desde que Ernesto tenía diez años —y dadas las continuas disputas entre sus padres—, se preocupó por la formación de su nieto; estimuló en él la lectura de los clásicos y lo

llevó al teatro, a conciertos y a museos. Dominaba cualquier situación desde que, con una voluntad férrea, había optado por enterrar su pasado e inventarse una nueva vida.

Ernesto y la abuela pasaron muchas horas juntos sentados en cómodas mecedoras en la biblioteca de la casa, una de las bibliotecas privadas más famosas de Valparaíso, cuyas paredes estaban forradas de gruesos estantes de madera protegidos por unas puertas de cristal, que se intercalaban con retratos de familia. El padre de doña Aurora, masón vallisoletano y republicano radical, había contratado a profesores ilustrados de Salamanca para que sus dos hijas no fueran simples señoritas casaderas a la caza de un buen partido en Madrid, Barcelona o Bilbao, y doña Aurora había conservado el gusto por la lectura.

Desde la década de los sesenta, doña Aurora pasaba muchas tardes leyendo enciclopedias y libros de historia en la mesa alargada que ocupaba el centro de la estancia. También le fascinaban los mapas de antiguos imperios y las láminas de libros de arte. Durante sus últimos años le obsesionaron el arte, la literatura y las costumbres de las *geishas*, además del libro rojo de Carl Jung.

Aurora había llegado a los veintinueve años a Chile sola, en barco desde Lisboa, tras el desastre de la guerra civil española. Según las malas lenguas, con una maleta cargada de joyas, plata y monedas de oro.

Durante el primer verano que pasó en Chile, se hizo famoso en los clubes más distinguidos de Valparaíso y Viña del Mar el camisero plisado de seda azul marino con topos blancos que ella misma se había hecho y que vestía en la foto que Ernesto llevaba siempre consigo. En poco tiempo pasó a ser considerada por la cerril sociedad criolla como una de las solteras más solicitadas. Así, antes de que Aurora cumpliese su segundo año en territorio chileno, en 1941, los Usabiaga anunciaron a bombo y platillo el enlace de su primogénito, Jesús, con la vallisoletana. La familia Usabiaga, que presumía de haber llegado a Chile desde el Perú con García de Mendoza en el siglo XVI, estaba encantada de incorporar nueva sangre castellana a la saga criolla. Las familias rivales de Valparaíso tardaron poco en chismorrear, asegurando que era roja, ladrona, ligera de cascos, fantasiosa y embustera. Pese a todo, Jesús de

Usabiaga y Aurora de la Serena tuvieron una vida agradable, alejados del ajetreo mundano que les habría tocado por la posición social que ocupaban. Tuvieron dos hijos: Jacinto en 1942, el padre de Ernesto, y Rosa en 1947.

Los negocios de la familia, grandes terratenientes, no precisaban más esfuerzo que el de contratar a buenos administradores y mantenerlos vigilados. Así fue hasta que Jacinto Usabiaga, tras dejar la carrera militar y casarse con Eva Ramírez, se asoció a unos californianos que le introdujeron en el negocio de exportación de vinos y montó una bodega en la hacienda familiar, «Los fresnos», doscientos kilómetros al norte de Valparaíso.

Doña Aurora nunca reveló a nadie cómo su hijo había dado con Eva Ramírez, quien acababa de licenciarse en lengua alemana, en un calabozo secreto durante una de las peores épocas de la historia de Chile. La pareja tampoco habló del asunto; ni siquiera antes de la separación definitiva, cuando las riñas entre ellos convirtieron el hogar en un campo de batalla. Su nieto Ernesto nació a los cinco meses de la apresurada boda.

Eva Ramírez, madre de Ernesto, se había criado en un orfanato y, aunque no era marxista leninista, como pensaron los Usabiaga en un principio, sí había sido partidaria de Salvador Allende. Doña Aurora la protegió hasta el último minuto de su vida, evitando cualquier rumor o comentario mal intencionado.

Durante otra de aquellas últimas visitas antes de su fallecimiento, doña Aurora quiso revelarle algo a Ernesto. Cuando este llegó, la abuela se encontraba adormilada en una mecedora con una manta mapuche cubriéndole las piernas frente al amplio jardín elevado desde el cual se divisaban la playa y el Pacífico. Ernesto tosió varias veces hasta despertarla. Doña Aurora abrió un ojo, luego el otro y sonrió a su querido nieto.

—Acércate, mi niño. No me gusta hacerme vieja. Mira en qué estado están mis brazos.

—Abuela, pero si está linda.

—Calla, calla. Deja de decir sandeces. Mi vida se apaga y enseguidita me reuniré con el abuelo y con los míos.

Doña Aurora estuvo callada un buen rato hasta que, con la campanilla de mano, llamó a la nana para pedirle el frasquito de colonia, un par de copas, una botella muy fría de Veuve Clicquot y

un espejito para arreglarse el pelo.

Desde que había enviudado, cualquier situación era propicia para descorchar una botella. Aquella apacible tarde sin dolor era la ocasión ideal para descorchar más de una. Ernesto acercó su asiento al de su abuela, que estaba medio sorda.

—¿Qué lees, abuela?

—Un libro muy lindo de un colombiano, un tal Arciniegas. *Biografía del Caribe*. Ya lo terminé, te lo presto. Está en la mesa.

El nieto leyó tres párrafos breves. A continuación le explicó que pretendía fundar una revista con un compañero de curso. En Chile, la prensa escrita había desmejorado mucho por la deserción de los periodistas que habían luchado contra la dictadura y ya medraban con descaro en los partidos políticos.

—Hay que renovarse, abuela. Evitar una democracia sin contenido y emprender la lucha por el medio ambiente.

—¿De dónde sacarás la plata? Tu papá los dejó y tu mamá no tiene un peso.

Trajeron el champán. Ernesto descorchó la botella, llenó las copas y brindaron. Luego ella agarró el espejo con manos temblorosas y se dio unos coquetos toquecitos en la escasa cabellera plateada. A continuación alargó el brazo y con la mano derecha revolvió suavemente el pelo del nieto.

—Eres de piel delicada y bien rubito, nada que ver con los Usabiaga ni con los De la Serena. Saliste a los Weide.

—¿Los Weide, abuela? Pero ¿quiénes son esos? —había preguntado Ernesto con extrañeza, pues nunca había oído ese apellido.

Su abuela hizo sonar la campana con insistencia. La nana apareció de nuevo.

—¿Está mi hija en casa?

—No, señora, ya salió. Dijo que no vendría hasta la noche.

Doña Aurora suspiró al agarrar, nerviosa, los bordes de la manta. El champán le daba coraje.

Ernesto observaba los pequeños pájaros de colores que revoloteaban alrededor de un peumo del jardín.

—Es hora de que lo sepas. El verdadero apellido de tu mamá es Weide —lo dijo de corrido, sin tartamudear.

—¿El de mamá?

Ernesto se apoyó en el respaldo del asiento con la mirada perdida en el jardín, donde en el pasado habían inventado juegos juntos.

—Tu abuela materna era de Rostock, en Alemania, y murió en Suiza en 1948, a los treinta y cuatro años. Eso fue poco antes de que tu madre aterrizara aquí.

—¡Pero abuela!

—En 1949, un alemán que venía de Suiza trajo a tu mamá, con solo cinco añitos, a Chile. Como era huérfana, la dejó con las monjas, en un orfanato; pero antes de hacerlo, le cambió el apellido. Quería borrar el rastro judío.

—¿De dónde saca estas patrañas?

Desde que doña Aurora tuvo conocimiento de la historia, a finales de los años setenta, siempre quiso saber más de los Weide. Consciente de que llegaba su hora, pensó que Ernesto tenía derecho a conocer la existencia de su otra abuela, de Inge Weide.

Ernesto se levantó y fue en busca de la sombra del peumo más grande del jardín. Las matas de fresas que habían cultivado juntos en un rincón eran ahora un montón de hierbajos.

—Tenías cuatro años cuando tu madre me lo contó. El hombre que la trajo a Chile quería conocerte y me pidió que la acompañara.

—¿Conocerme a mí?

—Un día, hace de esto ya mucho, tu mamá y yo te llevamos al campo del hombre que la recogió: Andreas Klein, un tipo flaco y alto, que hablaba lentamente y que aún infundía respeto, por enfermo que estuviese. La mujer con la que vivía también era española y me contó que el alemán tenía gota y disturbios mentales por culpa de un hijo loco con quien no hablaba desde hacía años. Vivían en una hacienda remota de la región de la Araucanía. Él había sido un socialdemócrata importante en la época de la República de Weimar a quien la Gestapo metió en un campo de concentración en 1943. Según explicó, por salvar a sacerdotes y a judíos. No sé si dijo la verdad, pero dejó bien claro que, desde que los estadounidenses lo liberaron, no quiso saber más de Alemania.

—¿Vive todavía? —preguntó Ernesto, aún incrédulo.

—No, murió en 1986, a los noventa y cuatro años. Tu mamá y yo fuimos al entierro. Gracias al dinero que este hombre le entregó a los dieciocho años, ella pudo estudiar en la universidad. También

le entregó la carta que Inge Weide escribió antes de morir. Quería que Eva la leyera cuando fuera mayor.

—Es extraño que mi mamá nunca haya hablado de esto.

—Tu mamá no ha dejado jamás leer a nadie esa carta. Ni siquiera a mí, que soy la única que algo sé, además de haber sido su aliada desde que tu abuelo Jesús la aceptó en la familia.

La abuela acababa de beberse la cuarta copa y arrastraba las palabras al hablar.

—No debes comentar esto con nadie. Es un secreto de familia. Tu mamá guarda también varias fotos. Una la tengo yo.

Alzó el brazo para señalar un lugar de la casa.

—¡Tienes una foto de mi otra abuela! —exclamó Ernesto, desconcertado.

—Toma la llave del armario de mi dormitorio. Abre el cajón del medio. Revuelve y busca un sobre marrón. Es viejo. La guardo allí desde hace años pero tu mamá no sabe que la tengo. Es hora de que sea tuya.

No pudo contenerse, se levantó del asiento, entró en la casa y subió las escalinatas que salían del patio central. No vio a nadie, y se podía cortar el silencio. La habitación de la abuela era amplia y la cama con dosel, un tesoro de la orfebrería colonial. Abrió el armario y en el cajón encontró el sobre.

En el centro del paisaje lóbrego de la foto aparecía una mujer rubia, vestida con uniforme y capa. La mujer estaba de pie, sola, en el patio de un almacén industrial con grandes ventanales. En el reverso de la foto habían escrito a mano con letra gótica: «*Inge Weide auf dem hinterhof der Rosenthaler 39, Oktober 1942*». Sus ojos claros, los pómulos perfectos, el rostro alargado, el cabello claro y la tristeza de su mirada le recordaban a su madre de joven.

Ernesto regresó al porche completamente demudado.

—Puedes quedártela. Andreas Klein me contó que tu abuela alemana había vivido a la intemperie en condiciones durísimas y que murió de tisis o tifus, no lo recuerdo bien. Antes le había pedido al señor Klein que se llevara a la niña lo más lejos posible. Me lo confesó él mismo al darse cuenta de que tu madre no me había contado nada de los Weide.

Ernesto miraba la foto y a continuación a su abuela, consternado. No entendía bien la historia.

—Pero ¿por qué mamá nunca habla de su mamá?

—Es todo lo que sé. Pero me iré más tranquila de este mundo si sé que cuando llegues a ser un buen periodista resolverás el enigma. Lo que sí sé es que nunca ha querido viajar a Alemania. Sabemos que hace poco estuvo en Suiza, ¿recuerdas?, fue con Herminia y pasó por Viena. Evidentemente, tu mamá se avergüenza por algo, sea lo que sea.

Ernesto miró la foto, levantó los ojos; la abuela Aurora se estaba bebiendo la quinta copa de champán.

—Es muy importante que tu mamá nunca sepa que fui yo quien te contó todo esto. Ella no quiere que lo sepas. Yo la entiendo en parte, por lo que pasé. Prométeme que en algún momento de tu vida irás a Berlín en busca del rastro de los Weide.

—Lo prometo, abuela.

Ernesto, con los ojos clavados en la foto, resopló.

—Estoy bastante cansada. Ahora dame otro beso y llévate la foto. Y que no se hable más del asunto; tu tía Rosa no sabe nada y no tardará en volver.

5

Mientras esperaba el ascensor en el vestíbulo de la cuarta planta de la sede de los servicios secretos de la República de Ucrania, Maksim Kazantev pensó que no le apetecía volver a casa y encontrarse a solas con su esposa. Sus guardaespaldas, mientras tanto, aguardaban en un aparcamiento de la elegante calle Volodimirska, en el centro de Kiev. Hasta las cinco, cuando debía recoger a sus hijos, necesitaba tomar distancia.

La reunión que acababa de celebrar con Iván Iúrich, el contacto en la misión, había desbaratado sus planes. A la grave crisis energética y las intrigas del clan prorruso de Donetsk, contrario al presidente de la República, había que añadir sus problemas personales. El presidente era un europeísta convencido, buen amigo de Maksim y excolega de su esposa cuando fue banquero. La tarde anterior, sobrevolando los Cárpatos en el avión que lo había llevado de Uzhgorod a Kiev, aceptó ya sin tapujos que las historias que su madre verdadera le contaba le provocaban insomnio y pesadillas. Tras tres semanas en Berlín y cuatro días en Uzhgorod, visitando de nuevo a su madre, pasó la primera noche en Kiev sacudiéndose de encima las sábanas a patadas sin dar explicaciones a su mujer.

Maksim fue de un lado a otro de un vestíbulo desierto, sus zancadas resonaron mientras afloraban en su memoria las consecuencias de una nueva confrontación entre oligarcas que podía dividir al país en dos mitades irreconciliables. Moscú azuzaba sin reparo cualquiera de las feroces pugnas entre esos clanes rivales. Ucrania, pese a la Revolución Naranja y a los esfuerzos en favor del diálogo del presidente, Víktor Yúshchenko, continuaba dividido. En

el oeste, que hasta la guerra civil de 1917 había pertenecido al Imperio austrohúngaro, los nacionalistas favorables a Europa eran mayoría, mientras que en el Este el sentimiento de la población era prorruso. Y el primer ministro, Yanukóvich, un rusófilo ligado a los líderes anteriores de la Revolución Naranja, no solo había quebrado el «consenso universal» impulsado por el presidente Yúshchenko, sino que se dedicaba a alimentar a su grupo parlamentario mediante tránsfugas seducidos a golpe de talonario. Roto el consenso, y a la espera de las nuevas elecciones legislativas que se iban a celebrar después del verano, en Ucrania reinaba la confusión. Las autoridades rusas y los clanes ucranianos dominados por ellas buscaban acabar con Yúshchenko por defender la entrada de Ucrania en la OTAN y en la Unión Europea.

Ninguno de sus argumentos relacionados con la construcción del nuevo gasoducto Nabucco, proyectado por la Unión Europea para evitar la total dependencia del gas ruso y que, por tanto, podía desempeñar un papel determinante en el futuro de Ucrania, había prosperado en la densa reunión de más de dos horas con Iván Iúrich, que acababa de abandonar de un portazo. Maksim consideraba un gravísimo error congelar la misión Taras Bulba, una misión estratégica de la sección de los servicios secretos ucranianos capitaneada por el general Shevchenko, destinada a ganarse el favor de los dirigentes de Azerbaiyán proporcionándoles inversiones turísticas e inmobiliarias. También suponía ayudas y tecnología noruega, estadounidense y británica, obtenida clandestinamente por Maksim Kazantev, para la construcción de pozos azeríes más rentables en el Caspio, al margen de las multinacionales occidentales con las que Azerbaiyán había acordado concesiones. A cambio, las autoridades de Azerbaiyán, además de vender a Ucrania gas a buen precio, presionaban a los países occidentales para que el gasoducto Nabucco llegara también a Ucrania a través de Rumania. Y es que ese gasoducto eludiría en su largo recorrido desde Asia central el territorio ruso.

Por difícil que fuera la labor, Maksim seguía apostando por una Ucrania unida y en equilibrio estable con Rusia y la Unión Europea. La población necesitaba orden y prosperidad, y Ucrania requería menguar la dependencia del gas ruso para asentarse de una vez por todas en el mapa europeo. Desde 1914, los ucranianos, aunque no

hablaran de ello, habían soportado más que ningún otro pueblo de Europa guerras, masacres, hambrunas provocadas, colectivizaciones forzosas, exterminio de sus élites, invasiones, tiranías y deportaciones. La historia de su país era, sin lugar a dudas, la más trágica de Europa. Veinte millones, casi la mitad de la población, habían muerto de forma violenta en el siglo XX.

La situación de Maksim empezó a complicarse aún más en la madrugada del lunes, cuando el enlace a quien Ernesto Usabiaga había entregado el paquete desapareció sin dejar rastro. La información que almacenaba el disco duro en relación con una nueva fase de la misión Taras Bulba, más el lápiz de memoria que Maksim había intentado pasar furtivamente en el paquete, nunca llegarían a Bakú, la capital de Azerbaiyán.

Según las explicaciones de Iván Iúrich, agentes rusos habían interceptado el paquete, y el cadáver del enlace no tardaría en aparecer en un descampado de la capital alemana. Si dicha conjetura se hacía realidad, representaría una clara advertencia del poderoso servicio de inteligencia ruso en favor de los intereses de la compañía Gazprom y del gasoducto que ellos promovían, el South Stream, que iba a transportar gas ruso y de las repúblicas de Asia central y del Caspio por debajo del mar Negro hasta Bulgaria, Austria y Alemania, evitando Georgia, Moldavia y Ucrania. La Federación Rusa se negaba a seguir subsidiando a estos tres países de la antigua Unión Soviética a través del negocio del gas por su postura antirrusa y su acercamiento a Occidente. Los rusos buscaban por todos los medios impedir la construcción del gasoducto Nabucco y destruir la alianza entre Georgia, Azerbaiyán, Moldavia y Ucrania. También pretendían entorpecer las relaciones privilegiadas de dichos países con la Unión Europea y Estados Unidos. El único aliado sumiso de que disponían los rusos en el Cáucaso era Armenia, que no tenía recursos naturales y estaba en guerra latente con Azerbaiyán por el territorio de Nagorno Karabaj.

—Ya sabes. Los rusos quieren aislarnos de las repúblicas de la Comunidad de Estados Independientes, especialmente de las del Cáucaso y de Asia central, para que no tengamos más remedio que aceptar su tutela por nuestra dependencia energética.

Maksim había interrumpido a Iván Iúrich para acusar con nombres y apellidos a los miembros del gobierno que habían ido a

Moscú con el cuento de que un colaborador del presidente Víktor Yúshchenko había planeado el robo furtivo de parte del gas ruso destinado a Europa que pasaba por los gasoductos existentes en Ucrania. No era más que un rumor inventado por los opositores a la candidata del Bloque, Yulia Timoshenko, para que el presidente rompiera la nueva alianza con ella y ganara las elecciones legislativas el partido del prorruso Yanukóvich.

—… y en consecuencia, obligar también a convocar elecciones presidenciales y derribar al presidente Yúshchenko. Los rusófilos buscan por todos los medios la victoria total de Yanukóvich. Rusia ya no es el Estado débil de los años noventa. Putin ha reconstruido el tablero y mueve sus alfiles con furia. Según su credo, los ucranianos debemos ser peones y comprar la energía y las materias primas a quienes ellos decidan.

—Yulia Timoshenko y el presidente Yúshchenko se han reconciliado y veo muy difícil su derrota. Lo realmente jodido, Iván, y tan claro como el agua, es lo que exigen los rusos: el pago inmediato de más de dos mil millones de dólares por la factura del gas, el control de la explotación del transporte marítimo de las cisternas de gas y la renovación del asentamiento en Sebastopol de la flota rusa del mar Negro antes de que expire el contrato vigente.

Los dos sabían que para los rusos ese dinero era poco, pero para los ucranianos suponía más circulación de billetes, más inflación, más descontento y más paro. El control del transporte marítimo representaría un golpe definitivo a la libertad de la República de Ucrania, puesto que del puerto de Poti el gas de Azerbaiyán viajaba por mar al puerto ucraniano de Odesa, ambos en el mar Negro.

Uno de los logros más espectaculares de la operación Taras Bulba se había producido tras el desbarajuste de 2006, cuando los rusos cortaron el suministro de gas a Ucrania y a Europa como medida de presión. Los rusos pretendían quintuplicar el precio del gas ruso que debía pagar Ucrania. Gracias a la aportación de gas de Azerbaiyán, que era bastante más barato, el precio solo se dobló. La guerra de precios representaba un chantaje recurrente.

En la reunión, Maksim supo de su posible cese como comisionista de la cuota de gas acordada por los presidentes de Ucrania y Azerbaiyán. Dicha concesión estaba fuera del control de los rusos de Gazprom y proporcionaba influencia y pingües

beneficios al ucraniano Maksim Kazantev. Pero el problema que más preocupaba a Maksim era qué sabían los servicios secretos ucranianos acerca de sus envíos, por orden del presidente, de información confidencial, al margen de la Operación Taras Bulba, a un parlamentario azerí, Zaur Vidadi, quien, además de ser amigo y socio de Maksim, era quien recogía ese material que jugaba a favor del acuerdo entre los dos presidentes. Si el contenido del lápiz de memoria que, al parecer, habían interceptado los rusos llegaba a divulgarse, tanto Maksim y Ernesto como el presidente de Ucrania correrían un riesgo enorme. Desde marzo de 2007, Zaur Vidadi había recibido, en dos ocasiones, planos para la fabricación de misiles de medio alcance suministrados por Maksim Kazantev, además de lo acordado en la misión Taras Bulba. Los misiles debían proteger los pozos azeríes de posibles ataques armenios alentados por Moscú o de los integristas chechenos.

Maksim seguía esperando el ascensor en el desapacible vestíbulo de la quinta planta del edificio donde había tenido lugar la reunión con Iván Iúrich. El ascensor tardaba en llegar. El cosaco fue hasta la ventana que daba a la calle y se puso a contemplar la ciudad. En la lejanía reconoció el edificio recién remodelado de la época zarista donde había vivido con su padre, el general Kazantev, y su mujer, hasta que se trasladó a estudiar a Moscú. Hacía tiempo que no se fijaba en él. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y apretó con fuerza la cruz que le había regalado su verdadera madre en Uzhgorod, mientras evocaba la voz desgarrada que desde hacía cuatro meses rezumaba en su conciencia: «¿Cómo voy a saber que tú eres mi hijo, el hijo que un hombre poderoso me quitó a los cuatro años de haberlo alumbrado?».

Fueron las primeras palabras que recordaba haber oído de una mujer arrugada, con una larga trenza grisácea por encima de la pañoleta que cubría sus hombros. La vieja torció el cuello con una agilidad desconcertante después de dejar el puchero sobre el hornillo en una habitación medio en penumbra. Miraba con los mismos ojos vivarachos de las lechuzas; no en vano era una superviviente.

La mujer se había dado la vuelta, despreciándolo antes siquiera de saber quién era. Había visto un coche negro más grande aún que el de los extorsionadores de la policía aparcado en el camino.

Apoyada en un arado de madera, permaneció con la mirada extraviada en el umbral de una casita rodeada de un huerto donde picoteaban unas gallinas mal alimentadas. Minutos antes de que la mujer pronunciara las palabras que Maksim no conseguía quitarse de la cabeza, él le había dicho con voz trémula:

—Soy tu hijo.

La mujer, que llevaba un delantal hasta las rodillas, un pañuelo gris para proteger su cabeza y la pañoleta negra sobre los hombros, había proseguido con sus labores, removiendo el puchero como si no hubiera querido escuchar.

Maksim se sintió tan vacío como el verde deslavado de las paredes. Jamás olvidaría el olor agrio de aquella casa, una mezcla de ropa húmeda, madera quemada, repollo fermentado y grasa animal recalentada.

Maksim salió fuera, expelido por la incomodidad de un prolongado silencio, y, sin saber qué hacer, se dirigió hasta un sauce blanco junto al río, a unos cincuenta metros de la casa. Allá, en lo alto de una loma de los Cárpatos, sus ojos verdes se encontraron con el legendario castillo Nevski. Ya no había nieve. A ese lado de la ribera, la vegetación naciente y las ramas de los árboles casi llegaban al suelo. Maksim se sintió envuelto en la narración de un cuento popular ucraniano. Se apoyó en el tronco del sauce y por instinto lo abrazó como si se tratara de un ser querido. Se sintió ridículo, pero no pudo apartarse y hasta tuvo ganas de dormirse allí. Percibía el viento inquieto que da la bienvenida a la primavera.

Tardó un tiempo en darse cuenta de que la mujer había cruzado el umbral y lo observaba consternada desde el huerto, junto a una empalizada medio caída. «¡Jamás busques a tu madre biológica!». Tras un cruce de miradas, Maksim sintió que lo iban a fusilar de espaldas a una fosa por quebrar el mandato paterno. Una urraca graznó.

La mujer le gritó desde el huerto:

—¿Eres tú el hijo que me arrebataron, y del que jamás he vuelto a tener noticias? Si eres quien dices ser, te alumbré aquí, yo sola, junto al río, el 30 de octubre de 1963.

Maksim se quedó paralizado bajo la sombra del árbol, observando a la anciana sin saber qué hacer ni qué decir. Recordaba

vagamente los gritos y llantos en una lejana tarde lluviosa: una mano sin compasión lo había metido a la fuerza en un coche cargado de hombres con gorra militar. Con cierto temor, se aproximó lentamente al huerto donde estaba su madre. Cuando estuvo cerca, ella se abalanzó hacia él. Ambos resbalaron y cayeron al suelo sucio de estiércol. Él no soportó el hedor pegado en su abrigo caro y buscó el modo de levantarse. Ella lo cubrió a golpes. Pero los golpes devinieron en caricias. La mujer palpaba su cara, cuello, pecho con unas manos que, por mucho que se resistieran, se iban abriendo con delicadeza, unas manos rugosas, delgadas, retorcidas por la artrosis y cubiertas de callosidades que volvían a sentirse jóvenes. Tendidos en el suelo, ella le susurró al oído:

—No hubo noche que te fueras a dormir sin despedirte del sauce blanco —lo dijo con dulzura, aunque enseguida recuperó el tono amargo—. ¿Por qué has tardado tanto? Ya no soy nada.

Maksim se puso en pie de un salto. Ella le tendió la mano en busca de ayuda. Una vez que se hubo sacudido el estiércol del abrigo y de los pantalones, la cogió de la mano. El agua de una zanja próxima gorgoreaba.

Permanecieron el uno junto al otro, como si estuvieran fuera del tiempo, sin soltarse las manos, hasta que ella explotó de dolor.

—Eres rico —se atrevió a decir—; el hijo del hombre que me abandonó es uno de los jefes de quienes ahora nos roban lo poco que tenemos. —La mujer no rozaba una lana tan suave desde hacía mucho, y manteniendo su mano agarrada a la del hijo balanceó el brazo—. Vienen todas las semanas en un coche como el tuyo. Dos policías: «¿Dónde está el repollo?». Y se llevan los huevos, las verduras, la harina, los potes de conservas; me dejan sin nada. Y respetan las gallinas porque yo las alimento y ellos se llevan los huevos.

La mujer se acercó hasta una imagen del arcángel san Miguel que colgaba de la pared, muy cerca del hornillo. Se persignó, encendió una vela que guardaba desde hacía una eternidad y repitió la oración que le había enseñado su madre a ella hacía ya mucho:

—Oh, Glorioso Príncipe de la Hueste Celestial, san Miguel Arcángel, defiéndenos en el terrible combate contra los Dominadores de este mundo tenebroso, en contra de todos los Espíritus del Mal. Ven en ayuda del hombre, a quien Dios

Todopoderoso creó inmortal, hecho a su imagen y semejanza, y redimido a costa de un alto precio de la tiranía de Satanás.

Luego giró en redondo en la penumbra y se acercó a su hijo.

—Te miro y aún veo la sonrisa de mi padre mientras araba los campos de Croacia. Aún teníamos caballo.

—¡Croacia! —suspiró Maksim.

La mujer se lo quedó mirando con ojos de lechuza.

—Te pareces a tu abuelo.

Permanecieron abrazados durante un buen rato, hasta que de pronto se escuchó un ruido al deslizarse un pedazo de techo. La casa era una ruina a punto de desmoronarse.

Maksim no podía seguir parado en medio del silencioso vestíbulo de la quinta planta de un edificio que había pertenecido al KGB en la era soviética. Se dio un par de golpecitos en la cara y se puso en marcha. Detestaba aquel edificio gubernamental que olía a intriga. Cuando finalmente se cerraron las puertas del ascensor, pulsó el botón de la planta baja. En la segunda, entró una mujer baja y redonda, de mediana edad, cabello corto y ojos menudos que miraban fijamente el maletín que Maksim sujetaba con la mano derecha.

—Entréguemelo —ordenó la mujer.

—¿Quién es usted? —preguntó Maksim, sobresaltado.

El ascensor se detuvo entre dos plantas.

—Soy de la casa. El jefe de mi sección es el general Rodchenko.

Sus ojillos diabólicos daban miedo.

Maksim tuvo una premonición acerca de lo que podía sucederle: que se apagasen las luces y la mujer le lanzara a la cara gas tóxico con un pequeño pulverizador o que lo asesinara a tiros como le sucedió a Vadym Hetman.

Hetman había trabajado con la esposa de Maksim y estaba considerado un héroe nacional por haber fundado la Bolsa de Ucrania y la nueva moneda nacional, el *hryvna*, junto a Víktor Yúshchenko, antiguo director del Banco Nacional de Ucrania y actual presidente de la República. A finales de los noventa, el *hryvna* salvó a la nueva república del hundimiento del rublo ruso.

El maletín cambió de manos sin violencia y la mujer pulsó el botón de la cuarta planta. En el bolsillo de la americana, Maksim

llevaba la agenda electrónica y el móvil con inhibidores de frecuencia; tenía dos llamadas comprometedoras. Los papeles del maletín solo guardaban relación con la misión Taras Bulba.

El ascensor tardó unos segundos en reemprender la marcha.

—Muchas gracias —pronunció la mujer. El ascensor se detuvo de nuevo y las puertas se abrieron automáticamente. Antes de salir de la cabina, la mujer clavó sus ojos en los de Maksim con severidad—. Creo que debería pedir disculpas a Iván Iúrich. Su forma de despedirse al marcharse no ha sido correcta.

La mujer salió con paso decidido y caminó hacia la derecha en dirección a la zona reservada a la inteligencia militar.

Maksim pulsó, resignado, el botón de la quinta planta del edificio; las puertas volvieron a cerrarse. La humillación por lo del maletín había despertado su furia y no veía la manera de cortar con una gente que constantemente cambiaba de opinión y de bando.

Cuando atravesó una vez más el largo pasillo de la quinta planta, el olor a desinfectante barato y el reflejo lechoso de los fluorescentes aumentaron su desazón. Sorteó una máquina expendedora de agua, que parecía de desguace, y por segunda vez esa mañana llamó suavemente a la puerta del despacho de Iúrich.

Maksim se veía obligado a disculparse y simular que estaba de acuerdo con la nueva política del departamento: subvertir las directrices en materia energética del presidente de la República mediante sobornos a cuenta de los fondos reservados.

La pugna por el poder absoluto entre los incompetentes dirigentes ucranianos seguía provocando envenenamientos, bombas, desapariciones y asesinatos. El general Shevchenko había dado a la misión Taras Bulba un giro inesperado. A Maksim le quedaba por averiguar si el general estaba de acuerdo con abandonar la misión o simulaba estarlo, y si la dependencia de Rusia iba a llegar a tal punto que incluso obligaría a los ucranianos a entregar a la Federación Rusa tanto Crimea como la parte oriental del país, la más industrializada, donde la mayoría de la población era de habla rusa y apenas tenía contacto con Occidente. El choque entre los partidarios de la integración de Ucrania en la OTAN y la Unión Europea y los favorables a una dependencia total de Moscú era inevitable.

—Está bien —dijo Iván Iúrich desde el asiento de su mesa de

trabajo, sin inmutarse ni alzar la vista—. He vuelto a hablar por teléfono con el general Shevchenko. Sabe cosas que no dice y está negociando con altos funcionarios para impedir que Azerbaiyán corte el suministro de gas a buen precio, aunque no seamos intermediarios de nada. Hay que distraer a los rusos para que no se entrometan más.

—Para conseguirlo es vital que nunca sepan qué hemos pasado a los azeríes. Pero tú mismo has dicho que el último envío ha sido interceptado por ellos.

—Stanislav es un *crack* informático. Los rusos no conseguirán descifrar la información que contiene el disco duro. Pero no quiero hablar de eso —aseveró Iúrich.

—Ya sabes que yo solo admito cierta dependencia de Moscú por el bien de nuestra soberanía. Y es importante salimos con la nuestra sin provocarlos en exceso cuestionando sus oleoductos y gasoductos. El equilibrio es precario y mantenerlo, un arte.

Iván Iúrich apartó la silla del escritorio sobre el que se apilaba una montaña de documentos, se dirigió hacia una esquina donde había cuatro asientos de escay marrón alrededor de una mesa rectangular e hizo un gesto con la mano para que Maksim también se sentara. Iúrich lo observaba a hurtadillas, mientras se atusaba las puntas del prominente bigote. Luego dejó escapar un resoplido.

—¿Agua?

Iván Iúrich y Maksim Kazantev mantenían, además de la relación oficial, una antigua amistad personal desde que, cuando eran estudiantes en Moscú, descubrieron que ambos descendían de cosacos supervivientes de los cataclismos que habían desangrado al país. En noches de borrachera, ya en la capital de Ucrania independiente, se apartaban de los compañeros de juerga, cantaban y brindaban abrazados por sus familias, que habían luchado desde el siglo XVI contra los lituanos que apoyaban la república de los nobles polacos, contra los suecos, los tártaros del Kanato de Crimea, los zares de San Petersburgo, la ambición de Varsovia y el Moscú de los bolches. Miembros de las dos familias también acudieron en ayuda de las tropas que defendieron Stalingrado. Según la versión que ellos mismos esgrimían frente a las autoridades ucranianas, sus padres se habían aferrado a la hoz y al martillo por patriotismo eslavo frente a la barbarie alemana, la traición inglesa contra los

demócratas ucranianos y la estupidez norteamericana. Los dos amigos también brindaban por las glorias del Dinamo de Kiev.

A Iúrich le intrigaba que Maksim Kazantev aún mantuviera a Ernesto Usabiaga, un periodista, como enlace. Se habían hecho doce entregas y Maksim seguía sin cambiar de muchacho.

—Supongo que el enlace nunca supo que erais ucranianos ni tenía la más leve idea del asunto.

—Él piensa que soy un hombre de negocios moscovita. Además, el muchacho siempre sirve sin preguntas. Su participación no va a dejar la menor huella.

Y en voz baja Iúrich añadió:

—También sé que se encontraba perdido en Europa sin un rublo y que tú lo has protegido.

Iván Iúrich apoyó los codos en la mesa para estar más cerca de Maksim. Había hurgado discretamente en el pasado del joven, tanto en Santiago de Chile como en Valparaíso, tal como hacía con cualquier enlace. Ernesto Usabiaga no era ningún maleante ni se planteaba ser un soldado hasta el fin de sus días. Por mucho que hubiera renunciado a su vocación, era un periodista y había huido de Chile con deudas y sin un peso. Podía ser utilizado siempre y cuando no supiese de qué se trataba el asunto. Pero Iúrich seguiría investigando.

Este se acercó a Maksim cuanto pudo. Con voz pausada, entre dientes, le dijo:

—Tanto tú como yo somos cosacos y sabemos la fraternidad que esto implica. Ante el general Shevchenko he descartado en todo momento la posibilidad de que el enlace hubiera podido delatarnos y ayudar a los rusos a interceptar la entrega.

Maksim roía con los dedos la tela de su americana como la ardilla una cáscara de nuez. Maksim no comprendía el tono de su amigo, incluso llegó a sospechar que quizá los miembros de algún departamento de la casa los estuviesen grabando.

—Jamás hablo de la misión Taras Bulba con mis ayudantes. Bien sabes que yo mismo busco la información sin dejar rastro. Solo en última instancia, y en casos muy concretos, me valgo de gente tan anodina como Usabiaga —puntualizó Maksim.

—¡Por Dios, ese maldito músico albino es un espía!

Maksim saltó del asiento desconcertado y se acercó a un estante

donde había vasos junto a una botella de agua llena de vodka. Bebió dos vasos seguidos de pie. Volvió al asiento.

—No sé quién es ese músico albino del que me hablas. Pero te aseguro que no me equivoqué al elegir a Usabiaga. Considero completamente fuera de lugar pensar que el muchacho tenga interés en el asunto o pueda vender algo que desconoce.

Iúrich sonrió, desengañado.

—Si arreglamos la crisis por la desaparición del paquete, el muchacho quedará fuera de sospecha. Y para tu tranquilidad, estudiaré con mis superiores las advertencias que sugeriste esta mañana; también las estrategias. Quizá sí que debamos colaborar con Polonia. Están integrados en una Europa que nos interesa y les preocupa tanto como a nosotros el gasoducto que rusos y alemanes construyen bajo el Báltico porque también dependen del gas ruso.

Rusia buscaba eludir el peaje económico que suponía que el ochenta por ciento del gas que proveía a Europa atravesara Bielorrusia, Ucrania y Polonia. A fin de evitarlo, otro gasoducto en construcción era el de Europa del Norte (
NEGP
), que iba a enlazar directamente el puerto ruso de Viborg con el alemán de Greifswald, a través del mar Báltico.

Iván Iúrich le ofreció un cigarrillo americano con gesto de complicidad. Maksim sacó el mechero del bolsillo y alargó el brazo para encender el cigarrillo de Iván y el suyo.

—Estoy dispuesto a seguir buscando financiación a favor de nuestra independencia energética. La dependencia nos hace demasiado vulnerables —afirmó Maksim. Y, arqueando la ceja, aspiró con ansia el humo del cigarrillo—. Iván, negociar con Azerbaiyán cada vez es más difícil si no estás metido en sus mafias. Moscú está al acecho, el Caspio es un polvorín; estoy cansado. No voy a buscaros más información.

—Te recuerdo que uno no se hace millonario sin dar nada a cambio. Tienes que seguir hasta que la nueva estrategia del general Shevchenko haya dado sus frutos. Y aunque no sé mucho me temo que será compleja. Ya sabes, en esta casa las situaciones se mueven en oblicuo.

Iván Iúrich enmudeció, observando el vuelo de una mosca que revoloteaba alrededor de la mesa de reuniones. Maksim, mientras

tanto, consideraba las palabras y los silencios de Iván Iúrich. Seguía sin adivinar si Iván Iúrich seguía fiel al pacto fraterno que había sellado en Moscú años atrás pero, sin duda, los estaban filmando.

—Otra cosa importante: cuida tus negocios musicales. Aunque sobre este asunto ya te hablará el general Shevchenko. Quiere verte el miércoles a las nueve de la mañana en su despacho de la Rada Suprema.

—Una agente de Rodchenko me ha retenido el maletín.

Iván Iúrich aplastó la mosca de un manotazo y, mientras se levantaba para ir a su mesa en busca del teléfono, le dijo:

—Ya no tienes edad para ciertos juegos. Te ordeno cortar de raíz cualquier relación con el sudamericano. Es periodista. —Y levantando el auricular tras volver la cabeza hacia la ventana ordenó—: Traigan el maletín del señor Kazantev.

Colgó el teléfono.

Maksim no soportaba las intromisiones en su esfera privada.

Los dos hombres, puestos en pie, se dieron dos puñetazos en el pecho, el tradicional saludo cosaco.

—Te pido que cierres tu oficina de inversiones de Berlín y abandones los negocios musicales.

—Pero ¡qué dices!, Alemania es una pieza esencial del mosaico. Es allí donde consigo la información sin ser detectado.

Maksim no entendía nada. ¿Por qué mezclaba su vida privada y la oficina de Berlín? ¿Y esos negocios musicales? ¿Qué era aquello? Probablemente una advertencia, claro, y debería indagar qué significaba.

—Estás sugiriendo un eje Berlín-Kiev.

Maksim negó con la cabeza.

—Insisto en un eje Berlín-Kiev-Moscú, en un eje que no eluda Kiev. Tampoco hay que olvidar Varsovia. Es nuestro aliado natural en las instituciones europeas.

Se abrazaron y besaron.

Cuando Maksim caminaba por el pasillo, escuchó la llamada de Iván desde la puerta.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo.

Iván Iúrich cerró la puerta y salió fuera, al pasillo.

—En mi despacho hay cámaras, nunca sabes cuándo las activan. ¿Pagaste al intermediario por todos los envíos? —Hizo la pregunta

trampa en un tono sorprendentemente paternal.

Iúrich sabía que el chileno había enviado recientemente cinco mil euros a Chile. Maksim se mantuvo sereno. Pensó en el dinero que Ernesto se habría podido gastar en cinco días. Con toda probabilidad habría pagado la deuda chilena.

—Le pasé diez mil euros con que cubrir su apuro. Se le debe el resto.

Maksim mintió; las reglas de la misión Taras Bulba impedían que él pagase al intermediario.

—Habrá que ingresárselo en una de esas cuentas desde donde pueda operar libremente. Me ocuparé de ello personalmente. Mantente al margen. No quiero que vuelvas a ver al muchacho.

Iúrich cerró la puerta con suavidad; la bisagra soltó un chirrido agudo, amenazante.

Maksim se topó en el pasillo con la mujer, que le devolvió la cartera.

Bajó caminando por la calle Sofiivs'ka hasta la Plaza de la Independencia. Fijó su mirada en el monumento al Arcángel San Miguel desde la puerta sin gente de un hotel desangelado de la época soviética. Era supersticioso y contempló al Arcángel durante un buen rato. Su madre jamás había pisado Kiev ni había visto la imagen ni las basílicas ni el funicular que bajaba al Dniéper. Los Krynovi, sus antepasados maternos, habían nacido en un extremo de Ucrania que fue parte del Imperio austrohúngaro hasta 1918. Abandonaron sus tierras en 1923, cuando Lviv y el resto de la Galitzia ucraniana ya eran polacas. Por etnia y religión, los Krynovi siempre se sintieron cosacos ucranianos, aun en tiempos del Imperio austro-húngaro. Con los polacos todo cambió y se exiliaron.

Si analizaba las dos conversaciones de la mañana con Iván Iúrich cabían dos posibilidades. O lo habían desahuciado por financiar en secreto a una facción cosaca y por mantener relaciones íntimas con un intermediario que también era periodista, o Iván Iúrich le estaba advirtiendo de que algo mucho más grave estaba ocurriendo. Maksim ignoraba las razones ocultas que habían llevado al general Shevchenko a cambiar de planes. Este, hasta la fecha, había sido leal al presidente de la República. Maksim, asesor personal del presidente de Ucrania en fuentes de energía, necesitaba rehacer su estrategia antes de la reunión del miércoles. También tenía que

hablar con su mujer y reunirse con Iván Iúrich lejos de Kiev. Antes debería descifrar el enigma: quién era el albino y qué significaba eso de «negocios musicales».

Con paso acelerado, caminó calle arriba hacia el monumento al atamán Bógdam Jmelvitski. El héroe de la sublevación de 1648 contra la tiranía polaca siempre alentaba sus intuiciones.

El día era cálido y la ciudad, hermosa. Veía calles limpias, cimborrios, cúpulas doradas, el Hyatt de cristal, casas burguesas de la época zarista y un gran pedazo de cielo azul. El ruido de un trolebús lo sobrecogió.

La cabeza de Maksim iba a mil por hora, unas imágenes se superponían a otras y algunas de sus decisiones se quebraban en mil pedazos. Caminaba sin sus guardaespaldas, a los que había relevado telefónicamente hacía escasos minutos.

Apenas había recorrido unos trescientos metros cuando llegó a la gran explanada que va de Santa Sofía al monasterio del Arcángel, que Stalin dinamitó por nacionalista, y se detuvo ante él. Su reconstrucción era impecable. Perdió el equilibrio, sintió un nudo en la garganta y tuvo que apoyarse en una farola. No conseguía serenar la explosión de ansiedades que revoloteaba por sus vísceras. Estaba harto de las intrigas de los servicios secretos y de las ilegalidades de los oligarcas del Donbass. Entre unos y otros se habían cargado la voluntad de los ucranianos.

Pensó en dirigirse a un hospital en el primer taxi, pero necesitaba andar y no se detuvo. Se ahogaba en un nudo de emociones. Pensaba en la vida que habría llevado su madre biológica; en la soberbia de su mujer, Sophia, a quien nada parecía afectar; en la pasión que sentía por Ernesto, y se asombró de lo poco que le importaba cuanto había sido su Biblia hasta hacía poco.

Confuso y agotado, Maksim recuperó el control bebiendo dos vasos de agua a pequeños sorbos en una cafetería y empujando el diafragma al respirar. Era un hombre poderoso y no podía caer en ese tipo de sensiblerías.

Pero ¿cuántos nuevos ricos exsoviéticos habían desaparecido o estaban en prisión por traficar con información privilegiada, hacer política por cuenta propia o tener amantes inconvenientes? Tampoco estaba seguro de que ese temor fuera la causa del ataque de ansiedad que había conseguido apaciguar sin ayuda de nadie.

Maksim navegaba entre la dureza que supone una posición privilegiada en el mundo de los negocios y de la política, y la ternura que le había deparado su relación con Ernesto.

Los métodos eslavos eran tan expeditivos como eficaces y la lucha fratricida entre los diferentes clanes, alentada por oscuras ambiciones personales o por Moscú, exigía sumisión, y hasta podía acabar con él y con su patrimonio. La tupida red que movía los intereses de los clanes en las exrepúblicas soviéticas, incluso los negocios más insignificantes, como vender tabaco o alcohol en un puesto callejero, resultaba demasiado extensa e imposible de evitar. Se preguntaba si cabía la posibilidad de descubrir la fórmula de la encriptación del contenido del lápiz de memoria que Ernesto había añadido como parte encubierta de la Operación Taras Bulba. La participación de un músico albino la noche en que desapareció el material no encajaba, a menos que Usabiaga hubiera vendido la información y fuese un traidor. Pero no le parecía posible que lo fuera.

Maksim pensó que al hacer alusión a los negocios musicales, Iúrich podía estar sugiriéndole que investigara a fondo quién era el tal «Albino», antes de reunirse con Shevchenko.

Sin saber por qué, entró en el monasterio del Arcángel San Miguel de las Cúpulas Doradas. Mientras observaba con desprecio el fervor de los creyentes tuvo otra crisis de ansiedad, aunque más leve que la anterior. Acurrucado en un rincón discreto de la iglesia escuchaba temeroso el eco de los rezos, y como si surgiera de su inconsciente tarareó una canción en un idioma olvidado. Entonces recordó la frase lapidaria con la cual su madre se había despedido de él el día anterior:

—Que exista o no, eso da igual. Sin Dios no hay esperanza. He sobrevivido a todo porque Él y quienes están allí arriba nunca me han abandonado.

Maksim encendió una vela al Arcángel.

Al salir del templo, casi restablecido y con la cabeza fría, telefoneó a un contacto israelí en Viena. Necesitaba descubrir la identidad del músico albino antes que otros: quién era y para quién trabajaba, y si existía alguna relación entre él y Ernesto Usabiaga.

También llamó a Uzhgorod. La segunda vez que fue a visitar a su madre a la casa del río, Maksim descubrió una vieja brocha de

afeitar en un rincón de la cocina. Su madre le contó entonces la historia de la persona más importante de su vida, un húngaro que la había ayudado a sobrevivir. Ákos Almásy vivía al otro lado de la frontera y estaba gravemente enfermo. Maksim intercedió para que lo ingresaran en un hospital de Miskolc. Tras dos meses de espera, finalmente lo trasladaron a Viena para un trasplante de riñón. Por el momento el pronóstico no era malo. Su madre estaba exultante, agradecida. Gracias a ello, accedió a salir de la casa del río que amenazaba ruina y trasladarse a una vivienda nueva del centro de Uzhgorod. Contrató a un par de mujeres para que le ayudaran a adaptarse al mundo moderno.

Maksim dejó de aferrarse a la cruz y sacó la mano del bolsillo. Pensaba en Ernesto, cuya ternura lo había llevado a saltarse las leyes de lo que hasta entonces había sido su mundo. Su muralla de acero había saltado por los aires. En la historia con Ernesto había habido amor. Los fines de semana más fríos del invierno los había pasado junto a él, en la cama, pero también viendo series frente al televisor. Y se había sentido como en casa, feliz. ¿Qué iba a hacer a partir de ahora?

La amistad de Maksim con Zaur Vidadi, quien canalizaba los envíos en Azerbaiyán, había nacido en los años locos de la perestroika, cuando ambos trabajaban de interventores en Mingazprom, el Ministerio del Gas de la URSS. El astuto parlamentario azerí, con quien solía trasnochar por los antros más exclusivos de Moscú, además de frecuentar las conferencias de líderes en ascenso en pleno derrumbe de la Unión, coordinaba una nueva planta petrolífera junto al mar Caspio. Ambos eran jóvenes nacionalistas que odiaban lo soviético y que no desperdiciaron la ocasión de enriquecerse cuando en 1989 nació el consorcio estatal del gas, Gazprom, el primer peldaño hacia la privatización de la compañía. Con los años, tras la independencia, Zaur Vidadi se había convertido en uno de los miembros más destacados de la Asamblea Nacional del régimen presidencialista de Azerbaiyán.

Pero las actividades y los negocios de Maksim en las repúblicas del Cáucaso se estaban desmoronando. Creía que había llegado el momento de desconfiar no solo de los miembros de la misión Taras

Bulba, sino también de las intrigas de los magnates de otros clanes ucranianos, especialmente de los socios de los rusos agrupados en torno al llamado clan de Donetsk, que tenía su sede en el este, en la región minera de Donbass, de habla rusa, y de sus colegas de Azerbaiyán. A principios de año, en Bakú, el parlamentario azerí le había dicho:

—Vivimos en plena desintegración de las identidades nacionales. Nuestro presidente se ha aliado con las petroleras occidentales para mantener el ascenso productivo. Desde que los mercados gobiernan el planeta priman los intereses de las grandes compañías. ¿Tienes claros cuáles son los tuyos?

Hasta entonces, Zaur Vidadi había conseguido que su gobierno mantuviera el trato de privilegio con Ucrania frente a los nuevos sátrapas de las repúblicas del Cáucaso y de Asia central. De este tipo de acuerdos dependía la independencia de ambos países. Pero la postura patriótica de los socios azeríes de Zaur Vidadi, con quien Maksim también estaba ligado a través de una constructora, se estaba viniendo abajo. Ya no pensaban más que en aumentar su fortuna, y presionaban al gobierno de Azerbaiyán para que rompiera el trato de favor con Ucrania.

La última propuesta de Zaur Vidadi a sus socios de Azerbaiyán consistía en convencer a los presidentes de las repúblicas de Azerbaiyán y de Georgia, y al consorcio internacional denominado Azerbaijani International Oil
Consortium's,
integrado por las petroleras más potentes de Occidente, para que construyeran el tramo del gasoducto Nabucco entre Tblisi, la capital de Georgia, y Poti, el puerto georgiano del mar Negro. Era un trayecto corto, pero los socios de Maksim y de Zaur Vidadi pretendían seguir enviando el gas a Ucrania por tren desde Tblisi a Poti, y en barco hasta Odesa. Estaba claro que Zaur Vidadi estaba enfrentado a sus socios, con quienes Maksim también compartía intereses. En los años en que la Federación Rusa atravesó la grave crisis económica, norteamericanos, israelíes y europeos habían construido un gasoducto de Bakú a la ciudad turca de Erzerum. Este gasoducto pasaba por Tblisi, la capital de Georgia, y evitaba territorio ruso, pero no llegaba al puerto de Poti. Los rusos jamás permitirían el ramal entre Tblisi y Poti. El intento podía provocar

una catástrofe en una zona cada vez más conflictiva por la cantidad de reservas energéticas que acumulaba el Caspio y por los intensos conflictos territoriales entre Georgia y Rusia por Abjasia y Osetia del sur, y de Azerbaiyán con Armenia por el territorio del Alto Karabaj.

Lo que Maksim no habría de saber hasta un mes después, demasiado tarde, es que Zaur Vidadi había llegado a conseguir la financiación y la licencia georgiana para construir el ramal entre Tblisi y Poti.

6

Sophia Vasilevna se despertó bañada en sudor, aturdida, con la sensación de que su marido, cuando se había marchado por la mañana temprano a reunirse con Iúrich, no le había dado el beso acostumbrado. En el espejo del cuarto de baño, las ojeras desfiguraban el óvalo de la cara, y tenía los ojos hinchados. En un primer instante justificó su aspecto por una repentina conjuntivitis. Luego pensó que, tras una ausencia prolongada en el extranjero y unos días en Uzhgorod, Maksim había permanecido distante en todo momento y ella se sentía herida. Llenó la bañera con las sales de algas marinas que había comprado en Heathrow, tras su última visita anual a Londres.

El último destino diplomático de su padre, Vasili Sérgéyevich, le había permitido a Sophia la oportunidad de estudiar en buenas escuelas anglosajonas y en la London School of Economics. Al acabar los estudios, un reducido círculo de amigos montó un *lobby* financiero que se reunía una vez al año. En los últimos seis, Londres fue la ciudad elegida para el encuentro. Sophia Vasilevna, huérfana de madre desde niña, había vivido en Reino Unido desde los nueve hasta los veintiséis años, cuando Vadym Hetman le propuso trabajar en la Bolsa de Kiev, dos años antes de que lo asesinaran. Al poco tiempo se casó con Maksim, un nacionalista ucraniano que se estaba haciendo rico. Desde entonces vivía en un chalet junto al Dniéper, en la zona residencial de los nuevos magnates.

La hija única de Vasili Sérgéyevich Zsilinszk se comportaba con la estudiada corrección de las élites británicas. Cualquiera de sus movimientos sugería unos modales en las antípodas tanto del

erotismo salvaje de las chicas de las discotecas de Kiev como de la soberbia de las mujeres de los magnates, cualidades de las que se aprovechaban su padre y su marido en las recepciones oficiales donde se repartían las concesiones, las industrias y los mercados. Además de atender a tres hijos pequeños, era asesora en el mercado de valores. También se ocupaba de las inversiones que compartía con su padre. Su elegancia atrapaba las miradas de las mujeres y los hombres más poderosos de Ucrania. Sabía disimular el desprecio y no soltaba inconveniencias; pocos hacían comentarios en su contra y era eficaz en cuestiones de relaciones públicas. Una melena morena hasta el hombro realzaba sus pómulos perfectos. Sus rasgados ojos claros y pestañas de muñeca contrastaban con la blancura de una piel que desprendía el reflejo rojizo de los eslavos del norte. Sentada ya en la taza del váter, envuelta en toallas, se encontró reanimada, aunque sus pies tiritaban sobre el mármol.

Ante el tocador del dormitorio se puso los aros de oro y estuvo un buen rato maquillándose y pintándose los ojos. Comió algo de fruta en el porche de la habitación que daba al jardín, frente al cauce del Dniéper, los árboles y el cielo. El día era seco; el jardinero había podado los setos y olía a hierba recién cortada.

Mientras ojeaba el correo, vio pasar a un petrolero ruidoso que echaba humo al otro lado del verdor de su jardín. Lo contempló embobada, relajándose un poco, hasta que una de sus preocupaciones la asaltó, desprevenida. De uno de los depósitos bancarios más rentables, su marido, sin motivo aparente, estaba desviando sumas importantes de dinero a las islas Caimán. Lo hacía sistemáticamente, todas las semanas, sin dar ninguna explicación. ¿Por qué Maksim no le había dicho nada al respecto?

Hasta hacía poco, Sophia había administrado personalmente el fondo de inversión que tanto le preocupaba. Por tanto, conocía la clave de la cuenta cifrada desde la que operaba, que Maksim aún no había cambiado. Sophia orientaba los negocios en función de la información que le pasaban los antiguos compañeros de estudios que operaban en la City, aunque se guardaba para ella las inversiones más seguras. La Bolsa de Kiev estaba en auge y ella jugaba fuerte.

Sophia Vasilevna entró en la habitación y se sentó en el borde de la cama; fijó la vista en las incrustaciones de oro y nácar del valioso

icono de santa Sofía, obsequio de su padre el día de la boda. Añoraba los tiempos en que su marido y ella iban a la ópera, al teatro, al casino, al ballet, y probaban los nuevos restaurantes de Kiev, hacían buenos negocios y nunca se aburrían. Cuando Maksim viajaba al extranjero, la llamaba todas las noches para contarle historias picantes mientras bebía vodka al otro lado del hilo. Y ella, con un vaso de whisky junto al teléfono, se desternillaba de risa, orgullosa del hombre que había elegido. Maksim, además de emprendedor y ocurrente, era un seductor nato. Al regreso de cualquiera de sus viajes armaba un alboroto que duraba dos días, durante los cuales el mundo exterior se evaporaba por decreto de Maksim Kazantev. Un rebelde maravilloso.

Pero en los últimos tres meses, Maksim no había parado en casa más que dos semanas, algo que no había ocurrido hasta entonces. Durante la cena había hablado poco y apenas había probado la comida. Asimismo, se había mostrado muy evasivo con respecto a Berlín y a su visita a Uzhgorod, aunque durante la velada hubiera lamentado los horrores que había padecido una madre pobrísima de quien hasta hacía poco nadie sabía nada. Ella intuía que había algo más. Un romance. Y se propuso averiguar de qué tipo de relación se trataba. Su matrimonio, tras diez años, se estaba viniendo abajo. Tenía que ser discreta porque Maksim era tan intuitivo como temible. De haber otra, y ser joven, ella no lo perdonaría en la vida.

Sophia Vasilevna se quitó las zapatillas y se puso los Prada rutinariamente. Era viernes y tenía cita con el director del banco. Llevaba una falda hasta la rodilla y una chaqueta de algodón azul claro. Una y otra vez se miró al espejo. En el trabajo y en las actividades públicas, Sophia jamás transparentaba ningún sentimiento íntimo. Nadie, ni siquiera su marido en ocasiones, advertía tan elaborada reserva. Inglaterra le había enseñado el arte de la apariencia.

Vasili Sérgéyevich Zsilinszk, su padre, educado con privilegios en la era soviética, vivía retirado en la ciudad de Kiev, tras haber ejercido la carrera diplomática. Había nacido en 1933. Era miembro de una familia de magistrados ucranianos cuyos miembros habían sido activos bolcheviques que derramaron su sangre contra las varias Ucranias independientes que existieron durante la guerra civil rusa. A pesar de esto, su abuelo materno, el estadista Nikolay Korovin fue

uno de quienes, tras el triunfo de los bolcheviques, convencieron a Lenin de que Ucrania dispusiera de cierta autonomía en la planificación económica, además de permitir los *kulaks*, los entes que autorizaron a campesinos con iniciativa a ser propietarios de sus tierras. Los argumentos de este antecesor fueron convincentes: concluida la guerra civil, Rusia necesitaría cereales, y las granjas ucranianas producirían en abundancia si el campesino sacaba algún provecho de ellas. El plan funcionó y, gracias al prestigio de Nikolay, los antiguos enemigos arrinconaron los rifirrafes sanguinarios de la contienda. Doce años después, en pleno estalinismo, cuando los soviéticos tomaron Berlín y la Alemania de Hitler se rindió, los Zsilinszk supervivientes se trasladaron a Moscú gracias al único hombre vivo de la familia, Igor Korovin, tío materno, héroe de la Gran Guerra Patria y miembro de la nomenclatura de la Unión Soviética desde 1947 hasta su muerte.

Vasili Sérgéyevich era disciplinado y discreto y se había distinguido por ser un ávido lector de filosofía, historia y novela, lo que le sirvió para domar su carácter en épocas de purgas sanguinarias, burocracia, deportaciones masivas y guerra fría. Desde muy joven tuvo el privilegio de observar sin ser visto cómo los miembros de la nomenclatura de la hierática Unión Soviética traicionaban la ley revolucionaria y se traicionaban entre ellos; cómo unos desaparecían y otros, los más serviles al poder supremo, ascendían peldaños en la colosal pirámide de la burocracia al servicio de la planificación, del materialismo y de la victoria del proletariado.

En 1970, contrajo matrimonio con la hija de un científico espacial y fue destinado a Bangkok al filo de la inminente derrota estadounidense en Vietnam. Una picadura de serpiente acabó con su mujer en las cataratas de Erawan en 1977. Se quedó solo con una hija de seis años y nunca se volvió a casar. Posteriormente fue destinado a Londres, donde estuvo casi veinte años trabajando en diferentes organismos internacionales, primero como representante de la Unión Soviética, más tarde de la nueva República de Ucrania.
Mientras su hija se reunía con el director del banco y su yerno descansaba bajo la sombra de un castaño en una de las explanadas de los monasterios de las cuevas, Vasili, estremecido, continuó leyendo el informe sobre la Checa —primer centro de mando

bolchevique de la ciudad durante los breves periodos en que los revolucionarios ocuparon Kiev— que había encargado a un joven historiador de la Universidad de Kiev como consecuencia de la revelación que, no hacía ni cuatro meses, le había hecho su hija:

—Maksim ha encontrado a su madre biológica en una *jata* solitaria en la frontera con Hungría y Eslovenia.

—¿La madre de Maksim está viva?

—No sé bien cómo lo ha averiguado Maksim, pero la verdad tiene poco que ver con lo que le habían explicado. —Según la versión oficial, la madre de Maksim había muerto al nacer su hijo, y al pequeño lo había criado la mujer legítima del general Kazantev, una mujer con fama de creer en brujerías y hechizos, que no podía tener hijos—. La verdadera madre de Maksim está viva y se llama Karin Krynovi. Es una superviviente.

Vasili tuvo un presentimiento y quiso saber más acerca de la sangrienta historia de Ucrania.

Cuando Vasili Sérgéyevich acabó la primera lectura del documento que le habían enviado, abrió de par en par las ventanas que daban al río. Buscaba el canto de los pájaros, pero no oyó más que graznidos de rapaces y sirenas de petroleros desconchados. Le desazonaba más la crueldad de los chequistas, que al fin asumía por cierta, que el hecho de haber corroborado su sospecha. Un atamán rebelde del oeste había sido condenado en una plaza pública. Antes de cortarle la cabeza y descuartizar sus restos, lo arrastraron por las calles como el carnicero arrastra un novillo al matadero.

Como era obvio en un hombre público con ancestros importantes en una sociedad poscomunista, en ningún momento había comunicado al especialista lo que en realidad buscaba. El historiador hizo un trabajo riguroso.

El informe describía la complejísima situación que devastó Ucrania durante los años de la guerra civil rusa librada, en Ucrania, entre los bolcheviques y las distintas Ucranias independientes, desgajadas de Rusia, cuyos territorios se superponían y se juntaban, aliándose los nacionalistas en ocasiones con los polacos, el ejército blanco o los anarquistas. La invasión polaca de 1919, los pogromos contra judíos en Kiev a cargo de eslavos ucranianos y tropas polacas…

Las órdenes del comandante de la Checa, en los periodos

intermitentes de dominio bolchevique, habían sido tajantes: había que salvar la revolución y acabar con los sediciosos. Tiro en la nuca a todo aquel que no respete ciegamente a Lenin y a Trotsky, que no vista como proletario y no cumpla las órdenes contra el comercio y la industria privada en favor de la economía de guerra. La clase media, atemorizada y disfrazada con harapos de pordiosero, gritaba «¡Pan y Lenin!» por las calles. Pese a ello, los verdugos les cruzaban la cara con la fusta en nombre del comunismo. Cualquier queja implicaba sentencia de muerte. Todo nacionalista era enemigo de la Revolución y podía ser aplastado como una cucaracha. También se condenaba a los muertos de hambre, por saboteadores y contrarrevolucionarios, y se degollaba a los campesinos que se negaban a cultivar las tierras confiscadas. Ojos inyectados de odio y codicia, rostros brutales de figuras con la típica cazadora negra y el máuser colgado a un lado o la bayoneta al hombro, cazando seres humanos por las calles durante las veinticuatro horas del día. Amontonaban a los prisioneros en los sótanos de la Elisabetkaya o de la Catherinskaya. A las doce de la noche, sus verdugos los transportaban al patio, y los obligaban a desnudarse para que la ropa pudiera venderse sin manchas de sangre. Luego les daban el tiro en la nuca. En ocasiones, los verdugos, cargados de alcohol y de furia, jugaban a espantarlos con tiros de fogueo antes del definitivo, entre danzas macabras y provocaciones sexuales sobre el pavimento. Así exterminaban los restos de la sociedad burguesa.

La disposición se había cumplido con una severidad devastadora. Y su abuelo, Nikolay Korovin, había participado activamente en la matanza, algo que hasta la fecha Vasili no había reconocido. El abuelo también había redactado bandos: «A todos los aristócratas, banqueros, burgueses, comerciantes, funcionarios, vividores, curas, jueces y maestros hay que exterminarlos. A los especuladores judíos cazados con joyas, monedas de oro o dinero de los rusos blancos de Denikin, debéis torturarlos hasta averiguar dónde almacenan las riquezas».

Seis millones de ucranianos muertos y buena parte de la élite económica, administrativa, cultural y religiosa diezmada.

Así arrancó el peor siglo de la historia ucraniana.

Sophia Vasilevna había cambiado de humor tras la repentina llamada afectuosa de su marido a primera hora de la tarde. Estaba

eufórica. Era verano y para aquella noche de viernes había reservado mesa para dos en la terraza del Konkord. Le apetecía comida euroasiática y hacer el amor con su marido. Más tarde ya saldarían cuentas, cuando estuvieran un poco borrachos. Sophia decidió pasar la tarde en la peluquería y vestirse con elegancia para la cena. Al salir del centro de belleza que estaba junto al teatro de la Ópera y darse de bruces con el siniestro edificio oficial que su marido visitaba regularmente, Sophia Vasilevna tuvo una idea.

—¿Está mi padre en su casa? —preguntó desde el móvil mientras conducía.

—Se encuentra leyendo el periódico, junto al ventanal de la biblioteca —respondió la sirvienta.

—Pues dígale que en media hora estoy allí.

Sophia Vasilevna podía compartir bastantes preocupaciones con su padre. Lo encontró en batín, sentado en la mecedora, junto a la ventana con vistas a la colosal estatua de la Victoria, el río Dniéper y al otro lado, tras una amplia superficie arbolada y nubes de polución, las moles gigantescas de los barrios periféricos que construían los ricos para la nueva clase media.

—Nunca se me habría pasado por la cabeza que a mi marido pudiera dominarlo una madre andrajosa.

—¿Andrajosa?

Sophia había entrado como un torbellino en la lujosa habitación forrada de madera y no dio tiempo a su padre a levantarse. Ella le dio un beso, y, sin aspavientos, se sentó frente a él:

—Papá, Maksim parece haberse olvidado de mí. Además, trata de esconder parte de la fortuna a mis espaldas. Estoy inquieta, no sé qué hacer.

—No me extraña, hija mía. Tu marido está cometiendo imprudencias con el suministro de gas. La última vez que lo vi discutimos.

—No me había contado nada.

—He sido diplomático, y sé cómo funcionan el poder y los servicios secretos. A tu marido le han permitido hacerse rico, y debe seguir sirviéndolos mientras lo consideren necesario. Pero Maksim es terco y no atiende a razones. Su intuición me maravilla, pero el presidente Yúshchenko ha disuelto la Duma y ha convocado elecciones. Además, se ha vuelto a aliar con esa populista de Yulia

Timoshenko. El futuro es incierto.

Vasili dio impulso a la mecedora y le pidió a su hija que le trajera la pipa y el tabaco.

Sophia Vasilevna fue a revolver entre los libros y papeles del escritorio. En uno de los folios vio el apellido Krynovi subrayado.

—Está en el primer cajón de mi mesa —dijo el padre en voz muy alta.

Su hija lo abrió y allí estaba el tabaco. Más al fondo, descubrió un revólver. Cerró el cajón bruscamente.

—Hoy no fumas. El médico te lo prohibió hace tiempo y es hora de que obedezcas.

—Fumo cuando quiero y estoy harto de ese sonsonete. Sabes bien que enciendo la pipa pocas veces. Haz el favor de dármela. Y el tabaco.

Su hija volvió al cajón y entregó a su padre lo que le pedía. Luego se dirigió hasta el mueble bar, un mueble de caoba que estuvo en la casa de Londres, como casi todo lo que había allí.

Se sirvió un vaso de whisky.

—Empatados. Tú no debes fumar, yo no debo beber. —Y se sentó tras beber un trago ansioso.

El padre llenó la pipa con calma, apretó el tabaco con el pequeño instrumento metálico y pidió cerillas a su hija. Ella le pasó la lumbre mirándolo a los ojos con una sonrisa forzada.

—Así que tu marido está preparando la fuga. ¿Contigo o sin ti? —preguntó, con una sonrisa burlona.

—Maksim dice que Timoshenko ganará y revisará las privatizaciones, y que está harto de los magnates, de los servicios secretos y de los políticos. Dice que lo que hay que hacer es repartir las famosas tierras negras de Ucrania entre los que no tienen nada para que puedan cultivarlas. Y que hay que crear escuelas de formación.

—Yo también creo que hay que virar el rumbo. Pero mientras…

—Papá, yo no quiero que mis hijos crezcan aquí. Ni a él le gusta Londres ni a mí me gusta Berlín, pero te aseguro que yo no me voy a quedar sola en Ucrania con los niños.

—Con esas ideas… tu marido va a acabar mal con el presidente de la República.

—Peor aún, con el general Rodchenko. Por eso quiero vivir lejos

de Ucrania. Aquí no estamos seguros.

—¡Rodchenko!

—Sí, papá, y esas intrigas de Maksim con Shevchenko…, tiene que dejar la política y dedicarse solo a los negocios. No quiero que acabe como Vadym Hetman.

—¡Hija! —cortó el padre—, no vuelvas a decir nada semejante en mi presencia.

—Y tú, ¿por qué tienes una pistola tan a mano? —preguntó por fin Sophia Vasilevna.

—Para defenderme. Vivimos en un país extremadamente inseguro.

Sophia se levantó del sillón muy agitada y paseó de un lado a otro de la habitación.

—¿Qué te dijo Rodchenko? —le preguntó su padre completamente erguido en la mecedora para observarla mejor.

Fue entonces cuando se fijó en lo bonitos que eran sus zapatos.

—Que Maksim iba a perder las concesiones en Azerbaiyán por apoyar la construcción de dos ramales del gasoducto Nabucco. El que correría debajo del Caspio entre Turkmenistán y Bakú y uno más corto aunque mucho más conflictivo, el que enlazaría Tblisi con el puerto de Poti.

Antes de que su padre dijera nada, Sophia se dejó caer en el asiento con elegancia, alisándose la falda con un gesto seco que expresaba contrariedad.

Su padre frunció el ceño, volvió la cabeza hacia la ventana y puso cara de circunstancias. Unos pájaros negruzcos rasgaban el cielo. Vasili suspiró, entrelazando los dedos de las manos; luego movió el cuerpo hasta el asiento para acomodar su espalda en el respaldo.

—Yo estoy al corriente de otro asunto. Un grupo de enloquecidos cosacos de la antigua Galitzia, de Besaravia y de Volynia han subido al monte Elbrus con descendientes de los cosacos del Don, del Terek y del Kuban. Lo han hecho a pie. Algún día tienes que ir hasta allí, hija mía.

El monte Elbrus está en la frontera que separa Rusia de Georgia, en el Cáucaso. También separa Europa de Asia, y es el más alto de Europa.

—¿Qué me quieres decir, papá?

—Acampados en sus faldas, y entre danzas y cánticos, han constituido una hermandad secreta y han celebrado una rada para elegir atamán por un año. Desconozco sus planes. Sé que algunos alcanzaron la cima.

—Espero que el elegido no sea mi marido. —Sophia Vasilevna ya se veía parte de una novela de Gogol.

—Nadie sabe quién es. Pero acaparan mucho poder económico, político, tecnológico y militar. Y tienen algo en común: casi todos son hijos o nietos de supervivientes de aquellos millones de soldados de las repúblicas soviéticas entregados por los británicos a Stalin. —Vasili bajó la voz. Se refería a los soldados eslavos que luchaban en favor de los nazis por su anticomunismo visceral y también a los miembros del ejército soviético que cayeron prisioneros y fueron condenados a trabajar en fábricas alemanas. No merecían vivir; decreto de Stalin.

Pocas veces Sophia había visto a su padre hablar de ese modo.

Un acceso de tos diluyó la tensión del momento. El hombre pidió a su hija un vaso de agua.

Se lo bebió y dijo:

—Unos y otros, prisioneros todos, fueron obligados a subir a trenes y barcos. Los barcos británicos descargaban a los prisioneros en el puerto de Odesa. Los aviones soviéticos lo sobrevolaban para que los aliados, desde sus barcos, no escuchasen los tiros contra los prisioneros en el mismo muelle. Muchos de sus descendientes son cosacos y ahora pretenden recuperar las tierras que el Estado soviético les robó.

El silencio duró minutos. A través de la ventana se percibía el ronroneo de los motores de los automóviles. Vasili volvió a encender la pipa.

—Papá, tú y yo siempre seremos extraños en este país. Maksim nos ve como una familia que, desde la Revolución, por conveniencia, se ha acomodado a las circunstancias. No hace mucho me dijo sin ningún pudor que tu vida y la de tu tío de la nomenclatura se resumían en servir al poder que más calienta.

Vasili Sérgéyevich Zsilinszk dio tres caladas, expulsó el humo de la pipa y fijó la vista en la ventana.

—Sobreviví al terror, hija mía, gracias a una obediencia ciega ante cualquier superior: autocontrol; olvidaba lo que convenía

olvidar y mantenía silencio. Afortunadamente, ahora llevamos más de sesenta años sin guerras. Los abuelos vivos tienen hijos y nietos vivos. Lo único que me importa es que ni rusos ni cosacos ni polacos ni alemanes rompan el inestable equilibrio que nos mantiene en paz y sin hambrunas.

Sophia Vasilevna no podía comprender la obsesión de su padre por las épocas inestables. Pero lo que acababa de oír la instaba a encontrarse a solas con Karin Krynovi en Uzhgorod y escuchar su historia. Lo consultaría con su marido. Quizá fuera la forma de recuperar los buenos tiempos. Aun así, deseaba descubrir qué hacía su marido cuando estaba en Berlín.

—Papá, ¿qué puedo hacer para enterarme de la clase de vida que lleva Maksim en Berlín?

—Iván Iúrich; su amigo desde la etapa estudiantil. Él debe de estar al corriente de todo lo que hace. Pero no es prudente que se lo preguntes. También es cosaco. Déjamelo a mí. Dame unos días y quizá averigüe algo.

De pronto, Sophia se dio cuenta de que ya era la hora de recoger a Maksim. Antes pensaba llevarlo a bailar. Con prisa, le dio un beso a su padre, que se levantó para acompañarla hasta el vestíbulo. Pese a sus años, Vasili Sérgéyevich Zsilinszk era un hombre de buen porte, delgado, con esas arrugas sonrosadas típicas del hombre distinguido.

—Tráeme a los niños este fin de semana. Quiero verlos.

Cuando su hija se fue, Vasili puso el preludio para violoncelo de la suite número tres de Bach, mientras continuaba divagando acerca de los cosacos, como Maksim, y sus conspiraciones en el siglo XXI; su hija no podía entrever la gravedad del asunto. El jueves asistiría a la tertulia del bar de la plaza Bessarabska. Tal vez alguno de sus amigos pudiera ayudarlo y decirle quién podría darse una vuelta por Berlín.

Tras librarse de sus guardaespaldas, Maksim conducía sin rumbo por la ciudad. Escuchaba un cedé de Jürgen von Klüber y llevaba las ventanas del Mercedes bajadas. Poco después leía el email de Ernesto en su móvil. El chileno estaba en peligro, debía salir de Berlín inmediatamente. Pero no tuvo fuerzas para responderle. Varias veces cruzó los puentes del Dniéper y los bosques circundantes que ascendían hasta la ciudad. Fue a parar a la colina

de los monasterios de las cuevas. Bajó del coche y se sentó a la sombra, en un banco apartado. El trinar de los pájaros lo adormiló.

A las cinco en punto, Maksim aparcó frente a la puerta de la academia de piano de sus hijas. Luego fueron a buscar a Vasi, el pequeño, para merendar todos juntos en un McDonald's.

Maksim seguía inmerso en sus preocupaciones por mucho que se esforzara en hacerles reír. Hacía bastante que no pasaba una tarde a solas con ellos. Sus hijos viajarían a Inglaterra al cabo de dos semanas para pasar una temporada con los Drury, amigos de su suegro.

Por la cabeza de Maksim rondaba lo que Iván Iúrich le había dicho respecto a Usabiaga y la presión para que cerrara la oficina berlinesa. Antes de tomar cualquier decisión, se veía obligado a averiguar lo sucedido en la última entrega y quién demonios era aquel músico albino. En menos de veinticuatro horas obtendría la información a través de un agente del Mossad con quien solía colaborar en algunos casos. Por otra parte, ignoraba si las autoridades de Bakú habían identificado a Ernesto Usabiaga a través de Stanislav.

Maksim contentaba a sus hijos con un nuevo batido de chocolate para que no lo molestaran demasiado. En un momento dado, el hijo pequeño vomitó parte de lo que había comido sobre la americana de su padre. El inesperado accidente y el griterío de las niñas devolvieron a Maksim a la realidad familiar. Sus hijas saltaron de sus asientos y quisieron limpiarle el traje. Resuelto el problema, caminaron hacia el teatro infantil de muñecos, con el hijo pequeño sobre los hombros paternos. Las niñas, felices junto a él, lanzaban pompas de jabón entre risueños aspavientos. Maksim Kazantev disfrutaba de la paternidad. Porque él siempre regresaba a casa.

7

Diciembre de 2005. A través de la ventana que daba a la calle, en la casa de Santiago, Ernesto observó el cielo azul recortado por la vegetación del cerro San Cristóbal. El bochorno matinal vaticinaba un día agobiante. De la calle llegó el murmullo de un sinfín de partidarios de Renovación Nacional que daban al timbal con las consignas favorables a la carrera presidencial del candidato. Ernesto pensó en la democracia del desasosiego: gobernara quien gobernara nada iba a cambiar, y que en la segunda vuelta vencería Bachelet.

Ya habían pasado nueve días desde que ordenó con voz apagada:

—Destruyan los papeles, dejen los libros y llévense lo demás.

Desde que desaparecieron las mesas, estanterías y casi todo, esa parte de su casa que había sido sede de *Manjares* estaba sumida en un silencio amargo.

Leandro Aparicio, aunque tenía llave, llamó al timbre. Ernesto le había pedido que se encontraran después del cierre definitivo de la revista.

—Si me hubieras hecho caso, Ernesto, no te habrías quedado sin futuro en esta parte del mundo.

La severidad del amigo que en menos de tres meses se había atrincherado en la comodidad de los negocios familiares mostró a las claras el abismo que separa a quienes aceptan los tejemanejes de la clase dirigente de quienes no soportan vivir en el búnker.

Ernesto salió de la habitación y fue a por dos vasos bien cargados de whisky.

—Si mi mamá tiene que vender el departamento tras el juicio,

me suicido —gritó desde la cocina.

—No te van a demandar. Los de la compañía eléctrica también tienen miedo —dijo Leandro en voz alta para que lo oyera.

Tras beberse medio vaso de un sorbo, Ernesto concluyó:

—Tampoco me veo a los cincuenta guatón, ni con tres o cuatro autos en el garaje de casa. Y menos aún con una pandilla de hijos caprichosos gastándose mi plata. No tengo más ambición que escapar del fracaso y olvidar Chile y la política para siempre.

Durante un rato, que se le hizo eterno, permanecieron en silencio. Solo se oía el entrechocar de los cubitos de hielo en los vasos y el rumor de la calle.

—No quieres aceptar que la izquierda también está corrompida, que tampoco tiene alternativas creíbles. —Bebió dos sorbos largos—. Ernesto, yo lo paso bien con mi mujer. Me gustan los niños, la familia. Elegí. —De un trago se bebió el resto e hizo un gesto con la copa.

Camino a la cocina en busca de la botella, Ernesto se preguntó por qué la mujer de Leandro le lanzaba siempre indirectas.

—Qué te puedo contar yo que tú no sepas. Un buen día uno se enamora y te gustan otras cosas. Y tú lo sabes. *Manjares* ha sido una muy buena experiencia, pero uno se cansa de luchar contra gigantes. Jamás volveré al periodismo. Acéptalo, Ernesto. Desafiaste a tu clase social, y la izquierda que tanto idealizaste te ha dejado botado. Pero busca, tienes mucho camino por delante, pero debes medir mejor tus fuerzas.

—Me siento muy solo, Leandro.

Los dos amigos se sentaron en el suelo. Cabizbajos, como si estuvieran en el duelo de un ser querido. Estaban en la misma habitación donde aprendieron a estudiar, donde parieron *Manjares* y donde juntos la editaron hasta que Leandro decidió abandonarla y dejarlo solo en medio de un mar de conflictos.

Habían fundado *Manjares* a contracorriente, centrando su inquietud en los temas antropológicos, en las etnias indígenas y en el medio ambiente. Todo fue medianamente bien, las ventas no eran malas y algunos colaboradores eran especialmente buenos, hasta que, a los cuatro años de iniciar la aventura, Ernesto viajó a la cuenca del Bío Bío. La agresión de una gigantesca central hidroeléctrica y el robo de las tierras mapuches por parte de una

transnacional radicalizó sus escritos contra la oligarquía chilena. Leandro se negó a denunciar a su tío y a su abuelo, con intereses en los embalses, y rechazó ser el portavoz del Consejo de Todas las Tierras ni de nadie.

A los treinta años, apoltronados en el que había sido el salón de Eva Ramírez en tiempos del Verbo Divino, Leandro y Ernesto aceptaron su derrota.

—Se me está haciendo tarde. Debo volver al trabajo. Si en algún momento decides reconciliarte con tu papá y tienes plata, ya sabes. Por ahora cubro yo las deudas.

—No quiero ni un peso de tu familia, y menos de mi papá.

—Mi dinero no es mi familia. Trágate el orgullo y andate a Estados Unidos. Allá se aprende rápido. Y verás que no hay demanda ni tribunales. Tus enemigos no quieren publicidad y harán como si nunca se hubiese publicado nada. Su arma es el silencio.

Ernesto escuchó el golpe de la puerta al cerrarse.

De pronto recordó que tenía un almuerzo en el Liguria, uno de los restaurantes más típicos, con el señor de las farolas. A pocos días de las elecciones, un colega de *El Mercurio* le había pedido que lo reemplazara en el almuerzo. Se trataba de un extranjero, representante de una marca de mobiliario urbano.

Tras una noche de lluvia, las aceras estaban llenas de charcos. Al salir del restaurante, Quim Vilardell, el empresario con quien estaba, resbaló y cayó al suelo. Ernesto intentó levantarlo, pero no pudo y tuvieron que llamar a una ambulancia. Lo acompañó al hospital. Vilardell tenía la americana y los pantalones de alpaca empapados.

Mientras el doctor le vendaba el pie, Ernesto pensó que Quim Vilardell exageraba el dolor por coquetería. Desde ese instante se mantuvo alerta. Quim, el atractivo vendedor de diseño catalán en negociaciones con la Municipalidad de Santiago, le despertó una excitación agradable. El ejecutivo había salido en los periódicos como un gran emprendedor que comercializaba las marcas europeas más exquisitas. Ernesto observó en el hospital que cuando le hablaba cometía muchos errores en la conjugación de verbos y en el uso de preposiciones, pero lo hacía con gracia. La sucesión de disparates entre lamentos de dolor despertó el sentido del humor de Ernesto. El hombre cojeaba por los largos pasillos del hospital

cuando le pidió que lo acompañara al Sheraton. La herida era superficial, pero iba sucio y mojado, y necesitaba reposo.

El edificio estaba en la ladera del cerro, rodeado de un verdor exultante. Ernesto subió a la habitación como si fuera un ternero a punto de ser sacrificado. Sin embargo, desde que había roto con una amiga de Leandro le atraían más los torsos masculinos del gimnasio que los biquinis de la playa. Desde el ventanal del cuarto, se veían los Andes nevados. Quim le sirvió un vaso de vino.

Vilardell le contó que había aprovechado la visita a la Municipalidad para seguir atento el proceso electoral por la presidencia. Era socialdemócrata y defendió el programa de Bachelet durante un buen rato. Le sirvió otro vaso de vino y cambió de tema. Pretendía visitar la Araucanía. Cuando le preguntó por los mejores lugares de la zona andina, Ernesto pensó en la posibilidad de un viaje a tierra mapuche y sonrió, lo que provocó el primer abrazo apasionado de un hombre. Pero el chileno, timorato, se apartó de los brazos de Quim bruscamente. Iba de un lado a otro de la habitación con la copa de vino en la mano, sin saber si brindar o largarse. Pero se bebió la copa y, confuso, cayó rendido en el sillón. Quim le sirvió otra y otra y otra, aunque no dieron el paso definitivo.

Abril de 2006. A los pocos minutos de subir al avión, Ernesto se quedó profundamente dormido. En Girona dejaba atrás la historia que lo había sacado de Chile y una nueva deuda de dos mil euros. El préstamo de Montse Campins, bien administrado, le daba para algunos meses en Berlín.

Cuando entreabrió los ojos, el avión sobrevolaba los Alpes. Su visión lo transportó al catamarán del lago de Todos los Santos, a mitad de trayecto entre Puerto Montt y Bariloche; recordó a Quim Vilardell en el cruce de la cordillera a través de los lagos que la salpican en plena selva valdiviana, frente a la desembocadura del río Petrohué. Ernesto, agarrado a la barandilla del barco, frente al color turquesa de las aguas del lago, pensaba en nuevos proyectos de vida. Quim, mientras tanto, señalaba con el bastón el volcán Puntiagudo entre una retahíla de frases de admiración, imitando la voz de un locutor de radio.

Tras desafiar los temores de quien algo quiere pero no acaba de decidirse, Ernesto disfrutaba del momento con cierta seguridad en sí

mismo. Finalmente había hecho las paces consigo mismo en tierra mapuche. Cuando cruzaron la frontera argentina, Quim, medio adormilado por el ronroneo de los motores en un asiento de cubierta, protegido por la gorra y con la crema de cacao tiñendo sus labios de blanco, le pidió que se sentara junto a él. Cuando lo tuvo a su lado, apoyó la mano en su pantorrilla y le hizo una propuesta:

—Me gustaría que vinieses un tiempo a mi ciudad. Puedo pagarte el pasaje. En Girona dispongo de un pequeño apartamento donde no vive nadie.

—No tengo plata.

—Podrías elaborar una guía de la ciudad para turistas alemanes. Promoción Turística te pagaría bien. También conozco a los de la *Conselleria* de Interior. Tu abuela fue española y no te será difícil conseguir pasaporte europeo. Regalo de bienvenida.

Quim fue lo más persuasivo que pudo con el joven.

Las heridas de la cara y el cuello tardarían en desaparecer. Cuando el avión traspasó un mar de nubes, Ernesto lamentó, rabioso, las tres semanas de agonía. Quim desapareció de Girona sin dejar rastro tras un romance apasionado de dos meses. Lo buscó hasta en el último rincón. Nunca respondió a sus llamadas. Nadie lo esperaba en los lugares que habían frecuentado, nadie sabía nada. Nadie, hasta que un miembro de la familia tuvo la desfachatez de ofrecerle una suma de dinero a cambio de que se largara de Girona para siempre. La honorable familia necesitaba cortar de cuajo cualquier habladuría acerca de la homosexualidad oculta de un Vilardell respetable, casado y padre de familia, que se había paseado sin rubor con un joven sudamericano por calles, cines, terrazas y restaurantes.

Pero Ernesto ni aceptó el dinero ni se marchó, así que, días después, recibió la llamada de una supuesta secretaria de Quim que le dijo que el señor Vilardell estaba de vuelta. Lo esperaría esa tarde en un chiringuito del parque de La Devesa. Ernesto acudió a la cita, donde unos tipos con pasamontañas, amparados por la oscuridad, surgieron de entre los troncos de los plátanos que había plantado Napoleón y le dieron una paliza. Se recuperó de los cortes y hematomas en casa de su amiga Montse Campins, en pleno campo. Cuando las heridas cicatrizaron, Ernesto decidió probar suerte en Berlín. Días antes, Quim había cumplido su promesa. La verdadera

secretaria de Vilardell telefoneó a Montse Campins para comunicarle que Usabiaga obtendría la nacionalidad española en breve y proporcionarle un número de expediente que podía consultar en cualquier consulado. La historia podría haber acabado peor.

Cuando pisó tierra alemana, Ernesto sintió una satisfacción desconocida. Si la historia de la abuela Aurora se confirmaba, estaba en su otra patria. Lo único que faltaba era decidir dónde instalarse en Berlín. En última instancia dormiría en una casa «okupada» cuya dirección le pasó un paisano que vivía allí.

Fumó un cigarrillo en el exterior del aeropuerto, junto a un chófer de autobús que también fumaba. Cuando le preguntó por un lugar económico donde hospedarse, el chófer le habló de la pensión de unos kurdos.

Una de las primeras cosas que hizo en Berlín fue acudir a la dirección escrita en el reverso de la fotografía.

El edificio estaba en Mitte y seguía en pie. Las inscripciones de piedra de la fachada indicaban que había albergado una fábrica textil. A pie de calle distinguió un café de cinéfilos y una oscura entrada sin portal que daba acceso a lo que los alemanes llaman *hinterhof*, patio interior. Las sienes le latieron al percibir la atmósfera de la foto. Le deslumbraron unos escaparates de cristal iluminados que anunciaban las películas del cine Central. Cine de autor. Las flechas indicaban el cine al fondo del callejón. Atravesó el túnel de la entrada. El *hinterhof*, donde esperaba encontrar las ventanas de la foto, acogía uno de los centros de cultura alternativa más conocidos de Berlín.

Un viento frío acuchilló sus mejillas. Se protegió con un gorro comprado en un puesto callejero de segunda mano. Mal abrigado con una cazadora corta, le castañetearon los dientes. A la izquierda había un edificio alargado de tres plantas, cuya fachada estaba descascarillada por la guerra y los años de abandono. Las ventanas poco tenían que ver con las de la foto. En una puerta descubrió un letrero singular: «Fábrica de escobas producidas por ciegos. Museo de Otto Weidt». Jamás había oído ese nombre. Se aproximó para leer la letra pequeña: «Así vieron ellos sus vidas. Dibujos de niños de los guetos y campos de concentración». Sobresaltado, encendió un cigarrillo y fumó hasta que se dio cuenta de que el callejón

seguía más allá de otro edificio. Lo atravesó por un corredor que pasaba por los bajos del edificio que lo cerraba y se encontró en una plazoleta donde unos animales gigantes de hierro presidían la entrada al Eschschloraque Cocktail Bar: el Esch Club. La negrura de las nubes devoraba el escaso resol de aquella tarde gélida de finales de abril de 2006.

En la plazoleta miró para otro lado y comprobó que las ventanas del edificio del cine Central se conservaban exactamente igual que en la foto. Las manos le temblaron, pero consiguió sacarlas del bolsillo. Mientras él añoraba las exclamaciones de alegría que su abuela paterna habría lanzado al verlo, Inge Weide observaba de frente el lugar que, sesenta y cuatro años después, él pisaba estremecido.

Subió a toda velocidad las escaleras del Esch Club y se encontró en un lugar que tenía algo de templete budista, montado con materiales reciclados bien trabajados. Le despertó la curiosidad el diseño de los pasquines que anunciaban conciertos de música electrónica alternados con todo tipo de espectáculos.

Encontró el lugar vacío. Pidió un whisky solo. Con marcado acento berlinés, la camarera, espoleada por la excitación del cliente, le contó la historia de la República libre de Schwarzenberg, una utopía vivida en 1945 por los habitantes de veintidós aldeas entre el río Mulde y las montañas del Ore, en las proximidades de la frontera con Bohemia.

Ernesto quiso saber más de la historia.

—Después de la capitulación, los habitantes de la zona proclamaron la independencia. El sueño comunitario duró mes y medio, hasta que los soviéticos lo confiscaron todo. Violaron hasta a las mujeres de ochenta años.

La camarera se agachó para encender algún motor de nevera.

—Los que gestionamos este espacio colectivo, que hemos consagrado al arte y a la memoria, adoptamos el nombre de aquella quimera.

—¿Y quién fue Otto Weidt?

—El museo está abierto —dijo la chica mientras servía a unos clientes recién llegados.

Clavado frente a la puerta de la factoría de Otto Weidt, Ernesto volvió a leer la inscripción de la entrada y sintió un zumbido. Y,

como si realmente estuviera ocurriendo, escuchó pisadas de botas con puntera metálica que venían de la calle. Se aproximaron. Del interior le llegó un sonido más suave, algo así como el tintineo de una campana de mesa. A través de la puerta, vio de inmediato que un grupo de unas cuarenta personas, con la estrella amarilla cosida en el delantal, bajaba apresuradamente las escaleras hacia las carboneras del subsuelo para ocultarse. Su abuela estaba entre ellas. En el acto, un regimiento de soldados de las
SS
enfiló escaleras arriba provocando estruendo. Luego un silencio espectral conquistó el espacio. Ernesto escuchó un taconazo de bota y el «*Heil, Hitler*» disciplinario.

Dio una patada al primer peldaño y subió las escaleras sin dejar de observar el tramo que bajaba a la antigua carbonera. Con toda probabilidad los agentes de las
SS
, tras registrar la planta donde estaba la factoría, no habrían descubierto el escondrijo. El lugar permanecía intacto.

El tipo que lo atendió era muy recio, llevaba una barba a lo Karl Marx y permanecía sentado junto a una mesa leyendo un diario hebreo. Ernesto le preguntó por Inge Weide como si pudiera aparecer en cualquier momento.

—No, nunca he oído hablar de esa mujer.

El hombre, con voz de barítono, le propuso una visita guiada. Ernesto compró el catálogo y le echó un vistazo. La factoría funcionó en Rosenthaler entre 1940 y 1947.

—En los años de la República de Weimar, Otto Weidt pretendía ser decorador, pero su casi completa ceguera se lo impidió. Empujado por el aliento de su segunda esposa, Else Nast, montó en 1936 un taller de cepillos fabricados por ciegos en un sótano de Kreuzberg. En 1940, ya en Rosenthaler, el Tercer Reich declaró la empresa de utilidad pública.

El barrigón de las barbas recitaba la historia con entonación de profesor de primaria.

—Con la excusa de cumplir las exigencias de producción del régimen, Otto Weidt contrató a judíos ciegos o sordomudos y a otros sanos a los que ocultaba durante los registros en esta habitación y en el sótano.

El hombre indicó a Ernesto que se asomase por un agujero oculto tras un armario de roble.

—¿Cuántos judíos salvó?

—Tantos como pudo.

El hombre dejó solo a Ernesto en la pequeña habitación clandestina. Olía a cerrado.

—Cuando la deportación fue masiva, Otto Weidt organizó escondites más seguros en discretas residencias de amigos contrarios a la *obediencia debida*, y no dudó en utilizar el soborno y el engaño con los policías, miembros de la Gestapo y funcionarios de la Sección de Asignación de Judíos de la Oficina de Trabajo de Berlín. También falsificó salvoconductos y documentos de identidad con la complicidad de policías disconformes con el Reich que seguían administrando la comisaría dieciséis, en la esquina de Hackescher Markt.

Los pupitres donde se elaboraban los cepillos, uno tras otro, paralelos a los ventanales, seguían allí. En habitaciones contiguas colgaban los dramáticos dibujos de los niños. Escenas de vagones hacinados, de filas al entrar en los campos, de cómo les arrancaban los dientes de oro y esquilaban el pelo en las duchas. También había paneles explicativos. Otto Weidt había nacido en Rostock, como su abuela.

—¿Quién es el responsable del museo? —preguntó al salir.

—Frau Rose Hofmannsthal, de la Gedenkstätte Deutscher Widerstand.

—¿Podría facilitarme su teléfono, por favor?

El hombre se lo dio y abrió después el periódico como si Ernesto Usabiaga jamás le hubiese interrumpido.

El día que Ernesto conoció a Rose Hofmannsthal, en las oficinas del Gedenkstätte Deutscher Widerstand, esta llevaba botines altos, pantalones de franela ajustados que marcaban unas curvas moderadas y un jersey grueso. Tendría poco más de cuarenta años. Era algo rolliza, de pelo corto teñido de violeta y nariz griega. A Ernesto le resultó afable desde el primer momento. Le reveló que era hijo de una mujer chilena que cayó presa y fue torturada, que él tuvo que cerrar una revista dedicada al medio ambiente porque en Chile no se permitía la conciencia crítica, y lo poco que sabía de su abuela Inge Weide.

La historiadora observó con atención la foto que Ernesto le mostraba. Luego tomó nota de los detalles. Le aseguró que consultaría los archivos detenidamente.

—Si tu abuela vivió en el taller de Otto Weidt, quizá encontremos alguna pista. Hay que tener en cuenta que para cruzar la frontera suiza forzosamente debía tener un salvoconducto y un pasaporte con otro nombre. Tendremos que consultar en el Jüdisches Museum y en el Zentralrat der Juden in Deutschland. Aunque figurará con el nombre falso en casi todos los archivos; no será fácil dar con ella.

Ernesto olvidó darle el nombre de Andreas Klein, el hombre que llevó a su madre a Chile.

Luego Rose se sentó en un sofá y le señaló otro a Ernesto.

—Te aconsejo que leas *Sie blieben im Schatten*, un libro acerca de los héroes alemanes que ocultaron judíos.

—¿Quién es el autor? —preguntó Ernesto con interés; pensaba leerlo.

—Una superviviente ya anciana que se llama Inge Deutschkron y que estuvo en el taller de cepillos y escobas entre 1941 y 1943. No era ciega, pero Weidt le consiguió una tarjeta de empleada con un nombre falso, Inge Reichter. Después de la guerra, trabajó como periodista durante años y ahora vive en Tel Aviv. A pesar de la edad, sigue trabajando para rescatar del olvido a los alemanes que ocultaron judíos entre 1937 y 1945.

Sin duda, Inge Deutschkron y su abuela habían coincidido en el mismo lugar en las mismas fechas.

—Quiero verla.

Estaba eufórico.

—Primero lee su libro. Dentro de unos meses, Inge Deutschkron tiene programada una conferencia en Múnich. Puedo acompañarte.

Rose Hofmannsthal se levantó y fue hasta la mesita donde había puesto agua a hervir.

Ernesto, aún algo nervioso, se acomodó mejor en el sofá.

—¿Tienes casa? —le preguntó ella tras alcanzarle una taza de té.

—No. De momento vivo en una pensión.

—Un músico amigo, recién separado, vive en una casa grande que quizá le interese compartir por poco dinero.

8

Ernesto Usabiaga tenía la sensación de que alguien lo observaba desde un coche negro aparcado en Forsterstrasse. Poco antes, Rose Hofmannsthal había llamado para comunicarle que se había citado el 17 de julio con Helga Goldstein. Se entretuvo inflando la rueda de la bicicleta. Efectivamente, el tipo no parecía del lugar y lo espiaba aunque simulara leer un diario en el asiento del conductor. En el acto, Ernesto tomó la decisión de no tomar un capuchino en la terraza del Salat Garten. Con rapidez, como si tuviera prisa, quitó el candado de la bicicleta y se perdió por la senda que orilla el canal. Pedaleaba sin pensar y a punto estuvo de dar de bruces con un padre que arrastraba a su bebé en un carrito remolcado por su bicicleta. Atravesó el canal, siguió pedaleando, pasó por delante de la *trattoria* de Graciela, pero el gentío lo desanimó. Más adelante, cuando ya no había edificios, se detuvo frente a la entrada de un viejo barco de madera transformado en restaurante. El temor se mezcló con la ansiedad de no tener nada que hacer un domingo. Alemanes trajeados festejaban en cubierta con una copa en la mano. Una camarera latina le guiñó un ojo; ni se inmutó. Inesperadamente, tal algarabía le recordó las fiestas de sus abuelos en el jardín de Valparaíso. Tenía que inventarse algo para aquel domingo en blanco. Retrocedió hasta la explanada donde solía leer tumbado y se le ocurrió llamar a Erik Thiele. Le preguntaría por alguna actuación tecno en un lugar alternativo y, de paso, reemprendería relaciones con las viejas amistades; el móvil de Erik estaba desconectado. Acabó echado sobre la hierba, subiendo y bajando las piernas. Luego volvió a montarse en la bicicleta y

siguió, camino a Neukölln, por las calles más arboladas. El viento fresco contra la cara le aclaró las ideas. El canal, que lo separaba de su barrio, representaba una barrera infranqueable y nadie lo había seguido.

Dejó la bicicleta amarrada al otro lado de la plaza Karl-Marx y dio un rodeo para no encontrarse con el turco de los mostachos que no le había querido dar la nueva dirección de Nazand. No había nadie en el portal. Subió la escalera de la antigua pensión en la que había vivido, hasta la puerta de un piso superior. Llamó al timbre. Antes de que abrieran escuchó un griterío infantil. Preguntó a los niños por la chica de los ojos verdes que había perdido a sus padres en un bombardeo. Lo miraron con indiferencia. Nadie le hizo caso, pero él se quedó plantado en medio del umbral para que no le cerraran la puerta en las narices. El hombre que regañaba a dos niños en el vestíbulo en turco le preguntó si era el operario de la compañía de gas. Ernesto le respondió que buscaba a Nazand. El hombre desapareció al fondo de un pasillo con poca luz, seguido de los críos. Un anciano, bajo y bizco, surgido del fondo, vociferó:

—Llame a la puerta de enfrente.

Minutos después, abrió la puerta una mujer obesa y baja, con el velo negro y una bata marrón. Tras pronunciar varias veces el nombre de Nazand, la mujer emitió un par de grititos y llamó a un chiquillo. Se acercó uno que tendría unos doce años y parecía el más sosegado de los que iban tras una pelota por el pasillo. La vieja le lanzó un discurso en su idioma, que el muchacho atendió sin pestañear.

—Mi abuela pregunta quién es usted.

—Los padres de Nazand murieron en el Turkestán de un gas que cayó del cielo cuando yo vivía en la pensión. Dile que soy chileno; buen amigo suyo.

Lo dijo lentamente, exagerando la pronunciación y extendiendo las palmas de sus manos en el pecho, una sobre otra, mientras movía los pulgares.

El muchacho tradujo las palabras de Ernesto.

La abuela se mantuvo todo el tiempo frente a él, de pie como una estaca. Sin fijar la vista, con la cabeza baja, las manos cruzadas detrás y exhibiendo su barriga ovalada sin el menor reparo. Ernesto

se mantuvo firme. Ella soltó una parrafada rápida al muchacho. El muchacho desapareció. Tardó algo en volver, con un pedazo de papel en la mano. Ernesto ya solo pensaba en Nazand.

—Mi abuela dice que Nazand vive en Heidelberg. Ahí tiene su teléfono.

Ernesto llevaba un par de chicles en el bolsillo y se los dio con mal disimulado regocijo.

Bajó las escaleras, subió a la bici y pedaleó hasta su casa. El todoterreno negro no estaba. Frente al portal, más allá del seto, en un gran rectángulo de tierra batida, un grupo de alemanes fornidos jugaban a la petanca, concentrados y en silencio. El ambiente era apacible pero, a pesar de ello, veía la cara de ratón y el diente de oro de Stanislav, así que aparcó la bici y estiró las piernas hasta la otra calle, volviéndose a cada instante como si lo siguieran. Compró tabaco en la esquina y entró en casa. Aún sentía la opresión en el pecho y encendió la luz de la cocina, que no daba a la calle, y puso una pizza en el microondas. Quería llamar a Nazand. Escuchó un ruido en el balcón a media comida y de puntillas fue a ver. Un crujido de tarima le erizó el vello. Una pareja de pajarracos revoloteando entre las ramas de forma enloquecida aceleraron su impaciencia; salió a la pequeña terraza y no miró a la calle. Marcó el número de Nazand varias veces sin obtener respuesta, así que se refugió en el estudio de Jürgen y se puso los auriculares.

Mientras preparaba sin concierto una maleta por si debía abandonar la casa con urgencia, descubrió, en el fondo de la bolsa del dinero, el lápiz de memoria que había perdido. Encendió el ordenador y lo introdujo. Podía escuchar un poco de música de Pole ahora que había aparecido. Pero en la pantalla del ordenador parpadearon unas letras, sonó un pitido y finalmente se puso negra. Trató de encender el ordenador de nuevo, pero había dejado de funcionar. Ese lápiz de memoria no era el suyo. Había entregado al enlace un *pendrive* con música y se había quedado sin querer el otro, el que Maksim le había confiado. Tenía que volver a Chile, perderse en la Araucanía, con los mapuches; una quimera. Necesitaba un tiempo. Debía tomar decisiones.

Pasó todo el lunes emporrado en casa del amigo peruano, escuchando música y rasgando la guitarra en busca de evasión. Al volver a casa a media tarde no vio a nadie. Se encerró en el estudio

de Jürgen con los cascos puestos con el *Réquiem alemán* de Brahms a todo volumen. Ignoraba el alcance de su error, pero no podía ocultárselo a Maksim. Estuvo dudando durante horas. Enviaría un mensaje de texto al móvil de Maksim; necesitaba hablar con él lo antes posible. Tras enviar el mensaje, dejó el móvil en la mesita de noche y se durmió. Al día siguiente tenía la cita con Helga Goldstein y debía estar despejado.

Maksim seguía amándola y nadie iba a suplantarla. Pese a todo, Sophia Vasilevna notaba el nudo de inquietud de su marido. Se había movido con torpeza mientras hacían el amor. Ella se durmió placenteramente. Maksim no roncó en toda la noche.

Él se despertó antes del alba de buen ánimo. Llevaba más de veinticuatro horas encerrado en la habitación con su mujer. Ella le pidió que le hablara de su madre. Él le resumió sin profundizar los encuentros con Karin Krynovi y acordaron que ella la visitaría a solas en Uzhgorod; también le habló de un buen amigo de Berlín que le había hecho mucho bien. Trató de ser parco, pero el muchacho despertó la curiosidad de Sophia.

Con sigilo, para no despertar a Sophia Vasilevna, Maksim salió de la habitación en batín y fue a su despacho. Sentado junto a su mesa de trabajo vio parpadear su móvil personal. «Es urgente. Llámame a este número lo antes posible. Acabo de descubrir un hecho lamentable».

Eran las seis de la mañana del martes. El general Shevchenko había adelantado la reunión a las once de ese día. Ya había amanecido. Maksim fue al jardín con el móvil.

—Ernesto, ¿ocurre algo? —preguntó en tono agradable.

—¡Por fin llamas! —Ernesto estaba sentado en la cocina—. No tengo perdón. Lo he encontrado por pura casualidad. No tiene explicación, no tiene explicación.

—Por favor, Ernesto, dilo de una vez —dijo mientras daba varias zancadas en oblicuo sobre el césped del jardín.

—Dime qué hago con el dinero. Algo he gastado. Mis deudas. —Silencio—. Me equivoqué, me equivoqué, no sé qué pudo ocurrir…

—Habla. ¿Qué ha pasado?

—El lápiz de memoria… —Ernesto dejó la frase a medias.

Desde luego, parecía grave.

—… me equivoqué. En la bola de adorno puse un lápiz de memoria con música tecno. Era negro, parecido al tuyo. Ayer tarde, por casualidad, encontré el que tú me habías pasado. Cuando intenté abrirlo, me fundió el disco duro del portátil.

—¡Qué!

Maksim no daba crédito a lo que acababa de oír. Se sentó en el césped, aliviado.

—Aunque no lo entiendas me has salvado. Gracias.

Por eso Iúrich le había hablado de negocios musicales.

—Puedes quedarte en Berlín un mes más, tendrás protección. Sigue buscando a tu abuela. Escucha bien: esconde el lápiz en el apartado de correos de un barrio cualquiera de Berlín. Que nadie te vea. Nos veremos pronto. Mientras, ten cuidado. Por cierto, ¿la música no te la pasaría el albino?

Se lo preguntó con humor.

—¿Quién?

—El al-bi-no.

Falló la cobertura y la comunicación se cortó.

Sintió euforia. Volvió a su despacho. Metió la mano en el cajón grande de su escritorio y extrajo la cruz de la familia Krynovi. La besó.

Un as escondido en el adorno turco de una falsa caja de bombones lo había salvado. No fueron los rusos tal como le había informado Iván Iúrich. Eran los mismos ucranianos quienes habían interceptado el envío. Iván había oído rumores acerca de la música y por eso le había insinuado lo de los negocios musicales. Le advertía para que evitara problemas con el general Shevchenko. Resultaba casi imposible que los servicios secretos ucranianos supiesen que Maksim también pasaba, a veces, planos para la fabricación de misiles de alcance medio, invisibles a los radares.

Por lo general, Stanislav Bromsky encriptaba en Berlín la información que le subministraba Maksim Kazantev. El primero citaba a los intermediarios que Maksim elegía y les entregaba el paquete en mano. Estos la pasaban a los enlaces que Zaur Vidadi enviaba a Berlín desde Bakú. En las dos ocasiones en que Maksim añadió información acerca de la fabricación de armamento muy sofisticado a través de Ernesto, Zaur Vidadi había separado el lápiz de memoria confidencial y lo había guardado. A continuación,

llevaba la información habitual al Fondo Estatal de Petróleo para que, una semana después, Stanislav, el único que podía desencriptar el disco duro, viajara a Bakú e hiciera su trabajo en presencia de un funcionario de confianza en un despacho blindado del Fondo Estatal. El lápiz de memoria clandestino era entregado por Zaur Vidadi con discreción a una secretaria del presidente de Azerbaiyán.

Estaba convencido de que los agentes ucranianos no esperaban hallar un pequeño lápiz de memoria oculto en el material. ¡Menuda sorpresa se debieron de llevar al descubrir música electrónica! Gracias a Ernesto, el material que él había comprado en Mánchester seguía en Berlín.

Maksim se preguntaba qué podría pasar si Stanislav llegara a enterarse de que en su paquete había aparecido una bola de adorno con un componente. Culparía a Ernesto. También le preocupaba qué conclusiones extraerían los azeríes cuando supieran que había desaparecido un envío. Estaba convencido de que Stanislav estaba en Bakú esperándolo desde hacía días.

Maksim fue a la cocina, pidió un café cargado a la sirvienta y se sentó en el porche. Aún era pronto.

El músico albino no tenía importancia. Según había averiguado el agente del Mossad con quien en ocasiones colaboraba, dos agentes israelíes vigilaban a un ucraniano que les había conducido al Eschschloraque Cocktail Bar. Por alguna razón no advirtieron el intercambio entre Ernesto y ese agente, pero repararon en el extraño comportamiento de un músico que dejó de tocar de improviso y escapó por la puerta trasera en cuanto los agentes israelíes entraron en la sala. Una simple confusión. Maksim necesitaba recapacitar los argumentos para la reunión con el general Shevchenko dentro de tres horas. Debería ingeniar un disparate en relación a la memoria musical interceptada. La situación sobrepasaba lo grotesco.

Ernesto sacó la bolsa con el dinero del altillo donde la había ocultado y metió el lápiz de memoria en el bolsillo de la cazadora. Eran las siete y media de la mañana del 17 de julio y la calle estaba desierta. Anduvo hasta el pequeño supermercado abierto a todas horas y regresó a su casa con los ojos bien abiertos. Haber escuchado la voz atenta y comprensiva de Maksim le hacía soñar con un reencuentro con su amante.

Ahora le preocupaba cómo sacar el lápiz de memoria y el dinero sin que nadie lo siguiera y cómo llegar a la sede del Consejo Central de los Judíos en Alemania, en Tucholskystrassc. De Helga Goldstein esperaba algo más concreto sobre su abuela de cuanto había averiguado hasta la fecha. Pese a los sucesos de la última semana, estaba recuperando cierta normalidad en su vida. También había localizado a Erik Thiele. El amigo de Jürgen le había propuesto asistir el sábado con otros amigos a un concierto en Berghain/ Panorama.

Al salir de nuevo de casa, antes de cerrar la puerta con llave, puso un papelito en la bisagra por si alguien trataba de registrar la casa. Eran las ocho y cuarto de la mañana.

Pedaleaba ansioso por un camino arbolado. La solución estaba en encontrar dos apartados de correos, y no uno. En el primero de ellos, en la oficina de Postdamer, ocultaría el dinero. En la oficina de Mitte, el lápiz de memoria.

Cuando acabó la labor, bebió una cerveza negra y se comió dos salchichas en un chiringuito de madera lleno de gente, junto al río Spree, próximo a la isla de los museos. Faltaba una hora para la cita. Confiaba en el reencuentro con Rose; no podía dejarse arrastrar por su terror a Stanislav. Confiaba en Maksim. Sonrió al masticar una de las salchichas.

Helga Goldstein resultó ser una mujer enérgica. Era de origen austriaco y, según contó, colaboraba asiduamente con la institución por sus vínculos con la Israelitische Kultusgemeinde (Comunidad Judía) de Viena, el Museo del Holocausto de Washington, los archivos centrales de la Historia del Pueblo Judío de Jerusalén y el Museo Judío de Berlín. Ernesto había estrechado la mano a Goldstein y a Rose Hofmannsthal —en este caso, escondiendo su relación de amistad— con cortesía y, tras haber explicado su trabajo en favor de la memoria judía, Goldstein le soltó que la información no coincidía; tampoco tenía constancia de que la tal Inge Weide hubiese vivido en Rosenthaler ni trabajado para Otto Weidt. Sí, hubo una Rebecca Weide, pero había sido una actriz reconocida, mucho mayor, que se había formado en el Deutsches Theater de Berlín en la época de Max Reinhardt. A finales de los años veinte, Rebecca Weide trató por motivos profesionales con Bertolt Brecht y participó en alguna de sus obras. Su historia estaba en los archivos

y era citada en los libros publicados acerca de la vida de Bertolt Brecht, Max Reinhardt y Kurt Weill.

Ernesto, contrariado, pensó que, por alguna oscura razón, su madre habría inventado la historia alemana para evitar que los Usabiaga indagaran en su pasado. Eva Ramírez podía ser la hija de una prostituta, quién sabe; la ocultación era un arte de familia. Al fin y al cabo, la sombría historia entre sus padres había empezado en una celda de castigo, siete meses después del golpe de Estado que derribó a Salvador Allende. Muchas veces, Ernesto se compadecía de sí mismo con la idea de ser hijo de un torturador y de una mujer violada. Su madre nunca hacía referencia al orfanato y tampoco hablaba acerca de su vida universitaria.

En aquel despacho suntuoso de una organización hebrea, frente a dos especialistas, Ernesto se sintió ridículo. Las dos mujeres esperaban que Ernesto dijera algo. Pero Usabiaga continuaba con sus silenciosas especulaciones familiares. Con gesto de insatisfacción, preguntó al fin si se conocía el domicilio de Rebecca Weide en Berlín antes de la guerra.

—Residió en Rosenthaler 40, en un amplio departamento que daba a la calle. La casa fue bombardeada en 1942, pero Rebecca había huido de Alemania en el año 33, cuando Hitler fue nombrado canciller por el presidente y mucho antes de que Weidt instalara su taller en el *hinterhof* del número 39. Nunca fueron vecinos.

—¿Y qué le ocurrió a Rebecca Weide? —preguntó.

—Rebecca se instaló en París en 1933, siguiendo los pasos de Lotte Lenya y Kurt Weill. Allí reanudaron la colaboración con Bertolt Brecht, que había huido a Dinamarca. El resultado de dicha colaboración fue la obra *Los siete pecados capitales*. Por alguna razón, Rebecca, en 1935, no viajó a Estados Unidos junto al matrimonio Weill, sino que se instaló en la Suiza alemana. Sabemos que entre 1938 y 1939 partió a Dinamarca.

«¡Suiza!», pensó Ernesto.

—¿Y qué más ocurrió?

—Cuando los nazis ocuparon Dinamarca, y pese a que el rey evitó la deportación de muchos judíos, Rebecca huyó a Suecia buscando un país neutral. Allí y en Helsinki retomó el contacto con Bertolt Brecht hasta que este se trasladó en el Transiberiano a Vladivostok y de allí, en barco, a Estados Unidos. A finales de 1942,

por algún motivo, suponemos que de vital importancia, Rebecca regresó a Berlín con documentación falsa, pasó una temporada escondida en Krumme Lanke y fue deportada a causa de un chivatazo el 27 de enero de 1944 al campo de Theresienstadt. Creemos que fue gaseada en Auschwitz a mediados de ese año. No hay constancia en los registros.

—¿Se conoce el nombre falso que utilizó? —preguntó Ernesto. La explicación lo había dejado perplejo.

Helga Goldstein no respondió, sino que se dedicó a ordenar el expediente que había traído consigo y dijo:

—Rebecca era una bohemia atea, actriz expresionista y marxista.

—Ha dicho antes que Rebecca jamás coincidió con Weidt y ahora me dice que regresó a Berlín en las fechas más activas del salvador de judíos. ¿Qué edad tenía cuando la mataron? —cortó Ernesto.

—Cuarenta y dos años. Tenga en cuenta que cuando Rebecca regresó a Berlín, su casa ya había sido bombardeada, y nada hace pensar que fuera detenida en esa zona.

Helga Goldstein sacó del expediente un retrato de Rebecca Weide y lo dejó sobre la mesa, mientras escrutaba al chileno. Seguía órdenes de Israel: las pistas de Inge Weide debían desaparecer de todos los archivos y ella debía hacer un informe psicológico sobre el comportamiento de Ernesto Usabiaga en la reunión.

Ernesto pasó de la consternación a quedarse absorto ante la foto. En un instante regresó a una tarde de 1991. Tendría unos doce años y atravesaba un puente sobre el río Mapocho de la mano de su madre. Debía de ser a comienzos de la primavera, pues, bajo un ciclo encapotado, el Mapocho arrastraba, enfurecido, las aguas del deshielo andino. Madre e hijo vivían en el apartamento de Providencia y el padre estaba en California visitando bodegas. Aquella tarde, Eva y Ernestito iban de visita al pequeño chalet de Herminia, la íntima amiga de su madre, en el barrio de Bellavista, al otro lado del Mapocho. Eva, envuelta en una gabardina marrón, le regañó con enojo mientras atravesaban el puente que separa los dos barrios. Ernestito acababa de soltarse de su mano para encaramarse peligrosamente a la barandilla y observar la atronadora corriente del río. Su madre fue corriendo y le arreó un buen cachetazo.

La imagen que Ernesto guardaba de su madre en aquel momento era el calco de la de Rebecca Weide.

Helga observaba de reojo la expresión de Ernesto frente a la foto.

—Aquí tiene una tarjeta con la dirección de mi oficina en Viena y Tel Aviv, mi móvil y mi email. Si se le ocurre algo, póngase en contacto conmigo. Pero ha de darme alguna prueba fehaciente de la existencia de Inge Weide. Su identidad no consta en ningún documento judío. Por cierto, ¿tiene alguna foto de ella?

Ernesto sintió un rubor, que disipó con rapidez.

—No, no tengo fotos de mi abuela ni documentos.

Rose Hofmannsthal permanecía muda, expectante, sin comprender la rígida actitud de Helga Goldstein.

Ernesto insistió una vez más.

—¿Y no sería posible que Rebecca Weide tuviera una hermana doce años menor que no muriese en Auschwitz y que hubiera estado escondida en el taller de Otto Weidt?

El despacho se llenó de tensión.

—Repito: no tenemos constancia de que Rebecca Weide tuviera hermanas. Por otra parte, a partir del 43 la situación de los judíos en Berlín se hizo imposible. Entre octubre de 1941 y 1945, cincuenta y cinco mil judíos fueron deportados y de los ciento sesenta mil que vivían en 1933, ochenta mil, por fortuna, habían abandonado Alemania antes del 39. Al final de la guerra, la mayoría de los siete mil que lograron esconderse perecieron en los ataques aéreos de los últimos tiempos. Apenas sobrevivieron unos dos mil, y la llegada de los rusos no fue agradable. Si Inge Weide existió, difícilmente habría sobrevivido a la barbarie. En su solicitud dice que Inge Weide murió en Suiza en 1948. Probablemente no fuera judía ni viviera en Berlín después del año 40. Y por supuesto, esa señora nada tiene que ver con la actriz.

—Pero ¿y si Inge hubiera contado con la ayuda de Otto Weidt, que sí sobrevivió?

—Perdón, señor Usabiaga; si la supuesta Inge Weide hubiese estado en la fábrica de escobas, a estas alturas lo sabría media Alemania.

—Otto Weidt ocultaba información y cambiaba la documentación de judíos en peligro —insistió Ernesto.

—Hablemos de los Weide que sí existieron. La madre de Rebecca Weide era protestante y danesa, y su padre un judío no practicante de Rostock. Rebecca optó por el ateísmo marxista. De cualquier forma, la escritora Inge Deutschkron, que fue secretaria de Weidt en aquella época y que sobrevivió al holocausto, habría recogido en su libro a alguien con el apellido Weide. Nos hemos tomado la molestia de llamarla a Tel Aviv. De forma tajante, afirmó que jamás trató con Rebecca Weide.

—Las dos eran de Rostock, las dos eran judías y las dos estuvieron en Rosenthaler.

—¿Judías? Por lo que usted nos ha contado, su madre se educó en un orfanato de monjas católicas en Chile, y no sé de dónde saca que su abuela naciera en Rostock. Y Rebecca Weide siempre evitó que la tildaran de judía.

—Los nazis no atendían a este tipo de razonamientos —replicó Ernesto—. Para ellos, eran necesarias tres generaciones completamente limpias de sangre judía para no ser considerado como tal; por mucho que no practicasen la religión. Por favor, ¿me podría decir el nombre del padre de Rebecca Weide?

—¿No sabe aún que por imperativo legal, a partir del primero de enero de 1939 todos los hombres judíos debían llamarse Israel y las mujeres Sara?

Rose Hofmannsthal no había intervenido todavía en la conversación, pero en ese instante levantó la mirada y dijo:

—Según los documentos que aporta Frau Goldstein, su verdadero nombre era Jacob, Jacob Weide, de Rostock, de profesión relojero; y fue gaseado en un campo de concentración, en marzo de 1943.

—¿De su familia no mataron a nadie? —preguntó Ernesto con insolencia.

—Mi historia personal no le incumbe, señor Usabiaga.

—¿Puedo quedarme con la foto?

A Ernesto le temblaba la mano. Esa mujer era su tía.

—Deberá abonar quinientos euros. Va acompañada de un informe sobre la cantante. Es para la causa. Israel sigue en peligro.

—Sí, señora Goldstein.

Ernesto pudo pagar, porque llevaba en el bolsillo una pequeña parte del dinero que le había entregado Maksim. Guardó la carpeta

y saludó a Helga Goldstein bajando la cabeza de forma brusca y elevándola de nuevo con arrogancia.

Rose Hofmannsthal lo acompañó hasta el ascensor y le dijo en voz baja al despedirse:

—Me quedo. Hay gato encerrado. Mañana estaré en la oficina. Recógeme a la una y almorzamos juntos.

Ernesto salió del edificio con la boca seca. Necesitaba una cerveza. Pese al mal rato, acababa de dar con la familia Weide. Por primera vez en su vida, Ernesto Usabiaga simpatizó con el sentimiento judío.

9

Ernesto se encontraba oculto tras unas zarzas solitarias en una inmensidad cubierta de surcos de cereal naciente. Un jinete en corcel blanco se aproximaba a galope desde el horizonte, en pos de una doncella surgida de un pantano pardo y siniestro, dejando una estela de polvo. Vestía un sayo bordado, calzones de color añil con una franja roja, botas altas, y se cubría la cabeza con un *papakha* de piel negra. El sable, la balalaica y un faisán muerto colgaban del arzón; y llevaba otro sable curvo en la mano derecha. De pronto, el veloz jinete tropezaba con una red lanzada por seres mitad hombre mitad lobo surgidos de la nada. Los extraños engendros, el jinete y su caballo desaparecían bajo tierra instantes después sin dejar rastro. Durante los últimos días tenía siempre el mismo sueño con ligeras variaciones. Aquella noche, el sueño transcurría en un bosque y el jinete era él mismo de joven. Aunque sorteaba con destreza felina los troncos de árboles cuyas ramas y hojas crecían a varios metros del suelo, la red caía desde lo alto; eso sí, una vez que el jinete había desaparecido, veloz como el rayo, entre los miles de troncos.

Ernesto se entretuvo dando vueltas al sueño hasta que un mensaje de texto lo sacó de su ensoñación. Su corazón latía con fuerza. Bajó la cabeza. Leyó el mensaje de Maksim, quien le proponía un encuentro dentro de once días en algún lugar que no fuese Berlín. ¿Por qué once días? ¿Por qué no hablaban antes por teléfono?

El general Shevchenko nunca miraba a los ojos de quienes tenían menos poder que él, solo escrutaba la vibración del visitante, como

si lo acechara. Impenetrable y tenaz, era un hombre corpulento, ni alto ni bajo, de cara redonda, ojos negros, nariz respingona y cabeza de emperador romano. Permanecía siempre alerta, haciéndose el distraído, en busca de algún gesto que delatara al impostor. Le gustaba cazar renos en Yakutia, Siberia. Era nacionalista y respetaba el patriotismo de Maksim Kazantev, que consideraba sincero.

—La concesión del gas de Azerbaiyán se ha esfumado. Para ti y para todos —le dijo a Maksim—. Ahora servirán el gas directamente a la compañía estatal ucraniana Naftogaz, sin intermediarios, y ampliaremos la cuota con gas de Turkmenistán y, si todo sale como espero, también de Rusia. Nuestra estrategia ha cambiado.

—¿Y qué hay de los acuerdos con los azeríes?

—Hemos llegado a la conclusión de que los nuevos tramos del gasoducto Nabucco tardarán años en construirse y que puede que los europeos jamás hagan el ramal hasta Ucrania para no incomodar más a los rusos. Olvídate de cualquier participación ucraniana. Además, el ramal que más nos importa, el de Tblisi al puerto de Poti, lo verán nuestros descendientes, mientras el transporte por tren entre estas dos ciudades resulta cada vez más gravoso. Se acabó la Operación Taras Bulba. Reservaremos las innovaciones tecnológicas que tú nos consigues para que Naftogaz las venda al mejor postor. No volveremos a pasar información a Azerbaiyán.

—¿Y los pactos con los alemanes? —Maksim desvió la conversación del tema de los intercambios.

—Alemania no volverá a enfrentarse a Rusia, así que Ucrania solo sobrevivirá si alcanza un pacto estable con Putin que no suponga traición por ninguna de las partes. Los rusos nos ven torpes e indefensos, una mácula que ha herido su orgullo patriótico. Hay que rebajar la tensión. La renovación de la base rusa de Sebastopol en territorio ucraniano es una clave y hay que saberla jugar. El gas es otra. Y no entrar en la OTAN la definitiva.

Maksim lo miró como si estuviese observando el columpio de sus críos. La decisión acababa con un negocio seguro, pero no era momento de rechistar. Muchos ucranianos sabían que en la Unión Europea no había espacio para una nación que muchos calificaban de apéndice ruso. El esfuerzo del presidente Víktor Yúshchenko seguía sin dar los frutos esperados en Europa y chocaba

frontalmente con los rusos, aliados comerciales de las grandes empresas europeas.

—Me liberas de una labor ingrata. Resulta extremadamente caro y complejo obtener la información tecnológica que los azeríes exigen. Cerraré la oficina de Berlín en cuanto ultime algunos detalles.

Shevchenko necesitaba a Kazantev en Kiev en el periodo electoral, así que se mostró satisfecho.

—¿Puedo hablarte con mucha confianza? —preguntó Maksim en un tono de voz sosegado.

—Por supuesto.

—Hay que pactar con Polonia, que ya está en el otro lado. Yo mismo invertiré parte de mi capital para la construcción de una planta de regasificación de gas licuado. El transporte lo haremos por mar. Aunque la rentabilidad solo la lleguen a disfrutar mis hijos, debemos hacerlo en territorio polaco. Y, por supuesto, nadie debe saber que el dinero del proyecto es de procedencia ucraniana. Los rusos no nos lo perdonarían. Hay que rebajar nuestra carencia energética.

—¿Puede Yúshchenko aceptar una cosa así, él, que es tan partidario de la construcción del gasoducto Nabucco, especialmente del tramo entre Tblisi y Poti y de Poti a Odesa a través de una cañería por debajo del mar Negro?

—Dependerá de las presiones europeas y de los acuerdos comerciales que fijen unos y otros.

—Escucha bien, Maksim, y que te quede claro: unir el gas del Caspio con el mar Negro es el sueño de muchos, pero es algo que los rusos jamás permitirán si ellos no llevan la voz cantante. Es una de las bazas geoestratégicas más importantes que poseen.

Shevchenko aguardó, impaciente, el comentario, pero Maksim Kazantev se limitó a sonreír. Era amigo del presidente y no pensaba contradecir sus ideas.

—Por lo que he oído, tus nuevos negocios han prosperado.

—No creas, últimamente he tenido muy poco tiempo para dedicarme a los negocios. He estado demasiado ocupado en conseguir tecnología noruega para la construcción de los pozos marítimos. Además, me estoy metiendo en el mundo de la música experimental. *Samplers*, controladores de audio…

El general Shevchenko se quedó verdaderamente asombrado.

—¿Te has metido en el negocio de la música?

—Por el momento observo y me instruyo. El entretenimiento es una de las grandes industrias del mundo globalizado. Debemos producir tecnología y bienes de equipo para músicos. Sonido, luces, controladores de audio, monitores, cámaras y programas, sobre todo, programas. Y meternos en la industria del cine y de las series. Hay que montar un área dedicada al ocio y a la propaganda en el Instituto de las Tecnologías de la Información. Invertir en creatividad, en la creación de videojuegos, de un ajedrez y de un mahjong virtual. La pasión eslava unida a la tecnología.

El general seguía escuchando, perplejo.

Maksim hablaba con una pasión arrolladora, dando por supuesto que la sección dirigida por su interlocutor había pactado con los rusos un plan B en materia energética. Ya no albergaba dudas. Los servicios secretos ucranianos habían interceptado el paquete del Esch Club no solo para cortar la información que recibían los azeríes como parte del precio del gas. Y al hallar un extravagante lápiz de memoria con piezas musicales debieron de pensar: «Maksim utiliza los pases para algo más». Tras investigar el contenido en busca de un algoritmo u otro tipo de clave oculta en la música no habían encontrado nada. A Maksim le divertía pensar en el desconcierto del servicio secreto al escuchar una alocada música tecno en alguna oficina desangelada.

El general preguntó:

—¿Los azeríes entrarán en el negocio?

—¡Qué va! Les paso música berlinesa. Ya sabes, los ricos de Bakú son muy esnobs. Les fascina estar a la última. Y en sus fiestas privadas bailan con ritmos electrónicos. Poco más.

Lo dijo esforzándose por no dar énfasis a sus palabras, como si todo ese asunto no tuviera la más leve importancia.

Y añadió:

—General, no volveré a hacer negocios con los azeríes. Pienso vender mi parte de la constructora de Bakú lo antes posible. Hay asuntos más importantes.

Shevchenko sabía a qué se refería, pero confiaba en Kazantev, por lo que el asunto de los cosacos del monte Elbrus, a pesar de que le parecía una majadería de nostálgicos, no le inquietaba como a

Rodchenko, que pensaba abrir, si no lo había hecho ya, una investigación para averiguar las decisiones que se habían tomado durante la ascensión cosaca al monte Elbrus. Aun así, Shevchenko y Rodchenko habían pactado una tregua hasta las elecciones, no en vano su patriotismo les unía, y habían acordado la conveniencia de firmar inmediatamente la renovación de la base rusa de Sebastopol, como medida de acercamiento al gobierno de Putin.

—Montar esta industria exigirá mucha inversión.

—Ucrania fabrica aviones, camiones, satélites, misiles y tecnología punta. Yo propongo una industria que apenas contamina. Necesitamos innovación para pagar el gas y el petróleo de los rusos.

—Está bien, está bien.

El general habló a Maksim de las elecciones. El mando supremo del servicio secreto, que no Rodchenko, buscaba impedir la victoria de Nuestra Ucrania, el partido del presidente Víktor Yúshchenko y de la opositora del Bloque y exaliada suya en la Revolución Naranja, Yulia Timoshenko, con quien Yúshchenko se acababa de aliar de nuevo para mantener la mayoría parlamentaria.

—Maksim, hemos de estar alerta. —El general lo miró a los ojos, exaltado—. Nuestros enemigos —prosiguió— tienen doscientos veintidós métodos diferentes para falsear elecciones, algunos violentos. Viviste en primera línea el envenenamiento de Víktor Yúshchenko en 2004.

Yúshchenko se enfrentaba a Yanukóvich, que era prorruso, mientras que el presidente, un europeísta convencido, era partidario de la economía de mercado y buscaba una alianza con Polonia y con la Unión Europea. Sin embargo, la revolución liberal del presidente Yúshchenko, la recuperación económica y la lucha contra la corrupción habían fracasado. Maksim sentía una gran decepción, además de pisar un terreno pantanoso por mucho que supiera que el presidente no había informado a Shevchenko ni a nadie acerca del material secreto que él añadía en las entregas por intereses de Estado.

El general Shevchenko le pidió de pie, con los ojos bien abiertos, que hiciera propaganda de Yulia Timoshenko y que divulgase entre sus amigos cosacos influyentes que los prorrusos querían inutilizarla. Varios medios de comunicación estaban promoviendo una feroz campaña de intoxicación para neutralizar a la candidata

radical.

—Nuestro departamento mantiene una política independiente por razones de Estado, tenemos presupuesto para luchar en favor de nuestra opción, contamos con tu ayuda, y no nos detendremos hasta que los rusos firmen la integridad territorial de Ucrania. Ni Donbass ni Crimea serán rusas. A cambio, nosotros no entraremos en la OTAN, y aceptamos el mantenimiento de la base rusa de Sebastopol.

Los magnates de Donbass y de las *óblasts* —provincias— de influencia rusa del Este no se saldrían con la suya. Lo único que le quedaba por resolver a Maksim era cómo borrar sus huellas de la red clandestina de componentes para misiles de medio alcance en la que se había visto obligado a infiltrarse por orden del presidente.

Maksim pasó el resto de la mañana en su oficina de Kiev despachando. A las tres, cuando iba en busca de Sophia Vasilevna y de los niños para llevarlos a un club privado con piscina olímpica, le llamó Iván Iúrich.

—¿Sabes algo de Stanislav?

Maksim se extrañó, puesto que, con lo curioso que era, lo lógico habría sido que le hubiera preguntado por la reunión con Shevchenko.

—No, ni tengo el menor interés. Y espero que no esté en Bakú esperando decodificar el archivo.

—¿Hablaste con Zaur Vidadi?

—Iván, por favor, cómo voy a hablar con Vidadi si no ha habido envío. Lo mejor es que los azeríes no sepan nada de lo ocurrido con ese maldito paquete.

—Estamos nerviosos. Stanislav ha desaparecido. Ni llama ni responde.

—Podemos vernos en Praga, si quieres. Un viaje de placer. Puedo estar allí el domingo.

—¿En el hotel de siempre?

—Por supuesto.

—¿Cómo te ha ido con Shevchenko?

—Intenso. Todo en orden. Gracias por la ayuda y viva la música.

Aunque faltaban cuatro horas para la cita con Rose Hofmannsthal, Ernesto se arregló con esmero y salió de casa. En el buzón había un sobre de avión con sello argentino. Lo abrió, ansioso.

Se fue a leer la carta a un banco solitario del canal. Tenía la mañana libre. Antes, abrió el portal con cautela y miró a la derecha, el pedazo de calle donde podían aparcar los coches. No vio ningún automóvil negro y pensó que la protección de Maksim estaba resultando.

> Querido hijo:
>
> Si no te he escrito antes ha sido porque anduve revuelta. Ya te conté la última vez que me llamaste. Los problemas laborales me tuvieron al borde de la renuncia completa. El asunto me puso en una situación muy complicada. Amo lo que hago y bien sabes que necesito la plata. Por lo visto fui la rosa espinuda que puso voz a los temas que más incomodan. Una vez que solucionamos el tema con el director del centro, me vino un ataque de tos y mis bronquios se pusieron francamente mal. ¡Qué rabia! Herminia me hizo el favor de hablar con el director y me dieron dos meses de permiso sin reducirme el sueldo. ¡Una sorpresa!
>
> El frío y el *smog* santiaguino resultaban insoportables, así que buscamos un balneario en la sierra de Córdoba, y acá estamos, juntas y bien distraídas. Ya me deshice de los temores: el aire puro y seco es un tónico maravilloso. Ahora ya tienes la dirección y el teléfono. Llama en cuanto puedas y dame noticias.
>
> Todas mis bendiciones para que tengas la fuerza y el coraje necesarios para ganarte una nueva profesión en un país lejano. Y, no lo dudes, prefiero lo que es a lo que pudo haber sido. Tengo a Herminia junto a mí, cuidándome como una hermana y pasándolo bien.
>
> Cuídate mucho. Un millón de besos,
> tu mamá,
> Eva Ramírez

Junto a la carta había una nota de Herminia: «Tu mamá estuvo muy mal. Por suerte, acá, en la sierra, mejoró mucho. Nada te dijimos para no alarmarte. Ayer caminamos un buen rato por una vereda lindísima y no se ahogó».

El día era hermoso y el sol veraniego hacía refulgir ese verdor que transforma las orillas del canal Landwehr en un pequeño paraíso. Se quedó allí sentado en el banco de madera que ya consideraba como propio, en agradable suspensión melancólica, sin

ganas de moverse, bajo las ramas alargadas de un sauce llorón que se balanceaban suavemente. Tal vez podría ir para verla, platicar un tiempito, mimarla un poco y regresar a Europa.

La sensación de bienestar no duró mucho. El Toyota negro aparcó, el conductor bajó del coche, paseó disimuladamente alrededor de su casa y fotografió el portal, las ventanas y la terraza de su vivienda. Ernesto sintió un nudo en la garganta y procuró esconderse entre los arbustos. Entonces abrió su móvil para fotografiar al tipo con el *zoom* al máximo. A los pocos minutos, el coche desapareció por Fosterstrasse. Sin pérdida de tiempo, subió a su casa, cargó las fotos en el ordenador de Jürgen y a continuación en un lápiz de memoria. Volvió a la calle, cogió la bicicleta y pedaleó hasta la parada de metro de Kottbusser Tor por la senda que discurre junto al canal, pensando en el correo que iba a enviar a Maksim, en el coche misterioso y en su madre, que estaba en Argentina. Por vez primera en bastante tiempo, echaba de menos Chile y su casita de Villa Angol, pero no se iba a dejar tentar por los recuerdos. ¿Por qué no enviar dos billetes a su madre en cuanto conociese la historia completa de Inge Weide? Ató la bici bajo la estructura de hierro de la estación. A media tarde volvería a casa para llamar a Córdoba, a una hora prudente, desde el fijo. Buscó un locutorio, desde donde envió a Maksim tres fotos del tipo que había rondado por su casa y unas letras: «Siguen molestándome, y ese tipo ha fotografiado el edificio donde vivo y los balcones. Estoy seguro de que buscan la manera de entrar. ¿Qué hago? El tipo tiene los ojos más achinados que Stanislav, pero es de su misma calaña».

Hacía mucho calor y no había aire acondicionado en el moderno despacho rectangular que ocupaban Rose y otras cuatro mujeres que trabajaban en silencio, frente a las pantallas. Tres ventanas grandes daban a la calle. Rose Hofmannsthal estaba de pie, apoyada en su mesa, junto a la ventana del centro. Ernesto le guiñó un ojo desde la puerta.

En una mano sostenía el móvil y en la otra el auricular del teléfono fijo, que apoyaba en el muslo del pantalón claro con el fin de no cruzar conversaciones. Le sonrió y siguió hablando mientras se le acercaba lentamente. Parecía molesta por la conversación. Le dio un beso en la mejilla, cambió de posición y fue al grano:

—Quieren tu

ADN

.

Dio media vuelta y fue a sentarse junto a su mesa. No tardó en cerrar el móvil y hablar por el otro teléfono.

—Espera un poco, por favor —le dijo a media conversación—. Problemas laborales en el Silent Heroes Memorial, una de nuestras secciones. Reunión a las cuatro en Rosenthaler. Quiero que esté presente toda la plantilla. Y mil gracias por la información. Aún hay tiempo para arreglar el convenio. Claro. Trabajaremos duro —y colgó.

Rose lo observó por el rabillo del ojo. Meticulosamente, cerró los programas del ordenador y puso los documentos dispersos de su mesa en una carpeta. Se recogió un mechón molesto de cabello y se dirigió a sus ayudantes:

—Tenéis que pensar en un plan razonable para la reunión, quizá me retrase unos minutos. Sin formalismos, explicadles el recorte. Tenemos varios proyectos sobre la mesa y hay que plantear bien el ajuste.

Rose abrió un armario, se puso una chaqueta celeste, un poco de perfume, se colgó el bolso del hombro, se miró en el espejo y se dirigió hacia Ernesto, quien aguardaba hojeando el *Die Zeit* de la semana y se dieron un abrazo. Rose olía a verbena y los ojos le brillaban de forma exultante.

—¿Qué tal estás?

—He andado en mil historias.

Lo dijo con tal cara de preocupación que su amiga lo advirtió.

—Ya ves, los israelíes quieren tu

ADN

. Es raro. Supongo que el asunto ha llegado a las alturas por algo que no logro dilucidar.

Ernesto estaba muy contrariado.

—Si lo piden será porque tienen el de Rebecca Weide. Aunque si murió en Auschwitz…

Rose era rigurosa en su trabajo. El asunto de los Weide la intrigaba por los muchos misterios que ocultaba, entre los que no excluía el dinero, pero no pensaba hablar de ello hasta más tarde.

Salieron a la calle cogidos del brazo.

—Me paso la vida removiendo archivos de aquí para allá; el

tiempo no me cunde. Quería pasar una semana en Lanzarote con Leonard y ya ves.

Ernesto pensó que no era el momento adecuado para reconocer que había ganado mucho dinero pasando paquetes cuyo contenido desconocía y por los que, por si fuera poco, lo estaban vigilando. Respondió a sus preguntas con monosílabos y sonrisitas evasivas. Rose percibió el nerviosismo de su amigo.

No fue necesario acordar adónde irían. Cuando el tiempo era bueno y buscaban intimidad iban al San Marino de Savigny Platz. La comida no era extraordinaria, pero el silencio de la terraza bajo la arboleda resultaba agradable. A Ernesto le recordaba a un italiano que había existido en Valparaíso en tiempos de sus abuelos.

Cuando estuvieron sentados frente a frente en el restaurante y hubieron pedido pasta y el *carpaccio* de berenjena, Rose sacó de nuevo el tema del
ADN
.

—Es embarazoso —dejó caer de mala gana—. Me lo contó un colega de la Fundación Memoria, Responsabilidad y Futuro. Me gustaría estudiar el contenido de la comunicación oficial en cuanto te llegue. Los formalismos hablan. Me intriga el remitente.

—En principio, pensé que era una broma de mal gusto. Me asusta.

Ernesto no pudo reprimir un tic nervioso en el párpado del ojo.

—No, no lo es. Solo se hace en casos especiales. Tengo experiencia en asuntos como el tuyo y pocas veces ha ocurrido nada parecido. Estoy convencida de que tras la historia de tu abuela se esconde algo serio. Las instituciones judías no van a ayudarnos.

—¿Entonces?

Se produjo un silencio inquietante. Hablaron sobre las hermanas Weide. Ernesto estaba convencido de que Rebecca Weide y su abuela Inge eran hermanas.

Rose sospechaba, aunque aún no quería confiárselo a su amigo, que la joven Rebecca representaba, por lo vivido, una excepción incómoda en la historia oficial del holocausto. Existía, según los primeros informes que había recibido, una fortuna familiar perdida en Suiza.

—Cuando recibas el escrito solicitando tu

ADN
habrá que estudiar muy bien la respuesta.

Ernesto encendió un cigarrillo con mucho nerviosismo.

—Estoy muy cerca de saber si Rebecca Weide hablaba hebreo y yiddish, además de alemán y francés. Tu familia esconde una historia que no es de dominio público. Seguiremos hurgando. Al fin hemos dado con su partida de nacimiento. Un colega muy obstinado ha encontrado una copia en un archivo por pura casualidad. Mañana sabré más. Y a ese colega lo voy a contratar.

—Mi mamá viajó a Viena y a Suiza al año de separarse y del incendio que por poco nos quema la casa. Recuerdo muy bien la situación, aunque mi mamá nunca me concretó los lugares que había visitado. Estábamos mal de dinero, fue el verano que trabajé sirviendo copas en un club en Viña del Mar, a punto de entrar en la universidad y ennoviado con una chica. Mi mamá regresó algo más animada y durante un tiempo vivimos mejor. Me temo que fue en busca de algo más que la tumba de su madre.

Bajó la mirada, se pasó la servilleta por los labios y bebió un sorbo de vino.

Rose anotó el dato; concordaba con sus hipótesis.

—Creo que voy a ir a Suiza, a Sankt Gallen —dijo él—. Espero hallar la tumba y algo más que una lápida. Buscaré algún contrato de alquiler, un título de propiedad de la época, un salvoconducto… Cualquier indicio que pueda ayudar a resolver el enigma de mi familia.

—El Mossad puede estar pisándote los talones. Sé más que discreto. Ellos tienen capacidad para borrar cualquier huella, si es que no lo han hecho ya. Nuestra respuesta frente a cualquier cosa que pregunten, y lo harán, es que hemos olvidado el tema. Cuando te pidan el
ADN
, convendría que dijeras que has perdido el interés por el asunto.

Primero empresarios chilenos, luego matones catalanes y rusos, ahora servicios secretos israelíes.

—¿Pueden investigarme? ¿Seguirme? —cuestionó.

—Algunas veces se han entrometido en nuestras investigaciones. Cuando te fuiste, Helga Goldstein me dijo con demasiada contundencia que en ningún registro encontrarías a ninguna

hermana de Rebecca Weide. Y también que Rebecca no tuvo descendencia.

—¿Y tú qué crees? Todo eso me aterra.

—Yo no soy judía. Tampoco logro descifrar los métodos de trabajo de esa gente. Sus servicios secretos son eficaces. Creo que tarde o temprano tendré que entrevistar a tu madre. Va a resultar la vía más adecuada.

Ante la expresión de espanto de Ernesto, Rose remarcó:

—No tengo por qué decirle que te conozco. Hay que llegar al final de esta historia. Es importante para ti aclarar lo sucedido. Algo no encaja. También será una solución.

—¿Una solución?

—Cuando consigas demostrar que eres nieto de Inge Weide obtendrás la nacionalidad alemana. Así podrás trabajar sin problemas como especialista en temas latinoamericanos o del medio ambiente en algún medio. Leonard te ayudará; yo también conozco gente.

—Acabo de obtener la nacionalidad española gracias a mi abuela Aurora.

—Mejor aún; habla con Leonard, él está en un diario y puede ayudarte a conseguir empleo. Prepara un currículo y un dosier con buenos escritos.

Rose Hofmannsthal trabajaba también para un *Kollektiv* que se ocupaba de reagrupar a hijos de alemanes deportados y de judíos que, tras la segunda guerra mundial, habían quedado atrapados al otro lado del Telón de Acero donde había dado la voz de alarma entre sus compañeros para que buscasen discretamente algún rastro de los Weide. Y al frente había colocado a un joven investigador más que eficiente.

—Cuanto dijo Helga Goldstein hay que dejarlo en cuarentena. En ningún lugar consta que Rebecca muriese en Auschwitz ni que pasara por Theresienstadt. Tampoco creo que Helga preguntara a Inge Deutschkron acerca de Rebecca. Pasado un tiempo prudencial, trataré de ponerme en contacto con ella, quizá sepa algo de las hermanas Weide. Deutschkron es una persona honesta.

—Rose, hablas por los codos. No consigo seguirte. ¿De verdad que tú también piensas que eran hermanas? Por la foto parece que lo sean. Es igualita a mi madre.

—Aún no tenemos pruebas, pero lo más probable es que así sea.

En los postres, Ernesto no pudo más y lo soltó.

—¿Sabes?, he mantenido una relación con un ruso metido en negocios raros. Por el momento no voy a hablar más del asunto pero quería que lo supieses.

—Si ha acabado mal o te ha hecho daño, lo siento. De veras —dijo Rose, buscando sus ojos.

—Ha sido algo apasionado, Rose. Un arrebato que me ha hecho crecer. Ahora necesito serenidad. ¿Sabes algo de Andreas Klein? —preguntó, dando a entender que no iba a seguir con el asunto.

Rose acabó la copa de vino y la volvió a llenar sin esperar a que lo hiciera el camarero.

—Claro, la historia de este hombre está en los manuales de historia.

—Explícamela.

Gustav Noske, el socialdemócrata que reprimió el primer estallido revolucionario en la base marítima de Kiel, en el ocaso del Imperio alemán, tuvo varios ayudantes, y el más joven fue Andreas Klein.

»Klein despuntó a mediados de enero de 1919, cuando se produjo en Berlín un nuevo levantamiento revolucionario. El presidente provisional, el líder socialdemócrata Friedrich Ebert, firmó el Tratado de Versalles, pactó con el ejército y encargó al joven militante de su mismo partido, Andreas Klein, movilizar a la milicia nacionalista, a la *Freikorps*. ¡Gentuza! —exclamó Rose con los mofletes encarnados—. Esa milicia asesinó a Rosa Luxemburgo a culatazos, y años más tarde se alinearía con Hitler antes de su victoria electoral. Andreas Klein debió de tener mala conciencia hasta el fin de sus días.

Rose bebió más agua, estaba acalorada y se reclinó en el asiento.

—La historia, cualquier historia, rebosa silencios, tergiversaciones y humillaciones. Pero la victoria electoral de Hitler y la uniformidad casi militar de millones de alemanes resulta difícil de comprender.

Rose se bebió todo el vino, se quitó las gafas de sol y apoyó los dos codos sobre la mesa antes de decir en voz baja:

—El Tratado de Versalles fue humillante. La división del Imperio austrohúngaro en pequeñas naciones con población poco

homogénea y doce millones de germanoparlantes diseminados, la negativa a que una Austria diezmada se uniera a Alemania, más el pago de las indemnizaciones de guerra significaron una humillación y la ruina del pueblo alemán. Es difícil de entender, pero sin estos datos es imposible hacerse una idea de la locura que vino luego. Y no justifico nada. Solo describo los hechos.

—Mi abuela me dijo que Andreas Klein odiaba tanto a los nazis como a los judíos.

—Klein nunca fue nazi. Era un hombre acomodado, miembro de varias sociedades secretas, amigo del mariscal Erwin von Witzleben y sobre todo de Ludwig Bech, miembros de la Wehrmacht, que desde 1939 estuvieron contra Hitler e instigaron dos intentos de matarlo en 1943. Ellos fueron quienes organizaron la fallida Operación Valkiria, que les costó la vida. A Klein no lo mataron porque estaba en un campo de concentración desde 1943.

—¿Cómo pudo traer a mi madre a Chile si detestaba a los judíos?

Andreas Klein era una pista importante. Entre finales de 1942 y marzo de 1943 ocurrió algo fundamental en la vida de las hermanas Weide. Había que buscar en la correspondencia de los archivos de Bertolt Brecht la dirección de Rebeca Weide en Suecia.

Faltaba un minuto para las cuatro y Rose llegaba tarde a su reunión, por lo que Ernesto pagó la cuenta al camarero y tomaron un taxi. Durante el trayecto cada cual iba pensando en sus cosas, hasta que Ernesto le contó que pensaba alquilar un apartamento.

—¡Qué locura! —protestó Rose—. Jürgen te aprecia, su casa es confortable, con esas cenas, amigos… En América le ha ido bien y volverá exultante. A ti te conviene vivir con un amigo bien relacionado. Ernesto cambió de tema.

—¿Sinceramente crees que llegaré a saber quién fue mi abuela? —Se pasó la mano por la cabeza hasta la nuca y se irguió en el asiento del taxi.

—Claro que lo sabrás. Si no hay más remedio, viajaré a Chile en busca de los descendientes de Andreas Klein y de tu madre. Lo que no puedo asegurarte es el tiempo que nos va a llevar esto. Pronto sabremos qué hay en los archivos. Ya te he dicho que un colaborador mío rebusca en ellos.

Ernesto se espachurró en el asiento del taxi, concentrado en la

ventanilla.

—El domingo ven a cenar a casa. A eso de las siete. Conocerás a Leonard. Te conseguirá colaboraciones en prensa y yo tendré novedades.

10

Había querido crearse una nueva identidad en Europa y lo estaba consiguiendo. Rose tenía razón, vivir con Jürgen le convenía. Y colaborar con la prensa era una manera de salir del atolladero mental del ocioso.

Ernesto se bajó del taxi en Postdamer Platz. El sol de la tarde lustraba las irregularidades de las nuevas edificaciones de una zona reconstruida en los primeros años tras la reunificación. Transparencias entre reflejos, formas imposibles acabadas en punta, pirámides invertidas, cristales, cúpulas diáfanas, espejos en los cuales se reflejaban unos edificios sobre otros. Aquella fantasía arquitectónica expresaba la modernidad de los urbanistas que arman las catedrales del poder financiero. Pasó por delante del hotel donde se hospedaba Stanislav y dio media vuelta.

Se sentó en la terraza de una heladería bajo la sombra de los tilos, frente a la Arcade Gallery, un complejo acristalado atiborrado de esa ropa de marca y diseño que tanto gusta a los turistas que pueblan la zona. La frondosidad de los tilos y la mesurada altura de los edificios de la calle convertían aquel rincón en un lugar apacible.

Allí recordó lo que le había contado Rose sobre su juventud. Cuando adoraba los amuletos, las calaveras, los clavos y el cuero negro. Fue punk. A Ernesto le había mostrado varias fotografías de esa época. Llevaba el pelo de punta de distintos colores.

Cuando la caída del muro, Mitte se convirtió en la ruina soñada de los okupas de media Europa. Más de la mitad de las casas estaban abandonadas y nadie sabía a quién pertenecían. Rose y su

pandilla solían salir a inspeccionar las calles del centro de Berlín, aún desoladas por la guerra. Muchas edificaciones seguían sostenidas por andamios y contrafuertes de madera.

Una tarde, en la primavera de 1981, descubrieron entre la maleza un edifico neoclásico de finales del XIX. Estaba apuntalado, y sus encofrados, molduras y relieves, semiderruidos. Entre todos consiguieron abrir el portalón de madera noble carcomido. Rose llevaba una barra de hierro y con ella reventó la puerta del primer piso. Los demás hicieron lo mismo con otras puertas más arriba. La vivienda estaba cubierta de polvo y telarañas, el suelo lleno de cascotes y los tabiques destrozados. Y, sin embargo, el piso parecía seguro. Para salir de dudas, Rose dio saltos más y más fuertes en el centro de una amplia habitación; nada tembló. Las ventanas estaban tapiadas con ladrillos mal colocados y la oscuridad era casi completa en las habitaciones que daban al jardín. Encendió su linterna. Las molduras de los techos eran elegantes y en el salón se podían ver todavía las marcas de cuadros y apliques, que en tiempos de gloria habrían iluminado el espacio. Aún quedaba algún resto de seda descolorida en las paredes. Con ayuda de la barra y con el corazón sobrecogido, Rose avanzó apartando cascotes. De pronto, vio una sombra menuda y se asustó. El foco de luz descubrió un murciélago que desapareció a la velocidad del rayo por una grieta en una de las paredes. Después de muchas vueltas por la casa, Rose descubrió que una habitación no tenía otras puertas ni más agujero que por el que había atravesado el murciélago. Se sentó en el suelo y pensó en cómo habría sido la vida cotidiana de la familia que vivió allí antes de la guerra. Varias habitaciones sugerían la existencia de niños. Sin pensarlo mucho se puso la linterna en la boca, sujetó con las dos manos la barra de hierro y volvió a golpear la pared del murciélago; era, sin duda, un tabique. Cayeron dos o tres ladrillos y se filtró un intenso olor a moho. Le temblaban las manos y la linterna cayó al suelo. Intentó encontrarla con la llama del mechero. Cuando estaba a punto de avisar a su chico, que corría por los pisos superiores, tuvo un presentimiento y, tragándose el temor, decidió iluminar el otro lado del boquete.

Según le confesó Rose a Ernesto, fue uno de los momentos más excitantes de su juventud. La lujosa habitación seguía detenida en

los años veinte. Una chimenea rodeada de mármol y caoba, sobre la que descansaba un reloj de bronce *art déco*, dos jarrones japoneses y varias fotografías de familia; estas últimas le llamaron ansiosamente la atención. En un rincón, que ella consideró raro, había tres sillones *chippendale* alrededor de una mesita redonda que sostenía, entre mucho polvo, un libro medio comido. Y en el centro de la habitación, una mesa de comedor con un par de candelabros judíos de plata junto a una caja de marfil labrada, cubierta por los restos de un pequeño manto de lino roído que ocultaba algo. En la pared, la estrella de David bordada en oro, rodeada de inscripciones hebreas. Rose abrió más el boquete para cruzarlo y se encontró muy derecha, de pie, manoseando las fotografías de la familia. La impresión que le causaron las imágenes de principios de siglo la estremeció hasta tal punto que Rose decidió colgar los hábitos punk para siempre y estudiar Historia para ayudar a otros a rescatar su memoria.

En la terraza de la heladería se oyó una suave melodía de Edith Piaf. El francés se le antojó un idioma caprichoso de una potencia embriagadora. Mallarmé, Baudelaire, Verlaine… Ernesto recordó una época bastante feliz de su vida. Tenía quince o dieciséis años. Su padre, antes de separarse, pasaba largas temporadas en California con los vinos, y su madre había empezado a dar clases de literatura alemana en un colegio y a pasar algunos fines de semana en un balneario que le calmaba los desajustes mentales. Encendió un cigarrillo y dejó que emergieran aquellas fantasías de las batallas poéticas de cuando era chico. A Leandro le gustaba la poesía inglesa; a su madre, Rilke, y a él los simbolistas franceses. Memorizaban los poemas y los declamaban en el salón de Providencia cuando su madre no tenía ausencias ni delirios. Quien lo hiciera mejor pagaba los helados. Y él, aunque no pudiera reconocerlo en aquella época, estaba enamorado platónicamente de Leandro Aparicio, su mejor amigo.

En esas estaba cuando el sonido del móvil quebró sus pensamientos. Era Nazand.

—¡Por fin! ¿Cómo estás? —susurró ella en un alemán perfecto.

Sí, era su voz. Ni dulce ni áspera, enérgica y sin sombra de drama.

—Me ha costado dar contigo —dijo Ernesto algo cohibido aún

por la sorpresa.

—Cuando te fuiste de la pensión pensé que nunca más sabría de ti. El contestador del teléfono de Jürgen daba un número de América al que nunca llamé.

Ernesto recordaba la tarjeta que le había dado Jürgen con las señas de Paul Lincke Ufer.

Nazand se había independizado de su familia y estudiaba Medicina. Vivía en una residencia universitaria y tenía buenas amigas. También le contó en tono de disculpa, con un desparpajo para él desconocido:

—¿Recuerdas a aquella mujer de la pensión, la mayor, una que siempre iba de negro y nunca hablaba?, ¿la recuerdas? Era curandera y me daba una pócima con hierbas del Kurdistán que me mantenía en una nube, para que dejara atrás todo el dolor de mi pasado. Es tradición de nuestra tierra beber eso cuando sufrimos penas que hay que olvidar. Bueno, pues un día decidí dejar el limbo y ser yo misma.

Se produjo un silencio.

—Te aprecio mucho, Ernesto. En parte, te lo debo agradecer a ti.

Ernesto quiso ser franco con ella. Le habló de su ingenuidad y de la educación que, desde el colegio del Verbo Divino, llevaba incrustada como un dardo venenoso. Aunque también reconoció que aquella disciplina le había ayudado a sobrevivir solo.

—Estoy en un lío, Nazand. He vivido seis meses con un ruso, he trabajado para él en un asunto turbio y he ganado un dinero cuyo origen no veo claro.

Lo dijo así, a bocajarro.

—¿Estás en peligro?

—Cuando vivía con él me sentía el hombre más seguro y dichoso. Me ofreció el trabajo y nunca sucedió nada. Pero ahora él se ha ido y alguien me vigila.

—Vente a Heidelberg aunque sea solo pocos días y hablamos.

—Me gustaría, pero no puedo.

—También yo me siento amenazada.

—¿Amenazada?

—Un enviado del que tenía que ser mi esposo me entregó una suma considerable de dinero de la guerrilla para que viviera una nueva vida. Temo que, si llegan a enterarse de que estoy en la

universidad de Heidelberg, me reclamen el dinero. Mis hermanos viven también de ese dinero.

—Ándate con cuidado, ¿me oyes? Evita alternar con según qué gente demasiado vinculada a tu país. No tiene por qué pasar nada, tranquila.

Nazand se había integrado en la vida universitaria, lejos de sus parientes, sus dos hermanos pequeños estaban internos en un buen colegio y tenía amigos europeos con quienes frecuentaba la vida estudiantil. También hacía excursiones a la Selva Negra los fines de semana.

Quedaron en encontrarse. Nazand estaba en el segundo semestre del primer año de carrera y a pocos días de un examen de Bioquímica. Lo llamaría en cuanto acabara el examen.

Colgó y se quedó sentado frente al balcón durante dos horas. Había transcurrido algo más de un año desde la última vez que la vio.

El Mercedes se deslizaba por el frondoso bulevar Tarasa Shevchenka. Al pasar frente a la catedral de San
Vlodimyr's,
Maksim se santiguó inconscientemente. Iba sentado en el asiento de atrás, acompañado por un guardaespaldas. El chófer, que vestía de negro y llevaba gafas oscuras, torció por la calle Ivana Franka y aparcó en Yaroslav, no lejos de la oficina de Oleksander Vorónych, que estaba en Olesia Honchara. El chófer le abrió la puerta y el guardaespaldas se quedó en el interior por orden expresa de Maksim, quien pretendía disimular adónde iba. Entró en una ferretería un poco más abajo. Compró un candado de diez centímetros y caminó furtivamente hasta el portal de la oficina de Vorónych.

—Vengo a hacerle un encargo —lo dijo serio, con voz grave y entonación firme. Se pasó la mano por la cabeza rasurada y a punto estuvo de mesarse unos pocos cabellos—. Quiero que proteja a un ciudadano chileno que vive en Berlín. Lo acosa alguien de los servicios secretos, me temo que por instigación de mi amigo Iván Iúrich. Con discreción —puntualizó Maksim, tras un suspiro que denotaba confianza—. Quiero saber si es él y si hay otros.

Estiró el brazo para pasarle un tarjetón escrito con las señas de Ernesto Usabiaga, las tres fotografías que este le había enviado y

algunos datos precisos.

—Anótelo todo y devuélvamelo. También quiero que averigüe, cuanto antes, dónde se encuentra el tártaro Stanislav Bromsky.

Maksim estaba sentado frente a uno de los pocos exagentes del Servicio de Seguridad que había logrado crear su propia agencia, a cambio de un pacto de silencio con los clanes de oligarcas. Su discreción era conocida entre sus colegas.

Oleksander Vorónych era un hombre serio a quien le satisfacía que Maksim Kazantev hubiera recurrido a sus servicios. El exagente, además de resolver satisfactoriamente los casos, casi siempre conseguía negociar a varias bandas sin causar perjuicio a ninguna de las partes. Contaba con una extensa red de complicidades e intercambiaba favores. Alto y corpulento, tenía los ojos grises, la cara redonda y llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás.

Maksim sacó el paquete de Camel americano y ofreció un cigarrillo a su interlocutor, quien aceptó, decidido.

—¿Tiene vodka? —solicitó Maksim—. No suelo beber, pero hoy es mi día.

—Por supuesto. Yo también beberé un par de copas con usted. Hace tiempo que deseaba hablarle. Me preocupa su amigo el presidente, está en horas bajas y no va a poder domar a esa exaltada de Timoshenko.

—Yúshchenko no ha podido contener la corrupción. Tuvo que pactar con Yanukóvich, que ha promovido sobornos millonarios, comisiones que han mermado las arcas públicas. La cohabitación ha resultado imposible. Pero mi amigo el presidente es un moderado y quiere que Ucrania sea aceptada en la
UE
y al mismo tiempo mantenga los acuerdos con Rusia, Bielorrusia y Kazajstán.

—La doble naturaleza de Ucrania es casi imposible de sobrellevar. ¿Este u Oeste? ¡Kazantev, hay algo que quiero que sepa! Usted pasa temporadas en Berlín.

Maksim bebió el vaso de vodka de un sorbo y no quiso más.

—Lo escucho.

—Ya sé que ha perdido la concesión del gas de Azerbaiyán. Shevchenko no es un traidor, trata de salvar los muebles del Estado sea quien sea el presidente, pero los enemigos del actual presidente

han diseñado un nuevo reparto de la riqueza que no va a favorecerle, desde luego. Yo en su lugar me apartaría de los negocios energéticos y abandonaría Berlín.

Maksim sintió un escalofrío. En pocos días, Iúrich, el general Shevchenko y, ahora, Oleksander Vorónych le aconsejaban abandonar su oficina en la capital alemana. No se inmutó ni dijo nada al respecto. Aspiró un par de caladas, apagó el cigarrillo y se despidió. Fue entonces cuando Oleksander Vorónych aprovechó para decirle:

—Le aconsejo que la próxima semana no encienda el móvil para nada y extraiga la pila por si las moscas.

—¿Acaso usted sabe algo que yo desconozco?

—Quizá esté enterado de dónde va a estar usted dentro de poco.

Maksim bajó las escaleras de la oficina de Oleksander Vorónych, fue al coche y se hizo acompañar hasta el parque situado junto al campo de fútbol del Dinamo. No sabía cómo encajar las palabras de Vorónych. Los intentos del presidente de democratizar Ucrania se habían venido abajo. Ya no albergaba ninguna duda: Oleksander Vorónych también era cosaco.

Bajó del Mercedes con sombrero y gafas oscuras. En el coche se había quitado el traje e iba con vaqueros y una camiseta ancha floreada. No quería guardaespaldas. Paseaba entre el verdor de la arboleda. El río Dniéper, allá abajo, estaba precioso. Veía los bulbos de las iglesias y catedrales en lo alto, entre edificios y árboles que daban sombra a todas horas. Se dirigió al puente de los enamorados. Llevaba el candado camuflado en el bolsillo y, siguiendo la costumbre, aunque de forma heterodoxa porque no lo acompañaba su mujer, pensaba atarlo a la barandilla. Se exigía él mismo un nuevo compromiso, aunque fuera simbólico, para despejar las dudas que le producía la desazón. Desde hacía meses, a causa de su historia con Ernesto y del encuentro con su verdadera madre, estaba experimentando un cambio interior, una evolución hacia otro tipo de valores.

Habría dado mucho por volver a sentir a su mujer como lo único esencial. Pero no era así, y tampoco podía controlarlo. Por otra parte, Maksim tenía ganas de vivir la cotidianidad de la familia junto a su madre. Tras sus varias visitas a Uzhgorod habían comenzado a estrechar sus lazos. Ella debía desterrar la lucha por

su supervivencia, vomitar su historia y renacer al fin en el pequeño mundo de los afectos cotidianos de la nueva familia ucraniana. Ahora sentía cómo el viento acariciaba su cabeza en lo alto del puente de los enamorados, mientras observaba el ancho cauce del Dniéper en el atardecer de un día de verano. Se agarró a la barandilla del puente que salvaba el altísimo barranco que partía en dos el parque Marlinsky.

No podía plantearse una historia seria con Ernesto más allá de lo que dura el deseo. Durante los últimos seis meses había sido fiel a Sophia y había sido fiel a Ernesto. Dos relaciones bien distintas. Atar el candado y dejarlo allí implicaba una apuesta en favor de mantener la unidad de la familia. Se había construido como persona en circunstancias nada fáciles y con escasa ayuda paterna; Maksim quería educar y vivir con sus hijos, aunque tampoco podía renunciar a sus sentimientos ni a su doble sexualidad.

Colocó el candado.

Volvió al coche pensando en la vida de cada ser humano como una serie de retos que hay que saber resolver.

La cabeza de Ernesto iba a mil por hora y no había forma de que se serenara. Las imágenes de *El pianista*, una película de Polanski sobre el terror nazi y los campos, se superponían y no se sentía con fuerzas para hablar con su madre ni con Herminia. Calculaba la diferencia horaria entre Argentina y Alemania cada diez minutos sin llegar a marcar el número; iba de un lado a otro de la casa. Intentaba hacer cosas para distraerse que dejaba a medias. Tampoco podía liarse un porro para aliviar la obsesión. Salió al balcón. Por el canal pasaba un barco turístico; los patos graznaban y los cisnes habían desaparecido.

Maksim le envió un nuevo mensaje: «El tipo que te sigue no es peligroso. Solo está verificando que tu dirección es la correcta y que no trabajas para ningún medio de comunicación». Jürgen le pedía por email que le enviara urgentemente una partitura inconclusa a un hotel de Nueva York. Regresaría una semana más tarde de lo previsto, pues le había salido un concierto en el Lincoln Center. También le explicaba que tenía una aventura amorosa con una violoncelista. Rose le había dejado un mensaje en el buzón de voz: «Leonard necesita información sobre Chile y está dispuesto a hacerte un encargo». Y Erik Thiele, en el siguiente mensaje, le

recordaba que pensara en cómo iba a ir vestido para que el gorila de la puerta de Berghain/Panorama lo dejase entrar.

Y lo más sorprendente, la llamada telefónica de un hombre al que no conocía, otro ruso, llamado Iván Iúrich, que buscaba nada menos que a Jürgen von Klüber y lo había citado el jueves siguiente en el Godot, un bar de Kastanienallee. Además le aseguró que le entregaría algo.

Aparte de las buenas noticias de su madre, lo tranquilizaba el nuevo mensaje de Maksim. La relación tendía a la normalidad.

Finalmente llamó a su madre, que, con voz pausada y muy dulce, le dijo que se encontraba más aliviada. Estaba comiendo con Herminia en el jardín, a la sombra de unos árboles muy hermosos, al borde de un campo de golf, en Sierras Chicas, en Córdoba, Argentina. Estaba en un balneario de Alta Gracia, una antigua estancia jesuítica.

—El hotel se llama Potrerillo de Larreta y está construido sobre una antigua residencia colonial de los años veinte. Hay una capilla muy linda, con la Virgen de la Merced.

—Tengo algo para ti.

—¡Ay, cómo es eso, mi hijito!

—En Europa la plata vuela y quiero enviarle una poquita.

—¡Eres muy bueno!, pero guárdatela. Los tiempos no andan para despilfarrar.

Ernesto, sin pensarlo mucho, dijo:

—También tengo una foto.

—¿Una foto?

El tono de voz de Eva Ramírez, o Weide, era alegre y risueño. El viaje le estaba sentando estupendamente. Ella, al oír lo de la foto, pensó que por fin se había echado novia; pero Ernesto contemplaba la foto de Rebecca Weide.

—Bueno, nada importante. El lunes te haré la transferencia. Debes cuidarte. Cuando esté de vuelta en Santiago quiero que visites al doctor Lavín. Es el mejor especialista.

—Guarda tu plata. Hemos arrendado de nuevo el departamento de Providencia y Herminia ha ganado plata con unos bordados lindísimos. Hasta nos hemos permitido un descanso en este pequeño paraíso. Y si me recupero, pensamos viajar a Buenos Aires.

Al colgar, Ernesto preparó el paquete con la partitura de Jürgen

y puso *Carmina Burana* a todo volumen. El tono de voz que había empleado su madre en aquella ocasión lo dejó perplejo. La depresión crónica parecía escapar de ella en Argentina. Los balnearios siempre le sentaron estupendamente.
Tras un nuevo mensaje de Maksim, preguntándole en qué ciudad le apetecía que se encontraran —¿Roma, Budapest o Estambul?—, Ernesto sintió cierta agitación y maldijo los once días de espera. ¿Qué estaría haciendo Maksim mientras tanto?

«Nuestra relación ha terminado. Y ya sabes, si no quieres problemas, mantén la boca cerrada…». Aquellas palabras que Maksim pronunció al alba del último día que estuvieron juntos, bien grabadas en su mente, se estaban quedando obsoletas. Una relación estable con él era imposible, pero ¿cómo borrar la pasión, el cariño, el sexo? ¿Y cómo los borraría él?

El cuarto de baño estaba lleno de las cremas y potingues que Jürgen usaba antes de los conciertos. Ernesto había decidido probarlos esa noche para ir al Berghain/Panorama. Nunca, hasta entonces, se había atrevido a entrar en el santuario de Jürgen. El baño era una habitación amplia, con un armario modernista esquinero y un espejo que ocupaba toda una pared. Se estaba engominando el pelo hacia atrás ante el espejo. Días atrás, se había comprado una camiseta de colores estridentes de un diseñador catalán que le favorecía, y llevaba puestos unos pantalones negros ceñidos. Cuidadosamente, se pintó las pestañas con rímel. Luego derramó una chispa de crema reparadora en sus manos y se la esparció por la cara. Aquella noche quería guerra.

Escuchó la voz alegre y envolvente de Erik Thiele por el interfono. Lo esperaba en el coche con un par de amigas. Bajó apresuradamente y enseguida se dio cuenta: una pareja de hombres fornidos vigilaba la puerta desde una mesa del Salat Garten. No era la primera vez que los veía. La tarde anterior se había cruzado con ellos un poco más allá de la puerta de su casa; los recordaba por el atuendo, pero no pensó que fueran a por él.

Trató de mantener la calma. Estaba convencido de que le habían hecho una foto con el móvil. Subió al coche y se desparramó en la parte trasera, junto a una chica desconocida con pelo color ala de cuervo y piel muy blanca. Los labios rojos de la muchacha sostenían un porro de marihuana. Ernesto no dejaba de mirar por la

ventanilla. Berlín se alejaba de sus planes futuros en contra de su voluntad. El coche atravesó anchas calles en semipenumbra y nadie los siguió. Quizá sí debiera contarle a Rose la historia completa y pedirle ayuda.

Delante, junto a Erik, estaba la chica que le había presentado Jürgen el verano anterior; trabajaba en Prenzlauer y solía comer en el restaurante de su amigo peruano. Las anécdotas que contaba con desparpajo lo distraían. Cruzaron el puente del Spree, luego las vías del tren y se metieron en una zona desangelada del este, llena de fábricas y almacenes abandonados entre campos cubiertos de hierbajos y muros medio derrumbados. Friedrichshain sur. A punto estuvo de enviar un mensaje a Maksim, pero decidió concentrarse en las historias de la chica, cuyo nombre no recordaba.

—¿No llevas bolsa para guardar lo que llevas en los bolsillos? —le preguntó Erik al bajar del coche—. En la entrada del Berghain te cachean y si llevas móvil, cámara o algún objeto punzante, te lo requisan con la misma frialdad con que despojaban a las víctimas de sus pertenencias en los campos de concentración.

—¡Vaya cola! —exclamó la larguirucha con pelo color ala de cuervo.

Ernesto cruzó al otro lado de la alambrada. En el oscuro descampado, entre bicicletas tiradas, envió un mensaje a Maksim: «La cosa se complica. Ahora son dos hombres con pinta de bestias los que vigilan la puerta de mi casa. Tengo miedo. No puedo dormir allí esta noche. Haz algo».

Sus amigos se habían situado en la cola que avanzaba a paso de tortuga entre alambradas de dos metros de ancho. Al fondo, una mole gigante de cemento, antigua central eléctrica de la antigua República Democrática Alemana, se alzaba, inquietante, como una especie de templo en medio de ninguna parte.

En la cola se sucedían las miradas, los chistes y las conversaciones entre desconocidos para distraerse de la incertidumbre ante la inminencia del control arbitrario al que les sometería el gorila de la puerta. Ernesto se puso a hablar con la pareja de delante. Enseguida intimaron gracias a ella, flaca y bastante mona, que hablaba una mezcla de español y alemán con ademanes histriónicos por efecto de alguna droga. Se llamaba Lila, era argentina; él, Kamil, polaco. Lila no dejaba de proponer

distintos planes para el día siguiente como si fueran ya íntimos, además de repetir una y otra vez que se sentía atrapada por Berlín.

Después de una hora larga de espera se dieron de bruces con el portero de la levita negra, un oso delirante de mirada hiriente. De barba recortada y cabellos canosos hasta los hombros, llevaba dos colmillos de hierro que perforaban cada extremo del labio inferior, un par de *piercings* en la nariz y una alambrada de púas tatuada de la mejilla a la frente. Pese a todo era un ser elegante. Cuando señaló a Kamil y a Ernesto, que iban detrás de Erik y las chicas, se tapó la nariz y retorció el brazo de Erik. Se dijeron unas palabras en un lenguaje incomprensible. Probablemente se conocieran, ya que Erik era disc-jockey y solía frecuentar a ese tipo de gente.

Cruzaron el umbral decididos, sin mirar atrás. Lo peor fue cuando unos rapados forzudos y dos culturistas femeninas, con los brazos completamente tatuados, los cachearon y vaciaron sus bolsos y bolsillos con ferocidad paramilitar en la habitación en ruinas que hacía de antesala. A Lila le encontraron una tijera de uñas. Se la requisaron sin miramientos.

Superada la humillación, llegaron a la mesa de hierro donde cuatro individuos con aspecto de robots robustos cobraban diligentemente. Kamil pagó tres entradas, siguieron por un pasillo y se toparon con el acceso a una enorme nave industrial con reminiscencias de templo griego. En lo alto, flotando, se vislumbraba la pista. Kamil entregó las chaquetas y el bolso de Lila en un guardarropía en forma de «L», atendido por sofisticadas bellezas y muchachos de pasarela que se movían en patines, dejando las prendas aquí y allá de un colgador kilométrico adosado a la pared.

Mientras Ernesto dejaba sus cosas en la bolsa que le habían prestado, Erik le dijo en voz baja:

—Veo que has ligado con la latina. Ten cuidado. Los polacos son posesivos.

Al subir las escaleras transparentes, Lila dio un grito y se tapó los ojos con las manos para tratar de no ver el guardarropía con la hilera de perchas llenas que se traslucía bajo sus pies. Tenía vértigo y se acurrucó en el hombro de Ernesto.

El espectáculo de luz y sonido resultaba sobrecogedor. La música retumbaba en el pecho, como si te electrocutara, provocando

cosquillas en la nuca y en la cabeza; incluso el vello de los brazos se erizaban.

La gente, el espacio, las formas, los reflejos, las ventanas formaban una escenografía radical y futurista. Estaban en la catedral de la cultura tecno y del erotismo posmoderno. Ernesto estaba decidido a divertirse. Y desaparecieron, tragados por el gentío, para bailar entre flashes de luz. Desde las cristaleras que hacían de pared divisaron el descampado y el río. Un tren de mercancías que parecía de juguete corría por él en ese momento. Kamil le metió una pastilla en la boca.

—¡Éxtasis, puro
MDMA
! —exclamó—. Sin aditivos ni *speed*.

Ernesto pensó en cómo se las arreglaría para llegar sobrio a la cena de Rose al día siguiente. Necesitaba que Leonard le proporcionara un trabajo.

Lila, Kamil y Ernesto pasaron un tiempo ensimismados junto a la pista, con mucho calor y una creciente sensación de bienestar. Cualquier objeto o persona parecía saltar por el efecto de los flashes y la furia de los graves. La música hipnótica seguía perforando pechos y cabezas. Un tipo pelirrojo y larguirucho les entregó una guía *under* de la ciudad y los invitó a una *rave* en los bosques de Eichhorst.

El chileno dejó escapar un sinfín de demostraciones de afecto, como a cámara lenta, hacia cualquiera de los dos. Al cerrar los ojos, vio a Maksim en la bañera del apartamento de Prenszlauer; al abrirlos se encontró con los ojos negros de Kamil entre la bruma que se le estaba metiendo en la cabeza. A continuación le hizo un gesto para que lo siguiera. Lila seguía pasmada al borde de la pista moviéndose como una loca. El polaco lo llevó a la zona oscura, por un pasillo ancho. Ernesto tuvo la sensación de que el piso corría hacia abajo hasta una caverna en penumbra llena de pequeñas cabinas. Recorrieron pasadizos iluminados por los destellos de luz de los flashes. Kamil lo empujó a una pared llena de objetos hasta abrazarlo; su lengua fue como una batidora a mil revoluciones. Nunca supo cómo llegaron a aquel cuartito oculto, donde se revolcaron entre lamidas y manoseos mientras se despojaban de la ropa. Había un espejo y un antifaz colgado de un clavo. Primero se

lo hizo con el polaco; poco después apareció Lila, que se unió a ellos. Más tarde, otros desconocidos entraron y manosearon a cuanto respiraba. La argentina tenía la piel muy suave y Kamil era un tipo duro. Ernesto entraba y salía de ella, mientras Kamil u otro trataban de penetrarlo a él.
Ernesto acabó el primero y buscó su ropa, se vistió y salió al pasillo completamente mareado.

Ya amanecía cuando Erik Thiele se lo llevó al lavabo y le mojó la cara. Lo siguiente que recuerda, ya más despejado, es caminar hacia ninguna parte, solo, junto a las vías del tren. Era completamente de día y estaba nublado. El Spree, envuelto en una bruma pesada, parecía un paisaje de Tarkovsky. Sintió un cosquilleo en la espina dorsal y se descubrió a sí mismo fuerte y maduro, en paz consigo mismo. Estaba decidido a afrontar cualquier situación con tal de quedarse en Berlín. No había forma de escapar de los asuntos en los que lo había implicado el cosaco.

Buscó una estación de metro y se equivocó de línea. Grandes descampados, vías de tren y más vías. Perdió el billete y un policía camuflado le puso una multa de cuarenta euros. Llamó a Rose y le contó algo. Fue sentado sin rumbo hasta que llegó a una parada conocida.

Al llegar a casa no vio nada raro. Unos hombres jugaban a la petanca en las pistas de la zona ajardinada y el Salat Garten estaba repleto de pacíficas familias comiendo. Era domingo. Maksim no le había devuelto el mensaje de socorro. Tenía mucha resaca. Faltaban siete horas para la cena.

11

No conocía el lugar. Sin embargo, no le costó llegar al centro. Había conducido desde Lviv en un coche alquilado y estaba algo fatigada. Aparcó el automóvil en la plaza, frente a un monumento cubierto de flores y arbustos, pero cuando iba a preguntar por la dirección del hotel tuvo la sensación de que estaba en peligro. Aceleró el paso y se encontró frente a un edificio verde pistacho fantasmagórico, con una torre cuadrada acabada en punta, entre dos cúpulas abulbadas. Pura fantasía húngara. El reloj de la torre señalaba las doce y veinte. Decidió tomar una calle adoquinada, sin aceras, con farolas y bancos en el centro. Los pocos viandantes eran gente extraña. Evitó miradas y no hizo preguntas. Vestía discretamente; vaqueros, blusa color caqui y un collar de cuentas de cuarzo. Hacía calor y tenía sed. Esperaba encontrar un hotel allí mismo, pero no vio ningún cartel. A Sophia Vasilevna no le gustaba aquella parte de Ucrania. Se percibía un ambiente tenso que no supo interpretar hasta que, en la terraza cubierta de un bar, descubrió a unos hombres fornidos hablando acaloradamente alrededor de una mesa repleta de botellas de vodka. Entre castaños poco crecidos había visto, pésimamente aparcados, cuatro todoterrenos negros con los cristales opacos. Como no vio otro local abierto, se sentó junto a una mesa, en el extremo opuesto al grupo, y pidió té frío.

Las camareras hablaban entre ellas en un idioma extraño, húngaro con palabras en ucraniano y ruso. Los hombres de aspecto mafioso la intimidaban; hasta creyó escuchar alguna obscenidad. Durante los primeros minutos aguantó el reto de las miradas indiscretas con indiferencia, hasta que comprendió que se había

equivocado de lugar. Se encontraba en la ciudad fronteriza de Mukachevo. Recordó la confusa señalización en la carretera, antes de cruzar el río. Pagó y fue a toda prisa en busca del coche sin mirar atrás. Quería llegar a Uzhgorod cuanto antes, darse un baño en la habitación del hotel, arreglarse y encontrarse con Karin Krynovi alrededor de las cuatro. Antes de subir al coche abrió el portamaletas para asegurarse de que no le hubieran robado el equipaje.

La anciana aguardaba sentada desde hacía horas bajo el toldo que cubría la mitad de la terraza de su nueva casa. Sophia Vasilevna llegó finalmente, como surgida de una serie venezolana de las que Karin seguía por televisión desde hacía pocos días; su perfume resultaba embriagador. En cuanto la olió, la anciana se levantó del asiento de mimbre a cámara lenta y le tendió la mano algo cohibida, con los ojos abiertos como platos. Frente a ella tenía a una mujer guapa y mundana, de clase pudiente, que estudiaba el más leve detalle con mirada incisiva.

«¿Por qué ha venido mi nuera sin los niños?», se preguntó.

Aun así, la anciana estuvo afable. Muerta de curiosidad y con ganas de hablar, se contuvo todo lo que pudo hasta que fue a la cocina a por una bandeja de dulces de alajú, dos vasos y una jarra de zumo de grosella.

Karin seguía añorando el campo, pero, desde hacía dos meses, encendía y apagaba interruptores y hacía preguntas todo el tiempo a las dos mujeres contratadas por Maksim. Una cuidaba del hogar hasta después de la comida principal; la otra le enseñaba a comportarse en aquel mundo nuevo y la acompañaba en sus paseos. Ella quería saberlo todo. Y estaba maravillada con la nevera, la lavadora, los canales de televisión, los anuncios y las series. Cualquier cosa le parecía más sorprendente que las historias de Gogol, Iván Franko o Táras Shevchenko.

—Desde que mi hijo apareció, mi existencia ha dado un vuelco inesperado. Apenas me reconozco, pero aquí estoy. —La mujer se sacó un pañuelito del bolsillo para sonarse la nariz—. Maksim me empuja a ver la vida a través de lo que él vive. Demasiado enérgico; demasiado acostumbrado a mandar. —Bebió un poco de zumo y se comió un pastelito—. No se crea, le costó convencerme —afirmó, severa, con la boca llena—. Y si lo logró fue porque es obstinado

como un Krynovi.

Y lo dijo con nostalgia por su pequeña *jata* solitaria, el huerto, las bayas del bosque. Sin mostrar emoción, como una cariátide.

Sophia Vasilevna se sentía intimidada, sin saber adónde mirar. Asentía de vez en cuando con un gesto de cabeza.

—Apareció Maksim y dejaron de robarme. Todas las semanas recibía un paquete. Medicinas, carne, pescado, legumbres… Enseguida me di cuenta de que el hijo que había perdido iba en serio, que moriría cuidada.

Karin Krynovi quería saber de sus nietos. Cada vez que oía anécdotas de los críos se llevaba las manos a la cabeza y se le iluminaba el semblante. En ocasiones se levantaba del asiento y miraba el horizonte desde la baranda que daba al paseo del río. Sophia la observaba de reojo, mientras su suegra volvía al asiento con la sonrisa petrificada en la comisura de los labios. Era una mujer activa que no dejaba de mover cosas. Ahora había sacado de un cajón una fotografía de su *jata* y otra, más grande, de un destartalado salón biblioteca con libros en cirílico, alemán y húngaro.

Sophia Vasilevna le describió Kiev y cómo fue su vida cotidiana en los tiempos felices de su matrimonio, cuando las niñas aún eran muy pequeñas y Vasi un bebé recién nacido. Lo hacía por cortesía, forzada; le desagradaban el ambiente y la casa.

Las miradas de la anciana le sugirieron que sabía más de lo que ella suponía. Maksim le había explicado historias sobre ella. La madre no era una vulgar campesina, tampoco una ignorante. Sophia no sabía nada sobre su educación ni sobre como había sido su historia con el padre de Maksim. Y no conseguía relajarse. La foto de la biblioteca suponía un dato desconcertante. Según su plan, la visita debía durar dos días. Su padre así se lo había aconsejado, pues no estaba acostumbrada a tratar con las víctimas de la Gran Guerra Patria. Sophia seguía sin comprender el interés de su padre por las dos respuestas que debía sonsacarle. Todo era demasiado confuso.

Cuando Karin se llevó el vaso de grosella a la boca con modales de otra época, Sophia no pudo evitar un gesto de asombro. Ahora llevaba el pelo, muy blanco, peinado hacia atrás; Maksim la había obligado a cortarse la trenza que llevaba en la foto que Sophia

había visto. Vestía un traje de algodón verde claro y una pañoleta morada. Tenía buen aspecto y, de joven, debía de haber sido una belleza.

Sophia necesitó ir al baño. Colgada junto a la puerta, había una pequeña imagen de Iván Franko que Maksim tuvo durante años en el despacho de casa. Allí sola, con el pestillo puesto, sintió la angustia que le producían los celos. Pese a las confidencias de los últimos días, su relación con Maksim seguía deteriorándose. Estaba decidida a investigar lo que su marido no contaba y la madre quizá supiera. Las últimas noches que Maksim había pasado en Kiev se levantaba inquieto, salía al jardín y pasaba horas, embobado, mirando al cielo. Sophia esperaba que los amigos de su padre, que trabajaban en los servicios secretos, pudieran aclararle algo acerca de dichas andanzas. Estaba ansiosa por tener noticias. Frente al espejo del baño, cerró los ojos e imaginó el contorno de otra mujer, que aún no tenía rostro.

¿Y si esta casa hubiese sido decorada por la amiguita de Maksim? Las voces resonaban, olía a material recién colocado, a pintura, pero la casa que tanto fascinaba a Karin era muy nueva, aunque la cerámica del suelo no fuera bonita, ni hubiera alfombras ni cortinas ni estilo ninguno; era además demasiado grande y estaba medio vacía.

—Estas dos habitaciones son para mis nietos.

En las paredes sobraban vírgenes y arcángeles, faltaba color, los cubrecamas eran lúgubres. Después de recorrerla entera dio por supuesto que ninguna mujer del agrado de Maksim podía tener algo que ver con un mobiliario de grandes almacenes. No comprendía por qué Maksim no le había encargado la decoración a ella.

—Voy a ir a la iglesia. El hotel está cerca. Recoja el equipaje y pase aquí la noche. Cenaremos en la terraza.

Lo dijo con el mismo tono rotundo que podría haber usado Maksim.

Sophia se ruborizó, pero no pudo negarse. Sacó el lápiz de labios y se pintó mirándose en un espejo de mano que llevaba en el bolso de piel de cocodrilo. Lo hizo con una coquetería que no pasó inadvertida a la anciana. Las dos mujeres estaban al acecho.

«Bajo la máscara, esta mujer transmite un carácter autoritario e introvertido», pensó Karin al bajar la escalera, observándola de

soslayo e impresionada por lo guapa y elegante que era la madre de sus nietos.

Los movimientos de los brazos, las manos y la forma de andar de su suegra, por supuesto, no eran los de una mujer de mundo, pero había en Karin algo especial, una elegancia digna. Aunque cojeaba un poco, los movimientos de la anciana eran rápidos. Enfundada en una gabardina gris reluciente, el pañuelo morado cubriendo su cabeza, iba a la iglesia tiesa como un álamo. Llevaba el bastón que le había regalado Ákos Almásy antes de su viaje a Viena para trasplantarle un riñón.

Cenaron en la terraza *borscht* de verdura con trozos de pato, un sabroso pescado de río asado y pastel de manzana. Karin comió poco, pero bebió dos o tres copas del vino italiano que le había llevado Sophia.

—Mi familia era del oeste, de Galitzia, pero al poco de pasar a ser polaca, todas las ramas, excepto una, emigraron a Croacia. —Se bebió el vaso de vino de un sorbo y prosiguió—: Aún recuerdo una hoguera, en los ricos campos croatas de Kaptol en tiempos de la segunda guerra mundial. Tendría once años. Todos los vecinos sentados alrededor mientras contaban cómo los católicos polacos maltrataban a los cosacos ortodoxos, cómo les impedían hablar su lengua en público. Para huir de esa humillación, vendieron todas sus propiedades de Lviv a judíos polacos y emigraron a un lugar más seguro.

—¿Recuerda algo más? —le preguntó Sophia.

Todo ucraniano de más de setenta años sobrevivía con un nudo de miedo y muerte, un nudo enquistado en lo más profundo por temor a revivir el recuerdo diabólico de lo ocurrido. El caso de Karin no era distinto, pero desde que sabía que tenía nietos se sentía vulnerable y con necesidad de liberarse de lo que llevaba dentro.

—Nací en Kaptol el año de la hambruna.

—¿Kaptol?

—Mi familia se había establecido allí dos años después de finalizada la guerra civil rusa y, cuando estuvo claro que no habría ninguna Ucrania independiente, en el norte de Croacia, en una colonia de emigrantes ucranianos del oeste. —La escrutó con ojos benevolentes antes de decir—: Nuestras muertes violentas fueron

antes, en tiempos de la guerra civil. A mi abuelo Krynovi, atamán de Galitzia, los bolcheviques lo despedazaron en una plaza de Kiev. —Karin se persignó dos veces—. Y años más tarde, el 29 de mayo de 1945, los ingleses nos entregaron a traición a los soviéticos en Lienz. Alemania ya se había rendido. El mayor de los Krynovi y su familia, como ya te he dicho, se marcharon de Lviv en plena guerra civil, al sur de Ucrania, siguiendo a los rusos blancos. ¡Pobres!, debieron de morir en aquel fatídico año de la hambruna, en 1933. Se habían mudado a Vinnitsia, que acabó siendo una de las partes más castigadas.

El Holodomor, la hambruna artificial, fue uno de los genocidios más atroces del siglo XX europeo. Stalin consolidó su poder absoluto en 1929 e inició el Gran Viraje, la industrialización acelerada de la Unión Soviética como reto para alcanzar a Occidente. Con ese fin, el Estado centralizado expropió las tierras, las cosechas, el ganado, la maquinaria agrícola y acabó con la autonomía de Ucrania, que debía industrializarse al ritmo soviético y perder también su idioma y su organización del campo. En 1930 exterminaron a setecientos mil ucranianos. Una nueva masacre de la élite, el cierre de las iglesias y el exterminio del clero fue el preludio de la hambruna. Karin Krynovi tuvo conciencia de que su nuera desconocía la historia de Ucrania. Una historia que Karin había buscado con sigilo en los años que vivió en Miskolc, una ciudad húngara, con Ákos Almásy y el padre de este. Durante bastante tiempo, Karin Krynovi sobrevivió con el nombre de una niña muerta de disentería en Lienz: András Almásy, la hermana de Ákos.

—Les robaban toda la comida almacenada. «¡Campesino! ¿Dónde está tu grano? ¡Confiesa!». En 1932, la cosecha no cubrió ni un tercio del cupo fijado y se dedicaron a matar a los campesinos, que según ellos saboteaban las cosechas. Ya no había mano de obra ni grano ni semillas para la próxima cosecha. Al año siguiente ni los animales podían comer.

Sophia olvidó repentinamente su agobio, arrastrada por la forma de narrar de su suegra, que la tenía hipnotizada con la cadencia y la tensión de su relato. Karin añadió:

—Cuando ya no quedaron ni perros ni gatos ni ratas, algunas madres comenzaron a devorar a los bebés que acababan de morir en sus brazos. Los cadáveres los roían quienes poco después también

desfallecían. Los viejos y los niños cayeron como moscas. El campo quedó despoblado.

»Entre 1931 y 1933, otros seis millones de ucranianos, una quinta parte de la población, murieron en las calles, en los campos, en los caminos, en las granjas arrasadas.

Sophia Vasilevna debía mostrar interés y entusiasmo si quería llegar a abordar los temas que le interesaban a su padre. Uno de ellos lo acababa de escuchar. Karin articulaba bien los recuerdos con los que entretejía el relato.

—Viví la época más espantosa de nuestra historia y apenas era una niña —dijo de pronto, cortando abruptamente la descripción que Sophia hacía en ese momento de la maravillosa dacha de su padre frente al mar, en Crimea.

Karin Krynovi miró los rayos que rasgaban el cielo encapotado. Los relámpagos amenazadores la transportaron a la sentencia de Yalta, donde entre otros se fraguó el destino de los cosacos perdidos en Centroeuropa.

Sophia Vasilevna asistía al monólogo de su suegra, abatida y sin comprender qué le estaba ocurriendo a Karin: parecía en trance. Pese a todo, Sophia sonrió. Su suegra le estaba contando algo que jamás había contado y, aunque Sophia no lo supiese, estaba recuperando un olvido cuya causa mucho tenía que ver con la supervivencia.

Karin, sentada en la butaca de mimbre, recordó una tarde radiante de primavera, cuando la guerra parecía todavía una cosa lejana para ellos. Su padre, con otros galitzianos, araba con mulas un campo de Croacia mientras entonaba una canción popular. Un mes antes habían huido de Kaptol apresuradamente, de las matanzas de los partisanos de Tito, que estaban a media jornada del lugar. Las mariposas la volvían loca desde entonces, pues había muchas en el lugar.

—Una tarde cayó en el horizonte una bomba de fuego y mató a las vacas que pacían. Cayeron más, destruyendo casas y corrales; el aire se llenó de humo y llegaban cosacos con malas noticias. Yo sabía que muy pronto partiríamos de nuevo hacia el norte, hacia Eslovenia. La noche antes de la partida, cuando el frente estaba a pocos kilómetros, dos tíos míos fueron al mar en busca de un barco que los llevara a Estados Unidos. Nunca más supe de ellos.

La familia Krynovi, junto a otras, partió hacia la Eslovaquia alemana con cuatro carros cargados, un vehículo de mercancía, el ganado y los caballos. Buscaban desesperadamente un lugar donde empezar de nuevo. Jamás habían tenido nada que ver con la segunda guerra mundial. Ellos cultivaban la tierra, cuidaban de los animales y vivían del trueque.

—No volvimos a tener una hacienda —murmuró tras un prolongado silencio—. Mi padre estaba ya muy desesperanzado.

Suspiró, se levantó, tambaleante, del asiento y fue hasta la baranda.

—Todos los Krynovi cayeron sin ser rusos ni soviéticos. Éramos apátridas y errábamos en busca de un lugar donde vivir. Tuve suerte y me salvé.

Tras decir esto, la anciana, con los ojos enrojecidos, se persignó y le dio las buenas noches en un tono severo. Sophia pudo escuchar el ruido de una puerta al cerrarse de golpe. Karin Krynovi conservaba el genio y la astucia. En un santiamén se había convertido en la memoria de la familia Krynovi.

Marzo de 1945. Cuando la comitiva se dirigía a un lugar entre Ratece y Seltschacher, región que hoy separa Eslovenia, Italia y Austria, Karin estaba a punto de cumplir trece años y jugaba con otros niños vestidos con ropa remendada. Aún recordaba la falda de piel de vaca que llevaba puesta aquella fría y lluviosa tarde de primavera, cuando se dirigían a las montañas más altas y un chico le dio el primer beso en un camino escabroso que cruzaba turbulentos torrentes, desfiladeros y montañas que parecían infranqueables. Iba envuelta en una manta y se cubría la cabeza con la piel de un zorro. Atravesaba con los suyos bosques y parajes insólitos, despoblados, atentos a las emboscadas de los bandidos, recogiendo a unos pocos desertores desperdigados del ejército cosaco del mítico atamán Domanov, aliado de los alemanes, entonces en retirada.

Los carros se atascaban en el lodo y tres se despeñaron sin que pudieran evitarlo. La comitiva se había quedado casi sin nada y ya sumaba más de cien miembros. Los adultos adelgazaban y el rigor de las montañas era insoportable. No había pan ni pollos ni huevos. Solo los niños y las madres que daban de mamar podían beber leche de las dos vacas y las tres cabras que habían conseguido salvar.

Karin abrió un cajón de la cómoda de su dormitorio, sacó una postal que reproducía el campo de Peggetz y la besó. El resquemor era algo que Karin Krynovi aún no había aprendido a controlar. Sin embargo, pensó, hablar con la madre de sus nietos quizá fuera el remedio. Estaba tan metida en su historia que no lograba detener los recuerdos desatados.

Los hombres del clan debatían antes del amanecer la ruta que seguirían aquella jornada. Por muy vulnerables que fueran a los ataques, el grupo de la familia de Karin evitaba inmiscuirse en los asuntos de una multitud de la que tenían noticia. No estaba lejos; avanzaba en paralelo. Eran cientos de caravanas, caballos, coches y camiones que se habían unido a la errante caballería cosaca del comandante Krasnov, que ya estaba junto a la gente de Domanov. Huían de Carnia, en el extremo este del norte de Italia, la minúscula patria cosaca que los alemanes les habían cedido cinco meses antes, Kosakenland, que ya había caído en manos aliadas.

Los parientes adultos de Karin hablaban de la enorme comitiva del comandante Krasnov y Domanov con mucha preocupación. Los alemanes, tras considerarlos raza inferior, inútil para el combate, los usaron a la desesperada cuando se vieron perdidos. Los cosacos de Carnia y de otras regiones marchaban a Austria, tras alcanzar un pacto con los ingleses. Algunos de ellos eran civiles, apátridas como los Krynovi desde la guerra civil rusa. Eran los restos de un pueblo nómada y sin destino.

Los Krynovi jamás habían creído en las falsas promesas y se apartaron cuanto pudieron de la comitiva cosaca de Krasnov. Al cabo de un mes de peregrinaje solitario, llegaron a una aldea en lo alto de un altiplano, encajonada entre bosques y montañas rocosas, más al norte de Radovljica. Allí vivían galitzianos desde 1921.

Karin, al mirarse en el espejo que había encima de la cómoda, todavía veía a su padre suspirar con melancolía, desde lo alto, a punto de alcanzar el último paraíso: «¡Cultivan los campos como en Galitzia: Dios nos ha protegido!». Fue entonces cuando su padre, dos tíos y el abuelo materno se alejaron con un baúl envuelto en una manta. Pensaban enterrarlo.

Inmediatamente, Karin evocó la llegada a la pequeña aldea perdida y el sacrificio de un ternero con el que había jugado durante el camino. Lo sacrificaron en la era, todavía sin mieses, casi

en el centro del conjunto de construcciones de piedra, cubierto de amapolas y flores amarillas. Allí lo comieron entre rezos, balalaicas, cánticos y bailes. A la semana siguiente, un hombre cazó un ciervo y una semana después su padre una cabra salvaje en las peñas.

La paz fuera del mundo fue breve; pronto, los rumores de los mayores en voz baja hicieron presagiar lo peor: los aviones habían detectado el valle perdido.

—Sobrevolaban nuestras cabezas en horas de luz. Un abuelo dijo que nos fotografiaban desde el cielo y que en vez de patas tenían alas repletas de pólvora.

Karin hablaba al rostro que reflejaba el espejo, como si mirara a una desconocida.

Junto con las familias de la pequeña aldea, enfilaron hacia las cumbres de las montañas heladas. Siempre hacia el oeste. Por unos pastores supieron que los cosacos de Krasnov habían recibido nuevas garantías de los británicos: si dejaban las armas, se rendían e iban a un campo de refugiados del Tirol, impedirían que los soviéticos les pusieran las manos encima.

La primavera se mezclaba con fortísimas ventiscas y tormentas de nieve. De camino al Tirol, murieron dos niños y tres ancianos que enterraron a duras penas bajo piedras para que los cuervos que graznaban desafiantes no devoraran sus restos. Pudo ser el principio de una terrible epidemia, pero un médico que iba con ellos consiguió frenarla con los mejunjes que había salvado. Ya eran más de doscientos, estaban perdidos entre escarpadísimas montañas cubiertas de nieve, sin apenas comida, sin carros y dos caballos tullidos. Una tarde fueron asaltados por bandidos que, tras comprobar que apenas llevaban armas y que se trataba de familias que huían sin rumbo, los dejaron en paz. Aunque algo de oro llevaban escondido; entre otras cosas, la cruz que poseía ahora su hijo. Entonces enfilaron hacia las cimas de roca y ventisca, sin carromatos ni caballos, por caminos todavía más tortuosos. Dos semanas les llevó alcanzar Timau. Los británicos que iban a tomar el valle del Drau, en el Tirol austriaco, eran su única salida. En ningún caso debían ser apresados por los soviéticos ni mezclarse con los cosacos de nacionalidad soviética.

Karin Krynovi no pegó ojo en toda la noche, recordando la mirada de su padre, tan parecida a la de Maksim.

Volvía la familia. Regresaban los recuerdos.

Karin y Sophia desayunaron juntas, ojerosas, en la terraza.

—El hombre que me salvó la vida me dejaba encerrada en un cuartucho las veinticuatro horas del día.

El sol de la mañana caía a plomo y aún no habían bajado el toldo de la terraza. Por alguna razón, la chica que la atendía no estaba en la casa. Karin vació un vaso lleno de agua e hizo como si se abanicara con la mano.

—Era un teniente escocés de buena familia, llevaba una boina con pompón y estaba harto de la guerra y de sus mandos. Una noche me puso colorete en las mejillas, carmín en los labios y unas braguitas de encaje negro. Me retuvo durante dos semanas. El tercer día, cuando regresó a mediodía, me dijo que soldados británicos habían decomisado las cajas fuertes del banco de Lienz, donde los cosacos de Krasnov y Domanov habían depositado el oro y los ahorros de toda una vida.

Karin se levantó de la silla de mimbre completamente traspuesta, sin color en el rostro. Fue al baño y devolvió. En la cocina se hizo una infusión de manzanilla que se bebió allí mismo para no sacar más bandejitas a la terraza. No era bueno acallar tantos recuerdos.

Sophia, mientras tanto, cruzaba y descruzaba las piernas, se sentía indispuesta y tenía ganas de irse. Tanta información la abrumaba.

Karin no podía dejar de sollozar.

—También me dijo que los atamanes y todos los mandos cosacos, desarmados, habían sido invitados a un encuentro importante con el mariscal Harold Alexander por el mayor británico Davis, que nunca se produjo. ¡Patrañas!

Pasó un tiempo en silencio.

—Años más tarde supe qué ocurrió allí: cuando los mil setecientos oficiales y funcionarios cosacos encabezados por el general Krasnov llegaron a Spital, los británicos les arrebataron cuanto llevaban y los condujeron a la fuerza al puente del río Mur, en Judenburg, donde se los sirvieron a los soviéticos en bandeja. Como puedes imaginar, los mataron en el acto. La estrategia británica consistía en eliminar primero a los mandos cosacos del campo de Peggetz para desmembrar su estructura social y

entregarlos sin miramiento después.

Karin Krynovi y Ákos Almásy habían buscado con sigilo supervivientes de esta y otras matanzas en los difíciles años que ella pasó en Hungría. Tres millones de prisioneros soviéticos fueron apresados en Europa por los británicos del frente occidental.

—¡Qué incautos! Todos ellos creyeron en el perdón y en un exilio soñado en Occidente. Churchill incumplió la Convención de Ginebra sobre el estatuto de prisioneros de guerra para agradar a su aún entrañable amigo Stalin. Sin sus veintisiete millones de muertos en la Gran Guerra Patria, los angloamericanos jamás habrían obtenido los réditos de la victoria. Los prisioneros devueltos fueron fusilados o conducidos a los gulags de Siberia. Stalin no quería testimonios de vida occidental en el paraíso soviético, aunque fueran vivencias de la época de guerra.

Sophia mojó un paño con agua fría para pasárselo por la cara. Aquella mujer buscaba una complicidad imposible. El gesto fue una manera educada de templar su ánimo para, en su momento, sonsacarle lo que de verdad quería.

—Ahora que soy vieja y ya no valgo para casi nada, sé que el soldado me dijo todo aquello para retenerme atemorizada y para que no hiciese el menor ruido cuando me quedaba sola en la habitación. Así sus compañeros de mando no lo descubrirían. A cada rato, me prometía que cuando acabara la pesadilla me llevaría a Londres.

La mujer abrazó a Sophia antes de sentarse en un taburete.

—No tenía adónde ir. Mi situación empeoró al enterarme de que los cosacos del campo habían descubierto que los británicos les habían traicionado y se habían amotinado. ¿Qué iba a ser de los míos? Estaba sola, encerrada en una habitación con una ventana que daba a un patio de luces a medio construir.

La curiosidad de Sophia por saber cómo había aprendido a expresarse de aquel modo, a punto estuvo de desbaratar el guion trazado por su padre al preguntar y hacer comentarios inconvenientes. Churchill y la democracia británica jamás traicionaron la Convención de Ginebra. Sophia admiraba a Churchill, el adalid de la democracia, y lo que su suegra contaba no podía ser verdad. Sin duda, la familia Krynovi luchó en el bando equivocado y tuvo lo que merecía por traicionar los valores de la

convivencia. Karin se había construido su propia leyenda.

Pero Sophia mantuvo la boca cerrada.

—Un día descubrí cómo saltar de la ventana al patio y de este a otro y a otro hasta alcanzar la azotea. Desde allí vi la gran explanada del campo, los barracones, la garganta del río y las montañas picudas en el horizonte del valle. Busqué a mi padre, a mi madre, al abuelo, a mis tíos y a los primos, entre miles de personas hacinadas. De pronto llegaron muchos soldados escoceses con fusiles y algunos tanques: los cercaron. —Y entre sollozos, Karin murmuró—: Aún resuenan en mi corazón los chillidos desgarrados. Los treinta o cuarenta mil cosacos se apiñaron todo lo que pudieron, exhibiendo pendones negros. Los popes improvisaron un altar y oraron todos juntos de rodillas, besando el suelo, exigiendo el cumplimiento del pacto, exorcizando al diablo británico. El megáfono anunciaba que los iban a conducir en vagones a la Unión Soviética. Los cadetes cosacos formaron un círculo alrededor de mujeres, niños y ancianos que cantaban a Dios. El mayor Davis, que estaba al mando, ordenó a los nuestros que cesaran los rezos y a sus tropas que evacuaran el campo. Los cadetes cosacos se enfrentaron a los culatazos de los fusiles; caían como moscas. Yo observaba, inmóvil, desde la azotea, aterrada. Cuando los británicos los comenzaron a atropellar con los tanques y con los camiones, el griterío fue ensordecedor. Las piernas, las cabezas, saltaban por los aires. Tiraban a los heridos en los camiones como sacos de repollo. Vi a muchas mujeres y niños morir aplastados. Otros se suicidaban lanzándose al vacío y dándose de bruces contra los escollos del río. Los que llegaron al tren de la muerte estaban empapados en sangre.

La madre de Maksim temblaba. Sophia sentía un vacío en el estómago y la abrazó por conmiseración. Alguna barrera dentro de ella empezaba a resquebrajarse. La condujo hasta la terraza. Bajo el toldo, Karin le contó entonces la peor parte. Vio cómo los suyos se arrojaban al río con los bolsillos llenos de piedras.

Karin dejó de temblar; se quedó sin fuerzas. Sophia la ayudó a sentarse en la butaca de mimbre y le sirvió un vaso de agua fría. La anciana cerró los ojos. Al volver a abrirlos le brillaba la piel; las arrugas de la cara parecían haberse difuminado. Irradiaba un halo de serenidad.

Sophia notaba un escozor en el estómago. No entendía cómo

podía hablarle de esta manera en el primer encuentro. Además, seguía sin sonsacarle la información que le había pedido su padre: cómo se llamaba el abuelo de Karin condenado en plaza pública y cómo conoció al general Kazantev.

—Mi hijo me ha convencido. He de expulsar de mi interior la antigua conciencia de la Ucrania arrasada. Hay que recordar; hay que perdonar; hay que olvidar.

En cuanto pudo, Sophia recogió sus cosas, le dio un beso en la mejilla y se fue.

Era noche de luna en cuarto creciente. Karin se vistió de blanco, fue hasta el sauce en la camioneta de un viejo repartidor de la leche, a quien conocía desde que llegó a Uzhgorod en 1961. Allí se bañó en el río. Y lavó sus recuerdos. A partir de entonces, solo tenía futuro. E hizo un pacto con Dios. O con el diablo. No estaba segura. Desde hacía tiempo esperaba una señal, esperaba a alguien que la retara a recuperar la memoria arrinconada en un lóbulo oscuro de su mente. La madre de sus nietos le dio el coraje; lo había conseguido. Estaba en deuda con ella. Desde que nació su hijo, Karin no había logrado reconstruir el recuerdo íntimo de aquellos años horribles. Karin Krynovi había llegado a la esencia de lo que no había podido recordar hasta este instante.

La niña escuchó la impetuosa corriente del río Drau, que corría en lo más hondo del precipicio. Lo hizo con mirada triste y estática, en el límite del campo de refugiados. Tuvo algo de vértigo. Observó los rápidos del río, al fondo del tajo, y las montañas rocosas del horizonte cubiertas de un blanco inmaculado, con la amargura enquistada en el alma. Fue al mediodía cuando el teniente con la boina y el pompón apareció por vez primera. Los hombres de la familia jugaban al dominó en ruedo, sentados en la tierra, cabizbajos, para relajar una espera espeluznante. Todos llevaban los gorros puestos.

Su padre fue consciente de los ojos con que la miraba el teniente y se puso tenso, sin atender al juego. Pasó mano. El teniente empezó a hablar con una familia instalada a su vera. Seguía lanzando miradas a la adolescente. El padre observaba sin ser descubierto. Un mando llamó al teniente de lejos, estaba casi en el centro del campo, en la plaza central rodeada de barracones. A mitad de camino se volvió para mirar a Karin sin disimulo. Hasta le

hizo un gesto con el brazo. Ella seguía al borde del precipicio, ignorando que tres días más tarde su familia se despeñaría por negarse a morir en territorio soviético.

Su padre abandonó el juego, fue hacia Karin y la abrazó. Los británicos daban buen rancho, en un alarde de comedia hipócrita ejecutada con precisión y eficacia, preludio de la tragedia. Entretanto, los hombres habían recuperado algo de corpulencia. Padre e hija se abrazaron muchas veces hasta que él le susurró al oído:

—Escucha bien. Vas a salvarte. Déjate ir, sé valiente y guarda nuestra memoria. En la ladera sur de un valle, en Ratece-Planica, entre dos montículos redondos y una cruz, bajo un resto de muro, en el camino izquierdo que va de Ratece a Seltschacher, enterramos en un cofre el oro de la familia y un libro con nuestra historia. Algún día, cuando tengas descendencia, ve a buscarlos. Serán tuyos. Ojalá te sirvan.

Luego le dio la cruz entre sollozos.

—Te amparará en el difícil viaje que te espera.

Después la dejó en el suelo y, en cuclillas, la miró a los ojos.

«Ve, sálvate y no olvides».

Y la bendijo.

Allí quieta, ante la garganta del río, se despidió para siempre de los suyos. El vértigo había desaparecido. Con dos de sus primos, fue a pasear por donde estaba el teniente. Entonces llegó su madre. De forma discreta para que nadie lo advirtiera sentenció: «Calla y vive».

Karin todavía escuchaba los sollozos. Aquella noche fue la primera que durmió con el teniente. Y cuando todo acabó no se la llevó con él a Londres. Le presentó a un húngaro con permisos, salvoconducto y avales, a quien entregó papeles con su nueva identidad y dinero para que la condujera a su tierra, conquistada por los soviéticos, con el único hijo que el húngaro había salvado. El crío tenía su edad. Su hermana András había muerto no hacía mucho.

Tenía nietos, la sangre corría por sus venas. Debía perdonar, desobedecer a su padre y olvidar; por ellos. Karin Krynovi salió del río, fue hasta el sauce blanco y se secó. De vuelta a casa, telefoneó a Maksim. Fue escueta. Le dijo que quería conocer a sus nietos y que

aceptaba ir a la consulta de un médico en el hospital que le había sugerido. Maksim estaba en Varsovia a punto de desconectar el teléfono y tomar un tren a Praga. Era sábado, 21 de julio, y permanecería una semana alejado del mundo. Quedaron en que iría a buscarla el 30, en luna llena. Los niños viajaban pronto a Inglaterra y no podía demorar el encuentro.

Los sueños de Karin aquella noche fueron una ristra de pesadillas, sintió una punzada seca en el costado por lo que nunca más recordaría.

—El abuelo de Karin Krynovi, atamán de Galitzia, fue despedazado en las calles de Kiev. Y una y otra vez repite como un disco rayado que en la segunda guerra mundial su familia no pertenecía a ningún bando, que eran apátridas y que todos los bandos iban a por los cosacos. Los mataron a todos menos a ella, que se hizo pasar por húngara.

Sophia no dejaba de dar vueltas alrededor de la mecedora de su padre. Y remató sus palabras:

—Lo leí en sus ojos: la madre de Maksim es un hatillo de rencor.

Vasili Sérgéyevich Zsilinszk se balanceó en la mecedora y miró a su hija con los ojos bien abiertos. Su hija aún no comprendía el latir oculto de una parte de Ucrania. Su hija, formada en Inglaterra, desconocía la vieja historia de la Europa continental heredera de Roma. La madre de Maksim era un rescoldo de un mundo desaparecido. Vasili comprendía la situación y estaba maravillado.

—Iván Iúrich vigila en Berlín a un sudamericano que ha convivido con Maksim. Lo tengo controlado y pronto sabré quién es. Y otra cosa, Sophia: no me interesa lo que pudo sucederle a Karin Krynovi en la segunda guerra mundial, me interesan los Krynovi de la guerra civil rusa. ¿Qué sabes?

Sophia se partió una uña que llevaba pintada de rosa.

—Sé que una parte de su familia erró por Croacia al desaparecer Galitzia, que otra parte murió durante la hambruna por la zona de Vinnitsia y otros emigraron a Estados Unidos. Mi suegra nació en el exilio, en Croacia, y fue violada a los trece años por un soldado escocés en el campo de refugiados de Peggetz —contestó entre dientes—. Ah, y el abuelo de Karin Krynovi, atamán de Galitzia, fue despedazado en las calles de Kiev.

Vasili Sérgéyevich fue consciente de que Karin Krynovi había

aparecido en el momento adecuado y que nada de lo que le había contado a su hija era mentira. Se levantó y abrió un cajón de su escritorio.

—Siéntate, hija mía. Lee esto. —Le alcanzó un fajo de papeles cosidos—. Cuando lo hayas hecho comprenderás mejor las viejas historias de un pueblo. Nicolay Korovin, tu bisabuelo, ordenó la ejecución pública del abuelo de Karin Krynovi en 1920. Igor Krynovi era atamán de la República Popular de Ucrania del Oeste, la parte de Ucrania que proclamó su independencia el 1 de noviembre de 1918. Duró hasta el verano del año siguiente, cuando la nueva nación polaca invadió Ucrania hasta el mar Negro. En pocos años hubo varias Ucranias independientes.

12

Al amanecer, Maksim llegó a Praga en tren desde Varsovia. Había pasado media noche leyendo a Boecio, un regalo de su padre el día que cumplió los dieciocho y que había guardado durante años como un tesoro. Se había registrado en el hotel con documentación falsa y esperaba a Iván Iúrich a las ocho de la tarde. Su amigo había mentido. La última entrega había sido interceptada por la Agencia de Seguridad de Ucrania, aunque seguía sin saber quién dio la orden. Y Stanislav no había ido a Bakú porque Shevchenko estaba ya renegociando con las autoridades de Azerbaiyán y, de momento, no habría más envíos que desencriptar. Iván no dejaba de ser un funcionario del Estado, así que debía estar alerta.

Maksim encendió un cigarrillo. El humo de su cigarro quedaba suspendido por la habitación y lo transportó a 1984, cuando a su padre lo destinaron a una base militar del Pacífico y él fue a parar a una residencia moscovita de estudiantes donde intimó con Iván Iúrich, con quien compartió medio curso de vida bohemia y dicharachera. En cuanto podían, los estudiantes más atrevidos escapaban a un almacén de carbón próximo, envueltos en largos abrigos y gorros de piel con sus largas orejeras colgando. La enloquecida familia que vivía allí había recubierto las paredes de una de las naves con telas de saco y balas de paja para aislarlo del exterior. Algunas noches se transformaba en una taberna clandestina. Estudiantes, rufianes, juerguistas y mujeres jóvenes tocaban la balalaica, bailaban, se drogaban y alguna sureña cantaba soul eslavo. La borrachera y la juerga duraban hasta el alba.

Durante aquel curso, sin que Iván se enterara, Maksim descubrió

que su nuevo amigo traficaba con botellas de vodka, aguardiente y vinos de Moravia con la intención de averiguar qué estudiantes seducían a las hijas de altos funcionarios del Estado, cuáles eran homosexuales y quiénes se reunían para confabular contra el Estado. Recordaba a un Iúrich presumido y pizpireto, poco dado al estudio, más práctico que inteligente, en busca de grandeza sin las influencias adecuadas, que pasaba las horas y los días memorizando datos, gestos y nombres con precisión enfermiza. Ejercitaba la memoria como arma de ascenso social. Una de las mozas que hacía de camarera en el almacén recibía las botellas de más que le pasaba Iúrich a escondidas. Ella las pagaba a buen precio y Iúrich ampliaba el negocio. Iúrich actuaba bajo el dictado de los comisarios políticos, que, a cambio de sus servicios, le subían las notas y toleraban que se emborrachase y fornicara con desarraigadas de provincias lejanas, en las habitaciones privadas de los pisos superiores de la residencia, las únicas que no tenían rejas ni contraventanas. Las presas más valoradas por la autoridad eran los estudiantes nacionalistas bálticos, ucranianos, armenios y georgianos. Los disidentes acababan internados en centros de reeducación, rodeados de alambradas electrificadas. Allí recibían lecciones, corrientes y medicamentos por haber atentado contra aquello en lo que ya nadie creía. El personal responsable del centro desviaba fondos destinados a los tratamientos o se quedaban con ellos. La corrupción no cesaba de extenderse y, a espaldas del servicio de inteligencia del Partido, casi nadie obedecía mientras el país se paralizaba. La gente había dejado de creer en el sistema. Los apergaminados funcionarios del Kremlin, dirigidos por un enfermo que iba a durar poco, Konstantín Chernenko, secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, mantenían el inmovilismo instaurado por Brézhnev veinte años atrás.

A diferencia de Iúrich, Maksim se transformó en un sesudo estudiante. No apostaba en los juegos de azar, ni bebía. Tampoco engañaba a las estudiantes llegadas de los confines de la Unión para acostarse con ellas. Poseía una férrea voluntad de prosperar y había tenido una buena escuela: la disciplina militar de su padre, desterrado a las islas Kuriles por algo que nunca llegó a confesar y una madrastra lectora que practicaba la brujería y era una maniática del orden en la casa.

—Sé que te acuestas con hombres. Lo hiciste la otra noche con Vromski.

Maksim se quedó sin habla, blanco como la tiza. Disimuló hasta que no pudo contenerse.

—¡Maldito espía! Eres un soplón que vive a costa del Partido.

Iúrich, por supuesto, desconocía su gran secreto. Un sargento borracho lo había violado en el campamento cuando hacía la mili, una mili que duró tres meses a causa de un soplo en el corazón. Jamás olvidaría el frío gélido de la estepa la primera noche de guardia a la intemperie, junto al torreón de la entrada. El sargento le dijo que podía entrar y subir hasta la última ventana para protegerse del viento y vigilar desde lo alto. No tardó en subir también él con un par de botellas de aguardiente para emborracharlo. Maksim trató de escabullirse varias veces pero las piernas no le obedecían y bebió a moco tendido. Muchas noches aún revivía la escena al practicar el onanismo.

Tras una semana sin hablarse, Maksim y Iúrich alcanzaron un acuerdo. Estudiantes mefistofélicos, nacionalistas ucranianos y gente rara solían frecuentar el patio interior de la casa de la calle Sadóvaya, donde vivió Mijael Bulgákov y donde el novelista situó a Voland, el diablo de *El maestro y Margarita*. Una tarde gélida y oscura, los dos colegas sellaron en aquel patio un pacto de sangre tras hacerse un corte en las venas sin llamar la atención. Luego intercambiaron las navajas manchadas, entre varios golpes de puño al corazón del contrario.

Desde entonces, Iúrich había guardado el secreto. Maksim tampoco dijo nada.

Lo más importante para Kazantev pasados los años: Iúrich era cosaco, tenía contactos y trabajaba en los servicios secretos. Aquel preciso día, en Praga, tenía intención de aclarar si Iúrich seguía siendo fiel al ritual de fidelidad o únicamente obedecía a la autoridad para conseguir prebendas. Había llegado el momento de poner las cartas boca arriba. Quería saber quién —y por qué— había dado la orden de interceptar el paquete. Mientras tanto, había recibido un mensaje del detective Oleksander Vorónych: «Stanislav Bromsky está en Kazajstán».

Maksim seguía encerrado en la amplia habitación del hotel. Remoloneó y se dedicó a cambiar las claves de las cuentas cifradas

y transferir parte de sus fondos a nuevas cuentas opacas en paraísos fiscales. Acababa de vender su porcentaje en la constructora de Bakú.

La ventana de la habitación no daba a la calle por expreso deseo suyo, sino a un patio sin árboles por donde los reflejos de sol apenas se colaban. Le subieron el almuerzo.

A las cuatro de la tarde, cansado como estaba, le latían las sienes, veía borrosa la pantalla del ordenador y le dolía la espalda. Echado en el suelo, se puso a hacer flexiones con más voluntad que ganas, hasta que acabó tumbado en la cama, contemplando de forma obsesiva un agujero redondo que había descubierto en la pared. Sobre la mesita de noche descansaba el libro de Boecio.

Maksim vivía al borde de un cambio rotundo y estaba perdiendo el arrojo autoritario. Sentía remordimientos e ideas nuevas relacionadas con la moralidad, la ética, la sexualidad, la familia, la política, los negocios. El agujero de la pared se borró en cuanto pidió excusas a su padre por haber roto el juramento. Karin Krynovi tenía derecho a sentirse madre y abuela.

Igor Kazantev murió un año después de que, a finales de 1991, tres burócratas eslavos con vodka en vena y caviar sobre la mesa —los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia— firmaran la ruptura con la Unión Soviética de Gorbachov en la reserva natural de Belovézhskaya Puscha. Maksim había dejado Moscú, en pleno torbellino de privatizaciones y lucha encarnizada entre burócratas por hacerse con las fabulosas concesiones de la recién liquidada Unión, para cuidar a su padre en Kiev, consciente de lo que implicaba. Perdía posibilidades bastante más lucrativas. En Moscú estaba bien situado, pero él se debía al proyecto de la renacida Ucrania. Después del entierro de su padre, vendió la casa familiar y se compró otra frente a la iglesia de San Andrés.

Gracias a esto, conoció a Sophia Vasilevna Zsilinszk cuando trabajaba en la Bolsa de Kiev con Vadyn Hetman. Una tarde lo citó para hablar de temas energéticos en la sede de Gazprom. El nuevo país padecía una enorme crisis y Maksim trataba de conseguir financiación para una deuda millonaria en la delegación de Kiev. La mirada y la elocuencia de aquella mujer educada en otro mundo lo cautivaron. Hablaba de negocios con una profesionalidad desconocida en las exrepúblicas soviéticas. Aquella misma noche

cenaron en las populares catacumbas del restaurante Kruschev y días después, viajaron a Londres, en donde Maksim descubrió la forma de vida occidental sin los burócratas con los que había viajado al extranjero hasta entonces. Se casaron a los pocos meses de haberse conocido. La boda fue uno de los acontecimientos más comentados de Kiev aquel año. Vasili Sérgéyevich lo apadrinó y Maksim se convirtió en un hombre respetado.
Maksim seguía atrincherado en la habitación de hotel y se preguntaba cómo habría sido el encuentro entre su madre y Sophia. Deseaba que ambas mujeres se hubieran entendido. Desde que cerró con llave el candado en el puente del río Dniéper, a pesar del recuerdo de Ernesto y su necesidad de sentirse nómada, había tomado una determinación.

Sophia exigía amor, pero no soportaba, en aquel momento crucial de su vida, escuchar las dudas que lo corroían por dentro. Maksim le habló una noche de las nuevas reglas que debían articular la convivencia, los negocios y el progreso de Ucrania, pero Sophia soltó un bostezo e inventó una tarea para escapar de lo que consideraba pura retórica. Pero estaba decidido a no desfallecer e intentarlo de nuevo, al menos para que la convivencia fuese soportable. No quería perderla del todo. Pese a sus tendencias contradictorias y su sexualidad desbocada, él, como buen cosaco, siempre regresaría a casa.
Necesitaba airearse, así es que salió a la calle Hybernská, se dio de bruces con el Prasna Brána y se quedó prendado con los ángeles de oro. Los ángeles ya no representaban la figura alada de los fines de año durante el régimen soviético, sino a quienes desde tiempos inmemoriales custodiaban la memoria de los pueblos eslavos. Ucrania ya era nación, como la República Checa, pero una nación aniquilada, Mientras los ucranianos permanecían atenazados, Chequia se había colado en la Europa libre, en la Europa soñada. O quizá ya no fuera un sueño esa Europa cuarteada en mil estados egocéntricos. Su madre le había hablado de esa Europa cuando le contó la historia de la Wehrmacht. Por orden expresa de Hitler, no habían querido apoyar, a finales de 1942, al Ejército de Liberación Nacional Ruso del general Andréi Vlásov, que con millones de voluntarios pretendían derrocar a Stalin y establecer un sistema democrático en Rusia en los años cuarenta. Los ingleses y los

americanos tampoco comprendieron que la guerra civil rusa seguía latiendo durante la segunda guerra mundial y que millones de soviéticos solo luchaban por su libertad frente a la tiranía de Stalin.

Maksim se metió en el enjambre de calles peatonales de la ciudad vieja y encontró lugar en la terraza de una calle estrecha, frente a edificios color ocre, azul pálido y rosa con las típicas ventanas y los tejados voladizos. Estaba en el corazón de la Praga barroca, de la Praga neoclásica, de la Praga burguesa; de la Praga de Kafka, atiborrada de sombras y espectros, de crisálidas con ansia de mariposas. Pidió aceitunas búlgaras y vodka macerado en yemas de grosella, y se quedó embobado con un parterre de claveles rojos. Su vida se había detenido temporalmente. La furia calculada con la que reaccionaba ante situaciones difíciles resultaba inapropiada en esas circunstancias. Había llegado el momento de que Maksim Kazantev escuchara atentamente a los otros antes de tomar decisiones.

Era verano. Tiempo tendría de rebajar la tensión con Sophia Vasilevna y hasta de ayudarla a superar su lucha constante entre intereses económicos, carrera profesional, familia y pasión. También le apetecía, y mucho, tener a sus hijos cerca, en la dacha de Crimea, con su madre, Karin Krynovi. Los niños, mejor en casa que en Inglaterra con extraños.

Contempló la belleza del río Moldava sobre el puente de las estatuas y las farolas del emperador de Austria. Más allá, en lo alto, vio el castillo y su sombra. Maksim se sobresaltó al descubrir a Ernesto en la lejanía, bajando del castillo. Fue hacia él precipitadamente, chocó con una mujer, la empujó de una forma leve pero ella se dejó caer al suelo. Se oyeron comentarios de desprecio hacia Maksim en varias lenguas. Siguió corriendo con la idea fija de alcanzarlo. Se detuvo en un corro de turistas, junto a un autobús con matrícula alemana y la B de Berlín. Al otro lado de la ventana, había descubierto el azul intenso de una camiseta conocida.

Maksim se encontró en las escaleras del autobús hablando en ruso con una guía joven, checa y malhumorada. Ella buscaba a dos viejas turistas que había perdido en el castillo. Una alemana mayor con voz de caverna sentenció que las dos turistas de Pankow habían desaparecido en la catedral y no en el castillo. El chico de la camisa

azul, que se había sentado, se levantó para charlar, cariñosamente, con una joven de gafitas sentada detrás de él.

Maksim volvió al hotel avergonzado por el espejismo a que lo arrastró el deseo, pero al cruzar el puente sonrió. Sintió que tal vez fuera posible llevar una doble vida sin remordimientos ni represalias.

13

Iván Iúrich había llegado al hotel en taxi desde Viena, dicharachero y con ganas de juerga.

—¿Has descolgado el teléfono de la habitación y has colocado el cartel de «No molesten» en la puerta? En Praga están las mujeres más bonitas de Europa.

Cuando estaban solos, ocultos, lejos de las miradas de Kiev y de Moscú, reproducían los viejos tics estudiantiles. Maksim, sin embargo, tenía asuntos que aclarar.

—Y una música posmoderna extraordinaria. —Risas de ambos—. Aunque me temo que no vamos a poder salir de ese maldito hotel.

Las palabras de Maksim fueron una provocación. Iúrich se dio cuenta de que este ya sabía que no eran los rusos quienes habían interceptado el envío.

—Soy agente —Iúrich lanzó una risotada latosa—, y he venido a Praga a cumplir una misión difícil: correrme una juerga con un viejo amigo de mi época moscovita. Por supuesto, todos dirán por lo bajo que pasamos aquí la noche a escondidas para evitar murmuraciones. Y tendrán razón.

Maksim no se rio y se quedó colgado con una reproducción de Gustav Klimt. Ambos amigos estaban sentados frente a frente en dos silloncitos alrededor de una mesa ovalada, con el diario *Ukraina Molona* sobre ella. Maksim apoyó los pies sobre el periódico.

Iúrich, de un salto, fue hasta la nevera, destapó un botellín de vodka y se lo bebió de un trago. Luego se quitó la corbata y se desabrochó dos botones de la camisa, abrió su bolsa y sacó un par

de botellas del mejor alcohol, que colocó bajo su asiento. Llevó otro vaso a la mesa, pero Maksim aquella noche no iba a beber vodka.

—El día que te llamé a Berlín ignoraba que agentes ucranianos habían intervenido el paquete. Luego, cuando nos reunimos en el despacho, solo conocía una parte de la historia. Concretamente que Maksim Kazantev pasaba música electrónica en memorias de pequeño formato. Por eso te hablé de negocios musicales, para que te espabilaras por tu cuenta.

—No sé si creerte.

—Has actuado muy hábilmente. Los has dejado perplejos. Shevchenko cuenta por todo el edificio que quieres crear una gran industria de aparatos de música y videojuegos; también que apoyas la política del departamento para crear una planta de regasificación de gas licuado con tu propio dinero. Todo eso además de participar en la Operación Tormenta dos en favor de su candidata Yulia Timoshenko, «la peste negra». Hasta Rodchenko se ha tragado el sapo. Tu plan resuelve muchos quebraderos de cabeza.

—¿Corro peligro por pasar música tecno? —preguntó Maksim en un tono airado.

—De momento están demasiado interesados en que colabores en sus tejemanejes electorales —sostuvo Iúrich con vocecita de colegiala tonta—. El pacto entre Rodchenko y Shevchenko determinará la victoria electoral de su candidato. —Iúrich se agachó para revolver en su maletín sin levantarse del sillón. No encontró lo que buscaba y siguió sentado frente a Maksim—. Apuesto a vencedor, verás cómo gana «la peste negra». Esta es su primera jugada. Rodchenko es más poderoso que Shevchenko y sabe que cuando Yulia Timoshenko gobierne la lucha será mortal y ella meterá la pata.

—La antigua arma cosaca era el caballo. Ahora tiene que ser la tecnología.

Iúrich comprendió el comentario a medias. No le gustaba la situación y tampoco podía disimularlo.

—¿Qué harás después de las elecciones? —preguntó Iúrich—. No te será fácil cortar con los servicios secretos. Y eso que nosotros estamos en la franja más honesta.

—Aún no lo he decidido. ¡Y eso de la honestidad te lo puedes meter por donde te quepa! En nuestro país nadie es honesto ni

puede serlo si quiere sobrevivir. La política solo es una forma privilegiada de robar. —Maksim suspiró, fijando la vista en los elegantes zapatos que llevaba Iúrich—. Iván, de veras, aún no he decidido nada aunque esté a punto.

Maksim encendió un cigarrillo.

Iúrich pensó que era pronto para darle la noticia de lo que había ocurrido en Bakú, pues estaba seguro de que no hablarían de otra cosa desde el instante en que Kazantev se enterara. Antes, necesitaba saber a qué venía el disco de memoria con música electrónica que había aparecido en el paquete. En el departamento, el asunto de la música de Kazantev había originado chistes surrealistas. Pero también le apetecía disfrutar de un día de asueto, sin complicaciones, en compañía de un amigo de los viejos tiempos. Emborracharse juntos.

Un ruido ligero al otro lado de la puerta los sobresaltó. Maksim, de puntillas, fue hasta ella en tres saltos y la abrió de golpe. No, no había nadie al otro lado ni en el pasillo. Iúrich se había refugiado, con todas sus cosas, en el cuarto de baño. Los dos amigos se miraron a los ojos en cuanto cerraron la puerta. Iúrich tenía las mejillas arreboladas y se atusaba el bigote con las manos. Maksim, rígido como una estaca, se acarició varias veces la pelusilla roja de su cabeza dando vueltas por la habitación. Acabaron resoplando en los sillones.

—Ese continuo andarse con cuidado acaba con cualquiera.

Iúrich, sudoroso, abrió la primera botella.

—¿Por qué insistes en que no vuelva a ver a Ernesto Usabiaga y en que yo no viva en Berlín?

Iúrich intuía que Usabiaga tenía algo que ver con el lápiz de memoria que se había hecho famoso en los servicios secretos. Y sabía que vivía con un músico.

—¿Responde a una orden? —acabó preguntando Maksim, incisivo.

—Es mi responsabilidad. Mientras Ernesto Usabiaga no haga nada ni cuente lo que ha hecho, nadie más que yo sabrá que existe. Nadie —repitió.

—¡Mentira! —exclamó Maksim completamente ofuscado, poniéndose de pie y señalándolo con el índice—. No insistas en que nadie sabe de él porque no es cierto. Stanislav lo conoce y Ernesto

ha visto a los once enlaces, y especialmente al último, que es vuestro.

—Ya he actuado para solucionarlo. Tengo un informe sobre Usabiaga en mi cajón, pero me he ocupado de cambiar su apellido y su nacionalidad; ahora es Fernando Usandizaga y es argentino.

—¿Quién ordenó interceptar el envío? —preguntó Maksim sin rodeos. También recordó lo que Vorónych había averiguado sobre Stanislav. Se reservó la información para más tarde.

—El general Shevchenko no quería que las últimas informaciones llegaran a Bakú, pero el jefe del operativo fue Rodchenko. Están nerviosos; sospechan algo que ignoro. Su alianza es temporal. La tensión entre los dos departamentos que dirigen es patente y ni te cuento como está «la casa».

—¿Qué sospechan? —preguntó, afable. Maksim temía que el hilo de la conversación se rompiese. Iúrich no dejaba de beber vodka y Maksim encendió otro cigarrillo.

—Temen lo de siempre. Negocios turbios, competencia y que los azeríes exijan más y más por el gas y los georgianos por el transporte a través de su territorio, sobre todo el tramo en tren entre Tblisi y Poti. En tu caso, temen la facción política que pretendes crear.

—¡Yo, meterme en política activa! No digas sandeces. Jamás perteneceré a esa casta.

—No lo digo yo, lo creen ellos. Aunque, la verdad, tu conversación con Shevchenko ha rebajado la tensión.

»Sé que Shevchenko te defiende mientras Rodchenko te atribuye acuerdos con los georgianos y los azeríes al margen del Estado. Creo que te imagina urdiendo una trama en favor de gasoductos poco convenientes que incluso podrían ocasionar nuevos conflictos entre los países del Cáucaso.

Maksim volvió al sillón.

A Iúrich la conversación lo había puesto nervioso, su amigo le tiraba de la lengua. Se bebió el enésimo vaso y cortó por lo sano.

—¿Dónde está el dinero de la última entrega? Los billetes están numerados y pertenecen al Estado de Azerbaiyán. Es una prenda y como no habrá más entregas hay que devolverlos inmediatamente. —Hizo la pregunta con una severidad más histérica que convincente.

—Tengo los billetes en la caja fuerte de Berlín.

Los ojos negros de Maksim parecían linternas.

—Por cierto, ¿qué hacías en el monte Elbrus?

—Todos éramos cosacos y fieles a la fe ortodoxa. Si pretendemos sobrevivir, tenemos que actualizar nuestro credo y nuestras armas. Como te he dicho: del sable y del caballo a la tecnología. Ese es el futuro.

»Exigimos que se repartan los millones de hectáreas de tierra fértil disponibles a gente humilde. Necesitamos orden, estabilidad, igualdad de oportunidades, crear tejido productivo. Hay que apostar por la educación y por la innovación, si queremos que los jóvenes tengan iniciativa y un futuro.

—No me vengas con discursos.

Iúrich lo observó de frente desde el otro sillón.

—Necesito mujeres. Praga es uno de los mercados más exquisitos de Europa. Llamemos a dos putas, divirtámonos y luego seguimos hablando. Aquí nadie nos vigila.

Iúrich quería conocer los nombres de quienes habían acudido al monte Elbrus y a quién habían elegido atamán. Buscaba calmar su curiosidad y estar prevenido. Tal vez cuando le hablara de Vidadi y Stanislav, Maksim acabaría confesando.

—Tengo que darte una noticia, escucha bien. Nuestro común amigo, Zaur Vidadi, citó a Stanislav en un puticlub de Bakú para hacerle preguntas y darle nuevas órdenes.

Maksim lo miró, sin inmutarse pese al desconcierto. Stanislav estaba en Kazajstán, situación que no pensaba revelar. Se levantó y fue a la nevera en busca de agua con gas.

—Hay revuelo en los servicios secretos de ambos países. Desde hace unos cuatro meses, el azerí pasa parte de la información que nosotros les suministrábamos, a través de ti, a agentes de Armenia, aliados de los rusos. Y han estado utilizando al mismo Stanislav para hacerlo. Creo que esa es la verdadera razón de la suspensión temporal de la misión Taras Bulba. Las fuerzas del general Rodchenko advirtieron del hecho a Shevchenko.

Maksim volvió a su asiento fatigado. Desde luego, el enredo era difícil de descifrar. Maksim se levantó de nuevo, mostrándose abochornado, y extendiendo los brazos al aire proclamó con mirada furibunda:

—¡Armenia! Pero si Armenia no tiene gas ni petróleo y está en latente estado de guerra con Azerbaiyán… Y Zaur Vidadi es nacionalista.

Kazantev era muy ágil.

—Nacionalista o no, el dinero y el poder reinan. Repito: nuestro amigo y socio tuyo Zaur Vidadi ha pasado nuestros planos con tecnología avanzada a una banda de armenios. Los planos que tú consigues acaban en Moscú a través de esos armenios.

—Lo siento, no me cuadra.

—También yo conozco a Zaur y no le creo capaz. Pero es lo que piensa Rodchenko. Lo cierto es que una banda de armenios conoce la información que tú consigues. Shevchenko me ha ordenado que mañana viaje a Bakú e investigue. Quiere saber cómo se ha producido la filtración. Incluso Stanislav puede haberlo hecho a espaldas de nosotros y de Zaur Vidadi. Ha gozado de impunidad y es uno de los mejores *hackers*. Desde luego, el mejor pagado de Ucrania. Pero siempre hay alguien con más poder que paga mejor.

Si el lápiz de memoria que Ernesto había depositado en una oficina de correos hubiera sido interceptado por los servicios secretos ucranianos, Rodchenko y todos los demás hubieran descubierto que Maksim aprovechaba sus envíos para pasar otro tipo de información. Necesitaba aire fresco, respirar. ¡Maldita sea! La ventana de la habitación daba a un patio.

—Afortunadamente —prosiguió Iúrich tras beber a morro de la botella—, no fui yo quien lo contrató. Fueron los técnicos del departamento militar. No puedes imaginar el cabreo de Shevchenko.

Iúrich estaba convencido de que Maksim sabía mucho más. Decidió volver a sacar el tema Ernesto.

—Stanislav hablaba con los informáticos militares solo de asuntos muy técnicos; únicamente conmigo se permitía chismorrear. En algún momento, Stanislav me contó, sorprendido, que habías mantenido a Usabiaga como mensajero de muchas entregas.

Iúrich se detuvo a observar la reacción de Maksim. Como no se inmutó, siguió hablando.

—Le conté que Usabiaga era un contacto ajeno a nuestros asuntos y parecía el más fiable. Stanislav jamás habló con nadie acerca de Usabiaga, te lo puedo asegurar. Para él era un timorato

anodino. Pero ¿qué tendrá ese muchacho que tanto te preocupa?

Maksim pensó que su historia con el joven chileno provocaba en Iúrich la misma curiosidad malsana que en la época estudiantil le habían despertado otras historias de su vida íntima.

No pudo contenerse.

—Ese muchacho es mi amigo, un buen amigo que no sabe nada. Ni siquiera sospecha que somos ucranianos.

—Voy a entrevistar a ese muchacho. Necesito estar seguro de él…, antes de destruir su informe. Será mejor que no te entrometas hasta que yo tome una decisión al respecto. Arriesgo porque soy tu amigo.

—Te lo agradezco, pero ¿a qué viene ese tono?

—Nuestro antiguo pacto de sangre sigue en vigor, pero escucha, tengo algo que contarte. Alguien, no sabemos quién, llevó a Stanislav y a Zaur Vidadi a un club de juego, cerca del aeropuerto de Bakú. Apostaron y bebieron en una zona reservada a los clientes especiales. En Bakú se dice que Stanislav se metió tres gramos de coca y tomó más de una píldora de Viagra. La juerga que se pegaron duró más de veinticuatro horas. Ambos murieron reventados en brazos de las putas y los travestis que les habían proporcionado. De un ataque cardiaco, según la versión de la policía. La sangre delataba varias puñaladas, según mis contactos.

Maksim se llevó las manos a la cabeza, con el semblante desencajado.

—¡Asesinados! Han matado a Zaur Vidadi.

—Primero los indujeron a tomar algo más peligroso que la coca.

—¿Y?

—Se volvieron locos. El general Shevchenko ha enviado a tres de nuestros mejores agentes a Bakú. Rodchenko también ha enviado a los suyos. Son muchos los intereses en juego. Yo partiré a primera hora de mañana. Lo más probable es que sus muertes nada tengan que ver con la faena que nos han hecho.

—Pero, según me dijiste, Stanislav había desaparecido, y yo he sabido que recientemente estuvo en Kazajstán.

Iúrich sintió un halo de satisfacción. Por fin su amigo le daba una pista.

—Iúrich, ¿y si vas al vestíbulo y buscas por internet un par de chicas? Chicas, no alcohol.

Maksim había dormido poco, le dolían los huesos y se tomó un analgésico. Tras pulsar el botón del váter, pidió un café cargado y una pasta lo menos dulce posible. En la ducha, dudaba de la versión dada por Iván Iúrich acerca del doble asesinato. Era lunes, 23 de julio. Cubrir el trayecto hasta el lugar señalado para la reunión de la rada cosaca, le habían advertido, le llevaría media hora escasa.

Atravesó el río Moldava por el puente Hlávkuv y condujo veloz por Evropska para alcanzar los alrededores de Klado. Eran las seis de la mañana. Llevaba el
GPS
fijado en el impoluto salpicadero. Cuando Maksim recogió el coche de alquiler, Iúrich ya había abandonado el hotel.

Maksim conducía sumido en un silencio sombrío, sin música ni radio. Pese a haber dormido tres horas, se sentía despejado. Tras despedir a las prostitutas eslovacas, Iúrich había tratado de sonsacarle los nombres de los participantes en la rada del monte Elbrus y sus deliberaciones. Maksim mantuvo la boca cerrada. Tampoco había dicho ni palabra acerca de la importante reunión a la cual se dirigía. Las medidas de seguridad debían ser extremas. Por vez primera, cosacos con poder de varias repúblicas exsoviéticas iban a debatir en serio la creación de un grupo de presión.

Transitaba por una carretera estrecha y solitaria, cubierta de niebla, entre árboles frondosos y casitas de madera, y no podía quitarse de la cabeza la muerte de Zaur Vidadi. Recordaba sus primeras operaciones con él en Moscú, en la época de las privatizaciones masivas. Su mente vagaba por los años transcurridos desde entonces, hasta que llegó al kilómetro exacto donde debía desviarse a la izquierda. Tomó un camino de tierra. Avanzaba despacio entre un mar de árboles que ocultaban el paisaje. Olía a tierra mojada. Si se hubiera cruzado con otro coche habría tenido que pararse y dar marcha atrás. El corazón le latía deprisa y observaba con atención los márgenes, iluminados por la luz del alba y los faros del coche.

Cinco minutos más tarde, alcanzó una explanada sin vegetación rodeada de bosque. En el centro, apareció un viejo almacén abandonado de una planta. Parecía militar. Siguió las rodadas y, en la parte trasera, fue a dar con un gran portalón abierto de par en

par. Conducía muy lentamente. Entró. En medio de la nave vio un coche idéntico al suyo. Dos hombres saltaron de él con unas herramientas en la mano. En cuanto se detuvo, cambiaron las placas de la matrícula. Maksim se quedó quieto. Los tipos actuaban con agilidad, enfundados en gabardinas con el cuello levantado y la cabeza tapada con algo parecido a una boina. Luego le entregaron un sobre a través de la ventanilla. Colocaron las placas en el otro coche, que, sin pérdida de tiempo, arrancó. No entendía por qué tanto misterio. Nadie lo había seguido. Llevaba más de treinta y cinco horas desaparecido del mundo.

El penetrante silencio de la nave solo lo quebraban el vuelo de los gorriones y sus cantos. Por el espejo retrovisor vio desaparecer el coche. Abrió el sobre con las indicaciones. Tras cinco minutos de espera, tenía que seguir por un camino a la derecha, hasta dar con la pequeña carretera que lo cruzaba, a unos cuatro kilómetros. Por esta carretera, a ocho kilómetros, se encontraría con conocidos.

Maksim abrió la puerta del coche y quemó el sobre. Mientras deshacía con el zapato la ceniza del suelo, escuchó al fondo un extraño estruendo. Zumbaba. En el techo distinguió un búho batiendo alas hacia el exterior. Sacó la cruz del bolsillo, se sentó en el coche y arrancó sin pérdida de tiempo. Diecisiete minutos más tarde estaba frente a un avión a reacción en un aeropuerto militar abandonado. Un hombre se ocupó de su coche. Maksim subió rápidamente las escalerillas cuando los motores ya estaban en marcha. El avión se elevó a los pocos minutos rumbo al Caspio. Aunque Maksim no lo supiese, iban al aeropuerto de Aktau, en Kazajstán. Desde allí viajaría en helicóptero hasta un pequeño puerto, en una bahía poco frecuentada, de un lugar llamado Bautino, donde esperaba el barco en el que se iba a celebrar la rada cosaca.

14

Ernesto tenía la boca reseca, la lengua áspera y sentía que unos taladros le perforaban las sienes. Dando tumbos, alcanzó el cuarto de baño de Jürgen y con manos temblorosas abrió el cajón donde su amigo guardaba los medicamentos. Había más de cuarenta frascos sin cajas ni prospectos de diferentes tamaños y colores. Revolvió sin saber cuál era el adecuado. Inesperadamente, su figura reflejada en el espejo se vino abajo. Se había desplomado. Tardó unos minutos en volver en sí. Sentía malestar y remordimientos. Las escenas del cuarto oscuro del Berghain formaban un rocambolesco *collage* en su imaginación. Se acercó al espejo. Instintivamente se acarició la cara y el pecho con la yema de los dedos. Tenía el estómago hecho jirones. Saltó a la ducha y abrió el grifo. Un poderoso chorro de agua disolvió su aturdimiento y recordó que se había drogado, que había bebido y que buscaba un sobre de Nurofen.

Seis horas más tarde sonó el despertador. Había dormido profundamente. Sobre la mesilla de noche descubrió la cartera, su camiseta de colores tirada en el suelo y un papel con un número de teléfono en la mesita de noche: era el de Kamil, el polaco. No pudo evitar un ligero cosquilleo. Pero no tenía tiempo de masturbarse. El despertador marcaba las seis de la tarde y aquella noche debía estar brillante ante Rose y su amigo Leonard. Ya se veía, con novio o sin él, en un ático luminoso de Kreuzberg.

Rose Hofmannsthal ocupaba una vivienda amplia y elegante en un edificio del barrio burgués de Charlottemburg, junto a Walter Benjamin Platz. Desde su tormentoso divorcio, vivía sola y no quería que nadie manejara su vida. Ernesto había estado allí varias

veces y conocía bien la casa. En un par de ocasiones se había quedado a dormir en la habitación de invitados.

Rose abrió la puerta y le dio un beso en cada mejilla; Ernesto le obsequió con una botella de vino blanco de la bodega de su padre.

Ya en el recibidor se percibía el aroma acaramelado y picante de un buen tabaco de pipa. Ernesto sonrió. A pesar de que Rose había sido una fumadora empedernida, no soportaba el olor a tabaco en su casa. La norma había cambiado.

Rose y Ernesto, cogidos del brazo, atravesaron la biblioteca, separada del salón por un arco rectangular forrado de madera rojiza. A la derecha quedaba el comedor, con vistas al verdor de los tilos de la calle, donde la mesa estaba puesta para cuatro comensales. ¿Quién sería el cuarto? Del sillón surgió una voz grave y rasposa.

—¡Por fin te conozco! He oído hablar tanto de ti. —Era Leonard.

—¡Espero que mal! —respondió Ernesto en tono burlón.

Risas.

Leonard se levantó del asiento con la pipa encendida en la mano y apenas lo abrazó para no quemarlo. Era un tipo alto de buena planta de unos cincuenta años, con la cara ovalada, los ojos grises y vivarachos y un cabello revuelto algo canoso, recogido en una coleta corta. Se ocupaba de investigar, según explicó, las inversiones de la banca alemana en Estados Unidos, los países de la CEI y China. En su etapa universitaria en Estocolmo, había intimado con muchos exiliados chilenos y sabía que la madre de Ernesto había estado en la cárcel tras el golpe militar contra Allende. Rose había trenzado puentes entre ambos para que se cayeran bien.

Ernesto bostezó.

—Anoche estuve en Berghain. No suelo frecuentarlo, pero a veces…

—Seguro que apenas has dormido.

Cuando Rose se acercó con el aperitivo, ambos hombres ya estaban enfrascados en una charla en torno a la música electrónica. A Leonard le gustaba el jazz, pero en un concierto en Tallin había descubierto el acordeón electrónico de Kimmo Pohjonen interpretando canciones de Jimmy Hendrix, acompañado de la orquesta Tallinna Filharmoonia.

—Desde entonces aprecio la música electrónica. Eso sí, en

general solo me interesa la experimental.

Ernesto se quedó unos segundos mirando el colorido de los cuadros pop que colgaban de la pared.

—Cuando quieras te meto en el instrumento de un artista. El inventor vive en Mitte, en unos bajos de Linienstrasse, frente a un cementerio. Son unos enormes tubos metálicos que forman una gruta extravagante. Te metes dentro y con un palo retorcido de madera das a los tubos dejándote llevar. Todo reverbera, todo se mueve y los sonidos alteran las conexiones neuronales. Al menos eso sostiene el músico que lo ha inventado.

—Yo sigo enganchado a Bach, Schubert, Schoenberg… ¡No vayas a pensar que soy un antiguo! ¡También me gusta Kraftwerk! —exclamó Leonard en el mismo momento en que Rose colocaba una bandeja sobre la mesa del salón, junto a un ramo de lilas.

—Y le encanta Ich und Ich —añadió ella tarareando una estrofa de *Vom Selben Stern*.

Ernesto apartó el *Die Zeit*, colocó las tres copas y pasó a Leonard la botella de vino chileno para que la descorchara.

—Una alemana de Chernivtsi que vamos a repatriar me obsequió con esta lata de arenques.

Rose estaba especialmente atractiva e irradiaba una vitalidad contagiosa. Aquella noche llevaba una falda corta de color verde loro y una blusa marfil. La pareja no dejaba de intercambiar miradas y sonrisas de satisfacción.

Ernesto no quería beber vino, pero no pudo evitar el primer sorbo cuando Leonard le propuso realizar una crónica para un dominical sueco sobre la vida cotidiana de los mapuches en la Araucanía. Le dio instrucciones precisas. No debía ser tendencioso.

—Describe experiencias vividas, la relación con el gobierno y su problemática, pero sin juicios de valor. ¿Tienes buenas fotos, o las busco en agencias?

—Se me ha fundido el portátil, pero tengo la información almacenada en un disco externo.

—Puedo prestarte uno.

Iban y venían de la cocina.

Hora y media después, a las nueve en punto, sonó el timbre. Rose descruzó las piernas con elegancia, se levantó y fue hasta el recibidor. Sus pasos resonaron en el parqué.

El nuevo invitado tendría la misma edad que Ernesto, quizá algo más joven y más bajo, aunque fortachón y ágil. Era rubio, tenía los ojos azules y llevaba barba de tres días. Dejó sobre una silla la carpeta que llevaba bajo el brazo antes de saludar.

—Wolfram, te presento a dos buenos periodistas. Aquí tenéis al lince que encuentra en los archivos cuanto se le solicite.

El buen humor de Rose, el tono relajado de la conversación y las cuatro velas repartidas por el salón transmitían una agradable sensación hogareña.

Durante la cena, Wolfram habló poco, aunque en todo momento estuvo atento a la conversación. Masticaba lentamente, con estilo. Ernesto contaba anécdotas de Chile, hasta que sacó el tema de la escuela de cine Die Arche y preguntó por documentalistas alemanes.

—Tienes que conocer el trabajo de Hartmut Bitomsky —afirmó Wolfram.

—¿Cuál es su propuesta? —preguntó Ernesto, interesado.

Respondió Leonard sin dar tiempo a que Wolfram se luciera.

—Habla de que las invenciones y los avances tecnológicos nunca son neutrales, siempre hay una ideología implícita. Por ejemplo, la pretensión de Hitler de convertir el territorio alemán en un entramado de vías de cemento armado surcado por motores veloces. Y desenmascara la colaboración de los mejores artistas de la época en armar el enorme aparato de propaganda nazi. Su trabajo produce escalofríos.

—Busca también obras de Volker Koepp y Tomas Heise —cortó Wolfram.

Ernesto sacó una libreta del bolsillo para anotar una lista de documentales realizados en Berlín antes de la guerra. Wolfram le prometió pasarle algunos. En algún momento, Ernesto hizo una pregunta a Leonard que alarmó a Rose.

—¿Sabes si la mafia rusa opera en Berlín?

—¡Hombre, no es mi tema! Supongo que sí; Berlín es un lugar estratégico. Si algún día visitas Estocolmo, puedo presentarte a un buen especialista.

Leonard contó varias anécdotas profesionales vividas en Rusia y en los países bálticos en los años noventa. Rose fue más allá.

—Un ruso me aseguró hace quince días, con mucha

contundencia, que me iba a pasar importantes documentos, y al cabo de una semana no solo lo negó sino que sostuvo además que nunca me había dicho tal cosa, y cuando finalmente se puso al teléfono hizo como si nunca me hubiera conocido.

—Bueno, son extremadamente temperamentales: hielo y fuego —intervino Leonard—. Y beben como cosacos. Además, están fascinados por el poder y el lujo. Les costará algunas décadas recuperarse.

—También yo he trabajado con ellos —replicó Wolfram bajando la mirada hacia el mantel—. En cuanto intimas, tratan de emborracharte y, como aguantan mucho más que tú, les divierte estudiar tus reacciones. Si cuando te dominan les caes bien, te proponen de todo.

—¡Son tantas etnias, tantas lenguas, tantas culturas! —exclamó Rose—. Leonard, podríamos viajar a Moscú, ¿no te parece?

—La próxima primavera prometo llevarte en el Transiberiano hasta Pekín —proclamó Leonard en tono de mofa—. Una semana, tú y yo desconectados del mundo en un tren ruso hasta el Pacífico.

Ernesto se moría de ganas de conocer el país de Maksim, pero no se atrevió a intervenir. Nunca había visto a Rose tan dulce y coqueta.

—Si te interesa el tema de los oligarcas rusos puedo presentarte a especialistas, te pones a investigar y, si das con algo inquietante, lo preparas para el diario.

—Ni se te ocurra —atajó Rose—. Está bien que trabaje en tu diario y se gane un buen dinero. Pero meterlo en ese tema es ponerlo en peligro. Ya te conté, tuvo problemas en Chile.

Leonard no pudo responder ante su firmeza.

Rose se levantó de la mesa tras lanzar graciosamente la servilleta al aire y recogerla al vuelo. Iba y venía de la cocina con los platos, y más que caminar volaba. Los tres hombres se levantaron para ayudarla.

—Hay sorbete de limón y de café. Servíos y llevad la copa. Vamos al salón.

Los cuatro paladearon el sorbete cómodamente instalados alrededor de una mesa baja cuadrada.

—La salchicha estaba deliciosa —comentó Wolfram, acostumbrado a los platos rápidos y baratos.

Rose había cocinado caracol de salchicha al estilo turingio, salmón en escabeche con salsa de mostaza al eneldo, patatas salteadas crujientes y ensalada.

La gata egipcia de Rose, que ronroneaba, ajena, dio un salto. Se quedó quieta. Movió la cabeza hacia arriba y aspiró con toda parsimonia el humo de tabaco de pipa. Rose siseó, pero la gata ni se inmutó. Se lamía el cuerpo sobre un almohadón que había en el suelo.

De vez en cuando, Leonard repetía que aquella noche se sentía como si estuviera de vacaciones en Canarias. Cuando acabó de fumar, puso una canción de Karel Gott a bastante volumen. Agarró a Rose y se pusieron a bailar como si estuviesen solos.

Wolfram deseaba contarle a Ernesto la historia de Rebecca Weide. Rebecca no había muerto en un campo de concentración, sino que había vivido como refugiada desde enero de 1940 hasta agosto de 1942 en una casa de madera en la calle Vikingagatan número 24 de Eskilstuna, una ciudad industrial a una hora de Estocolmo. Suecia era un país neutral.

El 14 de agosto, Rebecca, junto a una joven no identificada, se embarcó en un transbordador en el puerto sueco de Helsingborg con destino al enclave danés de Helsingör. Y de allí, en carguero, hasta Rostock, en el Reinch, donde las esperaba el chófer de un potentado industrial alemán, Alfred Bauer.

Rebecca, que utilizaba por primera vez el nombre de Martha Blume, su padre, escondido hasta entonces en algún punto de la ciudad, y la mujer no identificada viajaron en coche desde Rostock hasta Berlín.

Wolfram lanzó una larga mirada a Ernesto como dejando entrever interrogantes y lo arrastró hacia el comedor. Rose y Leonard proseguían bailando, ajenos a todo.

—Rebecca se casó con Alfred Bauer el 6 de septiembre de 1942. A partir de ese momento consta en todos los registros como Martha Blume.

Un matrimonio del que nunca se dio noticia.

Wolfram había encontrado los papeles de la boda en el archivo de una parroquia calvinista en Schlachtensce, Berlín. El pastor que la administraba había sido asesinado por la Gestapo en Prinz-Albrecht-Strasse a finales de 1944. Antes de su detención había

logrado enterrar los documentos bajo una losa secreta del templo. Los habían hallado en el verano de 2006, cuando se remodeló la iglesia. En la actualidad podían consultarse con una autorización especial. El pastor atendía las consignas de Dietrich Bonhoeffer, el teólogo protestante, que también fue ejecutado.

Wolfram creía, y así se lo había expuesto a Rose, que el cambio de nombre de Rebecca no solo se debía a que la pareja buscase huir de la Gestapo, sino también de la Yeshiva, el registro matrimonial de los rabinos, para de esta forma borrar el rastro judío de la actriz.

Martha Blume, según los documentos, muy bien falsificados, era aria por los cuatro costados y había nacido en Königsberg, hija de un pastor protestante y una maestra de escuela.

Rose y Leonard seguían bailando. Wolfram fue en busca del portafolios y extendió una serie de documentos sobre la mesa del comedor.

—Fíjate bien, Ernesto. A partir de esa boda se precipitan una serie de acontecimientos.

Wolfram extrajo una fotocopia de una carpeta transparente.

—La foto que tienes de tu abuela está fechada en octubre de 1942, en el taller de Otto Weidt, un hombre que salvó a muchos judíos. Lo más probable es que tu abuela buscase ese lugar para ocultar a su padre, a quien por alguna razón no pudieron dar una nueva identidad. —Wolfram bebió un poco de agua y prosiguió—. Seguimos ignorando con qué nombre se ocultaba Inge Weide; debía de ser muy seguro porque no hay rastro de él. Rebecca, sin embargo, pese a teñirse el pelo, cambiar de peinado y maquillarse, debía caminar por Berlín con cautela. Era una actriz conocida y podía ser identificada por cualquier asiduo al teatro o al cabaret. Mira, aquí tienes una fotocopia de su documento de identidad. En la foto está cañón.

Rose seguía bailando con su novio en la habitación contigua. Al verlos hablar sentados a la mesa del comedor, apoyó la cabeza en el hombro de Leonard, él la besó en la boca y ella se disculpó y lo dejó solo. No quería perderse la conversación. Leonard apagó el amplificador y se sentó al piano. Abrió la tapa y se puso a tocar una pieza de jazz muy melancólica.

En la habitación contigua, separada por un arco, los dos hombres seguían sentados a la mesa.

—En noviembre del 42, Jacob Weide fue interceptado por una patrulla de la Gestapo, en el norte de Berlín, en Pankov, y conducido a un campo de trabajo no de Lublin, sino de Sanok —Wolfram hizo una pausa—, en los territorios ocupados de Polonia. Presta atención, Ernesto. A principios de marzo del y tres 43 tuvo que ocurrir un hecho importante que lo altera todo. Primera consecuencia: los
SS
trasladan precipitadamente a Jacob Weide a Lublin. Segunda: Martha Blume, es decir, Rebecca, que seguía en Berlín, huye a Suiza para no regresar jamás a Alemania.

Rose y Ernesto estaban más que excitados.

—Martha Blume cruzó la frontera el 26 de marzo del 43. Recuerda ese mes. —Wolfram alargó el brazo. Antes de seguir, bebió otro trago ante las miradas atentas de los otros dos—. En pocos días sabremos el nombre que utilizaba tu abuela.

Ernesto estaba perplejo y ansioso a un tiempo.

—Alfred Bauer viajó en dos ocasiones a Suiza, suponemos que a visitar a su esposa, hasta que en enero del 44 se exilió definitivamente con otro nombre. Gracias a eso se salvó de la horca.

—¿En ningún registro consta que Rebecca tuviera una hermana? —preguntó Ernesto.

—No. Ni siquiera en los registros de los rabinos de Rostock. Según la descripción que me ha dado una testigo que aún vive en Eskilstuna, tres casas más abajo de donde se refugiaron mientras estuvieron en Suecia, la joven no identificada podría ser Inge Weide, pero aún no dispongo de datos que lo atestigüen. Me dijo que sabía de alguien, amigo de ellas, que guardaba fotos de las dos.

Wolfram, extremadamente meticuloso, sostenía que sin documentos no hay pruebas, solo conjeturas. Su especialidad era localizar documentos perdidos. En Suecia había aparecido el primer indicio claro de la existencia de Inge Weide.

Rose, eufórica, no pudo reprimirse:

—Vamos cerrando el círculo. Lo que ha averiguado Wolfram explica muchas cosas. Alfred Bauer era un industrial influyente, amigo y pariente del general Von Tresckow, uno de los militares conjurados para acabar con la locura nazi. Bauer, en silencio, también estaba contra Hitler. Es más, participó en varios atentados

fallidos y en la organización de la Operación Valkiria.

Wolfram parecía satisfecho. Su trabajo, en poco tiempo, había sido espectacular gracias a la aportación de dos colegas, uno polaco, a quien conocía desde la universidad, y Jan Kost, un exagente de la Stasi de más de sesenta años que pasaba los días revolviendo viejos archivos.

—Bauer es uno de los pocos que logró sobrevivir. Huyó a Suiza meses antes del 20 de julio, fecha en que se materializó la fallida Operación Valkiria. Con toda probabilidad se refugió en la misma casa suiza en que vivía Rebecca y murió un año después de acabada la guerra. Hay que encontrar esa casa.

Rose se sentó a la mesa, junto a Wolfram y frente a Ernesto, que encendió un cigarrillo:

—Alfred Bauer era un hombre rico y previsor; también muy discreto. En 1943 hipotecó su fábrica y traspasó los fondos a la banca suiza. Engañó a los nazis haciéndoles creer que necesitaba oro para comprar wolframio en la España de Franco para fabricar submarinos. Así salvó parte de su fortuna.

—Si toda su familia murió en la guerra, su única heredera fue Rebeca Weide, que le sobrevivió un año —aclaró Wolfram.

A Rose no le gustó ese comentario prematuro, y Ernesto estaba abotargado. Eran las doce pasadas y la noche anterior no había dormido. Pero Rose, que se daba cuenta de que el cansancio hacía mella en su amigo, no quería acabar la conversación así.

—Los documentos de defunción de Alfred Bauer y de Rebecca Weide, o Martha Blume, han desaparecido. El contrato matrimonial solo consta en ese registro descubierto hace escasamente un año en la iglesia de Schlachtensee. Parece que guardaron las apariencias hasta el final.

—Bauer fue un conspirador influyente; debieron de tomar muchas precauciones. Cuando las cosas se pusieron difíciles —aclaró Wolfram—, Alfred Bauer buscó una nueva identidad: Heinrich Benn. Al desenmascarar la fallida Operación Valkiria, la Gestapo y las
SS
daban por supuesto que Alfred Bauer había muerto en un bombardeo en enero de 1944. La noticia de su muerte salió en todos los periódicos.

Wolfram extrajo un documento del portafolios y mostró a Ernesto una lista oficial del puesto fronterizo del lago Constanza con el nombre falso del industrial Heinrich Benn, fechado en enero de 1944.

—No sabemos qué ocurrió después —cortó Rose.

—No solo hay que buscar el rastro de Rebecca en Suiza —remarcó Wolfram—, también el de su marido. —Y apostilló—: Un investigador de Zúrich me ha pasado unas declaraciones de Heinrich Benn de finales del 45 a un diario suizo. En ellas explica cómo algunos industriales alemanes sorteaban las exigencias de Hitler. Sale su foto pero en ningún momento aclara su verdadero nombre ni tampoco nombra su empresa.

—¡Menudo serial! —exclamó Leonard desde el salón.

Ernesto miraba tanto a Wolfram como a Rose, abrumado ante tanta información.

—¿Fue en 1994 cuando tu madre viajó a Suiza? —preguntó Rose.

Ernesto, inesperadamente, sintió un escalofrío.

Wolfram miró a Rose sin comprender a qué se refería y dejó su bolígrafo sobre la mesa.

—¿Te das cuenta de lo que implica destejer una madeja de hilos rotos? —inquirió Rose—. Wolfram te acompañará a Suiza. Yo trataré de conseguir un presupuesto especial de la institución para cubrir los gastos del viaje. Ahora ya sabemos qué buscar; será más fácil.

Wolfram y Ernesto salieron juntos de la casa. Antes de despedirse, Rose le había dicho a Ernesto:

—Comemos el martes. Quiero hablar contigo con tranquilidad. Estoy preocupada por ti. ¿Aún te siguen?

Ernesto recordó que al salir de la juerga del Berghain, cuando caminaba angustiado junto a las vías de tren, había telefoneado a Rose y le había contado que un par de tipos lo vigilaban y que no sabía si dormir en casa.

15

Por vez primera desde que estaba en Europa, tenía fiebre y se sentía mal. Llamó a Herminia Wojkiewicz al hotel Potrerillo de Larreta para que le facilitara la receta de uno de sus mágicos remedios caseros. En el hotel le dijeron que las señoras habían viajado a Buenos Aires. Su madre debía de sentirse animada y bien de salud. Ernesto estaba a treinta y ocho de fiebre, con dolor en las articulaciones, tos y mocos. A media tarde del martes, 24 de julio, Rose le llevó documentales, medicamentos y novedades.

—Wolfram es muy cabezota, trabaja en tu asunto sin descanso y ayer se marchó a Polonia. Ha hecho nuevas averiguaciones.

Ernesto se ovilló en el sofá grande del salón, frente a la puerta acristalada que daba acceso a la terraza. Rose se sentó frente a él.

—No he encontrado fotos de la boda de Rebecca, pero el pastor describió la ceremonia en una agenda de actividades y habla de un testigo. Entre esos papeles he dado, además, con nuevos testigos: una pareja que, tras sabotear la producción en un taller de ataúdes para la Wehrmacht, pasó meses repartiendo propaganda contra el nacionalsocialismo hasta que tuvieron que refugiarse en la sacristía. Meses más tarde fueron ejecutados junto al pastor.

Su curiosidad pudo más que la fiebre. Ernesto cambió de postura y puso los pies en el suelo para sentarse. El mundo de su abuela le desvelaba una parte muy oscura de la historia europea. Al clérigo protestante y a la pareja les debieron de torturar salvajemente antes de ahorcarlos.

—¿Qué ocurre con ese testigo?

—Piensa un poco y adivinarás quién fue.

—Andreas Klein —Ernesto lo dijo de corrido, casi sin pensar.

Desde su regreso a Paul Lincke Ufer, Ernesto con frecuencia trataba de recordar el viaje que a los cuatro años había hecho con su madre y su abuela Aurora a la región de los lagos. Buscaba entre los recuerdos más recónditos algún detalle perdido: un olor de la hacienda de Klein, un objeto, algún detalle del paisaje…, y más obsesivamente la figura masculina y su voz.

—¿Puedes conseguirme una foto de Andreas Klein? —dijo una vez que se hubo acurrucado de nuevo en el sofá.

Rose buscó entre los documentales que había llevado.

—Te he traído un portátil de Leonard. Tiene dos usuarios; el tuyo es *mi gato* y la contraseña *Valparaíso*. Leonard no lo necesita.

Ernesto agarró el ordenador blanco con satisfacción, llevaba días queriendo comprar uno. No le gustaba usar el de Jürgen. Lo encendió y activó la clave. Pero a Ernesto lo había inquietado el eco lejano de un caudaloso torrente muy escarpado entre las montañas de la cordillera y un hombre de mediana edad queriéndolo empujar al vacío que, de pronto, había recordado.

—En este documental hay distintas secuencias con Andreas Klein antes de las elecciones del 33. Y en este otro aparece una actuación de Rebecca Weide en el Deutsches Theater. Míralos y apunta la información que pueda ser útil.

—¡Rose! Sea lo que sea, nunca supuse que llegaría a saber todo esto. Lo que le ocurrió a esa gente a causa del nazismo me impresiona más conforme vamos sabiendo más datos de la vida de las hermanas Weide. Aún no me atrevo a contarles nada a mi madre y a Herminia.

—Además, las causas de esa barbarie no son fáciles de reconstruir. A jóvenes como Wolfram les interesa investigar cómo alteraba las psicologías la implacable represión de la Gestapo y de las
SS
, cómo reaccionaba la población ante las consignas de la propaganda nazi, los rumores, los partes de guerra…, pero también cómo fue la oposición interna al nazismo, y el infierno que soportó la población civil durante los ataques aéreos británicos, que incendiaban las ciudades con bombas de fósforo. —Tras unos segundos de vacilación, Rose exclamó—: ¡Aquella Alemania debía

ser destruida!

Y se quedó muda. No le satisfacía hablar con tanta contundencia sobre esos temas. Pero ahora andaba desbocada.

—Hitler, en las últimas elecciones democráticas, obtuvo el treinta y tres por ciento; perdió más de dos millones de votos. Las clases pudientes y los amantes del orden creyeron que el poder del loco tendía a la baja y que los comunistas eran el verdadero peligro. Hitler los engañó a todos; al presidente Hinderburg, un anciano con demencia senil, y a Von Papen, un diablo con sombrero de copa que había sido canciller en el 32 y que no conseguía formar un nuevo gobierno. Tampoco lo consiguió su sucesor, Schleicher, en enero del 33. El presidente, que tenía capacidad para legislar y nombrar canciller, nombró a Hitler el 30 de enero. ¡Qué error!

Rose se levantó del sillón e hizo un gesto brusco con el brazo.

—Hubo oposición, por supuesto, pero el Reich fue una máquina diabólica que se saltó todas las reglas y que a punto estuvo de comerse el mundo. Y, desde luego, tuvo muchos, muchos seguidores. Demasiados. Ah, y ni los ingleses, ni la banca suiza, ni los banqueros estadounidenses movieron un dedo. Había que frenar el comunismo por cualquier medio, y ¡cómo la cagaron! El dinero siempre anda oculto manejando los hilos.

Rose salió a la terraza y miró los coches aparcados; no había ningún todoterreno negro como el que Ernesto le había descrito. Hacía calor y estaba bastante afectada. Al volver a su asiento añadió:

—Los abuelos paternos de Wolfram murieron en Dresde abrasados por la bomba incendiaria de un Lancaster británico, en febrero del 45. El bombardeo indiscriminado duró dos noches. Cuatro mil toneladas de bombas contra civiles indefensos en un lugar que no era objetivo estratégico y cuando la guerra ya estaba ganada. Y sus abuelos maternos, comunistas, acabaron su vida en un campo de concentración. Casi todos los alemanes guardamos «muerte» en un cajón miserable. —Rose respiró hondamente y cruzó las piernas—: Wolfram nunca pone peros y está obsesionado con la historia de tu abuela por lo mucho que remueve. Sostiene que le va a servir para mejorar su metodología de trabajo en investigaciones futuras. Y para reflexionar sobre la guerra.

Rose se movía por la casa de Jürgen como por la suya y fue a la

cocina a por algo caliente. Ernesto, solo en el salón, se sentía acosado por un remolino de inquietudes. Cerró los ojos; veía casas ardiendo y miles de personas convertidas en teas retorcidas por calles de fuego. Cuando los abrió, pensó que la guerra era la peor de las locuras y que ninguna nación podía dedicarse a la fabricación de armamento, ni siquiera con fines disuasorios. El sonido de cacharros en la cocina lo devolvió al presente. Rose regresó con dos tazas de té verde.

—Hace meses busqué la causa contra Andreas Klein en los expedientes de las
SS
de Berlín y no encontré más que el informe que los norteamericanos redactaron cuando lo liberaron en el campo de Buchenwald.

—¿Y eso?

Ninguno de los dos se puso azúcar. Ernesto bebió un sorbo y dejó la taza en el suelo.

—Pensé que la causa de Klein se había perdido para siempre. Wolfram ha buscado esta mañana en los archivos del Gobierno General de Polonia, en Cracovia, y ha dado en el clavo. Aún no ha regresado. Hoy he hablado con él por teléfono en dos ocasiones.

—Ay, Rose, por favor, dame su teléfono.

Ella se lo dio, y bebió un poco de té mientras Ernesto lo anotaba en su móvil.

—Wolfram está siguiendo el rastro con un joven polaco con quien suele trabajar. Presta atención, me ha dicho que el 2 de marzo de 1943, una joven y Andreas Klein iban en un coche acompañados por un teniente y un chófer de la Wehrmacht. Por lo visto, se habían entrevistado en Sanok con las autoridades que custodiaban a Jacob Weide. Suponemos que iban a Lublin en busca de la autorización para liberarlo.

—¿Esa chica del coche era mi abuela?

—Estoy segura. En el expediente consta como Greta Schapper. Algún incidente serio tuvo que ocurrir en Przemysl, otra pequeña ciudad próxima a Sanok. El expediente no está completo, faltan hojas y está medio quemado.

Ernesto no pudo evitar, pese al resfriado, encender un cigarrillo.

—Mi abuela utilizó el nombre de Greta Schapper —repitió Ernesto, consternado—. ¡Greta! ¡Greta! —Su corazón se encabritó.

—Aquel mismo día —prosiguió Rose— los llevaron de vuelta a Sanok, detenidos. A medio camino, la guerrilla polaca atacó a la patrulla, la chica aprovechó la confusión para huir y desapareció en el bosque. Cuatro días más tarde, torturaron a Jakob Weide en el cuartel general de las
SS
, en Cracovia. A Klein lo juzgaron en Berlín, pero no hay más papeles.

—¿Dónde está Sanok?

—Al sur de Lublin, en Galitzia. Hoy en día pertenece a Polonia. Los nazis se anexionaron el oeste de la Polonia de entreguerras con la idea de repoblarlo con granjeros alemanes. En el este crearon el Gobierno General de los Territorios Polacos Ocupados. Tras los judíos y gitanos, iban los polacos.

—Tanta historia me abruma, pero me gusta cómo lo cuentas, pareces un libro abierto, casi lo veo. Sanok está en los Cárpatos, ¿verdad?

—Sí —respondió Rose—, estuve en una ocasión con mi exmarido. Y Cracovia fue la capital del Gobierno General.

—¿Y qué le pasó a mi abuela?

—Recuérdame en qué año nació tu madre…

—En 1944.

—¡Bueno, esto está que arde! —La exclamación de Rose fue rotunda.

Ernesto se echó en el sillón, cerró los ojos y vio llamas, escuchó explosiones y maldijo todas las guerras.

Permanecieron un buen rato en silencio.

—¿Crees que la carta que mi abuela dejó a mi mamá revela quién fue mi abuelo?

—Sinceramente, no entiendo que tu madre no te hablara de ello. No hay nada que ocultar. Más bien al contrario, es hija de una judía que luchó contra el Reich y salvó la vida. El bosque donde desapareció tu abuela estaba plagado de guerrilleros polacos y guerrilleros ucranianos que saboteaban constantemente a los nazis. Seguro que la acogieron y acabó luchando con ellos.

—Te he dicho muchas veces que mi madre está enferma de los nervios. En ocasiones desaparece tres o cuatros días. Herminia siempre la acompaña a un balneario donde le tratan la depresión

desde hace años.

—Esto nunca me lo habías dicho. Pero ahora está en un hotel argentino por los bronquios, ¿verdad?

Escuchó la voz de Rose entre brumas, tenía los ojos enrojecidos, le pesaban los huesos y era incapaz de ordenar sus pensamientos.

—Ehhhh… —Ernesto tragó saliva con dificultad—. Dame otra pastilla, por favor. No me encuentro nada bien.

Antes de marcharse, Rose le dijo que al día siguiente volvería a media tarde. Estaba preocupada y tenía intención de sonsacarle en qué enredo andaba metido con los rusos.

Ernesto se metió en la cama abrumado. No sabía en qué momento se lo podría explicar a su madre y no acababa de entender qué le estaba pasando. Cuanto más sabía del mundo de la abuela, más extraño le parecía el comportamiento de su madre. Ahora le reprochaba que nunca hubiera querido viajar con él a Buenos Aires ni a ninguna parte y que tampoco le hubiese permitido hablar con el médico del balneario donde la trataban. Luego sintió un hilillo de celos por no acompañar a Wolfram y a ese joven polaco por aquellos lugares en los que había estado la abuela.

Le costó dormirse. Soñó que un buitre picoteaba su pecho mientras su padre le protegía el corazón con una armadura y lo salvaba de caer a un precipicio.

Se despertó temprano, con el extraño sueño vivo en su mente. Por vez primera en años, su padre le inspiraba algo diferente. Dedujo que aquella idea estaba destinada a convertirse en obsesión. Estaba convencido de que el hombre que lo engendró sabía algo, y mucho, de las Weide. Fue en busca de una agenda y, en el asiento del estudio donde Jürgen componía, escribió un mensaje de texto. Antes de enviarlo, lo releyó un par de veces. «Querido papá, vivo en Berlín. Si vienes a Europa, mándame un email. Me gustaría mucho verte. Ernesto».

Aún tenía algo de fiebre y no quería pensar en su cita con el ruso porque le despertaba inquietud y miedo. Si el loco de Maksim no le había anunciado siquiera que iba a recibir aquella extraña llamada, cómo lo iba a proteger. Pensó en destruir el lápiz de memoria y pensó en Wolfram. En una semana, ese muchacho eléctrico casi había resuelto el misterio familiar. ¿Cómo era posible? Estuvo a punto de llamarlo, pero no se atrevió. Las ideas se

agolpaban como si las aguas de un gran río fueran al revés y empujaran los arroyos y las cascadas hacia su nacimiento.
Desde la noche del sábado, ningún coche raro había aparcado cerca de su casa ni había visto a nadie haciendo fotos. Le incomodaba cada vez más que Maksim no le hubiera advertido que un tal Iván Iúrich buscaba a Jürgen von Klüber a través de él. Pero pensaba ir al Godot, aunque tuviera fiebre.

Ernesto había pasado muchas horas viendo documentales de la época de su abuela. Hacía media hora que había concluido el último y tenía los ojos llorosos. La huella de su familia desvelaba el Apocalipsis que vivió Europa. ¿Por qué pensaba tanto en su familia y no escapaba hacia el futuro? Todos tenemos antepasados que han vivido pestes, guerras atroces, epidemias, venganzas. ¿Por qué estaba tan obsesionado con Inge Weide? ¿A qué venía tanta insistencia? Su identidad no le robaba el sueño, pero, durante años, había deseado conocer lo que su madre ocultaba. Ahora que su abuela ya no solo tenía rostro, sentía fascinación por los Weide de Alemania y por saber qué sabía su padre de aquel trágico folletín. La actitud de su madre a lo largo de los años le pareció de una cobardía fatal que no se podía atribuir únicamente a la depresión crónica que arrastraba. Más bien al contrario, estaba deprimida por lo cobarde que era. ¿Y si su padre no fuera el ogro que su madre le había hecho creer? Si en aquel preciso momento hubiese estado frente a él, le diría que su mujer había sido concebida por un guerrillero en un bosque de los Cárpatos, en plena guerra mundial. Y que su hijo Ernesto compartía la cama, dinero y un secreto con un ruso casado y padre de tres hijos. Tal vez, al fin y al cabo, era él, Ernesto Usabiaga, quien se estaba creando una vida.

Apretó el mando de la tele con el índice y desapareció la imagen, que ya estaba en silencio. En cualquier instante sonaría el interfono. Esperaba a Rose y tuvo un presentimiento: ella en realidad buscaba el dinero de su abuela, y más que por él, por la obsesión de un sonado triunfo profesional. La noticia podía acabar siendo titular de periódico. Ernesto esperaba una carta de los judíos solicitando su
ADN
, un
ADN

que estaba en entredicho. Rose y él habían visitado la sede de los judíos hacía una semana. Entonces creyó que costaría mucho hallar pistas. Y de pronto, la rapidez frenética de las averiguaciones lo desconcertaba.

Encendió la tele de nuevo y volvió a poner uno de los documentales.

Rebecca Weide interpretaba a Nora en *Casa de muñecas*, de Ibsen. La extraña familia era como una serpiente que se enroscaba a su alrededor.

Encendió el ordenador. Buscó Sanok en el mapa. Luego Uzhgorod. La ciudad en la que vivía la madre de Maksim y el lugar donde su abuela había desaparecido estaban a solo unos ciento treinta kilómetros de distancia. Le gustaba especular construyendo relatos más o menos adecuados a su propio devenir.

En el último mensaje, Maksim le había preguntado en qué ciudad le apetecería encontrarse: ¿Roma, Budapest o Estambul? Si el viaje llegaba a producirse, Ernesto ya tenía respuesta: un viaje, en coche de Lublin a Uzhgorod, pasando por Przemysl y Sanok.

Navegaban de regreso hacia un puerto pesquero abandonado en medio de la nada. La densidad de reflejos entre las nubes y el mar a aquella hora del atardecer era mortecina a causa de la humedad. La costa quedaba lejos.

—¿Mar o lago? —preguntó con sorna a un turcomano que había permanecido mudo desde que advirtió a los presentes que su gobierno no permitiría que ningún gasoducto atravesara el fondo del mar antes de aclarar la situación jurídica del Caspio.

El barullo de voces que suscitó la peliaguda cuestión del Caspio atrajo la atención de todos los presentes. Si el Caspio era lago, el reparto a dos firmado hacía muchos años entre la Unión Soviética e Irán mantenía su validez; si era mar, las aguas jurisdiccionales no solo corresponderían a Rusia e Irán, sino también a las nuevas repúblicas que ahora lo bordeaban: Azerbaiyán, Turkmenistán y Kazajstán, desgajadas de la Unión.

Kazantev fue quien había sondeado al turcomano en relación a un gasoducto no ruso bajo el Caspio. En concreto, el tramo en línea recta entre Turkmenistán y Bakú. La respuesta fue contundente: el presidente de Turkmenistán exigía impuestos demasiado altos a los consorcios occidentales porque estaba más interesado en vender su

gas a China, India, Irán, Rusia y Pakistán, y a su vez mantener buenas relaciones con Putin y utilizar los gasoductos rusos ya existentes.

Los cosacos más influyentes de todas las Rusias estaban reunidos en asamblea en un barco que navegaba desde hacía tres días por el Caspio, frente a las costas de Kazajstán. Algunos de los ucranianos habían comentado entre ellos, en voz baja, las muertes de Stanislav Bromsky y Zaur Vidadi en Bakú y sus implicaciones. La conclusión que extrajo Maksim acerca de dichas muertes era que podían ocasionar un enfrentamiento entre Shevchenko y otros jefes de la seguridad por la traición de Stanislav —y quizá por su implicación en el doble asesinato.

Maksim se preguntaba si el presidente de Azerbaiyán sabía que los servicios secretos ucranianos acusaban a los muertos de alta traición. Pese a las apariencias, Iván Iúrich le aseguró que no murieron de un ataque cardiaco por exceso de droga, sino que fueron asesinados. Asimismo, debería averiguar qué sabían los servicios secretos azeríes de la banda de armenios que comerciaba con los rusos. Y con buen sigilo, debería aclarar qué hizo Stanislav en Kazajstán, el país más rico en recursos naturales de la órbita soviética.

Un cosaco ruso de Volgograd, la antigua Stalingrado, con quien Maksim mantenía excelentes relaciones, le insinuó que Gazprom buscaba arruinar a Zaur Vidadi.

—Arruinarlo no es matarlo —aseguró Maksim.

—Zaur ha muerto en un lupanar de un infarto.

—Recuerda que era amigo mío —puntualizó Maksim.

—Te entiendo. He escuchado en Moscú que Vidadi buscaba financiación occidental para un gasoducto por debajo del mar Negro. Entre el puerto georgiano de Poti y la costa ucraniana.

Maksim no supo cómo reaccionar. Lo del Caspio era público, pero lo del mar Negro…

—¡Qué dices! Una obra carísima.

Maksim jamás había oído este proyecto en boca de Zaur Vidadi. Sí habían planeado juntos el enlace de la capital de Georgia, donde llegaba el gasoducto que enlazaba Bakú con Turquía, con el puerto de Poti. Uno de los objetivos fundamentales de la Operación Taras Bulba. Un ramal que no se iba a hacer. Las cisternas de gas

seguirían cubriendo el trayecto entre Tblisi y el puerto de Poti en tren. El general Shevchenko había ganado la partida.

—Mira, Maksim, los rusos de Gazprom no tolerarán la construcción de gasoductos europeos que mengüen su influencia en Europa. Ni bajo el Caspio ni bajo el Negro ni en el corredor del Cáucaso que une a ambos mares. Y el gas de Turkmenistán y de Rusia solo podría llegar a la India y Pakistán a través de Irán a causa de la invasión norteamericana de Afganistán. Afganistán es la muralla, Irán la solución.

En esta nueva rada cosaca en el mar Caspio, que poco tenía que ver con la del monte Elbrus, Maksim había hablado con claridad. Visto el fracaso de su amigo el presidente ucraniano en el asunto de los recursos energéticos, su receta actual iba en otra dirección. Maksim era consciente de que sin una cultura crítica, sin pluralidad, sin incentivos a la economía productiva, sin gente con iniciativa, sin préstamos a bajo interés y sin respeto a la legalidad, los pueblos caían en el ensimismamiento y la decadencia.

En su intervención, Maksim Kazantev aportó un plan riguroso para financiar varias universidades, institutos, becas y hasta editoriales.

—Hay que modernizar el sistema productivo, o crearlo, estudiar el modelo educativo alemán y adaptarlo a Ucrania y a las otras repúblicas. Fundemos buenas escuelas de funcionarios públicos que sirvan a los intereses generales del Estado, independientemente de quien gobierne; y sin comisiones ni corrupción.

Nombraron a dos atamanes. El viejo era un hombre sabio y prudente, formado en la Alemania comunista. Un humanista que investigaba la calle y daba clases en varias universidades. Maksim había promocionado a ese ruso de Novosibirsk. El joven era un financiero sin escrúpulos, ligado al magnate kazajo Aliser Daulbáyev. Vivía en Odesa, era ucraniano y dirigía un banco. La lucha de Maksim era en vano; el anhelo de la mayoría de aquellos hombres embriagados de ambición era llegar a zares.

La rada cosaca había concluido y poco tardarían en alcanzar Bautino. Maksim salió a proa y se agarró a la barandilla. El Caspio le pareció un mar sin enigma. Solo y decepcionado, contempló el puerto pesquero de Bautino. La pesca del esturión había disminuido mucho a causa de la contaminación y los muelles estaban llenos de

pesqueros viejos medio hundidos.

Su entusiasmo al comienzo del cónclave cosaco había servido como un pasatiempo entre luchas tribales por el poder. Al finalizar, Maksim temía que los cosacos más influyentes urdieran una red de intereses que incluso convenciera a quienes se encontraron en el monte Elbrus, más tradicionales y conservadores. Entre unos y otros podrían vertebrar una malla extorsionadora en varias repúblicas exsoviéticas. Maksim era muy pesimista acerca del futuro inmediato y estaba decidido a no participar. Momentos antes de que el barco atracara, decidió, ya de manera definitiva, no volver a implicarse en asuntos energéticos. La independencia de Ucrania debería aceptar la tutela rusa en materia energética o esperar a que los europeos redujeran el control ruso sobre el continente mediante la construcción del gasoducto Nabucco. Shevchenko tenía razón. Para obtener gas ruso a buen precio, Ucrania debería jugar su baza antes de firmar de nuevo el asentamiento de la base rusa de Sebastopol. Ucrania nunca podría entrar en la OTAN. Estaba decidido a reinventarse su vida. Debería apartarse definitivamente de los servicios secretos ucranianos y del mundo de los negocios. Una parte importante de la vida de Maksim se quedaba allí, en el fondo del lago más grande del planeta.

—Me dijiste que moviera cielo y tierra para localizar lo más rápidamente posible a Inge Weide.

Rose Hofmannsthal estaba muy irritada.

—Te lo pedí porque llevábamos un año dando vueltas al tema y me sentía culpable.

—Contraté a Wolfram el mismo día que visitamos a Helga Goldstein. Como te dije, la entrevista no me gustó, las asociaciones judías no nos iban a ayudar y busqué una solución drástica. Lo del ADN
me puso en alerta.

—Vimos a Helga Goldstein un martes y el domingo, ¡zas! —Ernesto hizo un gesto con las manos como queriendo decir: ¡magia!—. En un soplo, teníais la dirección de Rebecca en Suecia, la fotocopia de su documento de identidad falso, el día que embarcó con una joven de vuelta a Alemania, su boda con Alfred Bauer, la detención de Jacob Weide. Y también que a principios de marzo había ocurrido algo que forzosamente iba a conducir a mi abuela.

Ayer ya sabías el nombre que tantos quebraderos de cabeza nos había supuesto: Greta Schapper. ¿Cómo quieres que esté? ¡Alucinado!

Ese tono tan poco respetuoso alarmó a Rose, quien se salió por la tangente y exclamó en tono contenido:

—A Wolfram lo apodamos *el Lince*. Cuando está motivado, encuentra lo que le pides, por difícil que sea. Es hábil y tiene buenos contactos en Europa. Forman un grupo joven con ganas de hacer las cosas bien. —Rose contrajo los músculos del cuello y frunció el ceño de forma exagerada, buscando los ojos de su amigo—. Ernesto, algunos casos se resuelven enseguida; otros, nunca.

—Puede ser, pero esa prisa repentina y la reunión con Helga Goldstein me da que pensar. Lo siento si te he ofendido, sabes lo mucho que te aprecio y lo mucho que te debo, pero percibo algo extraño y me inquieta.

Rose arqueó las cejas y apaciguó la tensión haciendo ruido al buscar en el bolso unas galletas de chocolate amargo envueltas en papel brillante. Claro que había algo detrás de las hermanas Weide, pero era pronto para sacar a relucir el tema patrimonial. Rose no iba a hablar del asunto hasta verificar ciertos datos de la Comisión Volker de 1998 y de otros estudios posteriores en relación a los depósitos dormidos en la banca suiza.

La investigadora alemana controló la situación con naturalidad y aplomo.

—¿Quieres que sigamos?

—Estoy nervioso, Rose —dijo con voz trémula—, mañana me ha citado un ruso que no conozco en el Godot de Kastanienallee. Tengo miedo. —Resopló un par de veces—. Todo se me hace cuesta arriba.

—¿Por qué no me cuentas la historia desde el principio?

Ernesto se encogió de hombros.

—Me enamoré de un hombre de negocios ruso, Maksim Kazantev. Todo un carácter. —Ernesto acariciaba las palabras al hablar, lo hacía con suavidad. También él buscaba alivio—. Nos encontramos en el momento adecuado y hemos compartido algo que va mucho más allá que abrazos y buen vino.

—Y ¿cómo fue?

—Fin de año en Oranienstrasse. —Ernesto no pudo reprimir una

sonrisa de satisfacción—. Él estaba sentado a una mesa de Le Bateau Ivre, junto a la ventana, mirando la calle. Yo paseaba desde hacía rato por el barrio, observando cómo los críos y los mayores lanzaban cohetes y tiraban petardos. El cielo de Berlín tronaba y era emocionante la mezcla de gente dispar participando. Desde la penumbra del café, aquel pelirrojo me estaba desnudando con la mirada; hasta que salió fuera, se plantó delante de mí, me deseó un buen año y me besó en cada mejilla. Me dejé llevar por el abrazo. Bebimos lo justo y la noche fue maravillosa. Jürgen tocaba en Hamburgo y me había dado un par de invitaciones para una fiesta organizada por un colectivo de músicos en un local de Alexander Platz. Acudimos, bailamos como locos y bebimos varios mojitos. Acabé la noche y los días siguientes en un apartamento posmoderno de Prenzlauer, viendo películas, jugando al ajedrez y haciendo el amor.

Ernesto siguió contando retazos. Rose escuchó la primera parte de la historia, divertida por la ingenuidad con que narraba. No le gustó la aparición de Stanislav, un personaje siniestro. Cuando la historia se complicó con la entrega de paquetes y el lápiz de memoria, Rose perdió el hilo. Supuso que Ernesto le ocultaba detalles esenciales, pero tampoco se alarmó. Por cómo lo describía, el ruso no le parecía siniestro ni un gánster. Estaba convencida de que protegería a Ernesto y de que no le haría ningún daño.

—Mañana ve con mucho cuidado. El hombre que te ha citado puede que venga a averiguar si sabes algo en relación a los paquetes. Como no lo sabes, réstale importancia. Lo hiciste sin más, como favor a un amigo. No aceptes nada de él.

En ocasiones, Rose empleaba un tono protector que lo enervaba. Bajaron a la calle y pasearon agarrados del brazo por el sendero junto al canal. Paseaban en silencio y su cabeza giraba a mil por hora. Ernesto veía a su madre desde otra perspectiva. No era una mujer sana; el envoltorio de miedo ocultaba las tempestades negadas durante demasiados años. Mentalmente, su madre seguía en el orfanato con sor Inés, por eso se aferraba tanto a Herminia Wojkiewicz, una mujer oscura, pese a sus aparentes buenas intenciones. De unos años a esta parte, su madre iba con cierta frecuencia a un hotel de la Cordillera con ella. Herminia Wojkiewicz, ahora lo veía claro, era parte de la enfermedad de su

madre.

De pronto, los pensamientos de Rose y los suyos se cruzaron.

—Perdona, Ernesto, por muchas vueltas que le dé, no logro entender el silencio de tu madre. No sé, ¿por qué no me hablas un poco de tu padre?

Estaban sentados a una de las mesas de una plataforma de madera, cubierta con dos sombrillas blancas, en la parte donde el canal se ensancha y se llena de barquitas a remo. Habían pedido a la camarera un par de cervezas, mientras los rayos del crepúsculo teñían de fucsia las nubes, el agua, los árboles…

—¡Eres un poco bruja! —Ernesto bajó la mirada y se encogió de hombros—. Llevo días pensando en él, preguntándome qué sabrá de esa parte de familia que tanto le amargó cuando vivimos juntos. Por lo visto, en esta historia nada es lo que parece. Le he enviado un mensaje. Quiero verlo en Europa.

Ernesto se levantó para ir al baño. Rose estaba fascinada con el aroma de una planta que no sabía identificar y con la evolución de Ernesto. Cuando este se sentó de nuevo, Rose le contó una intimidad:

—Hace años decidí desbloquear el concepto que tenía de mis padres. Un día me fui a comer a solas con mi madre, en un lugar de Colonia donde no habíamos estado ninguna de las dos. Allí le expuse lo que pensaba, con claridad y mucho humor. Lo mismo hice con mi padre. Descubrí entonces a dos luchadores, bastante más tolerantes de lo que nunca hubiese imaginado. Por supuesto, aunque había visto sus vidas y manejos, los juzgaba como mejor me convenía; poco tenía que ver con lo real. Tras aquellas dos comidas, los acepté tal como eran. Ahora están muertos pero no puedes hacerte idea de la paz que siento. Esa fue otra de mis pequeñas revoluciones.

—Mira, mientras hablábamos, mi padre ha contestado mi mensaje —Ernesto acercó el móvil a Rose para que lo leyera—; lo acabo de ver. Hacía años que no nos comunicábamos.

«Parece que por fin coincidimos. Muchas ganas de verte en Europa. Llego a Viena el 28 de agosto. He reservado una habitación a tu nombre en el Gran Hotel esa misma noche. Un beso. Tu padre».

Rose alzó la vista.

—¿Cuántos años tiene?

—Sesenta y cinco.

—¿Irás?

—Por supuesto. Lo necesito.

—Quizá ignores muchas de sus razones e imagines otras que poco tienen que ver con la verdad. A mí me pasó. Yo siempre supuse que mi madre engañaba a mi padre y había sido al revés.

—¿Y si es cierto que violó a mi mamá? Hace cuatro años que no lo veo, apenas me ha escrito. Si realmente la torturó en una celda de castigo, ¿qué hago? ¿Lo mato?

16

Ernesto llegó en metro media hora antes y bajó caminando hasta el Godot. Entró y salió varias veces del establecimiento. Desde la acera de enfrente, tras el tranvía, vio pasar al Toyota negro de sus pesadillas. Iba en dirección contraria al lugar de la cita. Ernesto no lo dudó. Paró un taxi y le dijo al conductor que lo siguiera. Cuatro minutos más tarde, el Toyota dobló en Rossenthalerplatz para volver a Kastanienallee. Un hombre grande de mediana edad, vestido con un traje azul claro, bajó del coche dos calles más abajo del lugar donde se habían citado. Caminó por la acera, distraído con los edificios y la animación de las terrazas hacia el bar. El tipo había preferido no bajar del coche en la puerta. Ernesto siguió en taxi hasta la esquina del Godot, pagó y subió los tres peldaños. La camarera de la barra, una feminista a la que Ernesto conocía bien, le preparó el capuchino tal como a él le gustaba y lo dejó sobre la barra. Él llevó la taza a una mesa del fondo, junto a la cristalera, y se puso a leer el periódico. El hombre del traje observó las mesas de la calle. Ernesto se levantó, cruzó el interior acristalado del bar y, sin bajar los peldaños, hizo un gesto con la mano desde la puerta.

El apretón de manos fue más caluroso de lo previsto. Iúrich tenía un cuerpo tremendo, las piernas fuertes, la cabeza redonda, grandes ojos achinados, y un bigote sobresaliente que le daba respetabilidad.

—Perdone que me haya sentado adentro, pero ayer estaba con fiebre.

Una de las velas se apagó por la leve ráfaga de viento que provocó el volumen del ruso al sentarse. Iván Iúrich sacó un

mechero del bolsillo interior de la chaqueta y volvió a encender la vela. Ernesto se fijó en el nomeolvides de oro que llevaba en la muñeca izquierda. El reloj también era de oro macizo y tenía pelos en las muñecas.

—Soy amigo de Maksim Kazantev.

Ernesto contrajo la barbilla y siguió al hombre hasta el fondo del bar como si lo conociese de toda la vida. Iván Iúrich se sentó a otra mesa. Ernesto corrió la silla, pero no se sentó. Apurado, fue a su mesa en busca de la mochila y del capuchino.

—Vamos, vamos a tu sitio —le dijo Iván Iúrich levantándose cuando ya era tarde. Ernesto se había sentado frente a él, dejando el capuchino sobre la mesa sin derramar una gota.

Un rayo se dibujó en el cielo. Iba a haber tormenta. La gente de la terraza llenó el local de un bullicio sereno. Por las ventanas se apagaba el día a causa de la repentina tromba de agua. Pese al mal tiempo, se estaba bien en la mesa junto a la ventana sin cristal. El sonido de la lluvia amansaba una situación que ninguno de los dos sabía cómo encarar. A Iúrich le faltaba vodka: hizo un gesto y pidió un par de vasos y la botella. Ernesto permaneció impasible, sosteniendo una mirada amigable durante un minuto que se le hizo eterno.

A Iúrich la apariencia del muchacho le impuso respeto. Le contó una historia poco creíble. Maksim le había pasado sus señas para que le ayudara a encontrar a Jürgen von Klüber. Pretendía contratarlo para un festival de música electrónica que se celebraría en Moscú a finales de noviembre. Ernesto supuso que era una treta. Durante todo el día había intentado ponerse en contacto con Maksim para preguntarle quién era Iván Iúrich, pero el móvil del cosaco seguía fuera de cobertura. Llevaba varios días seguidos así. El vaivén constante de Maksim resultaba descorazonador. Iúrich le pareció poco claro. Maksim no le habría dado sus señas.

Iúrich ya se había bebido dos vasos de vodka a palo seco y trató de que Ernesto también bebiera. Pero el chileno había pedido otro capuchino, que iba consumiendo a pequeños sorbos, mientras lo observaba con ojos de gripe.

—¡Fuiste periodista en Chile! —exclamó Iúrich, cortando las explicaciones de Ernesto sobre la escena musical berlinesa.

—Defendí a las comunidades indígenas del sur. —Hizo una

pausa—. Sí, fui periodista, aunque la profesión ya no me interesa.

—¿Y?

A Ernesto la pregunta le sonó a interrogatorio. Estaba acostumbrado a hablar con desconocidos debido a su profesión y se dejó ir hacia atrás mostrando seguridad mientras lanzaba un suspiro:

—Ahora busco los rastros de una abuela a la que no he conocido; nació en los Cárpatos durante la segunda guerra mundial.

A continuación, Ernesto le contó que había conocido a Maksim en plena celebración callejera de fin de año, que se habían hecho buenos amigos, que se apreciaban un montón, y que tanto le había hablado de su abuela desaparecida que había contagiado en él la necesidad de averiguar qué había sido de su propia madre biológica.

—Supongo que ya sabe que la encontró viva en una casa junto a un río en los Cárpatos. En el viejo país de los hutsules.

A Iúrich le sorprendió el desparpajo de un chileno hablando de los hutsules.

—¿Cuándo viste a Maksim por última vez?

—Deje que piense. El 8 de este mes. Desde entonces no he sabido más. —Ernesto se sacó un clínex del bolsillo y se sonó con estruendo—. ¿No está en Moscú?

—Lleva días fuera y no me coge las llamadas.

Ernesto vislumbró cierta vulnerabilidad en el contrario.

Iúrich no sabía dónde estaba Maksim y le preocupaba. La tierra se lo había tragado; ni en su casa ni en la oficina conocían su paradero, y el general Shevchenko lo buscaba desesperadamente. Por su parte, en Bakú no había aclarado nada respecto al doble asesinato. Tampoco tenía claro que fuese Zaur Vidadi quien pasara la información a los armenios de Georgia. Y ahora se había tomado un día libre en Berlín para entrevistar al muchacho y tomar una decisión al respecto. El asunto de la madre de Maksim introdujo un nuevo elemento a sus conjeturas. La conversación desvelaba un hecho desconcertante: Maksim mantenía una amistad verdadera con el chileno. Hablaba como si fuesen parientes, no amantes.

—Hay algo para ti.

Iúrich abrió una cartera de piel negra y extrajo un sobre.

Ernesto mostró perplejidad. Iúrich percibió la expectación.

—No voy a descontarte los diez mil euros que te entregó Maksim. Aquí tienes la cuenta cifrada y dos tarjetas de crédito anónimas que sirven en cualquier cajero. Cuando te sepas los números secretos, destruye el papel que adjunto.

Ernesto comprendió el juego. El tipo era el mañoso que pagaba los servicios tras verificar la fiabilidad del contrario. Abrió el sobre, miró el contenido y dijo sin más:

—No sé de qué me habla. Creo que se equivoca de persona.

—Tú has trabajado para Maksim.

—¿Yo? ¡Maksim es mi amigo! En ocasiones le hice algunos encargos, pero cómo voy a cobrar por eso.

A Iúrich no le quedó más remedio que recoger el sobre. Lo hizo de buen humor. Aquel individuo no era tan ingenuo como había supuesto y, por otra parte, los manejos de Maksim le importaban un pimiento. Destruiría el informe. Ernesto Usabiaga no había existido.

Aún quedaba un asunto que aclarar.

—¿Grabas música para Maksim? ¡Sus gustos me parecen un tanto peculiares!

—¿Yo? ¡Qué va! Él, ya sabe, es muy suyo y tiene sus propias fuentes. Aunque sí es verdad que en ocasiones chupa la música de mis amigos.

Ernesto le pidió el teléfono con naturalidad y se dio cuenta de que el tipo estaba completamente descolocado.

—En cuanto Jürgen regrese, que no tardará, le diré que le llame. Haré lo que pueda para que acepte tocar en Moscú en las fechas que a usted le convienen.

Brillaba un sol resplandeciente y el viento suave del Danubio le acariciaba el rostro. Maksim desayunaba en la terraza exterior del Julius Meinl, en el centro de Viena. Volvió a conectar el móvil a las diez de la mañana del sábado 28 de julio. Tenía mensajes y llamadas perdidas. El general Shevchenko lo buscaba por un asunto urgente. Sentado como estaba en un lugar apacible, no se sintió con ánimos para afrontar un nuevo desafío. Había llegado a Viena el día anterior, en avión, procedente de Aktau, una ciudad de Kazajstán a orillas del Caspio, próxima al puerto pesquero de Bautino.

El mensaje que acababa de oír avalaba los peores augurios. En cuanto llegara a Uzhgorod, llamaría a Shevchenko desde la casa de su madre.

Hasta la llegada del hombre con quien estaba citado, Maksim se había dado un respiro. Fijó su atención en los mensajes que le había enviado Ernesto: «Dos hombres con cara de bestias vigilan la puerta de casa. Tengo miedo. No puedo dormir allí esta noche. Haz algo». Había más, le preguntaba con insistencia quién era Iván Iúrich y si debía entrevistarse con él. Los releyó varias veces antes de responder: «Hasta hoy no he podido decirte nada. A las tres de la tarde te llamo al fijo y hablamos. No van a seguirte más».

Iba a llamar al agente Vorónych, pero apretó la tecla del número de su madre.

Karin le susurró desde la cama que estaba triste y enferma. Y, entre sollozos, le pidió que, dado que se hallaba en Viena, fuese a visitar a Ákos Almásy al Hospital General.

Maksim le dijo que llegaría al aeropuerto de la ciudad eslovaca de Kosice a las dos de la tarde del día siguiente. Conocía el horario porque no hacía mucho había usado esta combinación para ir a verla. Kosice estaba cerca de Uzhgorod.

—Alquilaré un automóvil y en dos horas me planto en Uzhgorod. Pasado mañana la llevo a Kiev a conocer a sus nietos.

—¡Será en luna llena! —exclamó Karin con vocecita de niña.

Karin Krynovi pareció resucitar del letargo en el que estaba sumida desde que Sophia Vasilevna se había ido y ella se había bañado en el río en noche estrellada.

—Pues dile a Ákos que la superviviente de Peggetz conocerá la ciudad de Kiev y a sus tres nietos en la luna llena de julio.

También le pidió que le llevara un ramo de claveles rojos de su parte.

Colgó más animada.

Maksim pasó unos minutos contemplando el móvil que había dejado sobre la mesa y pidió al camarero otro café con nata. Repentinamente cambió de idea y llamó al general Shevchenko.

Shevchenko, afligido, le pidió que no hablara con nadie, ni siquiera con Iúrich, antes de que se vieran. Las muertes de Bakú planteaban una situación nueva en la sección que dirigía. Colegas rusos le habían advertido. Además, ofrecían su colaboración desinteresada, como hermanos eslavos, frente a los manejos de otras potencias como Israel, Reino Unido y Estados Unidos. El conflicto y los ánimos estaban al rojo y podían trastocar el resultado de las

elecciones en Ucrania y desatar una guerra en Georgia. Shevchenko había averiguado que los rusos no solo no iban a tolerar más gasoductos ni oleoductos en el Caspio, sino que primaban su relación con Armenia e Irán frente a Azerbaiyán y Georgia, demasiado amigos de Occidente. Los rusos acusaban a los occidentales de los asesinatos de Bakú.

El general Shevchenko y Maksim quedaron en encontrarse el miércoles en Kiev.

Maksim apagó el móvil. Si los rusos habían ofrecido colaboración real no era por solidaridad eslava, sino porque las consecuencias que pudieran derivarse de las muertes de Bakú podían socavar su influencia en una zona estratégica.

Pagó la cuenta y buscó en su billetero el número fijo de Ernesto. Lo telefonearía desde una cabina a las tres en punto. Calculaba que Iván Iúrich habría pasado ya por Berlín y se moría de ganas por enterarse de lo ocurrido, aunque mantenía su convicción de que Ernesto no habría roto el pacto ni aceptado el dinero. El rococó espectacular de una capital huérfana de imperio continuaba seduciendo a Maksim, quien seguía desmenuzando interrogantes. Uno ha de saber cuál es el lugar que ocupa y el que verdaderamente quiere ocupar.

El suave viento del Danubio seguía lustrando su piel. Contemplaba la alargada plaza del Graben, la fuente de San Leopoldo, la Columna de la Peste, el tejado de la catedral, los edificios de la época dorada, el lenguaje mudo de las piedras. Por momentos, se entretenía mirando a la gente que pasaba; algunos caminaban distraídos con prisa, otros observaban las fiorituras de los monumentos o los escaparates de lujo. En el maletín llevaba un libro de Sebald que le había prestado Ernesto hacía meses. Lo abrió por una página cualquiera y releyó un párrafo subrayado: «El ángel quisiera quedarse, despertar a los muertos y unir lo destrozado. Pero desde el paraíso sopla una tormenta que se ha enredado en sus alas con tanta fuerza que el ángel no puede cerrarlas ya. Esa tormenta lo empuja incesantemente hacia el futuro, al que da la espalda, mientras el montón de escombros que tiene delante crece hasta el cielo. Esa tormenta es lo que llamamos progreso».

Él no era un ángel. Se sentía cada vez más culpable, culpable por seguir en activo en la tupida red de magnates ucranianos y

exburócratas rusos y de otros países de la CEI sin creencias ni sensibilidad alguna, como si estuviesen en trincheras opuestas a la espera de matar a quien les hiciera sombra. Lo aceptase o no, Maksim era un privilegiado desde la época de las privatizaciones. Y más afortunado aún desde que estampó su firma en el contrato matrimonial con la hija de Vasili Sérgéyevich Zsilinszk. ¿Podía un hombre, a los cuarenta y cuatro años, plantarse y empezar de nuevo? Él pensaba que sí, pero ¿cómo? Tener dinero en paraísos fiscales solo garantizaba un futuro más seguro para Sophia Vasilevna y sus tres hijos. También para su madre. A él podían pegarle un tiro. Pero la voluntad de Maksim comenzaba a mostrarse inquebrantable; quería recuperar las riendas de su destino.

Apareció sigilosamente. Estaba hinchado y más gordo, llevaba gafas de sol, gorra y una cazadora negra. Se sentó en el asiento de una mesa contigua. No le dio la mano ni Maksim le vio los ojos. El agente del Mossad y Maksim se conocían desde hacía años, en ocasiones colaboraban y nunca se habían traicionado. Hacía poco el agente le había aclarado la identidad del músico albino, pero Maksim no quería remover el tema.

El agente israelí había acudido puntual al reclamo de Maksim. Tras pedir un té frío, comenzaron a hablar del asunto de Bakú.

—Yo te cuento dentro de un orden cómo empezó mi relación con Vidadi y quiénes son sus socios, y tú buscas a algún miembro vivo de la familia de Karin Krynovi, mi madre.

La espontánea ocurrencia acerca de su familia le sirvió para tomar la iniciativa sin nombrar al autor del pase fallido en el Eschschloraque Cocktail Bar. Estaba dispuesto a proteger a Ernesto por encima de todo.

—Hecho —sentenció, firme, el agente, levantando la cabeza para que la visera de su gorra no le tapara media cara. Por un instante se quitó las gafas de sol. La expresión de su rostro era impenetrable.

El agente se levantó. Maksim lo siguió a cierta distancia, disimuladamente.

Transitaron por una calle del centro histórico con pequeños restaurantes y mesas en la calle pegadas a las tachadas, librerías bien puestas y tiendas de ropa elegante.

Entraron en un portal suntuoso, con dos cariátides de mármol

verde con vetas blancas en la entrada. Maksim respiró con gusto un olor dulzón, como de canela. El ascensor no funcionaba. Ascendieron hasta el segundo piso por una escalinata blanca con una barandilla bien trabajada en bronce y madera. El agente, tras dar un resoplido, metió la llave y abrió una gran puerta de roble rodeada de molduras neoclásicas.

El recibidor luminoso y las amplias habitaciones estaban completamente despejadas, sin muebles, sin nada. El blanco inmaculado de las paredes amplificaba la luminosidad. El israelí se sentó en el suelo y Maksim junto a él, frente a los ventanales, apoyando la espalda contra la pared. Maksim omitiría decir que en ocasiones pasaba planos de misiles. Aunque tampoco lo negaría. En el anterior encuentro, había reconocido que los ucranianos de Shevchenko intercambiaban con los azeríes tecnología de extracción de combustibles fósiles a cambio de rebajar la factura del gas. El responsable de uno de los despachos noruegos donde compraba la información era judío.

Omitir, no mentir; era el lema del acuerdo sellado entre ambos.

—Bajo ninguna circunstancia se pueden pasar secretos nucleares a los iraníes. Espero y deseo que los ucranianos no estéis metidos en ese tráfico de información.

La voz seca del agente resonó en la habitación aumentando la sensación de amenaza. Maksim jamás había dispuesto de información nuclear. El comentario disparaba todas las alarmas.

—Nunca traté ese tipo de material. Nunca.

La contundencia de Maksim convenció al agente.

Por otra parte, Maksim no era sospechoso de ese tráfico.

El agente quería saber si el general Shevchenko se relacionaba con el kazajo que controlaba las explotaciones de *tierras raras*, donde abundaban minerales básicos para la construcción de superconductores, y una mina de uranio.

Maksim no esperaba esa pregunta. Aliser Daulbáyev era el cosaco más poderoso de Kazajstán, había asistido a la rada del Caspio y, por desgracia, había sido el valedor del nuevo atamán. Maksim ignoraba que tuviese relación con Shevchenko. La podredumbre lo infectaba todo.

—Conozco a Aliser Daulbáyev, es más, lo he visto hace poco —la voz recia de Maksim reverberó en aquel espacio vacío—, pero

no sabía que pudiera relacionarse con Shevchenko. Sé que Daulbáyev trata al general Rodchenko.

Maksim estaba perplejo por el tema nuclear y por Irán, pero no se atrevió a preguntar.

El agente percibió la inquietud y la sinceridad de Maksim. Tratarlo resultaba gratificante: sus formas escapaban a toda convención, daba algunos datos sutilmente y se reservaba otros que solo intercambiaba cuando se trataba el grueso del asunto. «Un eslavo fino e inteligente. Al que por supuesto voy a ayudar a encontrar a sus familiares desaparecidos».

Los padres del agente habían emigrado de Ucrania a Israel en 1960, por lo que conocía bien la cultura eslava y también comprendía la obsesión por los antepasados desaparecidos entre la guerra civil y la ascensión de Kruschev. Muchos de los suyos habían muerto en los pogromos polacos durante la guerra civil rusa y la segunda guerra mundial.

El israelí insistió: Maksim debía investigar la relación del general Shevchenko y del general Rodchenko con el kazajo Aliser Daulbáyev, y el espía israelí le pidió que filtrara cuanto tuviera que ver con Irán. A continuación le lanzó la pregunta esperada:

—¿Quiénes podían estar controlando los movimientos de Zaur Vidadi?

Maksim Kazantev le dio el nombre de los socios de la constructora de Bakú. Entre ellos estaba Elmur Hajiyev. También le habló de un armenio.

—No vuelvas a tratar con Elmur Hajiyev. —El agente jamás había empleado un tono tan imperativo con Maksim, y este se impacientó—. ¿Estás seguro de que hay armenios involucrados?

Maksim sentía un gran malestar. ¿Por qué el agente hablaba de Elmur Hajiyev en esos términos? Hacía meses, Elmur Hajiyev le había propuesto varios negocios portuarios en Bakú, en el mar Caspio, y en Poti, en el Negro.

—¿Algún rumor en relación a Elmur Hajiyev?

El agente se mordió el labio. Finalmente respondió:

—Elmur Hajiyev tiene negocios oscuros con el kazajo Aliser Daulbáyev, y este trafica con rusos e iraníes. ¿Entiendes ahora —puntualizó el agente— por qué debes averiguar si existe relación entre Shevchenko, Rodchenko y Aliser Daulbáyev? Aliser tiene

mucho poder y se mueve bien en el fango.

Maksim, aparentemente, no se inmutó.

—Shevchenko no puede estar metido en esto. Nosotros luchamos por otra idea y veo difícil que se deje engañar. El general Rodchenko, en cambio, quizá; siempre pensé que es rusófilo. Tengo también noticias de que en Georgia los armenios trabajan para Elmur Hajiyev en la zona portuaria. En cuanto a mí, descuida, no volveré a tratar con Hajiyev. He liquidado mis negocios en Bakú; además, me han retirado la concesión del gas —remarcó Maksim, grave y contundente.

El agente se quitó las gafas de sol que llevaba puestas y le lanzó una mirada cálida. En sus ojos saltones había un destello de confianza que Maksim agradeció.

—Los conflictos del Cáucaso son demasiado complicados. Me alegro de que dejes la zona, por tu seguridad.

El instante de tregua fraterna había concluido; el agente volvió a ponerse las gafas de sol.

—Te confirmo un hecho. Otros armenios, o los mismos, ejecutaron el doble asesinato de Bakú por orden de Elmur Hajiyev. Y ha desaparecido un archivo de información nuclear.

Maksim se puso en pie de un salto. Reflexionó. Sus zancadas de lado a lado de la habitación resonaron. El agente no se inmutó.

—¡Eben! —por vez primera Maksim lo llamaba por su nombre de pila—, ¿corro peligro? A Zaur Vidadi ya lo han asesinado.

—La situación es alarmante. Hay que encontrar y neutralizar el material desaparecido. Es peligroso.

Maksim se sentó en el suelo, frente a Eben.

—Mírame a los ojos y levántate —ordenó el israelí. Los dos hombres se levantaron—. Ahora dime —prosiguió—, ¿has obtenido información de algún contacto del Instituto Dalton de Mánchester?

Maksim se quedó de una pieza. Eben lo sabía todo. Decidió hablar claro.

—Está bien. En dos ocasiones hemos pasado a los azeríes información sobre la construcción de misiles, los necesitaban para proteger sus pozos. Ucrania necesita gas barato y el acuerdo nos beneficiaba. La tecnología militar la compro en Mánchester. El tipo que me vendió la que ha desaparecido era un contacto que me pasó mi hombre de confianza en Mánchester. No fue fácil obtenerla.

—El tipo no te pasó lo que tú le pediste. Ese científico inglés trabaja para los rusos y se hizo pasar por quien no era. Los rusos o los kazajos están implicados y pretendían utilizaros a vosotros para que nadie pudiera acusarlos a ellos de un tráfico con Irán totalmente prohibido. Elmur Hajiyev, a través de los armenios, iba a pasar el material a los iraníes por mucho dinero. Pero alguien de los servicios secretos ucranianos interceptó el envío y ahora no sabemos dónde está. Necesitamos ese lápiz de memoria con urgencia. Sabemos que es muy difícil de descodificar, pero…

—De acuerdo. Tú encuentra a mis parientes y yo conseguiré lo que buscas. Será mi último trabajo para los servicios secretos de cualquier país. Necesitaré vuestra protección para poder salir de este mundo.

Los dos hombres no se tendieron la mano, se dieron un abrazo.

—Anda, vete ya. Es tarde. Cuenta con nuestra protección.

Los ojos marrones del agente se perdieron en el cielo azul de las ventanas.

Sabía que Kazantev no quería hablar del encargado de pasar la información en el Esch club, pero no preguntó: confiaba en el ucraniano.

Maksim salió a Marc-Aurel-Strasse y fue paseando por el centro de Viena hasta Sacher. Quería comprar unas chocolatinas para su madre y hacer felices a los niños y a la golosa de Sophia con una voluptuosa tarta de chocolate.

En la lujosa habitación del hotel Bristol, Maksim se echó sobre la colcha. ¿Quién había contratado a Stanislav? Estaba convencido de que ni Shevchenko ni Zaur Vidadi tenían nada que ver con el asunto nuclear, pero ¿Rodchenko era capaz de traficar con Irán? No, no le cuadraba. Ahora sabía que Elmur Hajiyev había hecho asesinar a Stanislav Bromsky y Zaur Vidadi. Por suerte para él, el despiste de Ernesto le había proporcionado una buena baza. Aun así, debía averiguar si Shevchenko tenía alguna relación con Daulbáyev o Hajiyev. El negocio de este último consistía en transportar por tren el gas y el petróleo azerí desde Tblisi al puerto georgiano de Poti, en el mar Negro, y de allí a Ucrania en barco. Seguía firme en la convicción de que Shevchenko era tan honrado como él en ese asunto y de que Zaur Vidadi no estaba al corriente de la traición. La relación de este con Stanislav era estrictamente puntual.

Maksim saltó de la cama. Eran casi las tres; salió a la calle. Maksim observaba sin descanso su reloj con repentino fervor juvenil y entregó al mozo una propina desmesurada antes de salir a Ringstrasse. La tarde era calurosa, por lo que Maksim iba sin americana, con las mangas de la camisa arremangadas. Las calles estaban llenas de turistas.

—Ernesto, ¿estás bien? Soy yo. Maksim.

Un silencio tenso y emotivo se coló en el teléfono.

—¡Por fin te oigo! —exclamó Ernesto con voz trémula.

Se oyó un suspiro seguido de un prolongado silencio.

—¿Quién te sigue?

—Son dos distintos, creo. El coche negro es de tu amigo Iván Iúrich, y espero que no vuelva por aquí. Luego están los otros, una pareja enfundada en cuero que se sienta en la terraza del bar de la esquina. Me fotografiaron hace una semana. Lo hacen de forma más ostensible, pero no he vuelto a verlos. —Tras una pausa breve, concluyó, irónico—: Me mantengo en alerta.

Ernesto quería entregarle cuanto antes la llave del apartado y olvidar el asunto para siempre. No pensaba en nada más, pues necesitaba dilucidar de veras qué sentía por aquel hombre, sin líos ni dinero de por medio.

—Voy a volver a Berlín. Necesito aquello.

—¡A Berlín! ¿Cuándo? Vuelo a Zúrich el lunes.

—¡Zúrich! —exclamó el cosaco pensando que habría aceptado dinero de Iúrich, quien, si ese era el caso, jamás destruiría el informe.

—Estoy con lo de mi abuela. He avanzado mucho. La mujer de la que tantas veces te hablé ha contratado a un fiera que está avanzando muchísimo con la investigación. ¿Cuándo nos vemos?

—Si todo va bien, el sábado estaré en Berlín. —Maksim resopló—. ¿Qué te propones hacer en Suiza?

—Voy a buscar la tumba de mi abuela. El fiera se llama Wolfram. Buscará documentos que nos conduzcan a ella y trataremos de averiguar dónde vivió en aquel tiempo. ¡Oh, Maksim, me apetece verte!, ¿por qué no te quedas más días y vamos juntos a Galitzia el próximo fin de semana?

Maksim se arrepentía de no haber elegido una cabina en otro lugar para poder hablar con mayor tranquilidad. Oía al muchacho y

ya estaba excitado y con ganas de tomar el primer avión a Berlín.

—¿Te has entrevistado con Iván Iúrich? No pude avisarte de nada. Trabaja en la mierda de servicios secretos de mi país. Durante una semana he estado fuera del mundo; en cuanto nos veamos te aclararé lo que pueda. —Maksim respiró profundamente y miró el cielo despejado—. Ernesto, yo no soy ruso, soy ucraniano.

—¡Ucraniano! —exclamó el chileno.

—Stanislav ha muerto. Sé cauteloso con Iúrich y con cualquier eslavo que aparezca. Debemos guardar nuestra intimidad en un búnker. Y ni se te ocurra tocar lo que guardaste hasta que nos veamos.

»¿Por qué Galitzia? —preguntó Maksim.

—Galitzia es parte de mi historia. Mi abuela estuvo allí. —Ernesto cambió de registro inmediatamente—. Iúrich me ofreció dinero. No lo acepté, por supuesto. Yo le dije que era un error, que éramos buenos amigos; no podía aceptar dinero.

Maksim lanzó un grito corto tras apartar el auricular: «*¡Gu-rai!*».

Sin embargo, Ernesto no podía borrar la muerte de Stanislav de su cabeza.

—Stanislav siempre me dio miedo… ¿Cómo ha sido?

—En un burdel.

Ernesto imaginó una escena macabra en un antro forrado de terciopelo rojo y espejos rococó.

Antes de colgar, Maksim dijo:

—Te llamo desde otra cabina. Esta calle está atiborrada de turistas. En cualquier caso nos vemos en Berlín.

—Esta vez será en mi casa. Jürgen sigue en Estados Unidos.

—De acuerdo, pero si ves algo sospechoso cerca, coloca un papel blanco en alguna parte del portal de la calle.

17

Maksim estaba aprendiendo a manejar su vida por nuevos derroteros tras atender esa parte de sí mismo que tanto se había negado. No todo eran deber y obligaciones; existían la pasión, el sentimiento, el corazón. Tras responder a algunas llamadas, Maksim entró en un cine de Viena a ver *Atonement*. Necesitaba cortar sus pensamientos antes de conocer a Ákos Almásy.

Ernesto, por su parte, se fue a nadar al lago Schlachtensee. Unas buenas brazadas disolverían la confusión que arrastraba desde que Maksim había reaparecido. La ansiedad le impedía articular sus verdaderos deseos. Buscaba una estabilidad sin sobresaltos, y sin embargo no cesaban de ocurrir hechos sin control. Stanislav estaba muerto, el lápiz de memoria que él había ocultado en un apartado de correos era un peligro y, en cuanto pensaba en Maksim, sentía la necesidad de subirse a la bicicleta y pedalear durante horas. En medio del lago, moviendo mansamente los brazos, recuperó una pizca de paz.

Tumbado en la arenilla enfangada de la orilla, bajo un álamo, leyó el mensaje de móvil que acababa de enviarle Wolfram. Ya tenía los billetes a Zúrich para el día siguiente, el hotel reservado y a los colegas suizos buceando en los registros de la propiedad y en otros archivos en busca del rastro de las hermanas Weide y de Alfred Bauer. Ernesto pensó en Wolfram, y su halo le transmitió serenidad.

En Uzhgorod, Maksim llamó a un médico. Su madre, postrada en la cama desde hacía días, padecía una especie de gripe y apenas hablaba. Contaba con voz de ultratumba que le dolían los huesos y

el costado, y que no tenía libros con los que entretenerse.

Los libros que su madre había compartido con Ákos Almásy se estaban deteriorando en un almacén abandonado de Miskolc, en Hungría. Llevaban allí más de siete años gracias a la generosidad de un campesino de la zona. Ákos Almásy había perdido su casa de Miskolc a causa del nuevo plan urbanístico y vivía en una residencia de ancianos. Maksim conocía el dato y había dado con ellos.

El médico le recetó ibuprofeno, beber mucha agua y sudar en la cama. Horas más tarde, a su madre le volvió el color en la cara.

—Esta mañana he dado orden de que traigan los libros a esta casa.

Karin pensó en lo fácil que era para unos lo que para otros resultaría imposible de obtener en toda una vida. Enseguida le habló de las temporadas que Ákos pasaba en la casa del río, lo mucho que le había ayudado a mantenerla en pie, pero que siempre regresó a Hungría. Puso énfasis cuando dijo:

—En cuanto se recupere de la operación querría convencerlo de que deje la residencia de Miskolc y se venga a vivir conmigo. Me gustará compartir esta casa tan nueva. Aquí no pasaremos frío ni hambre gracias a ti.

La madre se levantó de la cama para encender una vela al arcángel. Pidió por la curación de Ákos.

—Ayer pasé dos horas con él. Menudo es. Ágil de palabra pero demasiado testarudo. —Maksim lanzó una carcajada—. Vendrá cuando le den el alta. Ayer me lo prometió.

—Todos sus libros, incluso los que compramos juntos, han de estar aquí cuando él llegue. Así sí se quedará para siempre.

La madre de Maksim cerró los ojos en busca de recuerdos. ¡Hacía tanto que no podía releerlos para Ákos en voz alta junto al fuego, en pleno invierno, o bajo la sombra de los árboles en verano!

Karin Krynovi, que se había convertido en András Almásy en agosto de 1945, no recuperó su verdadero nombre hasta 1962. Tras la matanza de Peggetz, los Almásy atravesaron Hungría a pie durante casi ocho meses. En su huida trataron de evitar cualquier choque con las nuevas autoridades y las tropas sanguinarias del ejército de ocupación soviético. La primavera del 46 alcanzaron las montañas de Bükk, donde se instalaron con otros refugiados en una

gruta. Una mañana, cuando la nieve se había fundido, el padre, Zoltan Almásy, partió solo a comprobar lo ocurrido en la casa familiar de Miskolc. Encontró a su hermana menor. Los demás miembros de la familia habían desaparecido durante la guerra. Al poco, se instalaron con la tía, maestra, quien enseñó a András y a Ákos a leer en varias lenguas con los libros de la biblioteca de un escribano que habían ido a parar a la casa durante la contienda.

El fin del estalinismo y la apertura política de Kruschev no fueron los detonantes de que la renacida Karin Krynovi pisara tierra ucraniana por vez primera en su vida. Fue Iván Kazantev, un teniente soviético que había llegado a Miskolc en 1956 con los tanques que aplastaron la revolución húngara.

—Yo trabajaba de maestra en ciencias naturales en una escuela de primaria y Ákos daba clases de literatura en el instituto. Un día de primavera del 61, estaba sentada en un banco de la plaza, frente a la iglesia, tu padre pasó por delante, se volvió sonriente, me invitó a un helado y caí rendida. ¡Era tan apuesto! Nunca nos casamos, él tenía esposa en Kiev, tu madrastra, pero fuimos amantes durante siete años y nunca hablamos de política. Según él, obedecía y callaba. Cuando lo trasladaron a Uzhgorod, él ya era coronel. Gracias a su influencia me otorgaron la nacionalidad soviética con mi nombre verdadero. No tardé en quedarme embarazada.

Esa historia ya se la había contado en un par de ocasiones pero, a pesar de ello, Maksim no se cansaba de oírla. Su madre no era como su padre, que siempre obedeció al Partido, a sus jefes y a su mujer.

—Me construyó la casa del río y fuimos felices hasta que lo ascendieron a general. Entonces se fue a Kiev y te llevó con él. —Karin hablaba al infinito, sin mirar a su hijo—. Ákos me repitió una vez más que la desgracia es parte del trato con la vida. Volví a Hungría y no regresé a la casa del río hasta que Ucrania consiguió la independencia, en 1991.

Maksim encendió un cigarrillo con toda parsimonia y sentenció en tono suave:

—En la casa del río solo se podrá vivir en verano y cuando todo esté arreglado. El lugar donde nací me gusta. A mis hijos les fascinará.

Karin, que nunca paraba quieta, fue hasta la cocina en busca de

zumo de grosella y dos vasos. Se le había agudizado la joroba y se notaba que no estaba en plena forma. Entretanto, su hijo se dedicó a regar con la manguera los tiestos de la terraza. Jugó tristemente con el agua.

Karin salió al exterior envuelta en una manta con la bandeja en una mano.

—Estuvo aquí Sophia —soltó Karin, cortando las meditaciones de su hijo. Y se sentó.

—En cuanto me lo propuso, me pareció buena idea.

—No sé qué me ha pasado. Ahora solo me queda recuperarme, estar con mis nietos, conocerte mejor y ocuparme de Ákos Almásy.

Maksim escuchó un suspiro de estremecimiento.

—¿Intimasteis?

—No estoy segura de que tu mujer me comprendiera. Pertenece a otro mundo. —Ahí le cambió el humor—. ¡Muy guapa!, por cierto. Pero le conté mi guerra y desde entonces no puedo dejar de llorar.

Karin había captado perfectamente el pensamiento de Sophia. Maksim lo supo por el tono, entre irónico y apesadumbrado, empleado por su madre.

—Estudió en Inglaterra, como sabes.

—¡Sophia Vasilevna se fue demasiado pronto, casi sin despedirse! —protestó sin disimular recelo, aunque su obsesión era otra—. Enseguida, antes de que nieve, tendrás que acompañarme a una montaña entre Austria y Eslovenia. Gracias a Dios y al Arcángel, he recordado lo que mi padre me dijo antes de lanzarse al precipicio. Ha llegado el momento de desenterrar el tesoro de la familia Krynovi. Tu hijo varón deberá acompañarnos.

—Madre, déjeme que le cuente algo. Estoy en un dilema.

Karin escuchó, atenta, a su hijo; no lo interrumpió en ningún momento. Los dos habían pasado momentos duros; los dos habían sido violados, y la confianza que surgía entre ellos era instintiva cuando Maksim se desprendía del orgullo de magnate. El monólogo del hijo fue largo y a veces inconexo. Le contó sus años en Moscú, cómo se hizo rico, su trabajo, su matrimonio con Sophia Vasilevna Zsilinszk y algunos de los problemas del país. Al final, de pie, rascándose la pelusilla de pelo rojo y con los ojos encendidos, gritó:

—Quiero desaparecer, no quiero seguir trabajando para los

servicios secretos. Creo en la familia, creo en la cultura. Lo demás, el dinero, la política y hasta el país, han dejado de tener sentido. No quiero participar en esa violencia y ese abuso continuo que se convierten en una forma de gobierno.

Permanecieron en silencio durante un buen rato. Maksim tamborileó con los dedos de la mano derecha el cristal de la mesa. No quería grosella y se la bebió de golpe sin apercibirse.

—¿Qué piensa Sophia Vasilevna de cuanto me has dicho? —preguntó Karin.

—Sophia, desde niña, ha vivido en un mundo, el de su padre, que tiene el poder y el dinero como objetivo, como el único valor. Además educa a nuestros hijos como si estuviese en Sussex. Sigue obsesionada con la riqueza.

Pasar la tarde junto a su madre en un extremo perdido de Ucrania le estaba sentando estupendamente.

Maksim se sentía encadenado a Sophia y buscaba un nuevo equilibrio. Por rebelde que fuera, desde muy joven repetía el patrón de conducta que su madrastra le había enseñado: voluntad, jerarquía y orden. De pronto, sintió a Sophia cabalgando sobre su cuerpo en el lecho de la casa de Kiev. Maksim no pudo contener una sonora carcajada al reconocer lo mucho que la había amado y lo libres que habían sido juntos.

—El amor es juguetón, viene y va, hay que regarlo.

Luego Karin entró en la casa. Había comprendido que el matrimonio de su hijo atravesaba una crisis pasajera. Su hijo fue tras ella.

—Sophia respeta mis viajes y mi espacio. La forma más sutil e inteligente de tenerme atado. Pero de un tiempo a esta parte quiere controlar mi dinero. Esa desconfianza mina la relación.

Maksim se quedó solo en el salón. El baúl de sus antepasados enterrado en la cima de una montaña de los Alpes le fascinaba a él y fascinaría a Sophia.

No tardó en llamarla.

—Hola, cariño. Los niños no podrán viajar a Inglaterra tan pronto. Vasi ha de acompañarnos a desenterrar un tesoro de familia en los Alpes eslovacos.

Sophia estaba en casa de Vasili y no era el momento. Acababa de formular una pregunta muy atrevida a su padre: necesitaba saber

qué había sentido Vasili al acostarse con un hombre. Años atrás, en la casa de Londres, vio salir del dormitorio de su padre a un sirviente joven jadeando. Había guardado dicho recuerdo en su cabeza. Desde que consiguió la foto de un joven de Berlín era una obsesión.

—Ahora no, por favor. Te llamo en cuanto esté en casa. Quiero hablar seriamente contigo.

Y colgó.

Lo que Maksim más deseaba era que el viaje a Kiev del día siguiente sellara una sagrada alianza entre su madre y Sophia Vasilevna. Maksim se planteaba que el duelo no estaba entre Sophia y Ernesto, sino en su nueva forma de ganarse la vida y de vivir la doble sexualidad. Él había elegido pareja hacía diez años y tenía hijos que educar. Por algo había atado el candado en la baranda de un puente.

Sophia percibía que la batalla no estaba perdida. Deseaba comer sola junto a la mesa donde estuviera Ernesto Usabiaga. Se moría de ganas de saber cómo era al natural; parecía guapo. Por el momento el tema era tabú. Quería recuperar a su marido y mantener a su familia unida. Maksim necesitaría comprensión. Debía aceptar en silencio que su marido era bisexual y, como le había dicho su padre, solo ganaría la batalla si le ofrecía comprensión y estabilidad. Maksim tenía que sentirse el centro del mundo.

Sophia llamó a su marido horas más tarde, en cuanto tuvo ordenadas las ideas.

—Los Drury esperan a nuestros hijos en Devon el día 5 de agosto y no sé cómo lo haremos, pero sí, me apetecen unas vacaciones en la dacha de Crimea todos juntos, con tu madre y con mi padre.

Sophia supo que la propuesta de Maksim era una petición de armisticio.

—Diles que sorprendentemente apareció mi madre, surgida de las catacumbas de la segunda Guerra Mundial, que es mayor y quiere pasar el verano con sus nietos para conocerlos.

Sophia estaba acurrucada en el porche de su casa de Kiev hablando con su marido, que estaba en Uzhgorod con un whisky en la mano mientras su madre dormía y, como tantas veces cuando su mujer le contaba chismes, Maksim escuchaba y ella no paraba de hablar y reír.

El aeropuerto a aquella hora era un hervidero de pasillos y carteles luminosos como en los anuncios que Karin veía en la televisión. La gente iba de aquí para allá, siguiendo flechas e indicaciones como autómatas sin vida. Karin atravesó un corredor eterno cogida del brazo de su hijo. Le preocupaba entorpecer el paso a un barullo que desprendía indiferencia. La amplitud del vestíbulo y los mostradores atiborrados de gente le resultaron aún más amenazadores. A contraluz, por las cristaleras que daban al exterior, le pareció ver cómo un hombre robaba el bolso a una mujer mayor. Como nadie se inmutó, pensó que lo había soñado. Un hombre con un traje negro recogió las maletas y se subieron a un Mercedes.

—Maksim, por favor, llévame a Santa Sophia.

Su hijo, siguiendo sus consejos, había optado por una nueva vida y a ella no le quedaba más remedio que olvidar el pasado y empezar de nuevo. De la vieja, decidió conservar al hombre que siempre estuvo con ella: Ákos Almásy.

—¡Ay, Maksim! Cuanto me muestras de ese mundo contemporáneo tan tuyo me parece un exceso que crece sin control ni creencia y que tampoco da la felicidad.

—Antes de que los sentimientos se marchiten y me transforme en uno de aquellos fósiles del Politburó que tanto odié —se decía Maksim por lo bajo sentado en el jardín de su casa—, antes de que la ambición desmedida selle la visión de mis ojos, he de cortar, he de cortar, he de cortar con las intrigas y los negocios sucios.

—¡Sophia! —gritó Maksim de repente.

Los niños se volvieron y Karin sonrió. Al instante, Sophia intuyó en la mirada de su marido que algo importante le iba a decir. Atravesó el porche y entró en la casa.

Maksim empezó a explicar sus planes.

Sophia no toleró nada de lo que oía y cortó.

—Es imposible predecir adónde vas y no voy a seguirte. Yo no voy a abandonar el mundo de las finanzas ni Kiev ni mis viajes a Londres, ¿me escuchas?

Sophia se puso pálida y se quedó de pie en medio del porche, presa de un ataque de rabia. Maksim quería retirarse de la vida pública, gestionar su talento sin intrigas ni abusos, marcharse de Kiev, vivir en Lviv. Había dejado de creer en las reglas del juego y no quería nuevas concesiones ni prebendas ni tratos con oligarcas ni

políticos, según él, corruptos hasta la náusea. Y para acabar de estropear un futuro holgado, se divertía con un jovencito en Berlín.

Sophia fue a la cocina, subió al piso de arriba, entró en la habitación de sus hijas, bajó las escaleras y salió otra vez al jardín. El hecho de que su suegra, sentada sobre la hierba junto a sus tres hijos, contara cuentos y viejas leyendas mientras daba de comer un pedazo de tarta al más pequeño la tranquilizó.

Sophia no aceptaba una vida ajena a la superación constante en lo profesional. Ella era financiera y seguiría ejerciendo en la capital. Lviv era un pueblo. Y aunque siguiera enamorada de su marido, no estaba dispuesta a tanto, al menos no sin obtener algo a cambio.

Maksim observaba el jardín desde el dormitorio. La cerrazón de su mujer le había impactado. Una vez más se había negado a escucharlo y a tratar de comprender las razones que le habían empujado a tomar esa determinación. La sinrazón de Sophia solo respondía al hecho de que para ella aún no eran lo suficientemente ricos como para soñar despiertos y vivir en el país de las maravillas. Sophia no se cansaba de repetir a sus colegas de la London School of Economics que vivía en un país sin órganos judiciales independientes, con infinitas posibilidades de negocio, y que su marido estaba estupendamente situado.

Maksim seguía de pie en el dormitorio con la visión nublada, pensando que Sophia no iba a renunciar al vértigo de la ganancia a cambio de nada y pensando que no le podía arrebatar aquella dicha a su madre. Acababa de conocer a sus nietos y ya estaban en un extremo del jardín, fascinados alrededor de ella al oír las peripecias de los duendes del bosque. Karin describía grutas maravillosas y mariposas encantadas revoloteando por las montañas de Hungría, donde el rocío era un mar de estalactitas de plata.

Sophia se recostó sobre la hierba para observar, consternada, el embeleso de los niños por la abuela.

Maksim se la quedó mirando un buen rato de espaldas, hasta que avanzó y se colocó tras ella, de pie, dejando descansar sus palmas de las manos en sus hombros, cariñosamente. Maksim sintió un ligero rechazo que duró poco. Luego le acarició los brazos y finalmente le dio un beso en la boca.

Fueron al dormitorio. Él cerró la puerta corredera que daba al porche mediante un empujón seco y desplegó la cortina. La asió con

fuerza y la llevó a la cama. Retozaban desnudos pero ella seguía impávida, dando gritos ahogados. Él abrió el cajón y extrajo el pene de dos puntas que a ella tanto la enloquecía, lo lubrificó con una crema e impuso el juego.

Hicieron el amor con verdadera pasión y sintieron lo que más les gustaba.

Maksim se empleó a fondo.

Los dos tendidos sobre la cama, desnudos, fumaron un par de cigarrillos americanos.

—¿Qué has estado haciendo en Berlín? —susurró ella entre abrazos—, tengo la foto de un joven que conoces bien.

—¡Sophia! No sé cómo conseguiste la foto, pero, que quede claro: yo sigo aquí, contigo, con mis hijos y con mi madre. Te ruego que olvides. Tenía que ocurrirme algo así para que me diera cuenta de lo que realmente me conviene.

Él le acarició el pelo, el cuello, los pechos. Empujó hacia dentro y la embrujó de nuevo. Ella sintió al cosaco de mirada ardiente y corazón salvaje. Esta vez Sophia no pensó más que en el presente.

La familia de Sophia lo había introducido en los círculos del nuevo poder de Ucrania para mantener en alza la soberbia y el poder de los Zsilinszk. Por cada concesión obtenida, él se quedaba el treinta por ciento y su suegro el resto. Ese era el terreno que pisaba, y en su cabeza bullía una nueva estrategia para romper hábitos y crear reglas diferentes. Debía actuar con calma y ganar tiempo hasta que Sophia aceptara el traslado a Lviv, la antigua capital de Galitzia, la ciudad de su familia desde el siglo XVI. Una ciudad sin Estado en la que pensaba emplear su tiempo y su energía en restaurar cuanto pudiera. Pensaba crear espacios para la cultura y la educación de los jóvenes. Necesitaba encontrar las viejas posesiones de la familia y comprarlas. Lviv estaba en Europa y él quería ser europeo viviendo en Ucrania.

Rebecca Weide triunfaba en la capital y quería que la pequeña Inge estudiara allí. Inge Weide, la abuela de Ernesto, había llegado a Berlín en 1928, con un montón de sueños en la maleta, desde Rostock, una ciudad portuaria muy castigada por la Gran Guerra que sobrevivía con crudeza a la feroz depresión económica que siguió a la hiperinflación. Wolfram había hallado la historia de la más joven de las Weide en la correspondencia entre Bertolt Brecht y

Rebecca Weide.

Ernesto, en el avión a Zúrich, seguía las explicaciones de Wolfram encandilado con el libro que le había regalado. Era un libro con muchas fotos de los años treinta y diferentes historias acerca de ambientes emblemáticos de la República de Weimar. En una foto estaba su tía abuela, entre Lotte Lenya y Kurt Weill. En otra, fechada en 1930, Rebecca aparecía abrazada a una chica muy joven con pinta de estudiante en la puerta del Deutsches Theater. No cabía la menor duda, era su abuela. Los dos la miraron con afán.

Para Ernesto, resultaba curioso viajar con un joven alemán que había conocido hacía nada y que le hablaba de su familia europea, extinguida en 1948, como si los hubiese visto anteayer. Inge Weide, su abuela y protagonista, hija del relojero judío más discreto de Rostock y de una bailarina danesa fallecida en 1926. Wolfram sacó una fotografía que llevaba en la cartera: Rebecca e Inge, sin duda era ella, en la puerta de la casa de Suecia, en Eskilstuna.

Mientras viajaban en tren del aeropuerto al centro de Zúrich, llamó Rose desde Berlín. Solicitó a Wolfram un informe sobre el caso. Había decidido presentarlo a un congreso de expertos en memoriales que se iba a celebrar en la Universidad de Princeton. A Ernesto le contó que acababa de localizar al hijo de Andreas Klein en Buenos Aires. Tenía ochenta y un años y se llamaba Siegfried. Rose no le dijo que el caso era tan prometedor como oscuro y que estaba preparando un viaje relámpago a Buenos Aires. Quería entrevistar a Siegfried Klein, un líder neonazi del Cono Sur refugiado en Buenos Aires, que había tenido problemas con la justicia chilena.

Cenando *fondue* de queso en un restaurante tradicional de Zúrich, Wolfram, dicharachero y parlanchín, no paraba de preguntarle sobre la revista que había dirigido y sobre el motivo de su venida a Europa. Parecía fascinado con su historia y tenía ganas de intimar, aunque no realizaba preguntas indiscretas. Con delicadeza, expuso que en sus ratos de ocio no perdía el tiempo en los promiscuos bares de Schöneberg. Ernesto comprendió la insinuación y no pudo evitar cierto rubor. Aquel hombre lo estaba embrujando.

Acabaron de cenar antes de las nueve, aún era de día.

—¿Tomamos algo por ahí? —sugirió Ernesto, achispado.

Wolfram tenía prisa por llegar al hotel.

—He de ordenar papeles. Mañana puede ser un día emocionante.

Al día siguiente, Ernesto iría en tren a Sankt Gallen en busca de la tumba mientras Wolfram, en Zúrich, consultaría archivos de varios registros.

Wolfram no podía conciliar el sueño en la habitación del hotel de Zúrich. Daba vueltas y más vueltas sin concretar el trabajo. Habían bebido vino blanco y su cabeza bailaba. Ernesto estaba en la habitación contigua con el canal de música clásica bastante alto. Eran las diez y media de la noche. Finalmente, Wolfram llamó a la puerta de la habitación de al lado. Abrió Ernesto en calzoncillos; estaba leyendo un libro de Andréyev, regalo de Maksim.

El cuerpo de Ernesto era el de una estatua griega, nada que ver con los torsos musculados de gimnasio que tanto detestaba. Wolfram estuvo a punto de abrazarlo, pero Ernesto se quedó frente a él, tieso como una estaca; casi intimidaba.

—He acabado el trabajo. Te invito a un buen gintonic en el Cabaret Voltaire, que está cerca.

Ernesto se puso de cualquier manera unos vaqueros y una camiseta verde sin decir palabra. Desde que Wolfram, tras la cena temprana, le había dicho que se retiraba a la habitación, estaba deseando que sucediese algo así.

Transitaron por las calles de Zúrich con paso rápido y cosquilleo nervioso. El mítico bar dadá no era gran cosa, un sucedáneo. De las paredes colgaban pinturas, fotos, carteles. Con impaciencia, buscaron el espíritu del dadaísta Hugo Ball, el inventor de las performances y fundador del club. Ni rastro. Solo una gran foto de un Karawane con el cucurucho en la cabeza.

—Parece un cardenal —sostuvo Ernesto con una gran sonrisa. Wolfram se había quedado enganchado con un lienzo dadá o surrealista, podía ser cualquier cosa, quizá fuera una máquina descante. A Ernesto también le interesó el *collage*, pero no hizo comentarios y fue a por unas copas. Brindaron entre aspavientos, tras imaginar a Lenin lanzando arengas y a Tristan Tzara con pajarita bailando sobre las mesas del local, atestado de revolucionarios ebrios de absenta llegados de todos los exilios de Europa.

Dos horas más tarde, se dieron las buenas noches con un abrazo en la habitación de Ernesto pero acabaron durmiendo juntos. La noche fue más cariñosa que sexual, hasta el alba. Entonces llegó el estallido pasional y la corrida.

Si Ernesto no hubiera conocido los nombres que el industrial alemán Alfred Bauer facilitó a Rebecca e Inge para sobrevivir, la misión habría resultado un fracaso. Tras un viaje de más de una hora en un tren de dos pisos, Ernesto llegó a san Sankt Gallen, una ciudad con un centro barroco, una catedral y la inmensa biblioteca de un benedictino. En el ayuntamiento le informaron de que el cementerio no estaba lejos.

Un hombre retorcido y mayor le hizo de guía, y lo primero que salió a relucir fue que las Weide enterradas allí nada tenían que ver con las dos hermanas. Ernesto no sabía qué hacer y llamó a Wolfram, quien le dijo que buscara los nombres falsos de las dos mujeres en un tono dulce.

Fue fácil dar con la tumba de Martha Blume y de Greta Schapper. Rebecca e Inge reposaban en el extremo sur del cementerio Feldhi de Sankt Gallen. En la misma tumba estaba enterrado Alfred Bauer. Ernesto se preguntó por qué en la lápida estaba escrito el nombre real de él, y a ellas, que habían muerto después, les habían grabado el nombre utilizado para escapar de los nazis. ¿Quién podía haber hecho algo así? Cuando Wolfram se enteró por teléfono estaba más confundido que Ernesto, pues, por lógica, habría tenido que ser a la inversa. El que se había hecho pasar por muerto era Bauer, cuando quiso desaparecer de Alemania antes de la derrota de Hitler. Y en declaraciones a la prensa suiza, acabada la guerra, usó el nombre falso, y no el verdadero, por temor a los muchos nazis que se refugiaron en la zona.

Una zíngara con una trenza gorda y muy larga le lanzó por entre las tumbas una retahíla de palabras que Ernesto aceptó en silencio. Llevaba un cesto de flores que apoyó en la tierra y escondió bajo su falda, que llegaba al suelo. Con sus manos rugosas hurgó en la palma derecha de Ernesto. En un alemán muy pobre le leyó la mano. Vivir en diferentes lugares y tener un amor muy largo fue el dictamen del destino. Ernesto le compró las flores. Hacía mucho sol, las montañas blancas del fondo transformaban el cementerio en un lugar de acogida. Cuando Ernesto depositó las flores sobre la piedra

labrada, la gitana cantó una canción y Ernesto le dio una buena propina por el improvisado responso.

La estancia en Suiza se prolongó durante cinco días. Ernesto y Wolfram no se separaron ni un instante. En Berna, entrevistaron a un notario que recordaba con exactitud el caso por la excentricidad de los personajes; en Constanza hallaron los certificados que Wolfram deseaba llevar a Rose; a Wittenbach y Sankt Gallen se acercaron juntos con intención de verificar algunos datos y, si todo salía a pedir de boca, estudiar el lugar donde se habían ocultado las hermanas Weide y donde probablemente había nacido Eva.

Wolfram estaba animado. En el certificado de defunción de Inge Weide constaba su nombre verdadero. También encontraron la partida de nacimiento de Eva Weide y el documento notarial donde Inge Weide otorgaba la custodia de su hija a Andreas Klein.

La casa de Alfred Bauer y Rebecca Weide estaba a pocos kilómetros de Sankt Gallen en Wittenbach. Por desgracia, los últimos propietarios la habían remodelado, eran gente esquiva y solo les permitieron cruzar la valla y merodear por el jardín. Era amplia y dominaba el valle sobre una colina. Fue un regalo de Alfred Bauer a Rebecca en 1942. Y esta lo dejó en herencia a Inge Weide en 1947. Wolfram movilizó a más contactos en Zúrich y en Berna, y la respuesta no se hizo esperar: los bienes de Alfred Bauer seguían congelados en un banco familiar en el cantón de Schwiz desde 1946.

Estaba claro. Helga Goldstein, en Berlín, no creyó posible que Ernesto Usabiaga fuese sobrino de Rebecca Weide. La prueba de ADN así lo sugería, aunque la solicitud nunca llegara a manos de Ernesto.

Pero el descubrimiento más desconcertante fue averiguar que la madre de Ernesto había obtenido en 1993 el título de propiedad del chalet, tras un papeleo gestionado de forma discreta por los abogados de las monjas del orfanato, capitaneados por sor Inés. Eva Weide lo había vendido en 1994, cuando viajó a Europa con Herminia Wojkiewicz. La persona que testificó la identidad de Eva Ramírez como Eva Weide fue Siegfried Klein, el hijo del hombre que había dejado a la madre de Ernesto en un orfanato en 1948 y que tanto impresionó al notario de Berna. Sor Inés testificó a través de un escribano de Santiago la historia de la niña que trajo Andreas

Klein. Siegfried Klein cobró el sesenta por ciento del valor de la venta en un banco local.

Los nombres de las lápidas habían sido cambiados en 1995 por alguna mano invisible no autorizada. Ernesto rellenó el papeleo para corregir el cambio, mientras Wolfram dibujaba en su cabeza ciertas deducciones que debía contrastar con Rose. Estaba claro que en Suiza existía una fortuna a la espera de litigio.

El último día, Ernesto recibió de buena mañana un mensaje de Maksim, que abrió en el lavabo de una gasolinera horas después. Este le anunciaba el retraso de su viaje a Berlín debido a su madre, recién instalada en la casa de Kiev, enloquecida de amor por los nietos. Ernesto no respondió y hasta festejó la noticia.

Mientras permanecían sentados en el aeropuerto para subir al avión de Berlín, Wolfram hablaba de los Weide de forma ordenada. Ernesto sentía por dentro un optimismo novedoso que tenía menos que ver con el pasado de su abuela que con su estancia en Suiza junto a Wolfram. La última noche, Wolfram y Ernesto hablaron de hacer planes en Berlín. Wolfram aún desconocía esa parte, tan importante, de su vida relacionada con Maksim.

Había detenido el Mercedes en un lugar salvaje de la ribera del Dniéper, a escasos kilómetros de Kiev, y se preguntaba en qué consistía el alma eslava. ¿Quiénes eran los nuevos arcángeles y quiénes los demonios? Luces y sombras. Había aparcado bajo los fresnos, se había echado sobre la maleza, con una lata de cerveza en la mano. El tiempo y el espacio exterior parecían detenidos. Maksim cerraba un capítulo de su vida que había empezado el primero de año. Sus dudas se habían despejado por necesidad. Había decidido vivir en Lviv, recuperar las tierras de sus antepasados y trabajar en equipo con los jóvenes inquietos de la ciudad a través de una fundación en favor del pensamiento humanista y de la innovación tecnológica de la Galitzia ucraniana. Sabía que su pretensión era una quimera, la corrupción del sistema lo impediría, sería absorbido por los trámites y las imposibilidades. Concentró la mirada en una rama cargada de hojas que apenas se movían; no corría el viento del río. Las hojas más o menos brillantes lo transportaron a los silencios paternos, que se sostenían en un equilibrio imposible entre la revolución y la patria. Sin embargo, le había enseñado a montar a caballo, a manejar el sable y el látigo y a hacer virguerías con el

trineo. Su padre fue un hombre del viejo mundo. Apareció un cuervo entre las ramas. En cuanto Maksim lo vio, el cuervo desparejado inició una sesión de acrobacia aérea en el cielo. Sophia se había aburguesado. Solo quería dinero y un interés elevado. Se puso en pie y miró al pájaro tras arrojar la lata de cerveza al suelo. Un marido rebelde y bisexual no era válido, e impondría su criterio. Maksim empezaba a barajar la posibilidad de un traslado a Lviv en solitario.

Faltaba una hora para el encuentro con el general Shevchenko. Sí pensó en la muerte como un silencio hosco e impune cuando varios cuervos revolotearon sobre su cabeza.

El nerviosismo del general Shevchenko era patente. Desde la tarde anterior le había cambiado el lugar de la cita en un par de ocasiones. A las tres en punto, Maksim arrancó el coche y se dirigió a una concurrida gasolinera en la carretera de Zhitomir. Aparcó entre camiones y fue caminando a un hotel que estaba al lado. Entró por la puerta trasera y, a través de la escalera de servicio, accedió a la habitación 202.

—Repasemos los hechos desde el principio —le dijo Shevchenko con el rostro crispado—. ¿Cuándo y dónde conseguiste la información?

—De un laboratorio noruego. Un nuevo tipo de prospección marina. Fue el 3 de julio a través de mi contacto habitual.

—¿Te la entregó en mano?

—Sí, en el aeropuerto de Oslo. Ese mismo día volé a Berlín. A media tarde se la pasé a Stanislav en una habitación del Hyatt de Potsdamer Platz para que la procesara y creara el disco duro. No sé si lo hizo en Berlín o en Kiev. El 8 de julio, tal como estaba previsto, entregó el material al intermediario. La entrega se hizo con normalidad en un callejón de Mitte, a las diez de la noche.

—Perdonarás que te haga este tipo de preguntas, pero se han escuchado tantas versiones…, y la tuya es la única que me creeré.

—Nada me llamó la atención y, por supuesto, tomé las precauciones recomendadas. El enlace era el adecuado; confirmó y no hubo ningún problema en el lugar del pase.

—¿Telefoneaste a Zidadi anunciándole nuevo material?

—Stanislav me dijo que estaba todo en orden y que él se encargaría de hacerlo. Necesariamente debía acudir a Bakú para la

descodificación. —De pronto, Maksim soltó—: Basta de comedia: ¿quién dio la orden de interceptar el paquete en el Esch? —Lo directo de la pregunta desveló la situación, y el general no tuvo más remedio que elevar el tono.

—Rodchenko pensaba que además de la oficial pasabas otro tipo de material y quería una excusa para meterte en prisión, por el asunto cosaco, que le preocupa. La orden la dio Rodchenko sin mi consentimiento. Tras investigar la memoria de música, Rodchenko me pidió disculpas.

Maksim empezaba a dibujar un mapa completo de los hechos que supo guardarse para sí. Y daba gracias al arcángel: Shevchenko seguía sin saber que él adjuntaba otro tipo de información a la oficial, lo que confirmaba que ni el presidente ni su amigo azerí, Zaur Vidadi, lo habían traicionado.

—¿Conoces a Elmur Hajiyev? —preguntó Maksim con curiosidad.

—¿Tu exsocio en Bakú?

—Sí. El mismo. Afortunadamente ya no tengo tratos con él. Ya te lo dije: me he retirado del Caspio.

—¿Por qué me preguntas por Hajiyev? —Shevchenko se levantó del asiento y fue hasta la pequeña nevera, malhumorado—. No, nunca lo he visto. Hace menos de un mes me llamó por teléfono para comunicarme la subida de aranceles del gas de Azerbaiyán que llega a Odesa desde el puerto georgiano de Poti. Afortunadamente, Hajiyev es amigo de Rodchenko, y él trató de amortiguar la escalada de precios por transporte. El resultado está por ver.

—¿Aún te fías de Rodchenko?

—Sí, claro. ¿La pregunta es inocente?

—En nuestro país nada es inocente. Pero, dime, ¿quién ha asesinado a Zidadi y a Stanislav?

—Aún no lo sabemos. Los rusos y Rodchenko sostienen que los ideólogos del crimen han sido las petroleras occidentales, pero por la forma en que lo han hecho yo pienso que es una venganza interna entre clanes mañosos del Cáucaso.

Al comprobar la sinceridad de Shevchenko, Maksim prosiguió.

—Permíteme una suposición. El asesino de Bakú podría ser Hajiyev, con la aquiescencia de los servicios secretos rusos y de algún magnate kazajo.

Tras las palabras de Maksim sobrevino un silencio sepulcral. Shevchenko, uno de los jefes más activos de la seguridad ucraniana, no podía ignorar tanto de un asunto que le concernía más que a él mismo. Pero Maksim guardó un silencio prudente.

—¡Hajiyev con un kazajo! ¿Qué kazajo?

Shevchenko emitió un suspiro hondo y sonoro.

—Azerbaiyán sabe explotar muy bien sus recursos, y Bakú es la capital del Caspio, pero ¿dónde está la riqueza? En Kazajstán, en Turkmenistán —aseveró Maksim—. Y quienes controlan sus recursos pactan los asuntos más escabrosos con unos; al cabo de poco se desdicen y pactan lo contrario con otros.

Los mofletes de Shevchenko parecían carne viva; había bebido varios vasos de vodka y respiraba con dificultad. Maksim se bebió el primero de un sorbo:

—En el Caspio todos están con todos y a la vez todos van contra todos; unos y otros se intoxican con informaciones engañosas y falsas promesas, conozco el patio. Y para colmo son más enrevesados que los eslavos. También pienso que el futuro está en Kazajstán, por su inmensa riqueza mineral.

Shevchenko no mantenía ninguna relación con Hajiyev, de acuerdo, pero ¿y con el kazajo Aliser Daulbáyev?

—Me interesa mucho un magnate kazajo. Cada semana me envía interesantes datos económicos por email a través de un centro de estudios. Es uno de los hombres más poderosos de Kazajstán y está en sintonía con los rusos.

Maksim necesitaba sacar a relucir el nombre del kazajo y Shevchenko seguía trastornado por la información que le había sugerido.

—¿Quién es? —preguntó Shevchenko.

—Aliser Daulbáyev.

—¡Un hombre profundamente desagradable! ¡Lo detesto! —Shevchenko estaba indignado y no supo retenerse—. Iúrich averiguó ayer que Stanislav trabajaba para este kazajo desde mucho antes de que empezara a hacerlo con nosotros.

El golpe había surtido efecto y Shevchenko había cantado lo que Maksim esperaba oír.

Las piezas encajaban. Necesitaba encontrarse urgentemente con su contacto del Mossad para recomponer los hechos y salvar la

torpeza de los servicios secretos ucranianos. Antes debía dar instrucciones a los delegados de sus oficinas de Berlín y Kiev. Pensaba ceder responsabilidad a su hombre en la capital alemana, un germano a quien pensaba trasladar a Frankfurt para que desde allí dirigiera sus negocios, a menos que Sophia Vasilevna diera un giro copernicano y quisiese vivir con él en Lviv. Maksim estaba decidido a tolerar los caprichos financieros de su esposa y vivir independientemente.

Condujo el coche hasta la Duma. Quedaba poco más de una hora para el anochecer. El sol caía y volvió al puente con la idea de ver si el candado seguía allí. En cuanto lo vio, telefoneó a Sophia para que se acercara. Sophia Vasilevna era inteligente y finalmente aceptaría vivir en Lviv si él le prometía fidelidad. Se echó en la hierba y cerró los ojos. Un grupo de mujeres tenía un aparato en el suelo donde sonaba música de Moskaur Männerchor, un bajo ortodoxo de mucho prestigio. Con emoción, escuchó la voz grave del místico mientras agarraba la cruz con la mano izquierda en el bolsillo. La voz llegaba a sus pulmones. Aquellos cánticos rituales eran un exorcismo contra la tentación del diablo. Maksim recordó con horror la expresión de placer de la cuidadora del parvulario, cuando él tenía seis años y la maestra lo encerró en un trastero maloliente con cientos de avispas para que lo picaran por no recitar correctamente unas frases de Lenin.

Sophia llegó acalorada. Su marido la cogió del brazo y la llevó hasta el puente para mostrarle el candado atado a un barrote. Maksim le contó la historia. A ella el precipicio le daba vértigo; un escalofrío sostenido se instaló en su cuerpo y tuvo que agarrarse fuerte a su marido. A continuación, él la condujo hasta un lugar separado del parque, envuelto de vegetación. Y allí mismo le hizo el amor sin quitarse la ropa.

Viajaba en coche con su madre, con sus hijos y con el chófer a la dacha de Hurzuf, no lejos de Yalta. Sophia y Vasili llegarían en avión tres días después; así les daban tiempo para perderse por las ciudades que bordeaban el Dniéper y de las que Karin había leído en libros de viejas historias y leyendas.

Cuando los Kazantev Krynovi se detuvieron en Zaporozhia, Ernesto atravesaba medio Berlín en bicicleta. Pedaleó durante casi una hora. Llegó a Walter Benjamin Platz, una plaza racionalista,

cerrada y sin coches en el centro del Berlín burgués superviviente. Detestaba las palomas y las fuentes con verdín. Wolfram lo había citado mediante un mensaje de texto en una de las terrazas para luego ir a un cine o al teatro, pero había tardado media hora menos de lo previsto y, tras dar un vistazo, se sentó bajo una sombrilla y llamó al camarero. Quería un *bourbon*. Se puso a leer una copia de la crónica mapuche que había escrito para el periódico sueco. Mientras corregía el texto por última vez, sintió un ruido molesto. La sensación le hizo volver la cabeza con parsimonia, pero no descubrió más que gente apaciblemente sentada a su alrededor. Un viejo con la barba muy larga escribía en un cuaderno menudo; un matrimonio de mediana edad brindaba con una jarra de cerveza inmensa en la mano; unas chicas risueñas comentaban entre ellas, y una guapaza bien vestida lo observaba con descaro. Con gafas oscuras y un cigarrillo mentolado de color marrón, largo y estrecho, en la boca, la mujer leía el *Berliner*. Las malditas palomas revoloteaban cerca; una anciana les daba de comer un poco más allá. Las palomas lo habían perturbado.

Wolfram llegó con noticias frescas. Antes le dio un beso liviano en la boca entre risitas de enamorado. Estuvieron medio abrazados entre carantoñas durante un buen rato.

—¡*Bourbon* a estas horas! Yo también quiero. Wolfram estaba de muy buen humor.

—Hace tres días que Rose se ha ido a Buenos Aires. Siegfried Klein se está muriendo en un hospital. Rose pretende arrancarle información. Veremos qué saca.

Ernesto ya se había enterado por Leonard.

—Mi crónica ha gustado. La van a traducir al sueco y al danés.

Diez minutos más tarde decidieron ir al cine.

—¿Por qué crees que Rose me ayuda tanto?

—Cuando me propuso el caso solo me comentó que era muy sugerente y que teníamos que actuar muy rápido para que los judíos no interfirieran si había dinero de por medio. No equivocó el diagnóstico.

—Dime la verdad, ¿te buscó antes o después de la entrevista con Helga Goldstein?

La mueca de Wolfram mostró desagrado.

—Me llamó por el móvil, creo que a los diez minutos de salir de

la reunión. Me la comentó como algo muy reciente. No sé qué te perturba.

—¿Crees que los israelíes pedirán mi
ADN
?

—Depende de la cantidad en juego. Aún sabemos poco.

—Lo siento, a veces soy un poco bruto.

Se levantaron y fueron al cine cogidos del brazo.

18

Nunca había estado en Buenos Aires. Hacía bastante frío y el viento molestaba. Regresó del hospital en taxi y antes de encerrarse en la habitación decidió caminar por Arenales, la calle de edificios burgueses donde se encontraba el hotel, algo abatida, aunque con la sensación de estar en una espléndida ciudad europea.

Cuando recibió la llamada estaba ya en el hotel, a punto de meterse en la cama. El cambio de hora la tenía desconcertada. Era la enfermera que atendía a Siegfried Klein con quien Rose había intimado durante las horas interminables en que este no abrió la boca. Según la enfermera, la medicación lo mantenía con vida, el diagnóstico era malo y se enteraba de muy poco.

—El señor Klein en su delirio está llamando a Eva y al nuevo Führer —le comunicó la enfermera—. Venga lo más rápido que pueda. Voy a tener que administrarle una dosis alta de sedante y lo más probable es que no vuelva a la conciencia.

Rose se vistió deprisa y pidió un taxi al conserje.

Sus carrillos chupados y los pómulos de las mejillas hundidos expresaban la gravedad de su estado. La enfermera arregló la cama, lo desentubó y lo recostó un poco.

—Media hora, no puedo darle más tiempo. Le he suministrado un medicamento que quizá le despeje algo. Ahora está consciente.

Rose le acarició los brazos dulcemente y se lo quedó mirando a los ojos tratando de transmitir fortaleza. Luego tatareó el *Horst Wessel Lied*, el himno de los nazis alemanes. Siegfried pareció revivir por un instante, aunque enseguida sus ojos volvieron a

apagarse. Ella siguió cantando, horrorizada por lo que hacía pero segura de ello.

—¿Ha nacido ya?

Fue un susurro casi imperceptible.

—Por fin, sí —respondió Rose contundentemente sin saber muy bien por qué.

—El látigo y las sustancias del balneario Zhaisser fueron la simiente.

Su voz fue menos apagada.

—¿Dónde está la carta de Inge? El nuevo Führer me la ha pedido.

La pregunta de Rose le hizo mover las piernas.

—Rota. Todo al fuego. Eva no es Weide, Rebecca fue de un amigo de mi padre, Inge estaba muy enferma y Eva es Braun y es mía. Yací con ella una y mil veces. Experimenté con su cuerpo. Le apliqué las corrientes. Me ama y me amará siempre.

Se quedó unos segundos en blanco. Rose no se inmutó. El pulso se le aceleró y las gotas de sudor cubrieron su frente.

—Dile al nuevo Führer que mate al hijo grande. Zhaisser lo juzgó en la cordillera. Es un converso.

El moribundo pareció desvanecerse, de su boca manó un líquido viscoso. Rose siguió tarareando la canción a la vez que le secaba la barbilla con la punta de la sábana. Segundos después, él se recobró, incluso movió la cabeza para percibirla mejor. Los jadeos de la respiración eran intensos.

Rose llevaba una boina inclinada de color violeta en la cabeza. A Siegfried le gustó.

—¿Por qué el nuevo Führer ha de ejecutar al hijo de Eva Braun? Seguro que él me lo preguntará. —Luego se arriesgó a añadir—: Eva es su madre y él lo quiere saber todo.

—Ejjj… Placer, dolor, yo la manipulé para que alumbrara al nuevo genio. Durante años la cubrí en el balneario de Zhaisser. Y al falso marido yo lo esperaba en la puerta para matarlo, pero el cerdo de Usabiaga huyó. Hoy el nuevo Führer debe ahorcar a quien jamás debió ser alumbrado. Hay que quemar la casa degenerada. Cuando yo traté de hacerlo, el padre la apagó y luego no pude regresar a Chileland. Yo iba al balneario de Zhaisser y ella venía suplicante con una amiga.

Casi no lo oía. Rose tuvo que ponerse muy cerca para entenderlo. Olía mal.

El hombre se atragantó. La enfermera no entendía el alemán e hizo un gesto a Rose. Inmediatamente ella se apartó un par de metros de la cama.

Siegfried alzó la mano. Rose, ante la estupefacción de otra mujer que estaba en la cama vecina, alzó el brazo y solo dijo:

—*¡Heil!*

El hombre la estaba mirando y de su ojo izquierdo brotó una lágrima. Rose se aproximó de nuevo.

Siegfried Klein sacó más líquido por la boca y la enfermera empujó a Rose hacia la puerta:

—Es hora de irse. Este hombre puede fallecer esta misma noche.

Rose estaba agotada. Se sentó en la salita de espera y anotó lo que había escuchado, pues no podía olvidar nada. Los jadeos y la respiración de Siegfried contaban tanto como las palabras, aunque hubiesen sido casi imperceptibles. A continuación llamó a una colega de la universidad de Chile. Le pidió que investigara el balneario Zhaisser o el caso Zhaisser o la casa Zhaisser o de Zhaisser. Con toda probabilidad se encontraba en la cordillera argentina, aunque no se debía excluir la chilena. Siegfried Klein huyó de Chile para evitar el cumplimiento de una condena y se había refugiado en un círculo pronazi de Buenos Aires. Los nazis en activo eran muchos, como Rose temió desde el principio. Por eso los israelíes estaban al acecho. Pero la sospecha de Helga Goldstein y su organización resultaba cómica. Ernesto no era cómplice de nada y buscaba a su abuela alemana solo por romanticismo.

Sophia Vasilevna llegó con su padre a la dacha de Hurzuf poco antes que Maksim, Karin y los niños. Estaba mucho más sosegada por el secreto que compartía con Vasili Sérgéyevich. Había permanecido veinticuatro horas en Berlín y había visto a Ernesto Usabiaga. Un detective contratado por su padre la llevó a un bar con sombrillas verdes en una plaza moderna. En un primer momento, Ernesto le pareció imbatible; era guapo y desprendía inteligencia. Luego presenció una escena que la perturbó: Ernesto estaba con otro joven.

Desde la gran dacha de dos plantas y grandes ventanales se veía el mar. Karin estaba emocionada, pues nunca lo había visto y no

cesaba de hacer aspavientos hasta que Sophia la llevó en coche a la orilla. Vasi no se separaba de Karin y fue con ellas. La mujer de Maksim veía a su suegra con otros ojos; poco a poco, sus reticencias, prevenciones y barreras frente a ella, sus celos, habían ido cayendo, y ahora estaba encantada con aquella mujer que se iba transformando en la «nona de todos». La primera noche cenaron juntos mayores y pequeños en el porche, cubierto de jazmín y buganvilla roja.

En el dormitorio, Sophia no quiso ser hipócrita ni se fue por la tangente. Hizo jurar a Maksim de entrada, entre caricias amorosas, que nunca más se acostaría con el muchacho de Berlín. Él le respondió que no hacía falta que se lo pidiera. Ella le dijo que se plantearía lo de vivir en Lviv siempre y cuando no se cerrara la casa de Kiev. Maksim le suplicó otro esfuerzo: que comprendiera el alma de los ucranianos de Occidente. Lo hizo en un tono cautivador. También le explicó cuanto sabía acerca del tesoro de la familia Krynovi enterrado en una montaña adonde tratarían de viajar a finales de agosto. Ella no pudo evitar confesarle que Karin Krynovi, superado el primer trago, le desataba una pulsión de simpatía por el cariño con que trataba a los niños. Sophia había detectado que la relación con Maksim necesitaba un nuevo compromiso.

Cuando cuatro días más tarde Maksim partió a Bakú, Kiev, Wroclaw y Berlín para cerrar asuntos y verificar una importante información, Sophia, los niños, Karin y Vasili fueron de excursión a las montañas de Ay-Petri, a las cascadas y a un palacio que se llamaba Cuento de Hadas de Crimea.

Zaur Vidadi había dejado a su esposa una nota para Maksim: «Desconfía de Elmur Hajiyev, trabaja para otro desde el corazón de Presidencia. Yo desaparezco hasta finales de septiembre».

Maksim averiguó en Bakú que Zaur Vidadi había llegado a saber que la información de los pozos iba a parar a Rusia o a Irán a través de Elmur Hajiyev, pero no que Stanislav Bromsky trabajara para el kazajo Aliser Daulbáyev. Pero ¿por qué lo habían matado? Lo más probable fuera que Hajiyev hubiese decidido liquidarlos a ambos para evitar que pudieran comprometerlo a causa de lo mucho que sabían sobre él.

En Kiev, Maksim siguió indagando. Rodchenko no era un maleante, aunque sí un militar estúpido que se creía el gran

salvador de la patria. Su pretensión de lograr una comunicación fluida con Daulbáyev y Hajiyev en busca de beneficios para Ucrania acabó en un desaguisado de consecuencias incalculables. Los financieros que controlaban Kazajstán y Azerbaiyán apoyaban a la madre Rusia y nunca se alinearían con Ucrania. Por su parte, Iván supo, y se lo dijo a Maksim, que Stanislav había resultado un tapado de Daulbáyev, quien lo vendió a Rodchenko, y este lo impuso a quienes movían los hilos del organigrama técnico del departamento militar de los servicios secretos de la República de Ucrania.

La imprudencia de Rodchenko había resultado letal para la misión Taras Bulba.

Retomando retazos de aquí y de allá, había reconstruido unos hechos que tenían algo de finiquito. Los rusos habían pactado con Hajiyev y Daulbáyev el envío de información nuclear a Irán. Pensaron que la mejor manera de transportarla sin levantar sospechas occidentales era a través del envío de Maksim, cuyas características y periodicidad conocían por un doble agente británico, vinculado a un agente ruso de Berlín. Por eso, muchos le habían aconsejado abandonar la ciudad. El agente ruso de Berlín era más que temible y usaba agentes sexuales para infiltrarse en cualquier vida.

Aprovechando el envío del 8 de julio, los servicios secretos rusos o kazajos, no estaba seguro, hicieron el cambio de la información militar en Mánchester, creyendo que llegaría a Bakú con normalidad. Un topo en la presidencia azerí se lo pasaría a Hajiyev.

Nada de lo esperado pudo suceder a causa de la interferencia ordenada por Rodchenko en busca de pruebas para derribar a Maksim Kazantev. Rodchenko quería acabar con la influencia que este ejercía sobre el presidente en temas de energía. Cuando comprobó que el lápiz de memoria con música electrónica no ocultaba nada, Rodchenko se disculpó ante Shevchenko pero no informó a Hajiyev y Daulbáyev de que el paquete había sido interferido por la sección de los servicios secretos que él dirigía. Lo cual probaba que Rodchenko no era cómplice. Hajiyev y Daulbáyev creyeron que la información había sido robada en Berlín por agentes de Estados Unidos.

Así reflexionaba Maksim en una terraza del Rynek de Wroclaw.

Nunca había estado en la capital de Silesia, por tanto no conocía la gran plaza del ayuntamiento, que resultaba una delicia estética a cualquier hora. El paisaje le suscitó serenidad, y los acontecimientos que ya no le atormentaban. Las intrigas de los servicios secretos y los hilos de la corrupción resultaban inabordables y minaban cualquier Estado.

Admiraba los perfiles de los tejados de las casas renacentistas y barrocas de dos pisos y se quedó embobado con las chicas que reían sin cesar en la mesa de al lado. Estaba en la Baja Silesia a causa de una información. El agente Eben, del Mossad, le había pasado un nombre y una dirección. El primo mayor de Karin Krynovi seguía con vida bajo una identidad falsa. Figuraba en los registros polacos con el nombre de Jósef Wolynski. Tenía noventa y un años y vivía en el número 28 de Wojska Polskiego, en Jelenia Gora. Si Wroclaw se llamó Breslau, Jelenia Gora fue la Hirschberg alemana hasta 1945.

Maksim decidió silenciar el hecho a la familia hasta conocer personalmente a Jósef Wolynski y verificar el hecho. La noche del sábado, Maksim había dormido en Wroclaw y se dirigía, expectante, a la pequeña ciudad de Silesia, justo en la frontera con Chequia, en plenos Sudetes polacos.

Según la información recibida, Jósef Wolynski era muy respetado en su ciudad, aunque desde que vivía allí no había pronunciado más de veinte palabras seguidas en la calle. Era tan hermético como bondadoso, nunca se metía con nadie y cantaba en la iglesia ortodoxa de San Pedro y San Pablo desde 1955. Profesor de matemáticas de Jelenia Gora desde los años cincuenta hasta su retiro, era un hombre robusto con una paciencia infinita. Una bomba, en la guerra, le había inutilizado sus partes y vivía solo en uno de los parajes más bellos de Polonia. Maksim desconocía esa tierra y manejaba el volante, expectante, por una carretera bajo la sombra de unos arces muy tiesos.

Maksim, en contraprestación por la información de Eben, le había puesto al corriente: lo que buscaba estaba en un apartado de correos. Lo citó en Berlín, donde le entregaría la llave y le diría el lugar. También le aclaró que Shevchenko no estaba en el asunto y que Hajiyev, ayudado por rusos y kazajos, había neutralizado la posibilidad de la construcción inmediata de un gasoducto entre

Tblisi y Poti que había obtenido Zaur Vidadi antes de morir. Zaur Vidadi no había sido un traidor. Esta información se la pasó a Maksim el presidente de la república ucraniana poco antes de viajar a Polonia y Alemania.

Jelenia Gora era una ciudad extremadamente alargada, con dos centros urbanos de gran valor arquitectónico separados entre sí por cuatro kilómetros. Mientras trataba de comprender una guía en polaco recibió una llamada inesperada. Era Iván Iúrich. Maksim estaba sentado en la plaza del mercado picando unas aceitunas con una buena jarra de cerveza polaca.

—La cosa está que arde por las elecciones; hay rumores de todo tipo. Temo que utilicen lo de la Operación Taras Bulba. Ve con cuidado.

Maksim se quedó callado. Iúrich acabó diciendo lo que este deseaba oír.

—He hecho lo que querías. He destruido el dosier de Ernesto Usabiaga. El asunto puede enredarse y el muchacho no tiene por qué salir a escena. Eso sí, dile que jamás hable de esto con nadie.

Maksim fue parco en palabras y quedaron en que se llamarían más tarde. Tras colgar, se levantó con la vista puesta en llegar cuanto antes a la dirección que llevaba anotada. No sabía lo que podía encontrar. La puerta de madera noble estaba completamente despintada. Llamó por un interfono escacharrado, lleno de cables. Tras medio minuto se escuchó un crac y el portal se abrió más de un palmo. La portería era una cueva desconchada con una bombilla muy leve.

Salió de la casa completamente impresionado y con la foto que Maksim había hecho a otra foto en la que salía una pareja armada, muy bien colocada en el salón de Jósef Wolynski. El paralítico efectivamente era primo de su madre. Decidió no comentar la noticia a la familia hasta después del reencuentro con Ernesto Usabiaga.

La actividad que más satisfacía a Vasili Sérgéyevich Zsilinszk en la dacha de Hurzuf era pescar con caña profesional en la orilla del mar Negro al atardecer. La costa de la bahía era accidentada. Vasili, años atrás, descubrió un recodo del acantilado donde nunca había gente. Aquel año, la aparición de Karin Krynovi alteraba las costumbres y nada iba a ser rutinario. Vasili tenía como invitada a

una superviviente.

A este le encantaba el paseo matinal con Karin Krynovi. Habían descubierto un camino bastante plano entre tanto monte y montaña. A ella le fascinaban los bosques de pinos y cipreses con el mar como horizonte por lo diferentes que eran de los de Uzhgorod y Miskolc. Solían sentarse en un muro de piedra a disfrutar de la brisa hasta que iniciaban una conversación entre recuerdos y fantasías. Vasili intentaba hablar de la guerra y de la revolución; Karin siempre evitaba las respuestas del pasado, solo hablaba acerca de las nefastas consecuencias de la invasión soviética de Hungría en 1956. Karin se consideraba medio húngara, y hablaba con pasión de sus años húngaros y de la biblioteca de Miskolc que había compartido con Ákos Almásy. Por el contrario, Vasili, aunque no lo reconociese, se consideraba más ruso que ucraniano, pues su familia siempre había servido al imperio, a lo que añadía una fuerte influencia anglosajona por la cantidad de años vividos en Londres. El padre de Sophia no consiguió de Karin la conversación que pretendía sobre los años de la revolución bolchevique.

Karin y Sophia pasaron las primeras tardes charlando mientras los niños jugaban en la arena. El quinto día, Sophia le preguntó por las muertes violentas de su familia en tiempos de la guerra civil.

—Todo lo que tenía que recordar ya fue recordado. Sabes bien lo que yo te conté, pero nunca más quiero volver a ello.

—Tengo algo que decirte. Algo que mi padre quiere que sepas. Ninguno de nosotros es culpable de aquello, solo somos descendientes del responsable. Antes de borrar definitivamente ciertos hechos, hay que reconocer equivocaciones para que jamás regresen.

—Algunos de nosotros hemos vivido experiencias atroces; leer o recordarlo solo sirve a la persona. El ser humano olvida la lección y a las dos o tres generaciones repite los mismos errores, siempre se inventa un enemigo al que odiar. Un enemigo responsable de todo lo malo, y que nos exonera de nuestros propios errores. Recordé para que jamás me arrastre la venganza.

Las dos mujeres permanecieron calladas, escuchando el batir de las olas confiadas.

—Ojalá en todas las familias ocurriera algo parecido —afirmó Sophia sin dejar de mirar el horizonte.

Los niños habían construido un gran castillo de arena con otros niños. Vasi, el más menudo, levantó la mano para reclamar atención.

No hubo manera.

—En 1920, tras vencer a los polacos invasores, las tropas bolcheviques apresaron a un atamán de Galitzia que había luchado con los polacos y lo llevaron a Kiev. —Sophia irradiaba un halo de serenidad tras haberse atrevido—. Mi bisabuelo, Nikolay Korovin, era el jefe de la Checa. Él fue quien ordenó la ejecución de tu abuelo, Igor Krynovi, atamán de Galitzia.

Karin Krynovi, pese a los años y los avatares, era una mujer noble. Un leve tono azulado en su cabello blanco despejaba la belleza de un rostro tantos años retenido en la pobreza. Sabía cantar. Improvisaba cuentos y leyendas a los que ponía música y que ahora cantaba a sus nietos. En aquella ocasión, cantó para la mujer de su hijo una canción popular húngara en memoria de los difuntos masacrados.

Sophia Vasilevna se levantó de la mesa y le dio un beso en la mejilla. Los supervivientes de dos familias enfrentadas se habían unido y tenían descendencia común.

Vasi llegó corriendo de la arena con unas conchas vacías muy blancas en la mano que regaló a la abuela.

Rose Hofmannsthal llegó a Berlín el viernes sobrecogida tras su corto viaje a Buenos Aires. Siegfried Klein se moría de cáncer de huesos en un hospital y no tenía hijos. La historia era de lo más truculenta. Necesitaba unas horas para afrontarla y no quería ver a nadie. Sin abrir las maletas, desconectó los teléfonos, se dio un baño y se tragó un orfidal. Estaba extenuada.

Wolfram ya tenía llave de casa de Jürgen y abrió sin llamar tras pasar parte de la mañana con Rose, a quien había explicado su relación con Ernesto. Este, de pie en el pasillo, hablaba por teléfono con Herminia, pero la amiga de su madre estaba tan rabiosa que él no entendía nada de lo que le decía. Más que hablar gemía.

—Pero ¿cómo se encuentra mi mamá? —preguntaba una y otra vez, rascándose la cabeza, acosado por la preocupación.

—¿Eva?; está más ida que nunca —produjo un hipo ruidoso y cortó la comunicación.

Ernesto tuvo la sensación de que Herminia no le había dicho el

verdadero motivo de la llamada. Solo entendió que hacía casi una semana que estaban de vuelta en Santiago.

Wolfram le dio un beso en la mejilla; traía noticias.

Ernesto se sentó en el sofá del salón y le hizo un gesto para que se sentara junto a él. Wolfram le cogió la mano y lo miró a los ojos con ternura. El chileno era fino en sus percepciones y se estremeció.

—He de contarte algo que te va a afectar. Y mucho.

—Suéltalo, pero no me dejes. Ya te dije que no quiero secretos contigo.

Ernesto se puso rígido.

—Tu padre no violó a tu madre, sino que se enamoró en el interrogatorio y la rescató de las garras del bestia que la torturaba. Y no cejó hasta conseguir sacarla de la prisión. Por supuesto, Jacinto Usabiaga es tu padre, por mucho que algunos lo pongan en duda.

Ernesto siguió expectante y sin saber a cuento de qué venía lo que acababa de oír. Wolfram lo abrazó tiernamente.

—Perdona que sea tan franco y tan claro, pero creo que es mejor así. El violador de tu madre fue Siegfried Klein. La atormentó salvajemente en la cárcel. La envició. Y en los registros a su domicilio le robó la carta que Inge Weide había escrito para ella antes de morir, además de un montón de fotos y de documentos. Compréndelo. Ella no te podía contar nada de los Weide: ¡ese hombre la dominó y le robó la identidad de por vida!

—¿Qué quieres decir con lo de «la envició»?

Ernesto notaba una enorme opresión en su cabeza y agarró la mano de Wolfram con más furia si cabe, hasta se la retorció.

—A los tres años de matrimonio con tu padre la convirtió en su esclava. Solían encontrarse en un balneario de la cordillera a escondidas, aunque tu padre lo sabía. Tu madre nunca pudo librarse de esa dependencia, que ha durado hasta hace poco.

Las gotas de sudor cubrieron las sienes y la frente de Ernesto. Wolfram prosiguió.

—Tu padre luchó durante años por cortar esa dominación sin conseguirlo. Un día, Siegfried Klein prendió fuego a vuestro edificio con una lata de gasolina; por suerte la apagaron los bomberos como seguramente recuerdas. Pero tu padre desapareció para evitar males mayores. A partir de la separación, no quiso entrar en el juego

maléfico con el cual Siegfried Klein lo tentaba. Siegfried fue uno de los torturadores más destacados de las cárceles de Santiago de los setenta, un perturbado. Para tu madre, el premio por su separación definitiva de tu padre fue el cuarenta por ciento de la casa de Wittenbach. La fortuna de Alfred Bauer sigue en Suiza.

Ernesto no era capaz de articular palabra. Wolfram fue el mejor bálsamo para el desconcierto del chileno. Se adormilaron sobre la alfombra que cubría un pedazo de la tarima del salón escuchando el canto de los pájaros que se colaba por las ventanas abiertas. En algún momento, Ernesto, algo mareado por la angustia, exclamó en voz alta:

—¡Y si en verdad fuese hijo del violador y no fuera Usabiaga! ¿Cómo puedes estar tan seguro de lo que has dicho? A lo mejor soy el fruto de un nazi y una judía. Por eso Helga Goldstein estuvo a la defensiva.

—Te gustan las frases rimbombantes. Siegfried Klein no es tu padre, por supuesto, y ha bloqueado la herencia de tu abuela durante todos esos años. A tu madre le prohibió decir que la suya se llamaba Inge Weide y que era judía alemana. Este hombre ha alterado su conciencia más profunda.

—¿Mi mamá sabe que sé todo esto?

—Tu madre ha hablado con Rose por teléfono y ha prometido viajar a Alemania y conocer Rostock y Berlín. Ahora está en un estado de *shock*, del que saldrá fortalecida. Todo irá bien, Ernesto. Tu madre sabe que el diablo se está muriendo en Buenos Aires. Una psicóloga chilena, amiga de Rose, se está ocupando de ella.

Ernesto preguntó por lo bajo por Hermina Wojkiewicz.

—Herminia ha desempeñado un papel nauseabundo en la existencia de tu madre.

Ernesto agarró a Wolfram con más fuerza y rompió a llorar, agachado en su regazo. Le había costado muchos años aceptar el contacto físico con cualquiera; por alguna extraña razón, con Wolfram le pasaba lo contrario. No tardó en quedarse profundamente dormido en sus brazos. Wolfram no se movió de su lado. Eran casi las cinco cuando despertó.

—Cuando dormías ha llamado Rose. Esta noche cenaremos en su casa. Quiere verte.

Wolfram se fue a su apartamento y Ernesto bajó al banco del

canal, compungido. Tenía suerte de sentirse tan acompañado en un momento crucial. El vínculo creado en tan poco tiempo entre ambos era más que química. Ernesto lo admiraba por luchar en la dificultad desde la inteligencia que necesita el corazón para fortalecerse. Daba mucho cariño sin pedir nada a cambio. Wolfram le había repetido muchas veces que él no era más que una víctima inocente.

Aquella tarde soleada y sin viento, Ernesto contempló las aguas turbias del canal mientras recordaba las hojas de bloc donde había escrito sus penas adolescentes y cómo las lanzaba al río Mapocho de Santiago, para que escaparan al océano. Pensó en lo mucho que le estaban aportando sus amigos de Berlín e imaginó a Rose en Buenos Aires sacando la lengua de un lado a otro a la caza de un argumento macabro. Ernesto también se preguntó cómo sería en verdad su padre, un padre que tuvo que guardar silencio por la posición social que ocupaba, con un cuñado y una hermana pinochetista. En aquellos años hubiera resultado una locura que su padre le hubiese contado a él, aún adolescente, el tipo de posesión enfermiza que ataba a su madre.

Ernesto no podía parar quieto, se levantó del banco de madera y caminó hasta cansarse, sin saber si iba a llamar a su padre para escuchar su voz y su palabra. Desistió; ciertos temas no podían hablarse por teléfono. Habían quedado en Viena el 28 de agosto, y debía esperar para hablar con él.

Gracias al empuje de su abuela Aurora conocía la verdad, que en definitiva es lo que nos hace comprender quiénes somos. Ahora más que nunca, tenía que solucionar el conflicto con Maksim. Quería quedarse en Berlín y estudiar cine.

Se encontraron en casa de Rose antes de la cena. Aún era de día. Rose y Ernesto se dieron un prolongado abrazo. El misterio de las Weide estaba resuelto; el vino ayudaría a digerir el mal rato que había pasado. Todas esas vidas truncadas habían dejado una huella que pocas veces aparece en los libros de Historia. Esa huella demostraba cómo, en muchas ocasiones, ni la voluntad ni los actos propios deciden el destino de las víctimas. Otros disponen, y la casualidad o el azar los convierte en muertos o en supervivientes.

Wolfram y Leonard permanecieron mudos mientras Rose relataba sus vivencias porteñas. Las horas que había pasado

rastreando periódicos de los años setenta y ochenta, el horror del golpe del 73, el encuentro con Siegfried Klein en el hospital, la revelación del moribundo, la búsqueda del balneario Zhaisser. Hugo Zhaisser también era nazi, pero ya estaba muerto. Afortunadamente, la amiga de Rose tenía una colega en Chile que había dedicado su vida a reinsertar a mujeres torturadas durante el Proceso. Ya se había hecho cargo de su madre.

—Ahora tu madre está en un centro junto al mar, en el norte de Chile, en Iquique, donde una psicóloga de confianza la atiende las veinticuatro horas. No tardará en recuperarse.

—Mi mamá fue hace poco a Buenos Aires, ¿vio a Siegfried Klein?

—Estuvo en el hospital pocos días antes de que yo llegara. Él no la reconoció. Siegfried estaba obsesionado con el nacimiento del nuevo Führer y cuando conseguía expresarse no hablaba de otra cosa. A ti y a tu padre os odiaba. Pero todo eso es agua pasada. Morirá pronto. Los médicos creen que en menos de una semana.

—Me preocupa mucho mi mamá. No sé qué pensar de ella.

—Existen terapias para liberarla del recuerdo y de la enfermedad mental que arrastra. Ha estado completamente sometida a largas sesiones de sadomasoquismo y no sabemos exactamente el tipo de sustancias que le inyectaron.

—Desde que salí de Chile empecé a sospechar que mi mamá era lesbiana y se entendía con Herminia.

—Pues no, Ernesto. Herminia estaba liada con ese amigo de Siegfried, el dueño del balneario. Era hijo de un químico de los campos que logró escapar de Alemania. Fue el aliado de Siegfried Klein desde que sus padres llegaron a la región de los Lagos cuando aún eran muy jóvenes. La derrota alemana y el aislamiento los transformaron en monstruos. El joven Hugo Zhaisser tuvo mazmorras, salas de tortura y hasta un laboratorio para experimentar.

—¿Dónde está ese balneario? Jamás habría imaginado que cuando mi mamá tenía ataques fuera a ese lugar.

—Estaba en Armerillo, no demasiado lejos de Santiago. Cuando descubrieron las instalaciones, hubo un gran escándalo en la prensa chilena.

—¿Armerillo? No recuerdo.

—Zhaisser se pegó un tiro en la prisión. Lo habían encerrado por violencia y maltrato contra prostitutas.

—¿Crees que debo ir Chile a visitar a mi mamá?

—No todavía. Espera que la medicación haga su efecto, que haya reorganizado su cabeza. Pero sí tienes que estar muy entero para hablar con tu padre con sinceridad total en Viena. Tu padre y tú seréis fundamentales en la recuperación de tu madre, según mi amiga, pero ahora mismo no te inquietes por ello.

Aquella noche, Leonard le echó flores por la crónica mapuche. Luego, Ernesto agarró una buena borrachera en los garitos de Kreuzberg. Wolfram estaba muy sorprendido por las barbaridades que decía. Hablaba de un ruso poderoso al que no quería ver y de una memoria
USB
escondida en un apartado de correos. Todo muy incoherente.
Al día siguiente, Ernesto se despertó en casa de Wolfram con resaca y la cabeza a punto de estallar. Su amigo le preparó una taza de té y una tostada con aceite de oliva italiano. El estudio era pequeño, las carpetas y los libros estaban ordenados en los estantes, y en un pedazo de pared había colgado un gran retrato de Goethe. Ernesto se sentó en una de las dos sillas, junto a la mesa cuadrada de la cocina. La del salón, que era más confortable, estaba llena de carpetas con un portátil encendido.

Después del desayuno, y cuando Wolfram ya se iba, Ernesto espetó:

—Esta noche voy a cerrar un capítulo de mi vida que empezó el 1 de enero de este año.

Wolfram se sobresaltó pero no quiso hacer preguntas; era evidente que Ernesto se refería a ese ruso de quien le había hablado. Decidió que lo mejor que podía hacer era dejarlo tranquilo. Sin embargo, no podía evitar sentir celos.

—Tengo que irme al trabajo, quédate aquí todo el tiempo que quieras. Te dejo una llave. Mañana comemos en el Salat Garten a la una y me cuentas…, si tú quieres, claro. Supongo que esta noche duermes en tu casa.

—Sí, dormiré en Kreuzberg —añadió.

Ernesto escuchó el portazo e inmediatamente se arrepintió de su silencio. Tuvo miedo de rebelarle la historia de los paquetes.

La casa olía bien y por las ventanas se colaba el frescor de la mañana. El cielo estaba cubierto. Quizá lloviera. Encendió el móvil. Tres mensajes de Maksim. Ernesto no tenía ánimo para leerlos. Pensaba en su madre, en su abuela Aurora, en su abuela Inge, en las guerras. Parecía escuchar el lamento de los muertos; también ese primer portazo de Wolfram resonaba en su cabeza. ¿Qué le estaba pasando?

Maksim entró en el Salat Garten y se bebió dos vasos de vodka seguidos. Ascendió por las escaleras hasta el quinto piso de Paul Lincke Ufer, llamó dos veces al timbre. Ernesto le abrió la puerta y él la traspasó jadeando a causa de la rapidez con que las había vencido. Buscó el primer sofá donde sentarse. Estaba en el salón, junto al ventanal que daba paso a la terraza.

Maksim dudaba de cómo afrontar la situación. Ernesto había cambiado.

—No sé qué decirte —dijo al fin Maksim—. Mereces los dólares que te ofreció Iván Iúrich. Sin saberlo, tu equivocación no solo me ha salvado a mí. Has evitado que un disparate político y estratégico terminara en un conflicto grave en el Caspio.

Los ojos del cosaco habían perdido su capacidad enigmática, así que Ernesto se sintió más seguro de sí mismo, aunque aún deseara a aquel hombre.

—Me gustaría que las cosas fuesen de otro modo, pero quiero vivir con mi mujer en Lviv, construirme una nueva profesión más acorde con mi forma de pensar y educar a mis hijos.

Ernesto escuchaba tratando de atajar cualquier tentación gracias a la imagen generosa de Wolfram. Experimentó un escalofrío de dulzura.

Maksim encendió un cigarrillo y siguió hablando.

—He sentido mucho lo de aquella madrugada, cuando me llamó Iván Iúrich para advertirme de la desaparición del paquete. Reaccioné mal, te pido disculpas. Llegué a pensar que te habían contratado para que te acostaras conmigo y me sacases información.

—Maksim, yo no sé quién eres ni lo que haces. Siempre pensé que eras ruso y resulta que eres ucraniano. También reconozco que junto a ti he pasado momentos muy llenos, he crecido y te he deseado. Me sacaste del arroyo, como se dice vulgarmente, y

gracias a ti soy otro. Ahora solo quiero aclarar si estoy en peligro, si me puedo quedar en Berlín; y también que te lleves la llave del apartado cuanto antes y que seamos buenos amigos.

—¿Amigos? ¿Solo amigos?

Ernesto no supo cómo interpretar la insinuación.

—Es imposible. Tú y yo somos más que amigos —sentenció Maksim—. Debo explicarte algo muy importante, pero antes quiero decirte que pronto conocerás a mi madre. También acabarás por tratar a mi mujer y a mis hijos.

Ernesto no comprendía las palabras de su amigo. Entonces, Maksim se levantó y dio un par de vueltas por la habitación. Sin atreverse a mirarlo a los ojos, empezó a contarle su vida. El relato se alargó más de una hora. Eran casi las seis cuando Maksim lo finalizó. Ernesto sabía que debía poner fin a la incertidumbre que aún rodeaba a su relación.

—Acabo de enterarme de cosas muy duras acerca de mi familia —dijo al fin—, y si me he salvado y sigo entero, es porque he conocido a alguien con quien puedo crecer y construir un futuro razonable.

Maksim se quedó pensativo unos instantes.

—Quiero invitarte a cenar aunque sea tarde. Debo quitarme el lío de la llave de encima, pero no tardaré más de un par de horas. Y recuerda, nadie sabe quién eres, tu nombre ya no está en ningún archivo y puedes quedarte en Berlín el tiempo que te plazca.

—¿Y qué pasa con ese amigo tuyo?

—Iván Iúrich quería saber si eras fiable antes de destruir tu expediente. Eres periodista y has estado pasando paquetes comprometedores a cuenta de los servicios secretos ucranianos. Ahora eres libre.

Ernesto sintió alivio.

—Dime dónde está el apartado y dame la llave.

Ernesto le dio lo que pedía. Maksim le devolvió un abrazo. Los dos reconocieron los olores y la atracción estuvo a punto de desbordarlos. Se separaron temblando. Maksim sacó un sobre grande del maletín antes de traspasar la puerta.

—Ábrelo cuando me haya ido.

Maksim se le acercó todo lo que pudo y posó sus labios sobre los de Ernesto. Cortó enseguida y bajó las escaleras.

El chileno se quedó solo y abrió el sobre. Contenía la foto de una pareja y la tarjeta de crédito de un banco suizo con el número secreto y la cantidad disponible. La imagen de la foto le sorprendió.

Al cabo de unas horas, Ernesto recibió un mensaje de Maksim diciéndole que se le había hecho tarde. Que ya se encontrarían en otra ocasión. Al día siguiente regresaba a Crimea.

Qué poco apetecible le resultaba a Maksim la entrevista con el agente del Mossad en Alexanderplatz. Le daría la llave y nada más. Había cumplido y ya no le apetecían nuevas intrigas políticas ni financieras ni enredos con gasoductos imposibles. En Kiev había solucionado los asuntos más urgentes con el presidente, quien aceptó, tras varias horas de debate y a regañadientes, su renuncia como asesor. Pero para afrontar su salida de los servicios secretos necesitaba la protección de los israelíes y el apoyo de Vasili Sérgéyevich Zsilinszk. En el mundo que le había tocado en suerte, las balas bailaban sin ton ni son y había que aprender a mantenerlas lejos de uno. Maksim conocía demasiados asuntos turbios; en consecuencia, necesitaba protegerse, en Lviv o donde fuese.

A media entrevista, el agente le sugirió una estratagema:

—Busca una excusa que te libere de todos ellos. Simula una enfermedad que precise un largo reposo en una ciudad tranquila como Lviv. Y usa un chaleco antibalas.

Tras despedirlo, Maksim atravesó el río Spree por el puente de Kart-Liebknechi y tomó Unter der Linden. Avanzaba por el centro del paseo sin saber qué hacer hasta que paró un taxi para ir al hotel Adlon. Quería llamar a Sophia desde un fijo.

—Estoy en Berlín. Daría cualquier cosa por cenar contigo esta noche en Zander. ¡Venga, aparece! —bromeó.

A Sophia le entró la flojera. Los niños estaban cenando con los abuelos en el porche y ella acababa de salir de la ducha.

—Amor mío, le he dado un buen corte de mangas a un pedazo de mi vida y quiero que me ayudes a empezar de nuevo. Se acabaron las mentiras.

—Maksim, ¿por qué no dejamos a los niños con los abuelos y nos vamos de viaje tú y yo solos?

—Buena idea. Busca un lugar para una semana de tranquilidad. Nos merecemos un descanso. Pero recuerda, a finales de agosto tenemos que ir a Eslovenia y cumplir el deseo de mi madre. Lo más

probable es que no encontremos nada, pero da igual. A los niños les encantarán el misterio y las montañas.

19

Ernesto llamó a Wolfram sin suerte. Le envió un mensaje para que lo telefoneara cuanto antes.

Dejó escapar unos minutos antes de volver a mirar la fotografía de la pareja. Los dos sonreían, él sin duda era un guerrillero y ella iba vestida con una ropa que le venía grande. El paisaje de fondo dibujaba un bosque. Al girar la fotografía descubrió una dirección y unas líneas con la letra de Maksim: «Ve rápido a esta dirección y habla con el hombre que vive allí».

Se desvaneció en su cama, frente la reproducción del cuadro de Rainer Fetting. Cerró los ojos, mas la fotografía de la pareja se le había quedado grabada en la retina. La veía a ella sonreír y la imaginaba corriendo por el bosque o vestida de militar recogiendo bayas para dar algo de comer a unos guerrilleros hambrientos.

Ernesto llamó a Rose. Ella le dijo que fuese a su casa.

Rose le abrió en albornoz; llevaba el pelo mojado y la cara cubierta de crema. Estaba sola.

Cuando se hubieron sentado, Ernesto habló.

—En esta historia parece que no hay final sin sorpresa. Y uno nunca sabe quién la va a dar ni en qué va a consistir. El ucraniano ha encontrado a mi abuelo en un pueblo del sur de Polonia. Está vivo.

Rose se lo quedó mirando, incrédula.

—¡El ruso! No entiendo…

—Yo tampoco. Hace un rato, al despedirnos, Maksim me dio un sobre con esta foto. Hay una dirección…

Desde Berlín, la autopista circundaba entre bosques de coníferas

con algún campo de cereal que se perdía en un horizonte ligeramente ondulado. Atravesó un río grande, el Oder, paró en la primera gasolinera polaca y salió de la autopista antes de Legnica. Tenía hambre y se encontró en una pequeña taberna llena de gente, en la plaza del mercado de Boleslawiec, junto a una iglesia con una torre muy alta acabada en bulbo. Los platos de comida que servían en bandejas unas malhumoradas camareras de cierta edad a otras mesas le parecieron más que apetecibles, en especial una especie de croquetas fritas. Ernesto trató de identificarlas en la carta pero no comprendió palabra. Allí nadie hablaba más idioma que el polaco. Tras mucho señalar platos sin que le hicieran el más mínimo caso, optó por cambiar de lugar. Dejó la algarabía, cruzó la plaza y entró en un restaurante con un gran comedor con ventanales que daba a la plaza. En una mesa comía una familia alemana y en otra unos señores grandotes que hablaban en ruso o ucraniano. El lugar era tranquilo y la carta estaba en tres idiomas. Ernesto se arrepintió de no haber esperado hasta el viernes para poder viajar con Wolfram. Había salido hacía cuatro horas de Berlín y ya lo añoraba. Lo llamó por teléfono. El otro, en voz muy baja, le dijo que no podía hablar, que estaba en un archivo trabajando y que lo llamaría más tarde. Colgaron. La comida tardaba y sentía un nudo de inquietud en el estómago. En aquel preciso instante, el camarero dejó un plato de codillo humeante sobre la mesa. Olía bien.

Aparcó en una esquina de Wojska Polskiego, en Jelenia Gora, junto a un teatro de la época alemana. Los carteles anunciaban *Los siete días de los Turbín*, interpretado por una compañía ucraniana. La ciudad debió de ser rica en el siglo XIX. El estilo de los deteriorados edificios de ambos lados de la avenida así lo mostraba. Las casas, de tres o cuatro plantas, estaban despintadas, la madera con la que habían construido los anchos balcones a punto de pudrirse y las losas de la acera medio levantadas. Casi no había tiendas en los bajos. Vio una floristería solitaria y entró sin pensar. La mujer que la atendía llevaba el pelo teñido de amarillo y los ojos muy pintados. La entrada carecía de puertas y no se escuchaba más que el sonido de un autobús y de los pocos coches que transitaban por la calzada en ambas direcciones. Se entendieron con gestos; compró un manojo de rosas, pero cuando estuvo en la acera desierta se sintió ridículo. Volvió al coche y dejó el ramo en el

asiento trasero. ¡Cómo iba a llevar a un abuelo del que no sabía absolutamente nada un ramo de rosas! Pero ¿era su abuelo? De un tiempo a esta parte le parecía vivir dentro de un sueño que aún no sabía si podía acabar en pesadilla. El hecho de que su madre hubiese sido masoquista y hubiera estado liada con un demente no podía encajarlo de ninguna manera. Cuando estaba solo, dicha historia le retorcía la mente hasta experimentar una cruda sensación de asfixia. Ahora se encontraba en un pueblo polaco, frente al portal donde al parecer vivía el padre de su madre, de quien hasta hacía dos días no podía imaginar la más remota posibilidad de existencia.

El portal de madera descolorida estaba rodeado de ladrillos gastados, de los cuales sobresalían hierbajos. Pulsó el timbre de Jósef Wolynski.

Escuchó una voz débil y subió los peldaños de una escalera mugrienta, en tiniebla, hasta que tuvo que detenerse; poco le faltó para caer desplomado por la pérdida de equilibrio. Se agarró a la baranda y siguió ascendiendo peldaños. La puerta se accionaba con un cable y estaba abierta. Ernesto entró en el apartamento; a un lado, la pequeña cocina, al otro, una habitación grande con dos ventanales que daban a la calle entre una alacena abarrotada. Olía a rancio y dio unos pasos al frente; el hombre permanecía sentado en una silla de ruedas. Alzó la cabeza y lo miró sin pestañear con unos expectantes ojos azules.

Ernesto se quedó de pie en el centro de la habitación, sin saber qué hacer. Descubrió la fotografía en un estante, era idéntica a la que Maksim le había dado.

—¡Muchacho, déjame que te vea bien! Cuando el hijo de Karin Krynovi me contó la historia no pude creerlo. Desde entonces no consigo detener el pensamiento ni un instante. —Hablaba sin mirar a ninguna parte—. Yo, que durante años pensé que me había quedado solo en el mundo, sin nadie que me pudiera contar cómo fueron mis antepasados de Galitzia o cómo fui de crío, o qué le ocurrió a ella, a Inge. Y ahora tengo familia por un lado y descendencia por otro.

El viejo levantó la cabeza y, antes de seguir, miró al techo como si hubiera alguien sin mostrar el más leve quebranto. El abuelo le transmitió una seguridad como de otra época.

—Nos hemos encontrado. Otro azar. Mi añorada Inge consiguió escapar y alumbrar; y tú eres mi nieto.

—Fue niña, se llama Eva y nació en Suiza en 1944, vive en Chile desde el 49, cuando Andreas Klein la dejó en un orfanato. Es mi mamá.

Ernesto se sintió ridículo al hablar como si estuviera leyendo una ficha, y encima tuvo que repetir lo que había dicho lentamente. El abuelo estaba medio sordo. Tras entenderlo, le agarró la mano y se la besó con una dulzura muy intensa.

—Ya estaba embarazada cuando le llegó el salvoconducto. La situación empeoraba por momentos, nos faltaban municiones y explosivos, los alemanes nos rodeaban muchas noches. Por fortuna nunca detectaron la cueva donde se ocultaba nuestro comando. Preparamos el viaje sabiendo que jamás la volvería a ver.

El viejo se atragantó. Ernesto fue a la cocina y le llevó un vaso de agua.

—Así que Inge consiguió salir de Alemania. —Su mente se perdió en una nebulosa de extrañeza antes de proseguir—. Estaba de cinco meses cuando se marchó. Nunca más supe de ella. La comunicación con el exterior era escasa por miedo a que nos identificaran y solo usábamos la radio para asuntos militares. Dos meses después, los ucranianos no comunistas nos unimos a Armia Krajowa.

—¿Armia Krajowa? —preguntó Ernesto.

—La guerrilla conectada con el gobierno polaco en el exilio londinense. Con un poco de apoyo occidental la sublevación polaca de Varsovia de 1944 contra los alemanes hubiera triunfado. Desde ese entonces, intuí que Inge había sido descubierta y asesinada por los alemanes.

En un golpe de genio, el viejo se dio un impulso, se echó contra el cuerpo de Ernesto y se agarró a él con sus brazos.

—¿De veras eres mi nieto?

El viejo estuvo a punto de caerse y Ernesto lo sostuvo con los brazos. El hombre se quedó quieto, jadeando. Con la ayuda de Ernesto volvió a su silla. Una sonrisa alumbró los pliegues de su cara.

Ernesto cogió una silla de rejilla y se sentó cerca de él. El abuelo buscó la mano de su nieto y la retuvo con delicadeza.

«Marzo de 1943. Dos guerrilleros de la zona del río San están atentos en lo más alto de una colina boscosa, junto a una estrecha carretera que asciende entre curvas. Es la carretera que une Sanok con Przemysl. En una curva de 180 grados, un par de guerrilleros han colocado clavos puntiagudos y una carga de dinamita. Desde el puesto de vigilancia observan con prismáticos cómo a lo lejos asciende una comitiva compuesta por dos coches con la esvástica, precedidos de un sidecar de las SS. Los dos hombres ocultos preparan el detonador. La moto pincha las ruedas y dos hombres salen volando hacia el precipicio y se dan de bruces contra una roca. De uno de los coches surge una mujer que se mete en el bosque en un abrir y cerrar de ojos. Se escucha una detonación potente y el segundo coche explota. Los dos guerrilleros se pierden en lo más hondo del bosque, corriendo como gacelas. El cielo está cubierto y el paisaje es una inmensa sombra. Se escuchan aullidos de lobos y los ronquidos de las lechuzas».

El abuelo no se llamaba Jósef Wolynski, aunque se vio obligado a usar el nombre de un polaco de Lviv muerto en combate a quien le sustrajo los papeles para salvar el pellejo. Hablar bien polaco y una valentía que le sorprendió a él mismo le evitaron una ejecución segura. Las tropas soviéticas, tras conquistar el territorio en 1944, castigaron a los guerrilleros que no eran comunistas y a los polacos que obedecían al gobierno liberal de Londres. El verdadero nombre del abuelo era Igor Krynovi. Finalizada la guerra fue deportado de Lviv al otro extremo de la nueva Polonia, a Jelenia Gora. Ernesto comprendió el parentesco con Maksim. No fue fácil instalarse en un pedazo de casa que habían dejado los antiguos propietarios alemanes, que tuvieron que largarse dos horas después de recibir la orden de evacuación. Las sucesivas oleadas de tropas soviéticas lo saquearon todo, nadie sabe cuántas veces ocurrió aquello antes de que el nuevo gobierno polaco impusiera cierto orden.

Hablaba muy lento, de forma entrecortada, en alemán correcto.

—¿Así que de veras la bailarina llegó a Suiza?

En ocasiones dejaba de hablar durante unos segundos.

—Mi bailarina era más veloz que una gacela. Fue en marzo de 1943. Corría, corría a la carrera hacia ninguna parte. Estuvimos la noche entera buscándola con temor a los perros de la Wehrmacht y a los lobos que aullaban. La encontramos al amanecer, casi desnuda

y con las piernas ensangrentadas. Era una belleza. Luego contó que alemanes influyentes, Alfred Bauer y Andreas Klein si la memoria no me falla, la estaban ayudando a sacar a su padre del campo de trabajo de Sanok cuando la Gestapo averiguó su nombre verdadero. La tarde noche del atentado la llevaban de vuelta al cuartel general de la Gestapo de Lublin para torturarla antes de conducirla a un campo.

En cuanto se refería a la bailarina, su habla se aceleraba.

—Así que tuve una hija antes de que la metralla segara mis partes —afirmó, gozoso—. Ya conozco al nieto —sonrió— y pronto vendrá la prima de Uzhgorod con su familia de Kiev.

El abuelo era un hombre risueño y parlanchín.

—Esa Krynovi ucraniana conoció como yo a dos generaciones por encima de la nuestra y mantiene viva la memoria.

Igor Krynovi señaló el último cajón de una cómoda, para que lo abriera. Él no lo había hecho desde hacía años.

El cajón estaba repleto de objetos, fotografías y papeles de la familia alemana que allí había vivido hasta 1945. Cuando los vencedores de la segunda guerra mundial, corrieron setecientos kilómetros al este las fronteras de Polonia. También contenía la crónica que Igor Krynovi escribió en secreto en los años de comunismo. La había escrito en las noches de insomnio para una descendencia que solo habitó en el subconsciente. Ernesto le puso la libreta en las manos y el viejo se la devolvió, tembloroso.

—Es tuya.

Llegó la asistenta social que cada mañana lo limpiaba, lo llevaba hasta la plaza porticada del centro y le daba de comer. No tardó en temblar el bolsillo del pantalón de Ernesto; era el móvil, llamaba Wolfram.

—¿Cómo va?

—¡Buf! Inaudito. Mi abuelo es una pasada. ¿Y a ti? ¿Dónde estabas?

—Trabajando. Todo bien. Ya he reservado el coche de alquiler y sé cómo llegar. ¿Cuánto tardaste?

—Si no paras, unas tres horas.

—¿Cómo es tu abuelo?

—Tiene la cabeza muy clara; te va a encantar. Solo quiero que vengas cuanto antes.

—¡Claro que voy a ir! Mañana es viernes. En cuanto llegue a Jelenia Gora te llamo.

Aquel día, su nieto, ufano, bajó la silla de ruedas a la calle, encajando las ruedas por las pendientes que habían construido en los extremos de cada escalón.

Ambos bebieron cerveza en una terraza de la plaza. Ernesto buscó el número de la residencia donde estaba su madre. No la dejaban ponerse al aparato. Tuvo que insistir. Finalmente accedieron.

—Mamá, soy tu hijo, te quiero mucho y ha ocurrido algo sorprendente. ¿Estás preparada para que te cuente lo más lindo que nunca escuchaste?

—Ernesto, tu voz me reconforta. Me han dicho que pronto podré ir a Europa.

—Escucha, mamá. Encontré a tu papá. Estoy junto a él. En Polonia. Está vivo y quiere conocerte.

—Sí, si ayer me llamó tu papá para decirme que me iba a visitar antes de viajar a Europa.

El silencio duró bastantes segundos, casi un minuto.

—No, mamá, tú tuviste papá. Y tu papá vive aún en Polonia. Lo he encontrado. Tiene noventa y un años.

—Ernesto, esto sí que no lo entiendo.

—Quiero hablar con la enfermera.

Ernesto le explicó, a grandes rasgos, lo que estaba sucediendo. Le dejó su número de teléfono.

—¿Está enferma? —preguntó Igor Krynovi, pues había decidido matar para siempre un nombre ya sin sentido: Jósef Wolynski.

—Mi mamá se recupera de una crisis nerviosa. Pasará pronto.

Ernesto observó la plaza, las casas, las torres. Su mundo se ensanchaba por el este. Wolfram tenía la primera semana de vacaciones en septiembre y habían hablado de viajar juntos a Chile. En aquel instante, Ernesto decidió pasarlas en Jelenia Gora y conocer el sur de Polonia. Se lo propondría a Wolfram en cuanto llegara. El móvil volvió a temblar en su bolsillo. Era Maksim.

—¿Ya estás con él?

—Sí. Gracias, Maksim. Aún no lo he encajado del todo. Es un hombre entero. Con la cabeza muy clara.

—¿Qué vas a hacer?

—De momento quedarme unos días junto a él. He alquilado una habitación en un hotelito del centro, Jelonek, se llama. Quiero cuidarlo un poco. Conocer su historia y presionar para que mi mamá venga de Chile en cuanto pueda.

—Nosotros vamos a ir a Eslovenia a finales de agosto. Luego traeré a mi madre y a mi familia para que los Krynovi supervivientes se conozcan.

—¿Lo crees posible?

—Tu madre se llama Eva Krynovi. El 6 de septiembre todos los Krynovi, los Krynovi supervivientes y sus descendientes, haremos una fiesta. Ojalá tu madre pueda estar. Y tu padre también. No te comprometas. Te diré dónde. Trataré de que sea en la hacienda que los Krynovi tuvieron en Galitzia.

Maksim colgó. Su abuelo sonreía a una paloma blanca.

—Durante los años duros callé y solo fui un discreto profesor de matemáticas del instituto que está allá abajo. A mediodía daba de comer a las palomas blancas, solo a las blancas. A las otras las asustaba.

—Son las mensajeras, ¿verdad?

Igor Krynovi señaló el infinito con la mano.

Epílogo

28 de agosto de 2007. Diez minutos antes de la hora prevista, el avión en el que viajaba Ernesto Usabiaga aterrizó en Viena. Antes de regresar a Berlín, Wolfram lo había dejado en el aeropuerto de Wroclaw. Habían pasado dos fines de semana juntos en Jelenia Gora, y el abuelo, estimulado por la compañía de los jóvenes, casi se levantó de la silla de ruedas sin ayuda cuando fue en busca de unos escritos para Wolfram. Igor Krynovi había recogido los acontecimientos con meticulosidad y síntesis; después de todo era un profesor de matemáticas. Al leer o comentar las notas que este había escrito a lo largo de los años de soledad, Wolfram no cesaba de expresar su admiración ante la claridad expositiva del matemático.

Igor Krynovi disfrutaba ante aquella explosión inesperada de juventud confiada a su alrededor.

El encuentro entre Ernesto y su padre se produjo en el hotel de Viena. Charlaron con sinceridad sobre el pasado y también afrontaron el futuro de la hacienda de Valparaíso. En algún momento, decidieron llamar a la doctora que atendía a Eva Ramírez, Weide o Krynovi. Ya sabían que ella hablaba de los tres apellidos con el cuadro médico del sanatorio a cualquier hora. Decía que necesitaba viajar a Berlín y a Ucrania en busca de los Weide y de los Krynovi. También contaba que gran parte de la memoria Ramírez debía ser extirpada para siempre con las pastillas que le daban. Jacinto Usabiaga sostuvo ante su hijo que el apellido Krynovi para su madre implicaba una posibilidad de regeneración y que su consejo era que lo usase como definitivo. También le contó a

su hijo que había hablado con Maksim Kazantev, un primo de su mujer que vivía en Ucrania y que los había invitado, a los tres, a un encuentro en Lviv.

—Este señor es importante en mi vida, papá. ¿Te contó algo?

—Pues me dijo que te estimaba mucho y que gracias a tu obsesión por las abuelas él había encontrado a su madre y a tu abuelo.

—¿Nada más?

—Afirmó que estos encuentros lo habían liberado, que las patrias eran una invención… y que, por muy ucraniano acomodado que fuera, jamás había llevado una chaqueta color frambuesa.

Jacinto y Ernesto Usabiaga hablaron más veces desde Europa con su madre, y algunas con la doctora que la atendía:

—Ustedes nunca digan lo que saben. Hay cosas que no se deben recordar si buscamos una recuperación aceptable. Lo que esta mujer ha vivido es fuerte —les dijo la doctora la noche que le preguntaron, con mucha preocupación, cómo debían tratarla juntos y por separado en el reencuentro.

Entonces supieron que Eva había comprendido que su padre estaba vivo, un acontecimiento que beneficiaba la terapia por la novedad que introducía en el cuadro clínico. Fue a partir de ese momento cuando ella empezó a jugar con los tres apellidos y a querer curarse.

Cuando Eva Krynovi ya preparaba el viaje a Lviv para asistir al encuentro de los Krynovi, la doctora les dijo:

—Ahora ya existen medicamentos en favor de la estabilización del ánimo. Se venden desde hace poco, hemos tenido suerte. Podrá tener recaídas, pero en general se mantendrá estable. Es importante que ella tenga un proyecto. Y es su obligación —le aconsejó a Jacinto— colaborar para que Eva termine con la culpa. Ustedes son el núcleo de esa nueva vida que nace en el exterior de su mente con ese nuevo apellido. Hace tiempo que a ustedes no los ve. Y una última advertencia: es mejor que Eva nunca regrese a Santiago. Quizá sí a una hacienda de Valparaíso de la que habla mucho.

Eva Krynovi salió de la clínica en un estado de placidez beatífica, agarrada del brazo de Jacinto y del de Ernesto. Solo hablaron de tonterías, de nuevas cepas de vid y del abuelo galitziano.

El 6 de septiembre, Karin, Igor y Eva Krynovi atravesaron el umbral de un caserío medio derruido en las afueras de Lviv y cubrieron el suelo con rosas blancas en memoria de los miembros de la familia Krynovi. Una familia grande que el maldito siglo XX se llevó por delante. Solo tres supervivientes. Tras los tres Krynovi, iba Maksim, agarrado a Sophia Vasilevna, y los tres pequeños. Vasi entre las dos hermanas. Vasili Sérgéyevich Zsilinszk y Ákos Almásy habían hecho buenas migas con Jacinto y Ernesto, quienes observaban la escena más tiesos que un huso de cristal. Cerca de ellos estaban Rose y Wolfram. Una orquestilla que estaba en el exterior interpretó una marcha cosaca con flautas, acordeones y balalaicas, mientras doce bailarines de Kuban formaron el primer corro.

Fue entonces cuando Rose se aproximó a Ernesto junto a Wolfram y le entregó en mano un informe con fotos y documentos de los Weide y una carpeta que iniciaba el proceso de recuperación legal de lo que, por derecho, era de Eva Krynovi.

Cuando los bailarines finalizaron su danza, Karin, Igor y Maksim cantaron junto a ellos y a los músicos la Majnovina, la canción de los cosacos rebeldes de Kronstadt. Más tarde, brindaron y comieron hasta bien entrada la noche el ternero que unos hombres habían asado en la era.

Una vez que hubo oscurecido del todo, Karin fue hasta una mesa cubierta con una tela de lino y llamó a su hijo Maksim para que abriera la caja de zinc que ocultaba. Lanzó al suelo unas monedas de oro. Billetes del zar, coronas austrohúngaras y billetes polacos volaron entre las ruinas de la casa. Luego entregó varios documentos a Igor y también a Eva.

—Mi memoria —dijo esta.

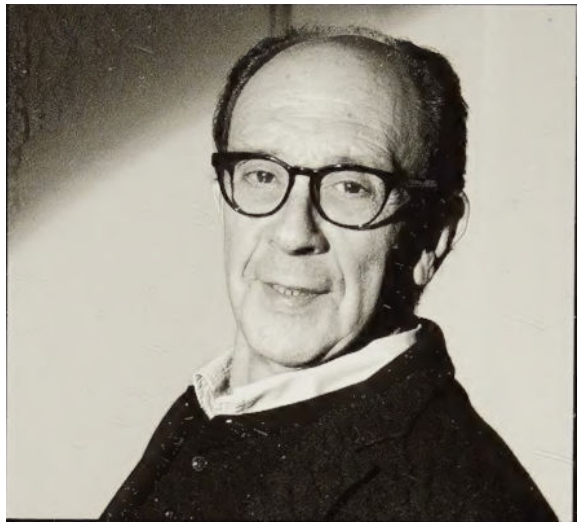
Y brindaron por Europa, una y en paz.

El 27 de abril de 2012 murió en Lviv, Karin Krynovi. Maksim y Sophia Vasilevna presidieron junto a sus hijos el funeral en la catedral ortodoxa, ya que los Krynovi, a diferencia de muchos galitzianos, nunca habían sido unionitas. Al salir del templo, Maksim Kazantev se dirigió a la pequeña multitud que se había congregado en la plaza. Maksim habló de los planes sociales y artísticos de la Fundación Krynovi de Lviv para los próximos dos años. Y recordó con bellas palabras la vida de Karin Krynovi y el trabajo que la anciana había desarrollado en la fundación los cinco

últimos años de su vida.

Maksim leía en el coche camino del cementerio un largo mensaje de condolencia de Ernesto Usabiaga enviado desde Chile, donde en compañía de Wolfram estaba rodando un extenso documental producido por el canal Arte sobre los nazis refugiados en la Araucanía. Y otro también muy sentido de los padres de Ernesto, que vivían con el abuelo Krynovi en Valparaíso.

Cuando salió del coche, Maksim sintió un fuerte desgarro. Una bala le había atravesado el corazón. Cayó fulminado.



José Ribas Sanpons (Barcelona, España, septiembre de 1951). Estudió Derecho en la Universidad de Barcelona. En 1974 fundó la revista *Ajoblanco*, una de las publicaciones culturales y sociales más influyentes en el ámbito hispano, que dirigió hasta el 2000. Sus reportajes, los retratos y debates entre artistas e intelectuales y un periodismo de anticipación han mitificado la labor de dicha publicación independiente.

Es autor, entre otros, de *De qué van las comunas* (1980), *Kavafis* (1981), *El rostro perdido* (1985) y *Los 70 a destajo* (2007). Es maestro de la Fundación de Nuevo Periodismo Latinoamericano, imparte cursos y conferencias sobre periodismo y temas de actualidad y vive entre L'Empordá, Berlín, Barcelona y Sudamérica.